
Tan canalla
como Seth
JAINE DIAMOND

TAN CANALLA COMO SETH

DIRTY: CHICOS MALOS DEL ROCK

JAINE DIAMOND

DREAM WARP PUBLISHING Ltd.

Título original: Dirty Like Seth
Copyright © 2018 Jaine Diamond

Primera edición en español 2026

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, distribuirse, almacenarse en un sistema de recuperación ni transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros, sin la autorización previa por escrito de la editorial, salvo breves citas en reseñas literarias.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, acontecimientos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales, es involuntario y fruto de la casualidad.

ASIN: B0H25KQCJJ

Publicado por DreamWarp Publishing Ltd.
www.jainediamond.com

Diseño de cubierta de Jaine Diamond / DreamWarp Publishing Ltd.
Fotografía de cubierta por Paul Kiefer Photography
Modelo de cubierta: Felipe Gomes

Para todos los que creyeron;
toda historia de rock 'n' roll tiene dos caras.

ÍNDICE

Playlist

1. Seth
2. Seth
3. Elle
4. Elle
5. Elle
6. Elle
7. Seth
8. Seth
9. Elle
10. Elle
11. Elle
12. Seth
13. Elle
14. Seth
15. Elle
16. Elle
17. Elle
18. Seth
19. Elle
20. Elle
21. Seth
22. Elle
23. Elle
24. Elle
25. Seth
26. Elle
27. Elle
28. Elle
29. Seth
30. Elle

31. Elle
32. Seth
Epílogo

Epílogo extra
Libros de Jaine Diamond
Agradecimientos
Avance de Tan canalla como Dylan
Sobre la autora

PLAYLIST

Encontrarás los enlaces a las playlists en Spotify y Apple Music aquí.

Carry On Wayward Son — Kansas
Everybody's Got to Learn Sometime — Beck
Undun — The Guess Who
Stone Cold Crazy — Metallica
Devil Went Down to Georgia — Adrenaline Mob
Six Days (Remix) [feat. Mos Def] — DJ Shadow
Act Nice and Gentle — The Black Keys
Always On the Run — Lenny Kravitz
Wish You Were Here — Pink Floyd
Glory Bound — Martin Sexton
Breaking Down (Acoustic) — Florence + The Machine
Ex-Girlfriend — No Doubt
Feels (feat. Pharrell Williams, Katy Perry & Big Sean) — Calvin Harris
That's What I Like — Bruno Mars
Sugar — Maroon 5
Band on the Run — Paul McCartney & Wings
Angel — Jimi Hendrix
It's Only Rock ′N′ Roll (But I Like It) — The Rolling Stones
Stuck in the Middle with You — Stealers Wheel
Send Me an Angel — Highly Suspect
Adrift — Jack Johnson
Feel So Close (Radio Edit) — Calvin Harris

Havana (feat. Young Thug) — Camila Cabello
Strange Desire — The Black Keys
So Lonely — The Police
Trouble — Coldplay
Say Something (feat. Chris Stapleton) — Justin Timberlake
No Distraction — Beck
The Drugs — Mother Mother
Can't Get You Off My Mind — Lenny Kravitz
I'll Be Your Man — The Black Keys
So Fine — Guns N' Roses
Moves Like Jagger (feat. Christina Aguilera) — Maroon 5
Bad Side of the Moon — April Wine
Hot Blood — KALEO
Wait Till You See Him (De-Phazz Remix) — Ella Fitzgerald
You Can Do It (feat. Mack 10 & Ms. Toi) — Ice Cube
Touch Me — The Doors
Seventh Heaven — Beck
Any Way You Want It — Journey
It's My Life — No Doubt
Keep Me — The Black Keys
I Can't Go On Without You — KALEO
Be Your Love — Bishop Briggs
Next Girl — The Black Keys
It Ain't Over 'Til It's Over — Lenny Kravitz
Is This Love — Bob Marley & The Wailers
Locked Out of Heaven — Bruno Mars
We're Here for a Good Time (Not a Long Time) — Trooper

CAPÍTULO 1

SETH

HABÍA HECHO COSAS peligrosas de cojones en mi vida. Peligrosas y estúpidas.

Engancharme a la heroína.

Sufrir una sobredosis.

Casi morirme a los veintidós.

Sí; esas eran, sin duda, el top tres.

Pero esto, ahora mismo, tenía que estar en lo alto de la lista de estupideces peligrosas.

Para empezar, estaba invadiendo una propiedad privada, en el aparcamiento de un bar que pertenecía a un miembro de mi antigua banda, Dirty. Toda la banda estaba dentro del bar, y aunque no tenían ni idea de que yo estaba aquí, estaban a punto de enterarse. Y la verdad es que no estaba nada seguro de cómo iban a reaccionar.

Pero de algo estaba seguro: probablemente no iban a ponerme la alfombra roja.

Y por si fuera poco, el bar estaba plagado de seguridad, y los tíos de seguridad que acompañaban a Dirty últimamente eran casi todos exmilitares o moteros. Lo cual significaba un montón de tíos que sabían cómo hacer sangre.

Y por último, pero no menos importante, estaba apoyado en una moto aparcada al fondo del aparcamiento detrás del bar. Una Harley. Una moto que no era mía pero que claramente pertenecía a un

motero serio: uno de los West Coast Kings, a juzgar por la insignia negra y esquelética del rey de picas pintada sobre el depósito.

Era la moto de Jude Grayson. Jefe del equipo de seguridad de Dirty. Al menos, eso era con lo que contaba.

Si no era la de Jude, confiaba en que, como mínimo, fuese la moto de alguien conocido suyo, y que por tanto no fueran a asesinarme en el instante en que el motero en cuestión saliese por la puerta trasera del edificio.

Estaba haciendo lo que siempre hacía cuando me ponía nervioso: tocar la guitarra. Pero mi cabeza estaba puesta en aquella puerta. Estaba pintada de rojo, con una cámara de seguridad en la pared encima, apuntando directamente hacia abajo. No estaba apuntando hacia mí, pero eso no significaba que no hubiera alguna otra que sí.

Estaba cayendo la tarde y el aparcamiento estaba desierto. Había unos cuantos camiones grandes, de los que transportan equipo de bandas, material de rodaje y mierda para el escenario, y varios vehículos más encajados en las estrechas plazas. Pero había una valla alta alrededor del recinto con una verja cerrada con llave, y por lo visto nadie en Los Ángeles era lo bastante idiota como para saltar esa valla para entrar.

Nadie salvo yo.

Iba por la mitad de *Wish You Were Here* de Pink Floyd cuando la puerta roja se entreabrió y asomó la cabeza de un tío. Abrió la puerta de una patada y salió; se dirigió directo hacia mí, abriéndose paso entre los coches aparcados mientras la pesada puerta se cerraba de golpe tras él. Y sí, era un motero. Un motero novato. No podía tener más de diecinueve años. Llevaba un taco rebosante en una mano, a medio comer, así que debí de haberle interrumpido la cena.

Podía haber sido el tío con el pinganillo que se había materializado en la acera poco después de que yo saltara la valla; podía haber sido alguien mirando las cámaras de seguridad. Pero alguien le había avisado de que yo estaba aquí fuera. Y como no había sido el propio Jude quien había salido, fuera quien fuese probablemente no me había reconocido.

Alguien nuevo en el equipo.

Este chaval, con un chaleco de cuero negro de los Kings sobre la camiseta, con un parche cosido en el pecho que decía *Prospect*, parecía más flipado con mi estupidez que cabreado. No le conocía, y que me reconociera o no parecía lo de menos. En cualquier caso, los ojos se le salían de las órbitas en dirección a mi culo, que estaba posado sobre el asiento de la moto.

Quizá con un poco de suerte también estaba flipando con mis habilidades musicales, porque no paraba de mirar de la moto a mi guitarra y a mi cara.

—¿Sabes de quién es esa moto? —dijo, con la boca abierta y llena de carne de taco que se había olvidado de terminar de masticar. Por lo visto, le preocupaba más que mi culo invadiera la moto que el resto de mi persona en el aparcamiento.

Seguí tocando, mirándole fijamente a los ojos, y dije:

—Sé de quién es la moto. Puedes decirle que Todd Becker está aquí para verle.

El chaval cerró la boca, masticó despacio un rato y me miró como si estuviera decidiendo si yo era peligroso, idiota o simplemente estaba loco. Al parecer, se decantó por lo último y negó con la cabeza. Echó un vistazo al tío de seguridad de paisano en la acera, que hacía como si no escuchara. Luego me lanzó una mirada de moterillo chulito que decía *Allá tú* y se metió de nuevo dentro.

Y por primera vez en todo el día, me pregunté de verdad si esto era un puto error monumental.

Lo último que quería era meterle a Jude en ningún marrón.

Cuando me enteré de las audiciones para el nuevo guitarrista rítmico de Dirty, mi plan había sido ir directo a Vancouver a probar suerte. Pero luego cambié de opinión. Las audiciones solo empezaban en Vancouver, pero terminaban en L.A. la semana siguiente. Y cuanto más lo pensaba, más sentido tenía esperar.

Entonces llamé a Jude y descubrí que ni siquiera estaba en Vancouver. Ya estaba en L.A. Y eso terminó de decidirme.

Le dije que iba a ir.

Se rio.

La verdad es que no creo que se lo creyera de verdad.

Pero aquí estaba.

Toda la semana había estado pasando el rato en la taquería cutre del otro lado de la calle. Cada mañana, veía cómo la cola de aspirantes crecía, serpenteando por la acera detrás de la cuerda de terciopelo y doblando la esquina. Cada tarde, veía cómo la multitud se iba reduciendo hasta que el último guitarrista salía del edificio. La mayor parte del tiempo me había sentado en la acera, tocando mi acústica, y aunque no estaba tocando en la calle a propósito, la gente me había tirado dinero.

Eso fue raro.

Hubo un tiempo en que tuve un álbum número uno. Ahora tenía billetes arrugados en la funda de la guitarra.

Al final de cada día, había comprado tres tacos y un zumo. Se los daba al viejo que vivía detrás de la taquería, junto con todo el dinero sobrante. Quizá eso era solo financiar una adicción, y quizá después de todo lo que yo había pasado con mi propia adicción debería haber tenido cuidado con eso. Pero el tío tenía setenta y seis años y vivía en un callejón; si quería whisky para desayunar, a mí me parecía que eso era cosa suya.

Pasaron varios días antes de que siquiera vislumbrara a algún miembro de la banda.

El jueves, justo cuando el sol empezaba a ponerse, Dylan Cope salió del recinto vallado de detrás del bar —su bar— a la acera con unos cuantos tíos más. El tío era absurdamente alto, y además su pelo rojizo e indomable era una llamarada bajo el sol del atardecer, así que era imposible confundirle. Sonreía. Se reía.

El batería de Dirty era sin duda el más tranquilo de todos los miembros de la banda, y no es que no se me hubiera ocurrido apelar a su carácter relajado para conseguir su perdón. El problema era que nunca iba a ser tan fácil. Dylan era un jugador de equipo casi en exceso; el tío no se cambiaba los calcetines sin que el resto de la banda le diera antes su aprobación.

Especialmente la de Elle.

A ella también la había visto, esa misma tarde. Elle Delacroix, la bajista de Dirty. También inconfundible con su larga melena rubio platino recogida hacia atrás en una coleta alta, su figura esbelta y bronceada embutida en un vestido blanco diminuto y botas altas.

Había salido con un pequeño séquito: su asistente, Joanie, un tío tieso vestido de negro que probablemente era de seguridad, y un par de mujeres más. Ni siquiera pude verle la cara. Habló con los chicos, sobre todo con Dylan, y después de darle un abrazo y un beso en la mejilla, desapareció detrás del edificio.

¿Estaban saliendo ahora? Ni idea.

No era precisamente alguien que estuviera al tanto de las cosas.

Sabía que Elle había salido con Jesse Mayes, el guitarrista principal de Dirty, hacía un tiempo; eso lo sabía todo el mundo. Así que quizá todo era posible. Pero Dylan se quedó en la acera con un grupo de tíos, hablando, algunos fumando, mucho después de que el todoterreno de cristales tintados se llevara a Elle.

Hoy, el último día de audiciones, había esperado al otro lado de la calle hasta el final del día. Hasta que el último de los aspirantes fue rechazado y se marchó, guitarra en mano. Recordaba esa sensación con una nitidez brutal. Darlo todo tocando con la esperanza de que te vieran, de que te volvieran a llamar, sin tener ni idea de si eso iba a pasar o no.

Yo había estado en esa situación varias veces en mi vida. Ninguna más estresante que cuando conocí a Dirty a los diecinueve años. Cuando su vocalista, Zane Traynor, me llevó a su casa, al garaje de su abuela, a conocer a la banda. En cuanto los conocí y los oí tocar, supe que tenía que hacer lo que fuera para que me dejaran quedarme. Ya había tocado con bandas de garaje antes. Pero estos tíos eran otra cosa. Y ya tenían un guitarrista de la hostia en Jesse.

Así que sabía que tenía que aportar algo diferente.

Los siguientes tres años de mi vida los pasé empeñado en hacer exactamente eso.

Desde aquella primera audición informal hasta el último concierto que toqué como miembro de Dirty —la noche que me echaron de la banda— supe que tenía que petarlo. Currar como un animal para ganarme la oportunidad que me habían dado. Tenía que devolverles algo que no hubieran visto nunca, que no hubieran oído… algo sin lo que no pudieran vivir.

Igual que tenía que hacer ahora.

Y para eso, había decidido que tenía que ser la última persona que vieran hoy. La última persona que *oyeran*. El último guitarrista en hacer la audición para el puesto. *Mi* antiguo puesto.

Para que, viniera lo que viniese antes, no pudieran olvidar mi actuación en la avalancha de todas las demás.

Guardar lo mejor para el final.

Eso era lo que pensaba, lo que me repetía a mí mismo, mientras estaba aquí sentado fuera, mirando hacia dentro. Esperando a que Jude saliera y me *dejara* entrar.

Pero esperar no era nada nuevo para mí.

Había esperado siete largos años a que Dirty recapacitara, a que me pidieran volver a la banda. Había escuchado álbum tras álbum, les había visto girar por el mundo, tocando mis canciones, con un guitarrista tras otro que no era yo.

Y entonces, aquel día del año pasado, vi a Zane en la playa… Me pidió que fuera a tocar con él, igual que había hecho tantos años atrás. Y aquella *jam* se convirtió en una reunión con él y Jesse, y aquello se convirtió en un concierto de reunión en Vancouver, en un garito llamado the Back Door, donde solíamos tocar. De eso hacía poco más de seis meses. Yo, arriba en el escenario con los cuatro miembros fundadores de Dirty —Zane, Jesse, Dylan y Elle— para una canción. Nuestro mayor éxito. *Dirty Like Me*.

Y me pidieron que volviera a la banda.

Y la hermana de Jesse, Jessa, les contó algunas mierdas feas sobre mí.

Y me volvieron a echar.

Durante seis meses, esperé una llamada que nunca llegó.

Y ahora aquí estaba. Dispuesto a demostrarles a todos lo equivocados que estaban conmigo, mientras tocaba para sacarme los nervios con la música. Mientras la puerta roja se abría por fin… y aparecía Jude.

Tío grande, musculoso. Intimidante, si no le conocías. O quizá incluso si le conocías. Pelo oscuro, casi negro. Camiseta negra, tatuajes brutales bajándole por los brazos, vaqueros y botas de motero.

Y cara de no estar nada impresionado cuando me vio.

Hizo un gesto al tío de paisano, que seguía merodeando por la acera, vigilándome. Solo un movimiento de barbilla. *Lárgate*, decía ese gesto. El tío desapareció, doblando la esquina del bar y perdiéndose de vista para cuando Jude salió al aparcamiento y la puerta se cerró de golpe tras él.

Había cambiado de canción, así que ahora intentaba no cagarla con *The House of the Rising Sun* mientras Jude se acercaba. Se detuvo a medio metro de su moto, de mí, y me miró de arriba abajo como asegurándose de que *no* me había vuelto loco.

—¿Me estás vacilando? —fueron las primeras palabras que salieron de su boca. No eran exactamente hostiles. Sonaban más bien a que estaba moderadamente flipado, aunque no tan flipado como el chaval del taco.

Dejé de tocar, aplastando la mano sobre las cuerdas para silenciarlas.

—Has venido en moto desde Vancouver —observé—. ¿Te has cogido unos días libres?

Cruzó los enormes brazos sobre el pecho.

—Me gusta hacerlo de vez en cuando. Salir a la carretera. Solo. Desconectar de toda la mierda. —Me repasó de nuevo con su mirada oscura—. ¿Me traes mierda?

—Supongo que depende —dije— de cómo lo mires.

—Visto desde aquí, parece mierda.

—Ninguna mierda. Esto es una audición. —Toqué unas líneas de *Voodoo Child* de Jimi Hendrix. Farolear, quizá—. He venido a hacer la audición.

Jude seguía sin parecer impresionado en absoluto.

—Las audiciones están cerradas. Solo con invitación. Preselección. Y nunca vi tu nombre en la lista… *Todd Becker*.

—Pues hazme la preselección ahora —dije, sin dejar de tocar, en voz baja, mientras hablábamos—. ¿Qué quieres oír? ¿*Fortunate Son*…? ¿*Roadhouse Blues*…? —Toqué un poco de cada canción mientras hablaba—. ¿*Dirty Like Me*…?

Jude permaneció en silencio, brazos cruzados, ojos oscuros observándome mientras tocaba. El tío era difícil de leer, pero el Jude que yo conocía siempre había disfrutado escuchándome tocar.

Habíamos inventado un juego, al principio de nuestra amistad, en el que él me lanzaba el título de una canción y yo se la tocaba. Si no me sabía la canción, fuera la que fuera, la aprendía, rápido. Era en parte gracias a Jude y a este jueguecito nuestro por lo que me había vuelto tan bueno con la guitarra. Porque si alguna vez me costaba dominar una canción que él me había pedido, no me dejaba olvidarlo jamás, a pesar de que el tío era incapaz de rasguear una melodía ni aunque le fuera la vida en ello. Y había convertido en su pasatiempo favorito retarme con las canciones más difíciles. En algunos casos, canciones que nunca habría aprendido si no llega a ser por él provocándome.

—¿Te sigue gustando Metallica? —Empecé a tocar *Master of Puppets*. No era mi banda favorita, pero en su día había dominado *Master* —nada fácil— para entretenerle.

Arqueó una ceja oscura, así que quizá estábamos avanzando.

—Te acuerdas.

—Difícil de olvidar. Me sangraron los dedos literalmente aprendiéndola.

Soltó un gruñido, que era lo más parecido a una sonrisa que iba a conseguir ahora mismo. Lo sabía.

—¿O qué tal un poco de Rage? —Cambié a *Killing In the Name* de Rage Against the Machine, otra de las favoritas de Jude. Al menos lo era hacía años.

Negó con la cabeza, lo cual interpreté como que su admiración por mis habilidades con la guitarra no venía a cuento en ese momento. Así que hice lo que sabía hacer: seguí tocando. Mi talento era la única carta real que tenía que jugar aquí.

Quizá era la única carta que había tenido que jugar en mi vida.

Killing era otra canción difícil —pesada y complicada de dominar. Yo la había dominado. Se la había tocado tantas veces, hacía mucho, que la llevaba en la sangre. Cualquier canción que hubiera aprendido alguna vez se me quedaba en la sangre; una vez aprendida, buena o mala, nunca perdía una canción. Ni siquiera cuando iba ciego perdido con la mierda que fuera que consumía. Lo cual era probablemente la razón por la que había aguantado tanto en Dirty.

Sí, sufrí una sobredosis en el autobús de gira y casi me morí. Pero siempre podía subirme al escenario a la hora del concierto y bordar cualquier canción.

Jude se quedó allí plantado, con esa expresión impasible en la cara; una expresión perfeccionada durante muchos años trabajando de seguridad para Dirty y montando con un club de moteros fuera de la ley. Pero como aún no me había dicho que me largara, sabía lo que probablemente estaba pensando.

No era tanto que estuviera pensando en su propio culo —en cómo podía salpicarle esto si me dejaba entrar en aquel bar. Lo más probable era que estuviera pensando en lo mucho que *a mí* me iban a patear el culo.

—¿Quieres que también te baile? —le reté, dejando asomar un poco de sarcasmo en el tono.

Jude permaneció en silencio hasta que se me acabó la canción. Entonces dijo:

—Así que va a ser así, ¿no?

—Eso parece.

—Lo que parece es un idiota tocando la guitarra en un aparcamiento —dijo. Pero entonces descruzó los brazos con un pequeño suspiro inaudible. Me estaba mirando de nuevo, de arriba abajo, como calculando cuánto tardaría la banda en reconocerme.

Sabía que las audiciones eran a ciegas. Pero no es que estuviera ocultando quién era. Aparte del nombre falso, seguía siendo yo.

Me había cortado el pelo nada más llegar a L.A.; hacía un calor de cojones, pero la verdad era que tenía hambre de un cambio. Un nuevo comienzo, quizá. Nadie me había visto con el pelo corto desde los doce, así que eso era diferente. También llevaba barba corta, aunque me la había dejado de forma intermitente los últimos años, y Dirty me había visto con barba. Llevaba gafas de aviador, pero esto no era exactamente un truco de Superman de gafas puestas/gafas quitadas. No me estaba haciendo pasar por Clark Kent con intención de sacar la capa después.

Este era yo, sin más.

Camiseta Cream desteñida, vaqueros gastados, botas de piel de serpiente, bandana en el bolsillo trasero. Pulsera de metal con la

palabra BADASS grabada, que Elle me regaló cuando me uní a Dirty y que nunca había dejado de llevar.

Me verían a un kilómetro de distancia y sabrían quién era.

Seth Brothers.

Antiguo guitarrista rítmico y compositor de Dirty. Estrella caída. Paria. Y aun así, le gustase a Dirty o no, favorito de los fans. A ningún guitarrista que vino después de mí lo quisieron tanto como a mí. Nadie quería que volviera a esta banda más que los fans. Eso lo sabía por los mensajes que seguía recibiendo a diario. Era la única razón por la que mantenía una cuenta en Twitter.

Eso era gran parte de lo que me mantenía aquí, frente a unas probabilidades cada vez peores. Estaba empezando a sentir lo malas que eran esas probabilidades, dada la reticencia de Jude a dejarme siquiera pasar por la puerta.

No tenía muy claro qué hacer al respecto. No esperaba que Jude fuera mi problema.

—¿Estás seguro de que quieres esto? —me preguntó, con sus ojos oscuros fijos en los míos—. ¿Ahora?

—Una vez dijiste que me cubrirías las espaldas, cuando llegara el momento.

—Digo muchas gilipolleces —admitió—. No todas inteligentes.

—Entonces tenemos eso en común.

Gruñó otra vez.

—Te diré una cosa. Me tocas Metallica y tienes tu audición.

—Genial —dije.

No era genial. La única canción de Metallica que me sabía lo bastante bien como para impresionar a alguien —quizá— era *Master of Puppets*, y esa no parecía la mejor opción para una audición de Dirty. Dirty no era una banda de metal.

Claramente, ese no era problema de Jude. Me dio la espalda, un gesto de despedida, y se dirigió de vuelta al bar.

Solté el aire; tenía la sensación de haberlo estado conteniendo toda la puta semana.

Guardé la acústica en su funda y la cogí, junto con la otra funda, la que contenía mi guitarra eléctrica: mi Gibson favorita. Y seguí a Jude.

No era exactamente una alfombra roja, pero servía.

CAPÍTULO 2

SETH

¿METALLICA?

¿Qué cojones iba a hacer?

Mientras seguía a Jude a través de la puerta roja, intenté pensarlo. Mi plan había sido tocar *Voodoo Child*, una canción que no cualquier imbécil con una guitarra podía bordar, porque yo sabía que podía petarla. *Y* porque sabía que Zane quedaría impresionado con el ego que hacía falta para petarla, Jesse quedaría impresionado con el trabajo de guitarra, Dylan estaría de acuerdo con prácticamente cualquier cosa que les pareciera bien a Zane y Jesse, y Elle adoraba a Jimi Hendrix con locura.

Ahí acababa el puto plan.

Pero no tenía mucho tiempo para montar otro. El ambiente del *backstage* me golpeó de inmediato, familiar e inquietante, mientras iba detrás de Jude. La parte trasera del edificio era una red de pasillos, despachos y almacenes que serpenteaban por detrás de la sala principal del bar. Entre las audiciones y la grabación de las audiciones había un montón de gente, seguridad, equipo técnico y otros que trabajaban para la banda o el bar, todos moviéndose de un lado a otro en un espacio muy reducido, un poco como bolas de pinball. Con prisas, pero sin correr.

Me descubrí buscando caras conocidas. Preguntándome con quién me cruzaría primero, y lo cabreados que estarían conmigo.

Aunque no todos en el universo Dirty estaban cabreados conmigo.

Jude no era el único que *podría* cubrirme las espaldas, llegado el momento. Lo sabía, y aun así, mientras miraba a mi alrededor… tenía que preguntármelo. La verdad era que no tenía ni idea de quién podría estar de mi lado y quién podría ponerme a caldo. En parte, esto se debía a que, hasta donde yo sabía, la mayoría de la gente no sabía realmente *por qué* me habían echado de la banda esta última vez. No se había hecho público exactamente.

Pero sobre todo era porque me costaba recordar, incluso en los mejores días, cómo habían acabado las cosas la *primera* vez que me echaron, con la mayoría de las personas a las que había querido como a mi familia.

Era vergonzoso —una puta vergüenza, en realidad— tener que admitírmelo a mí mismo, pero ahora mismo no podía esconderme de ello.

Llevaba limpio y sobrio casi cuatro años y medio, desde que por fin conseguí que la rehabilitación surtiera efecto, pero mi recuperación seguía en curso. Tenía los pies en el suelo, pero la cabeza aún no estaba bien. La mayoría de mis recuerdos de los años en que había estado consumiendo no estaban del todo intactos ni claros; los que se habían ido y luego habían vuelto a mí solían hacerlo en fragmentos dispares, discordantes. Había recuerdos que habían tardado años en volver, y sabía que algunos no volverían jamás. Y tenía que vivir con eso, cada día.

Era increíblemente desconcertante, esa sensación… Lo borroso de mis propios recuerdos, la falta de fiabilidad de mi propia mente. Mis confusas asociaciones emocionales con mi antiguo grupo, mi antigua familia.

Sabía que había decepcionado a mucha gente con todo lo que había pasado. Que había hecho daño. A gente que se había preocupado por mí.

Aunque no pudiera recordarlo.

Pero mientras recorría los pasillos, con el pecho tenso, cruzando la mirada con cualquiera que me mirase, todavía con las gafas de aviador puestas… no reconocí ni una sola cara.

Y de alguna manera eso me hacía sentir aún más incómodo.

Podía plantarle cara a mis errores. Podía mirar a la gente a los ojos y aguantar las acusaciones o la decepción o la rabia, por duro que fuera. Estaba preparado para eso.

Todo lo preparado que podía estar.

Pero ver a toda esa gente —desconocidos para mí— trabajando alrededor de la banda… Solo me recordaba cuánto tiempo había pasado entre nosotros, cuánto habían cambiado las cosas. No solo para mí, sino para ellos.

Y por primera vez desde que me había puesto en camino hacia esta audición, dudé de mí mismo.

¿De verdad volvería a encajar con ellos, incluso si me daban la oportunidad, como me había convencido de que pasaría?

Jude me llevó directamente a un despacho, y fue en el umbral, justo cuando estaba a punto de entrar, cuando vislumbré la primera cara conocida en el pasillo.

Katie.

La mujer de Jesse.

La había conocido, brevemente, en el concierto de reunión en Vancouver. Una chica dulce. Grandes ojos azul verdoso que me miraban fijamente ahora. Lo cual significaba que ella también me había reconocido.

Me detuve y me subí las gafas de sol a la cabeza. Ella cerró la boca de golpe, como si acabara de darse cuenta de que la tenía abierta. Estaba de pie junto a una mesa de comida con unas cuantas chicas más que no reconocí; ninguna de ellas me miraba. Solo Katie.

Le asentí con la cabeza.

Se cruzó de brazos y pareció dudar. Luego me devolvió el gesto.

Después se dio la vuelta, el pelo oscuro cayéndole sobre la cara, y yo seguí a Jude al despacho.

Jude estaba discutiendo con alguien mientras yo dejaba las fundas de guitarra en el suelo. Una mujer. Menuda y guapa, tenía el pelo largo, liso y oscuro, y sabía quién era.

Maggie Omura, la subdirectora de Dirty.

Nunca había trabajado con Maggie. Ella empezó a trabajar con Dirty después de que me echaran, pero llevaba con la banda mucho tiempo. Más del que yo estuve nunca.

—Es solo uno más, Maggie —estaba diciendo Jude.

—¿Quién? —dijo ella—. ¿Cómo se llama? —Tenía un iPad en la mano y ni siquiera se había fijado en mí todavía.

Me quedé allí de pie al lado de Jude, y cuando él dijo «Todd Becker», Maggie levantó la vista, la cara inexpresiva.

Entonces me vio.

Y su cara bonita se heló.

—Ni de coña. ¿Cómo ha entrado aquí? —Su llamativa mirada gris se clavó en Jude—. ¿*Tú* le has dejado entrar?

—¿Te he pedido alguna vez un favor, Maggie May? —respondió Jude con calma.

—No me vengas con *Maggie May*, Jude. Tú nunca me llamas *Maggie May*.

—Pues ya ves lo importante que es —dijo él.

—Brody me va a despedir —siseó—. *Y* a ti también. —Ni siquiera me miró al decirlo, como si hacerlo pudiera acelerar el proceso de despido. En cambio, le sostuvo la mirada a Jude, lo cual no era fácil, ya que Jude era enorme y ella era diminuta. Los dos me recordaban a aquel dibujo animado de Looney Tunes con el bulldog y el gatito.

—Eso no va a pasar nunca, cielo —dijo Jude sin inmutarse—. Y lo único que te pido es que mires para otro lado.

—Y no me llames *cielo* tampoco —dijo ella—. Lo que me estás pidiendo es que les diga a Liv, a Brody y a la banda que tenemos que seguir grabando, y eso no es decisión mía. Ya hemos terminado por hoy.

Liv.

Otra persona que conocía, de hacía mucho. Liv Malone era una directora con un talento increíble que había dirigido el primer videoclip de Dirty, y sabía que había trabajado con la banda en un montón de proyectos a lo largo de los años. También había dirigido el vídeo de la versión en solitario de Jesse de *Dirty Like Me*, uno de los vídeos de rock más populares de la historia. Si ella estaba dirigiendo esta grabación, eso podía jugar a mi favor, quizá. Liv y yo siempre nos habíamos llevado bien. Pero aquello fue entonces; no la había visto en años.

—¿Puedo ver a Liv? —pedí—. Por favor.

Maggie me miró, por fin. Toda la fuerza de sus afilados ojos grises se clavó en mí. Después fulminó a Jude con la mirada otra vez.

—Esto es cosa tuya —dijo, pero más o menos suspiró al darse la vuelta y salir de la habitación a grandes pasos, como si supiera que, en realidad, no lo era.

—Tranquilo —me dijo Jude—. Es un gatito. —Entonces se le dibujó media sonrisa, y mientras la seguía hacia la puerta, añadió—: No te muevas de aquí, joder.

No era un problema. No iba a ir a ninguna parte.

La puerta seguía abierta, y podía ver un pasillo corto. Pasaron unas cuantas personas, pero nadie se fijó en mí mientras esperaba, solo.

Miré alrededor del despacho; era un despacho de bar típico. Muebles de oficina baratos y una caja fuerte. Un montón de pósteres de bandas hechos polvo cubrían las paredes. Me quedé mirando uno de ellos. Era una foto de Elle, la portada de su álbum en solitario de hacía unos años. *ELLE* ponía, en grandes letras doradas. Y debajo, el título del álbum en negro: *BOLD*.

Estaba de pie contra una pared blanca, con unos vaqueros blancos ajustadísimos y una camiseta blanca de tirantes. Llevaba el pelo alisado sobre un hombro y los labios pintados de rojo cereza. Me miraba fijamente, toda descaro y seguridad.

Le devolví la mirada un momento, como hacía siempre que veía una foto suya.

Después me di la vuelta.

Saqué mi Gibson de la funda, me la colgué y empecé a tocar, calentando un poco. La mantuve baja, sin querer llamar la atención.

Cuando levanté la vista de nuevo, Elle estaba allí, en carne y hueso.

Estaba en el pasillo, hablando con Ashley Player, el vocalista de los Penny Pushers. Estaba claro que ninguno de los dos me había visto.

Los Pushers a menudo giraban con Dirty, y solo podía suponer que Ash estaba aquí por Dylan; sabía que los dos eran mejores

amigos. Pero no era con Dylan con quien hablaba ahora, en voz baja y susurrante, y de pie jodidamente cerca.

Observé cómo Ash le ponía las manos en la cintura estrecha a Elle. Cómo sus dedos se curvaban sobre ella. No podía descifrar el tono exacto de la conversación, pero parecía… íntima.

Aparté la mirada, un ardor subiéndome por la garganta. Tragué saliva. Las manos me empezaban a sudar y tuve que dejar de tocar para secármelas en los vaqueros.

Era una canción difícil. Sobre todo cuando no la había tocado en años y tenía las manos mojadas.

Joder, quizá esto *sí* era un error.

Imágenes de mi fracaso, de cagarla en esta audición y hacer el puto ridículo, me cruzaron la cabeza…

Pero le había pedido a Jude que me trajera hasta aquí, y ahora Maggie estaba involucrada. Liv estaba a punto de estarlo.

Así que a la mierda. Ya no había vuelta atrás.

Se lo debía a Jude, como mínimo.

Tenía razón en lo que me dijo cuando me echó —la segunda vez — en nombre de la banda. Nunca había sido cuestión de dinero, ni siquiera de la música. Para la banda, y para mí, era mucho más que eso.

Era cuestión de lealtad. De compañeros de banda. De familia.

Y no podía alejarme de eso sin pelear.

Me había jurado a mí mismo que nunca volvería a hacerlo.

Pero aun así… me estaba poniendo nervioso de cojones con lo de ver a la banda. Con que *ellos* me vieran a *mí*.

No había estado frente a frente con ningún miembro de Dirty desde que me echaron hacía más de seis meses. Desde la bronca con el *manager* de Dirty, Brody Mason, en la vieja iglesia donde la banda componía y ensayaba; cuando me pegó un puñetazo en la cara sobre el escenario. Varios.

Había hablado con Zane unas cuantas veces por teléfono, brevemente, y aunque no parecía contento con el asunto, su postura había sido del tipo: *No puedo hacer mucho, tío. Esto es cosa de Brody y Jesse*.

Hablé con Dylan una vez por mensaje, y me dijo más o menos lo mismo.

Ni Jesse ni Brody querían hablar conmigo.

Elle no había devuelto mis llamadas a su asistente. Eso era lo que más dolía, en realidad. Elle; saber lo que debía de pensar de mí después de lo que pasó. Brody, atacándome delante de la banda. Rompiéndome la nariz.

Acusándome de haber *violado* a Jessa Mayes.

Ese recuerdo me revolvió las tripas ahora, igual que siempre. Pero eso también tenía que afrontarlo. Eso formaba parte del trato al volver aquí.

Porque no podía dejar que una acusación así siguiera ahí para siempre.

Volví a mirar a Elle y a Ash en el pasillo… y podía ver cómo había cambiado con los años. Seguía siendo preciosa. Más, quizá. Más… pulida. Glamurosa, con su top blanco sin tirantes, tirantes dorados y unos vaqueros ceñidos de tiro bajo, rotos con estilo. Su largo pelo rubio platino estaba liso y alisado sobre un hombro, una sola trenza gruesa recogiendo la parte de arriba hacia atrás desde la cara. Pero a pesar del brillo dorado de su piel besada por el sol, sus labios brillantes, su cara fresca y maquillada a la perfección… por debajo de todo aquello, parecía agotada.

O quizá estaba agotada solo por la conversación.

Mientras Ash le hablaba en voz baja, cerca de su cara bonita, ella solo asentía, con la boca tensa. Y me golpeó: que yo no había estado allí para acompañarla a través de toda la mierda que venía con el éxito, la locura de la fama.

La había fallado.

Les había fallado a todos.

La vi girarse y alejarse, mi mirada cayendo a su culo perfecto y prieto en sus vaqueros ceñidos. Después desapareció por una puerta.

Ash se quedó allí un momento después de que Elle se fuera, mirando la pared. Luego se giró.

Me miró directamente.

Me había olvidado de que se suponía que debía estar practicando mi canción, y nuestras miradas se cruzaron. El reconocimiento le inundó la cara y echó a andar hacia la puerta abierta.

—¿Es esto lo que creo que es? —preguntó, entrando en la habitación conmigo. Miró cada rincón, como si esperara que hubiera alguien más.

El corazón me latía un poco demasiado fuerte, así que respiré hondo. No tenía ni idea de cómo estaban las cosas entre Ash y yo. Esperaba que no estuvieran como con Brody.

—Si crees que estoy aquí para la audición, entonces sí.

Se quedó paralizado.

—Me estás vacilando.

—No.

Asimiló aquello, mirándome de arriba abajo. Yo hice lo mismo con él. Pelo negro azabache de surfista, *piercings*, tatuajes que parecían multiplicarse cada vez que lo veía. Una mirada seria, pensativa, en sus ojos azules.

No tenía ni idea de lo que estaba pensando. No conocía demasiado a Ash, aunque lo había visto unas cuantas veces a lo largo de los años. En el concierto de reunión me dijo que me admiraba, musicalmente. Se definió como «un fan». Bastante humilde en ese sentido, porque el tío sabía tocar la guitarra, sabía componer, y desde luego cantaba muchísimo mejor que yo.

—¿Estás aquí con Dylan?

—Estoy aquí con la banda —dijo—. La banda residente. Una banda de estrellas. —Una sonrisa burlona le cruzó los labios—. Tenemos a Raf ahí fuera. A mi tío Pepper. Tocamos con los chavales que audicionan, intentamos que suenen bien. O mal. —La sonrisa se volvió maliciosa—. Tengo que decirte que ha habido mucha mierda ahí fuera. —Me miró otra vez, como si todavía estuviera procesando mi presencia.

—¿Hoy?

—Toda la puta semana. —Se cruzó de brazos—. ¿En serio? ¿Estás aquí para la audición?

—Sí.

—¿Has elegido canción?

Sí, había elegido canción. No fue fácil, ya que tenía que mostrar de alguna manera lo que sabía hacer, impresionar a Dirty y satisfacer la petición gilipollas de Jude de Metallica. Pero había aprendido, por experiencia, cómo arrasar incluso con los retos más absurdos de Jude.

—¿Os sabéis *Stone Cold Crazy*? —respondí.

Jude nunca especificó que tuviera que ser una canción *compuesta* por Metallica.

Ash pareció impresionado, así que al menos iba por buen camino.

—Joder, sí —dijo, echando un vistazo a mi guitarra, como asegurándose de que estaba listo para esto—. ¿La quieres de Queen o de Metallica?

—La quiero de Ashley Puñetero Player —dije.

Ante eso, la sonrisa se le encendió en la cara. Negó con la cabeza.

—Vale. —Luego dio un paso hacia mí, me dio una palmada en el hombro y dijo—: Cuidado con lo que pides.

—Me estás *vacilando*.

La voz de una mujer vino de detrás de Ash. Él se giró, dejando ver a Jude y Maggie en la puerta… y a una mujer menuda, como un duendecillo, con el pelo castaño corto y gafas, vestida con un jersey de abuela, vaqueros y botas militares.

Ash sonrió.

—Eso he dicho yo.

—Hola, Liv —la saludé.

Liv se me quedó mirando, pero podía ver su mente astuta funcionando a toda velocidad detrás de sus gafitas.

—¿Grabamos esto o qué? —Ash miró de Liv a mí. Estaba empezando a cargarse de energía; podía sentir el ego de cantante principal floreciendo con el reto de la canción que había elegido.

—Eh, sí. Grabamos esto —dijo Liv—. Moved el culo ahí fuera. —Y acto seguido estaba con el móvil, Ash salía disparado por el pasillo, y Jude me hacía señas para que le siguiera.

Maggie suspiró y murmuró: «Dios santo», y desapareció por una puerta del pasillo.

Ash pasó por otra puerta, que habían pintado con spray con una sola palabra: STAGE. Yo estaba en el umbral, a punto de seguirle, cuando la manaza de Jude se me posó en el hombro y me detuve.

—Hazme un favor —dijo, mirándome a los ojos—. No la cagues. —Luego me soltó.

Asentí, tragué saliva y crucé la puerta del escenario, solo. La puerta era pesada, insonorizada, y se cerró de golpe tras de mí con un *bang* rotundo.

Salí al escenario negro, con los focos en los ojos. El escenario era literalmente negro; pintado de negro y machacado por el equipamiento. Era un bar de rock que habían convertido en local de baile; a veces las bandas seguían tocando aquí, a veces un DJ reinaba sobre el público. Ahora mismo, yo era la atracción principal.

Aunque nadie podía verme.

Oí voces, difusas más allá de la suave música de rock clásico que sonaba por el sistema de sonido del bar. Era *Undun* de The Guess Who. Lo cual tenía sentido si sabías que Burton Cummings era uno de los grandes ídolos vocales de Zane, y también que a Zane le gustaba hacer de DJ siempre que podía, incluso en el bar de Dylan, por lo visto.

Podía imaginarme a Zane ahí fuera, con su larga cresta falsa rubia, repantigado en una silla, discutiendo con Jesse sobre prácticamente cada guitarrista que habían audicionado. Zane y Jesse rara vez se ponían de acuerdo en nada; me preguntaba si eso habría cambiado con los años.

Con cada paso que daba sobre el escenario, esto se volvía más real. Los miembros de mi antigua banda estaban en esta sala. *Ahora mismo.*

El ardor me subía por la garganta otra vez e intenté aclararme la voz, en voz baja, como si alguien pudiera oírme. Al menos esto no era una audición de canto; probablemente no podría con eso.

Pero por muy nervioso que me sintiera, mis manos sabrían qué hacer.

A medida que mis ojos se ajustaban a las luces, vi una batería en el otro extremo del escenario, y Pepper, el batería de los Penny Pushers, de pie detrás haciendo girar las baquetas. No pareció

fijarse en mí. Estaba hablando con alguien en las sombras detrás de él, quizá alguien del equipo técnico. Ash había desaparecido, esfumado por algún sitio allí que yo no podía ver por culpa de la enorme pantalla de seda que me separaba del resto de la sala, incluida la mayor parte del escenario y mi banda de apoyo.

Un par de tíos del equipo técnico habían aparecido, moviéndose a mi alrededor, encendiendo cosas, y alguien enchufó mi guitarra.

Y aquel sonido familiar… el chisporroteo de la electricidad y el pitido del acoplamiento. Me transportó de golpe al último concierto que toqué con Dirty, el de reunión en Vancouver. Y a cómo el público había adorado aquello. Me había adorado a *mí*.

Respiré hondo, dejando que los recuerdos de aquel concierto me inundaran los sentidos… y los nervios me abandonaron.

La certeza volvió a posarse sobre mí.

Toda aquella mierda de que me echaran de la banda —de *mi* banda… era como si no hubiera pasado nunca.

Esto es lo que soy.

Aquí es donde pertenezco.

Los fans lo sabían, aunque Dirty no.

Quizá Jude también lo sabía. Quizá Ash lo sabía. Quizá Liv lo sabía, y por eso estaba haciendo que esto ocurriera.

Y si eso era cierto, solo necesitaba demostrárselo a Dirty. Demostrarles que yo *era* Dirty, tanto como cualquiera de ellos.

Obviamente, la había cagado. Lo sabía. Mi talento había hecho realidad mis sueños más locos, pero había dejado que mi adicción convirtiera esos sueños en una pesadilla.

Había caído de bruces.

Había fracasado. Épicamente.

Pero mis recuerdos de fracaso no iban a detenerme. Estrellarme de un fracaso al siguiente, tocar fondo, arañar el camino de vuelta y seguir rodando, más fuerte que antes… eso era lo que hacía falta para estar *aquí*.

Ahora mismo.

Más fuerte que nunca.

Era un hombre cambiado, y ya no estaba de coña.

Dirty necesitaba un nuevo guitarrista, pero desde luego no necesitaban al Seth Brothers que conocían; eso lo sabía hasta yo. Ni al Seth que hizo un intento a medias de volver en el concierto de reunión, empeñado en una especie de cierre que nunca llegó.

Mientras me bajaba las gafas de sol y me preparaba para arrasar con esta canción, sabía que estaba preparado —más que preparado — para recuperar lo que era mío. Y sabía, con certeza, que iba a reventar esta audición.

Creían que me conocían…

Pero aún no habían *conocido* a Seth Brothers.

CAPÍTULO 3

ELLE

A LA MIERDA CON ESTO.

Estaba hasta las narices.

Mientras volvía a salir al bar, me sentía inquieta y agitada. Aburrida, en realidad. ¿Qué coño quedaba por discutir? Estábamos en un punto muerto. No habíamos avanzado nada aquí.

Todo aquel puto proceso era una pérdida de tiempo.

Audiciones que te dejaban el cerebro frito. Escuchar a aspirantes a estrellas de rock tocar canción tras canción. La mayoría, malas. Algunas, buenas.

Unas pocas, muy, muy buenas.

Ninguna de ellas, Dirty.

Habíamos seguido el proceso hasta el final, para las cámaras, para nuestro acuerdo con la cadena, pero extraoficialmente todos sabíamos que, en cuanto a talento, todo se reducía a Johnny O'Reilly o Boz Bailey: un par de estrellas de rock de verdad que ya conocíamos.

Johnny, si conseguíamos convencerle de dejar su otra banda y unirse a nosotros; poco probable, ya que tenían una canción en lo más alto de las listas de indie rock en ese preciso momento y nuestra última conversación había acabado siendo una discusión a tres bandas entre Johnny, Jesse y Zane.

Boz, si conseguíamos sortear sus problemas para viajar. Es decir, tenía prohibida la entrada en Estados Unidos de por vida por un delito relacionado con drogas de hacía más de una década.

Una noticia estupenda para una banda de gira.

Opciones de puta madre.

Si no podíamos cerrar el trato con Johnny o Boz, se reducía a una de estas audiciones, y ninguno de nosotros estaba contento con las opciones.

Bueno, algunos sí, pero ninguno de nosotros se ponía de acuerdo en *cuáles* nos convencían.

Me desplomé en una de las sillas que habían colocado en semicírculo en la pista de baile, frente al escenario, para nosotros: la banda y nuestro productor discográfico. Habíamos acordado, sin problema, que tenía sentido grabar las audiciones de L.A. en el bar de Dylan, porque era el tipo de sitio donde podríamos hacer audiciones reales, aunque no las estuviéramos haciendo para una serie documental de televisión. Nadie quería ir a grabar a un plató de televisión o en un decorado falso, y Zane, en particular, dijo que de ninguna manera iba a «sentarse en un puto trono como en un *reality* de mierda y juzgar a la gente».

Así que aquí estábamos, en viejas butacas de teatro rescatadas de algún teatro abandonado, en medio del local de Dylan, con una banda residente en el escenario formada por amigos nuestros, y la cosa tenía un punto jodidamente acogedor; lo único raro era el equipo de rodaje y las cámaras, y por supuesto, la enorme pantalla que habían montado, bloqueándonos la vista de un lado del escenario, donde los aspirantes se ponían a tocar la guitarra para nosotros. Había luces detrás de la pantalla que proyectaban una especie de silueta, pero era bastante borrosa. La mayor parte del tiempo no podías distinguir si era un hombre, una mujer o un alienígena dándolo todo ahí detrás.

Zane se había quejado de eso, dijo que necesitábamos ver el aspecto de la gente como parte del proceso, pero Brody nos había convencido de aceptar la idea, que era toda de Liv. Y habíamos confiado en Liv, como siempre.

Las audiciones a ciegas quedan bien en televisión, había dicho. *Añadirán dramatismo*.

Como si necesitáramos algo que añadiera dramatismo a unas audiciones en directo con Zane en la sala. Y con todos nosotros

discutiendo sobre cada guitarrista que tocaba para nosotros. En lo único que habíamos coincidido hasta ahora era en quiénes habían sido un desastre total en la audición.

En ese momento, los chicos seguían discutiendo, lo cual significaba que, aunque mi cabeza ya estaba en una playa de Kauai, tenía que aparentar estar *aquí* hasta que terminaran con su debate.

Como siempre, Jesse y Zane chocaban. Dylan estaba recostado con la boca cerrada, y yo estaba haciendo un esfuerzo enorme por no perder los papeles. Habíamos terminado hacía ya casi media hora; yo ya me había largado a mirar los mensajes y había vuelto. Ahora íbamos por la mitad de los grandes éxitos de The Guess Who y *seguían* debatiendo sobre el tío de Vancouver que se las había arreglado para impresionar a Jesse la semana pasada con su versión de *Crazy Train* de Ozzy Osbourne, y la chica que ayer había tocado una versión extrañamente ralentizada y de algún modo sensual de Avenged Sevenfold.

—Si no tuviera tetas —decía Jesse—, ¿seguirías pensando que tocó *God Damn* como para merecer la pena?

Estaba sentado en el asiento a mi izquierda, aunque apenas le había mirado en todo este proceso, a menos que las cámaras estuvieran grabando y tuviera que aparentar normalidad.

—¿Tenía tetas? —dijo Zane con sequedad. Estaba repantigado al otro lado de Jesse, con su característico chaleco de cuero negro sobre una camiseta blanca desgastada, y unos vaqueros de tiro bajo que enseñaban demasiada línea de vello depilada. Zane tenía un cuerpazo, sí. ¿Quería verlo? No.

Se echó el pelo rubio hacia atrás con una mano cargada de anillos y sus ojos azul hielo se cruzaron con los míos. Me guiñó un ojo.

Suspiré.

No me molesté en mencionar que la chica en cuestión apenas tenía dieciocho años y probablemente no debería haber estado aquí en absoluto, y seguramente *no* habría estado si no fuera porque estábamos grabando estas audiciones, y lo de «buena televisión» y toda esa mierda.

—Entonces, si nadie arrasa con esto, ¿dónde estamos? —preguntó Dylan, por enésima vez esa semana, harto de la discusión. Estaba sentado a mi derecha, sus largas piernas enfundadas en vaqueros estiradas frente a él. Le miré y me lanzó una mirada de sufrimiento, sus ojos verdes suplicándome que le ayudara a acabar con esta locura—. ¿Elegimos a alguien para la serie —sugirió— y le despedimos cuando acabe el contrato?

—Ni hablar —dijo Jesse.

—¿Y por qué no? —replicó Zane—. ¿A quién coño le importa? Aguantamos, disfrutamos de la publicidad, y si son una mierda, les echamos.

—Ni de puta coña —dijo Jesse—. No voy a compartir el escenario con nadie con quien no quiera compartirlo.

—Nadie quiere hacer eso —intervino Brody. Estaba de pie contra la pared, brazos cruzados en su cazadora de cuero, y apenas había dicho nada desde que se fue el último guitarrista. Normalmente no hablaba cuando las cámaras estaban grabando, pero ahora que habíamos terminado y seguíamos discutiendo, estaba claro que necesitábamos la voz de la razón entre nosotros—. Pero tenemos una obligación con la cadena. Si no podemos elegir a alguien, puede que nos pidan ampliar la grabación y seguir buscando.

Miró al productor de la serie, que también estaba sentado al fondo, contra la pared, jugando con el móvil. Él apenas hablaba, aparte de lamernos el culo con entusiasmo a la menor oportunidad, apoyándose en gran medida en Liv para dirigir todo esto creativamente.

¿Y dónde coño estaba ella ahora? Formaba parte del acuerdo, y francamente, una de las razones principales por las que la cadena había dado luz verde a la serie.

Una razón principal por la que *nosotros* habíamos accedido a hacer la serie.

—No está en el presupuesto actual —confirmó el productor, mirándonos y asintiendo con entusiasmo, como si lo que había dicho fuese de alguna ayuda. ¿Frank algo? No me había molestado en recordar su nombre—. Pero, sí. Probablemente lo pedirán.

—Que le den al presupuesto. —Ese fue Zane.

—Estoy de acuerdo —dijo Jesse, y me giré a mirarle, porque estar de acuerdo con Zane era algo a lo que solía ser alérgico—. Prefiero que lo paguemos nosotros y sigamos buscando hasta encontrar a alguien adecuado. —Sus ojos castaño oscuro se encontraron con los míos; su cara preciosa estaba a escasos centímetros de mí. Se me retorció un poco el estómago, pero no de la misma manera que se me retorcía cuando éramos pareja. Ni antes de eso, cuando quería que lo fuéramos, desesperadamente.

Era un retorcijón de incomodidad.

Y me pregunté: ¿cuándo cojones iba a desaparecer eso? ¿*Alguna vez* sería capaz de mirarle y sentir… nada? Nada más que lo que sentía cuando miraba a Zane… una apreciación completamente impersonal de sus encantos masculinos, porque me resultaban completamente indiferentes.

Aparté la mirada. Él y Zane tenían razón, pero no era lo que quería oír ahora mismo. Estábamos todos quemados con esta búsqueda. No la búsqueda que empezó con las audiciones la semana pasada. La búsqueda que empezó hace siete años, cuando perdimos a Seth.

Habíamos pasado por ocho guitarristas rítmicos diferentes, oficialmente, desde que Seth Brothers fue despedido de la banda. Y ninguno de ellos se había *unido* técnicamente a Dirty. Les habían contratado con contratos temporales, como músicos de estudio o músicos de gira, o habían tocado como «invitados especiales» en nuestros álbumes. Lo más cerca que habíamos estado de cubrir el puesto de verdad fue cuando contratamos al propio Seth hacía seis meses.

Ese contrato duró apenas unos días.

Desde entonces, habíamos estado buscando ferozmente para llenar el vacío. A estas alturas, todos empezábamos a sentir que estábamos malditos o algo así. Cada vez que creíamos haber encontrado a nuestro hombre, todo se desmoronaba.

La serie documental era una idea montada por nuestro equipo de gestión, liderado por Brody y Maggie, junto con Woo, nuestro productor discográfico, y desarrollada con Liv. Era una buena idea, por muchas razones. Con suerte, generaría mucho revuelo y

entusiasmo cuando la serie saliera, un entusiasmo que ayudaría al lanzamiento de nuestro próximo álbum del décimo aniversario y la gira. También abría las audiciones al público, lo cual significaba lanzar una red más amplia y la posibilidad de descubrir una estrella emergente.

Los aspirantes habían sido preseleccionados por Woo y Brody como primer paso del proceso, lo cual significaba que habían visto decenas de horas de vídeos de audiciones. Los mejores, y en algunos casos, los peores —esto era televisión, al fin y al cabo— fueron invitados a audicionar para la banda. Hoy era el último día de audiciones y, hasta la fecha, teníamos *quizá* media docena de candidatos medio decentes, pero ningún contendiente real.

Todos habíamos entrado en esto un poco a la defensiva, ya que era para televisión. Pero también teníamos esperanza. Ilusión y optimismo por el talento que podíamos descubrir. Y había habido muchos guitarristas talentosos que habían tocado para nosotros. Historias increíbles de gente que había viajado desde la otra punta del mundo para estar aquí.

Pero nadie que nos hubiera dejado a todos con la boca abierta.

Todos en la banda estábamos estresados a estas alturas, frustrados por no encontrar un sustituto para Seth, y aquello se estaba manifestando en tensión entre nosotros.

Los chicos habían seguido discutiendo, pero yo había conseguido más o menos desconectar. *American Woman* acababa de empezar, y ya estaba empezando a irme del todo con la música cuando la canción se cortó y una voz dijo: «Tenemos uno más». Era Liv, por el sistema de sonido, como la voz de Dios.

Zane cogió su micro; seguía encendido.

—¿Está buena? —preguntó al éter.

Brody se acercó, le quitó el micro a Zane y habló por él.

—Hemos terminado.

—Fiaos de mí —dijo Liv, con su tono seco de narices—. Queréis oír a este.

Los ojos azules de Zane se encontraron con los míos y su ceja con el *piercing* se levantó; pude ver la chispa de interés en ellos. Me

articuló con los labios: *¿Qué cojones?*, pero yo me limité a encogerme de hombros.

A mi lado, Jesse dejó caer la cabeza hacia atrás en su asiento, sus rizos oscuros derramándose por detrás; se le estaba poniendo el pelo largo. Le quedaba bien.

Aparté la mirada. Habíamos roto hacía más de un año, y seguía siendo difícil, la mayor parte del tiempo, mirarle más de unos segundos.

A mi otro lado, sentía el suspiro inaudible de Dylan. Sus botas golpeaban un ritmo nervioso contra el suelo, las rodillas subiendo y bajando, y no era solo porque el tío tuviera batería sonando constantemente en la cabeza. Sabía que se moría por largarse de aquí, pero no dijo nada.

Zane le quitó el micro a Brody y le dijo:

—Siéntate, jefe. Quiero oír tocar a esta tía buena.

Puse los ojos en blanco. Habíamos tenido gente de todas las edades, géneros y complexiones tocando para nosotros, pero en la cabeza de Zane, todas eran tías buenas. Hasta que la pantalla se abría y revelaba que no lo eran.

El equipo de Liv se había materializado discretamente desde las sombras y estaba encendiendo su equipo. Podía ver a su director de fotografía, listo para la acción, y a operadores en todas las cámaras. La propia Liv había reaparecido y había ocupado su puesto en la fila de monitores junto al director de fotografía.

Esto tenía que ser bueno, supuse, o no habría mandado a su equipo de vuelta al trabajo cuando ya habían salido a cenar antes de desmontar.

Brody se retiró a su puesto junto a la pared, y Dylan consiguió arrastrarse hasta quedar más o menos erguido.

Todos los focos que se habían atenuado se encendieron, y la banda residente se colocó. Ash estaba en su micro, elegante y sexy con sus vaqueros negros ceñidos y su camiseta de los Ramones, el pelo negro artísticamente despeinado y los *piercings* brillando bajo la luz. Tenía un tatuaje nuevo en el brazo; una sirena rubia platino que juraba y perjuraba que no tenía nada que ver conmigo.

Cuando me miró, se lamió el labio deliberadamente, sus ojos quedándose en mí demasiado tiempo, y me tensé un poco. Se estaba tomando demasiadas confianzas últimamente, y coqueteando delante de mi banda. Y ahora también había cámaras enfocándole.

Ni de coña iba Liv a perderse ese lametón.

Las luces detrás de la pantalla se encendieron, y allí estaba la mancha misteriosa que era nuestra siguiente, y última, audición.

Al menos eso esperaba, joder.

Liv dio la entrada a la banda en cuanto empezamos a grabar, y arrancaron con una canción. Era *Stone Cold Crazy*. Y era *fuerte*. Rápida y ajustada, especialmente teniendo en cuenta que la banda probablemente no la había ensayado junta recientemente, o nunca.

Pero estos tíos eran profesionales.

Impresionantemente, el guitarrista misterioso aguantó el tipo.

En cuestión de segundos, Zane estaba de pie. Incluso Jesse se movió un poco en su asiento, inclinándose hacia delante. Cerró los ojos y escuchó.

El guitarrista era bueno. *Muy* bueno. De alguna manera, iba alternando *riffs* de solo con Raf, sin siquiera poder verle. Se podía *sentir* cómo todo el mundo —nosotros, la banda en el escenario, hasta el equipo técnico y los tíos de seguridad que estaban de pie mirando desde las sombras— se dejaba arrastrar por la vibración.

Hacia el final, Zane saltó al escenario y empezó a cantar con Ash. Los dos arrasaron con el final de la canción, y cuando terminó, Zane estrujó a Ash en un abrazo de oso, riéndose.

—Joder, sí —gruñó al micro—. Bordado.

—Buuuuu —se burló Jesse.

—¡Baja de ahí! —grité. Sabía que desde donde estaba, Zane no podía ver detrás de la pantalla, pero probablemente le estaba matando no salir disparado para allá a ver quién era.

Bajó del escenario de un salto, se acercó pavoneándose, chocó los cinco con Dylan y se dejó caer en su asiento.

—Así que al menos estamos seguros de que Zane está en la banda —dije con sequedad.

—¿Te ha gustado lo que has oído, Elle? —preguntó Zane, jadeando por el esfuerzo de su actuación. Brillaba de sudor mientras

se apartaba el pelo rubio del ojo; Zane se ponía a once en cuanto pisaba un escenario.

Y, sí. Obviamente me había gustado. A todos nos había gustado.

Nos quedamos todos más o menos mirándonos los unos a los otros. Zane sonrió, pero nadie dijo nada. Estoy bastante segura de que a estas alturas nos comunicábamos telepáticamente. Pasaba, de vez en cuando, después de tocar y crear y girar juntos durante tanto tiempo.

Sincronicidad.

A *todos* nos había gustado este. Ni siquiera Jesse tenía una palabra crítica que decir. Todavía.

Joder… ¿Acabábamos de encontrar a nuestro tío en el último minuto?

—¿Os recuerda a alguien? —intervino Woo. Nuestro productor discográfico, al otro lado de Zane, había estado sentado al fondo, bastante callado la mayor parte del tiempo, riéndose más que hablando. Se llamaba David Worster, pero todo el mundo desde el principio de los tiempos le había llamado Woo. Había sido como un quinto miembro de nuestra banda en el estudio de grabación, tocando incluso algo de guitarra en ciertas canciones cuando lo necesitábamos a lo largo de los años. Había estado con nosotros desde el principio, y habíamos grabado tres de nuestros cuatro álbumes con él, los mejores. Así que su voz, cuando la usaba, tenía peso.

—Hostia, sí —dijo Zane, rompiendo el silencio cargado—. Me recuerda a Seth.

Nadie más parecía querer decirlo.

—Así que quizá sea buen momento para preguntaros —dijo Woo —: ¿queréis a un fanboy de Seth Brothers?

—Podría ser una fan*woman* —dije. ¿Por qué siempre asumían que los mejores guitarristas eran tíos?

—Podría ser —concedió Woo.

—Es un tío —dijo Zane—. Tiene los hombros anchos.

—No se ve una mierda a través de esa pantalla —señaló Jesse.

—Y quizá *ella* tiene los hombros anchos —dije.

—¿Y a quién coño le importa si es un fanboy? —añadió Zane—. Está contratado.

—Si es tan bueno como Seth —coincidí—, ¿por qué no íbamos a quererle? ¿O quererla?

—A no ser que sea feísimo o algo —matizó Zane—, está contratado.

—Sea quien sea, es bueno —dijo Jesse con mesura. Había sido comedido durante todo este proceso, reservándose el entusiasmo. Quizá porque era nuestro guitarrista principal, Jesse había sido el más difícil de convencer.

Pero este tío, o tía, *era* bueno.

Mejor que bueno.

Dylan seguía con la mandíbula por el suelo, así que le di un codazo.

—Cierra la boca, cariño, que te entran moscas.

—¡Di algo! —Zane sacó una baqueta de la nada y se la tiró.

Dylan cogió la baqueta sin siquiera mirar. Cerró la boca, despacio. Luego dijo:

—Creo que estoy teniendo un momento *The Devil Went Down to Georgia*.

Zane se partió de risa, eufórico.

—¿Tenéis alguna pregunta para nuestro guitarrista misterioso? —nos animó Liv. Tenía un micro propio. No había aparecido ante la cámara, pero nos hablaba a veces, guiando nuestras conversaciones —. Sabéis que puede oíros ahora mismo.

—Sí —gruñó Zane a su micro, dirigiéndose al guitarrista—. Dylan quiere saber si le has vendido el alma al diablo, o qué.

—Que yo recuerde, no —dijo una voz masculina.

Y todos nos quedamos inmóviles.

Porque todos conocíamos esa voz.

Supe, cuando miré a mi banda, que todos la habían reconocido. Todos le habíamos oído a *él*.

Liv dio la señal para que la pantalla se moviese, y cuando se abrió, todos le vimos también.

Seth Brothers.

El corazón me dio un vuelco.

CAPÍTULO 4

ELLE

SETH ESTABA EN el escenario con una Gibson Les Paul blanca colgada del hombro, una mano apoyada en el mástil, la otra jugueteando con la púa.

Parecía… diferente.

Llevaba barba corta, pero ya le había visto con barba a principios de año. Era el pelo; tardé un momento en darme cuenta. Su característico pelo castaño ondulado y decolorado por el sol había sido cortado a ras, y lo que quedaba era más oscuro. Nunca había visto a Seth con el pelo corto. Hacía que sus rasgos atractivos destacaran más, especialmente los pómulos y los labios gruesos. Llevaba gafas de aviador de espejo, y no podía leer la expresión de su cara, pero tenía los hombros relajados; no se podía tocar la guitarra así si eras un manojo de nervios.

Observé cómo se quitaba las gafas de sol y se las enganchaba en el cuello de la camiseta. Después nos miró, esperando.

Y entonces me golpeó, al ver la mirada en sus ojos: todavía nos *quería*.

Y no conseguía salir de la conmoción.

Todavía quería tocar con nosotros. Todavía quería estar en la banda.

Acababa de venir a audicionar para nosotros, y por alguna razón, alguien le había dejado entrar y le había *permitido* audicionar.

Y lo único en lo que podía pensar mientras le miraba fijamente era: *¿Por qué?*

Pero incluso a través de la conmoción, sentí… ¿alivio?

Confusión, sí.

Y rabia.

Sentí todo un torrente de emociones desagradables bullendo hacia la superficie.

Miré a los chicos; Brody y Jesse estaban *claramente* enfadados.

Pero claro, Zane tenía que parecer encantado de la puta vida.

Dylan simplemente parecía incómodo, como lo había estado durante todo el asunto de Seth.

Pero era la cara de Jesse la que más me preocupaba.

—¿Jesse? —pregunté en voz baja. No lo dije al micro; lo tenía agarrado en el regazo.

Jesse se limitó a mirar fijamente a Seth y dijo:

—Sacadle de aquí. —Tampoco levantó su micro. Pero era todo lo que Brody necesitaba oír.

Ni siquiera quería mirar la cara de Brody. Un vistazo fue suficiente.

Le oí acercarse, viniendo hecho una furia.

—¿Dónde cojones está Jude? —Jude estaba de pie contra la pared del fondo, brazos cruzados sobre el pecho, donde había estado escuchándolo todo. Cuando Brody le vio allí, gruñó—: Sácale de la puta propiedad.

Jude le hizo un gesto a Brody con la cabeza oscura y luego nos miró al resto. A Jesse. Cuando ninguno de nosotros habló, los hombros de Jude cayeron un poco. Descruzó los brazos y subió las escaleras al escenario. Seth ni siquiera le miró. Seguía mirándonos a nosotros.

Sus ojos se encontraron con los míos, y se me encogió el estómago.

Estaba a bastante distancia de mí, pero algo cambió en sus ojos mientras me miraba. Mientras examinaba la expresión de mi cara, procesándola. Lo vi; lo sentí, cuando me devolvió la mirada. Algo allí, una especie de chispa, la adrenalina de haber arrasado con esa canción… un destello de algo, quizá —¿esperanza?— que se apagó.

—Está bien —dijo, aclarándose un poco la garganta y mirando por fin a Jude—. Me voy.

Entonces tuve que apartar la mirada. No podía mirar. No quería ver a Jude sacándole de aquí a la fuerza, aunque dudaba que Seth fuera a oponer ningún tipo de resistencia física. Simplemente no era su estilo.

Me sentía *fatal*.

Les oí salir, a Seth y a Jude, por una puerta trasera del escenario. La puerta se cerró, sonora en el silencio de la sala cavernosa.

—El hijo pródigo ha vuelto…

Fue Woo quien rompió el silencio cortante. Nadie más parecía capaz de hablar.

Pero Woo era el único de los que estábamos aquí sentados que no sabía por qué habían echado a Seth de la banda este año: lo que pasó entre Seth y la hermana de Jesse, Jessa, hacía años. Lo que Brody dijo que había pasado.

—Sea quien sea el que elijáis —continuó Woo, en voz baja, cuando nadie habló—, tiene que estar al nivel de vosotros cuatro. Tiene que ser una estrella de rock si va a ocupar un puesto permanente en esta banda. Tiene que tener eso que tenéis todos vosotros. Eso que acabáis de ver en el escenario. Eso que *sentisteis* cuando Seth tocó. Seth Brothers tiene eso. —Hizo una pausa, mirándonos a cada uno, luego suspiró con resignación cuando seguimos sin hablar—. Solo es una pena que su estrella se apagara tan pronto —concluyó.

Y fue entonces cuando Brody dijo:

—Tenemos que dejar de grabar.

Así que pararon.

Jude había reaparecido, y por orden de Brody, él y sus hombres vaciaron absolutamente todo el bar, sin dejar a nadie más que Dirty, Brody y Maggie.

Cuando nos quedamos solos, dije:

—Sabéis que todo el mundo va a pensar que lo preparamos.

—Da igual —dijo Jesse—. No va a salir en el programa de todas formas. Seth no forma parte de esto.

—No —dijo Brody—. Pero deberíamos conservarlo. Hay que abordarlo de alguna manera, y Woo acaba de hacerlo por nosotros,

así que el resto no tenéis que hacerlo. Seth tuvo su audición; no pasó el corte. Esto es un cierre para los fans. No va a volver nunca.

—O podríamos simplemente darle una oportunidad —dijo Zane.

La reacción de Brody fue casi dolorosa de ver. Se puso rígido, la mandíbula se le convirtió en granito, y creo que nunca le había visto mirar a Zane así, como si quisiera darle una bofetada que le sacara las palabras de la boca.

—¿Alguien *quiere* realmente que Seth esté aquí? —masculló Brody, con una voz tensa y terroríficamente baja. Solo le había oído usar ese tono una vez antes, muchos años atrás; cuando nos informó de que Jessa no iba a venir a la primera gira mundial, que dejaba la banda. Inolvidable, ya que me recorrió un escalofrío por la espalda, igual que ahora.

—Ni. De. Coña. —Jesse fue el primero en hablar.

—¿Así que depende solo de ti? —dijo Zane.

—No. —Jesse no parecía tan furioso como Brody, pero claramente estaba conteniendo la agitación—. Siempre hemos funcionado democráticamente. Si queréis votar formalmente para excluirle, lo haremos.

—No —corregí a Jesse—, siempre hemos funcionado por unanimidad.

—Tiene razón. —Dylan me respaldó, como hacía a menudo cuando a los otros dos se les iba la mano—. Estamos todos dentro o no se hace.

—¿Quién demonios está dentro, aparte de Zane? —Jesse nos miró con ojos oscuros y acusadores. Quise hundirme en mi asiento y desaparecer, pero me quedé donde estaba. Siempre me resultaba incómodo cuando Jesse se enfadaba conmigo, pero tendría que aguantarlo; de todas formas me sentía incómoda a su lado.

—Yo no he dicho que esté *dentro* —dijo Zane con frialdad—. Solo he dicho *quizá*…

—Yo estoy dentro —dije.

No estaba del todo segura de *por qué* lo dije, aparte de que no podía tragarme este final concreto para la historia de Seth. No me gustó el primer final, ni el segundo, pero los había aceptado. Por los pelos.

Pero las dos veces, Seth también los había aceptado.

Al menos, eso creía.

Si no era verdad… lo mínimo que podíamos hacer era escuchar lo que tuviera que decir.

Los chicos se giraron a mirarme. Brody, Jesse, Zane y Dylan. La mandíbula de Jesse se tensó mientras apretaba los dientes; no estaba contento con lo que iba a decir. Pero iba a decirlo de todas formas.

—Estoy dentro… para tener la conversación.

—Yo también —dijo Zane. Sin dudar. Aunque no podía saber si estaba «dentro» solo para irritar a Jesse o si de verdad quería a Seth aquí.

En cualquier caso, la reacción no fue buena. Jesse fulminó a Zane con la mirada como si estuviera considerando seriamente estrangularle. Brody se dio la vuelta y se fue.

Se *fue*.

Brody nunca antes le había dado la espalda a la banda. Era solo una puta *conversación*. Brody era nuestro *manager*, y contábamos con él para que nos guiara.

Pero todos sabíamos que, cuando se trataba de cualquier cosa relacionada con Jessa, Brody podía ser bastante menos que razonable.

—Gestión de la ira —dijo Maggie en voz baja tras él, en el silencio tenso—. Está… eh… trabajando en ello. —Estaba sentada a un lado, en silencio, escuchando todo esto, aferrada al iPad en el regazo. Los nudillos se le veían dolorosamente blancos.

¿Así que quizá ella había tenido algo que ver con que Seth entrara? Si era así, probablemente se estaba cagando de miedo ahora mismo.

Pobre chica.

Zane le dio una patada a la bota de Dylan.

—Di algo, tío.

—No sé. —Dylan parecía tan agotado como sonaba—. El tío casi nos destrozó antes. Si ya está pasando otra vez, solo por una conversación…

—Seth Brothers no nos está destrozando —dijo Jesse con firmeza —. Estamos juntos en esto. ¿No?

—Brody acaba de largarse —señaló Zane. Estaba provocando al oso, probablemente todavía molesto porque Jesse no se ponía de acuerdo con él sobre la prodigio adolescente de la guitarra.

—¿Así que vas a perderle para recuperar a Seth? —acusó Jesse a Zane, y a mí. Su mirada oscura se estrelló contra la mía otra vez.

—Nadie ha dicho eso —dijo Zane, repantigándose en su asiento. Cuanto más cabreado se ponía Jesse, más tranquilo se ponía Zane. Era la receta perfecta para un puto desastre—. Y no vamos a perder a Brody.

—Traed a Seth de vuelta aquí —replicó Jesse— y ya veréis cómo sí.

—Brody se calmará. —Eso fue Maggie. Se puso de pie—. Y esto no tiene que decidirse hoy. Si hay una conversación pendiente sobre Seth…

—Si alguno de vosotros cree de verdad que voy a meterme *alguna vez* en la misma habitación que Seth Brothers sin hablar primero con mi hermana —dijo Jesse, interrumpiendo a Maggie—, estáis equivocados de cojones. Ella debería estar aquí para esta conversación.

Esta vez, cuando me fulminó con la mirada, le di la razón:

—Sí, debería.

Jesse me miró fijamente un instante, como si quizá hubiera esperado que discutiera. Luego se levantó y salió dando zancadas. Al pasar, sus vaqueros rozaron los míos, y me llegó una ráfaga de su olor. Cuero y canela y tío guapísimo, junto con algo que era vagamente Katie; dulce y vainilla.

Exhalé.

—Bueno, las audiciones han ido bien —dijo Zane.

A mi lado, Dylan gruñó soltando un montón de tensión.

—Estoy tan jodidamente harto de esta mierda —se quejó, frotándose la cara con las manos.

Sí. Yo también. Pero no era propio de Dylan perder la paciencia.

Esto iba *mal* de verdad.

—¿De verdad quieres que Seth vuelva? —le preguntó a Zane.

—Joder, sí —dijo Zane—. Ojalá nunca le hubiéramos perdido.

—Lleváis todos mucho tiempo aquí. —Maggie intervino, quizá intuyendo que necesitaba callar a Zane. Se le daba bastante bien saber cuándo había llegado ese momento—. Dejémoslo por hoy. Hablaré con Brody y haremos lo que haga falta para encontrar a la persona adecuada.

—Gracias, Maggie —dije, cuando los chicos se quedaron ahí sentados en un silencio sombrío.

Maggie asintió, luego se giró y salió en silencio. Zane se levantó para seguirla, pero se detuvo para estrecharle la mano a Dylan.

—¿Nos vemos luego?

—Sí —dijo Dylan—. Me paso.

Después Zane se giró hacia mí. Se acercó para abrazarme, así que me levanté a su encuentro. Nos abrazamos, pero no le estaba mirando exactamente a los ojos cuando me preguntó:

—¿Vienes esta noche?

No, no iba a ir. Aunque esperaba no tener que decírselo a la cara.

Zane daba una fiesta de cumpleaños atrasada para Woo en su casa esa noche. En realidad, probablemente también era una fiesta de *Joder-por-fin-hemos-acabado-con-estas-audiciones*. Pero ahora, quizá no habíamos acabado. Y yo me iba a Kauai de todas formas, en cuanto saliera de aquí.

Zane me sujetó con los brazos extendidos. Me miraba fijamente, y cuando tardé demasiado en contestarle, me acusó:

—¿Te vas a esfumar?

—Sí —dije, porque ¿qué otra cosa podía decir?

Sus manos se apartaron.

—¿Pero qué coño, Elle?

—No puedo más. Por ahora.

—¿Qué coño significa eso?

—Significa que *no puedo más*. Que me tomo un descanso. Vosotros también deberíais. —Miré hacia Dylan, que seguía despatarrado en su silla, dándose golpecitos en el cráneo con una baqueta y con cara de preferir que le hicieran una endodoncia en ese momento.

—Díselo a Brody y Maggie —dijo Zane.

—Ya lo he hecho. De todas formas necesitarán tiempo para resolver los detalles con la cadena. Ampliar el rodaje o lo que sea. Mientras tanto, todos podemos respirar un poco.

Zane me sostuvo la mirada, pero no discutió más. Todos sabíamos que este proceso estaba pasándonos factura, y la verdad es que me importaba una mierda lo que pensara sobre que me largara a Kauai. Se suponía que iba a tener este descanso hacía meses, pero esta búsqueda interminable de un nuevo guitarrista no paraba de posponerlo.

¿Cuántas veces se había desentendido él de la banda a lo largo de los años porque tenía algo más importante que hacer, como emborracharse, o ponerse sobrio, o echar un polvo?

Aquí estábamos hablando de mi salud mental. Habíamos estado trabajando en el nuevo álbum y buscando un nuevo guitarrista sin parar durante un año mientras yo además trabajaba en unas novecientas cosas más. Estaba oficialmente sobrecargada, sobrepasada y hasta las narices de la mierda entre Jesse y Zane, por no hablar de la mierda entre Jesse y yo. Si no me tomaba un tiempo lejos de todo, iba a perder la cabeza, y no iba a ser bonito. Maggie y Joanie habían trabajado mucho para despejar mi agenda —un pequeño milagro— y si Zane tenía un problema con que me fuera, podía ir a hablarlo con Brody. Yo me largaba, y Zane podía besarme el culo mientras me alejaba.

Pero me mordí la lengua. Por los pelos.

Y él lo sabía. Esos ojos azul hielo se le entornaron, una sonrisa tirándole de las comisuras de la boca.

Sonreí, a regañadientes.

—Espero que encuentres buena polla en Hawái —dijo—. Y anímate de una puta vez.

Se me borró la sonrisa. Mira quién hablaba; yo no era quien usaba el sexo para sentirse mejor.

Aunque, estos últimos siete meses… eso era exactamente lo que había estado haciendo. Con Ash.

Pero Zane no sabía eso. Al menos, estaba bastante segura de que no.

De todas formas, probablemente debería haberme sentido aliviada. *Esto* era lo que todo el mundo había querido desde que Jesse y yo rompimos, hacía casi un año y medio: que la vida en la banda volviera a la normalidad. Y Zane solía hablarme así —en plan basto— todo el tiempo. Desde la ruptura, sin embargo, se había mordido la lengua muy ostensiblemente sobre mi vida personal.

Parecía que la moratoria sobre ese tema había terminado por fin.

Sonrió con suficiencia, porque a Zane le encantaba tener la última palabra, luego se dio la vuelta y se alejó con su paso chulesco.

—Espero que no te tires sin querer a ninguna cría menor de edad en tu fiesta esta noche y acabes en la cárcel —le dije a su espalda mientras se alejaba—. Vamos a necesitarte en la gira.

Levantó el puño y me hizo una peineta, luego desapareció por la puerta.

Sí. Más o menos, todo como siempre.

Me quedé ahí de pie un momento y suspiré. Estaba oficialmente *libre*, y ya iba siendo hora. El equipo estaba empezando a reaparecer, desmontando discretamente el equipamiento y recogiendo a mi alrededor. Ya no tenía obligación. Esto se había acabado, por ahora.

Entonces ¿por qué seguía aquí de pie?

—¿Y tú qué?

Miré hacia Dylan. Casi me había olvidado de que seguía aquí.

—¿Qué?

—¿Desearías que nunca hubiéramos perdido a Seth? —me preguntó.

Suspiré otra vez, un suspiro pesado y desgarrado que venía de algún lugar muy profundo. De algún lugar herido y tan lleno de arrepentimiento que nunca había sido capaz de encontrarle el fondo. Un lugar donde guardaba los dos peores recuerdos de mi vida: encontrar a mi amigo inconsciente, inerte y pálido, en un charco de su propio vómito y sangre… y un mes después, darle la espalda.

—No importa —dije, con la voz sonándome pequeña en la enorme sala—. De todas formas no es lo mismo. A veces todavía

desearía no haber perdido a Jesse, pero eso no significa que le quiera de vuelta.

Cuando encontré la mirada de Dylan, sus ojos verdes eran suaves, su cara atractiva tensa de preocupación. No recordaba una sola vez en que Dylan hubiera estado en medio de ningún tipo de drama entre nosotros: Zane, Jesse, yo. Siempre éramos los tres montándola, y Dylan, la calma en el ojo del huracán.

Me agaché para besarle, suavemente, en la mejilla.

—Nos vemos —le prometí.

Pero al salir, la verdad es que no sabía cuándo sería.

CAPÍTULO 5

ELLE

EL *BACKSTAGE* ERA un caos total. Todo el mundo corría de un lado a otro; el equipo de producción desmontaba y los demás intentaban quitarse de en medio de la banda porque, al parecer, todos se habían enterado de lo que había pasado ahí dentro y probablemente esperaban que fuéramos rompiendo cosas a nuestro paso.

Vi a Zane hablando con Jude y Brody, pero no me acerqué. Maggie, Liv y Joanie se me echaron encima mientras yo iba directa por el pasillo, pero las frené con una mano en alto.

—Que no entre nadie —le dije a Joanie, y desaparecí en mi camerino.

Era un almacén con estanterías metálicas llenas de provisiones del bar —mezclas para bebidas y tarros de aceitunas—, pero lo habían apañado para mí, arrimándolo todo a las paredes y trayendo un tocador con un espejo de cuerpo entero, luces portátiles y un par de percheros. Me dejé caer en la silla frente al tocador con un suspiro. Dios, solo necesitaba un minuto a solas para…

La puerta se abrió y Ash entró. Me giré hacia él, pero antes de que pudiera abrir la boca, Joanie asomó la cabeza por detrás. —Yo… eh… he dado por hecho que no te referías a Ash.

Ash arqueó una ceja y yo logré esbozar una media sonrisa. —Está bien —le dije, aunque no lo estaba. Que Joanie hubiera descubierto que me estaba tirando a Ash —de vez en cuando— no

significaba que él tuviera acceso a mi santuario privado cada vez que le diera la gana.

Tendría que hablar con ella. Más tarde.

Se fue, cerrando la puerta y dejándome a solas con Ash. Cuando le miré a los ojos, me lanzó una mirada expectante.

Una mirada que me estaba lanzando mucho últimamente.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó.

Supuse que estaba siendo sarcástico, ya que él había estado en la sala hasta que Brody echó a todo el mundo; había estado allí cuando a Seth le dieron la patada.

—Genial —dije, igual de sarcástica.

Se acercó y me tendió la mano, levantándome de la silla. —Sé que estáis teniendo problemas para encontrar a alguien, pero lo encontraréis. Y, oye, si al final nada sale bien… —Me rodeó con los brazos, atrayéndome hacia él—. Siempre podéis contratarme a mí. —Me dedicó su sonrisa encantadora, y noté cómo me tensaba.

No era la primera vez que lo decía.

En los últimos meses, Ash había empezado a soltar indirectas —al menos conmigo— sobre unirse a Dirty. Y no era que no tuviera talento suficiente. Pero en el pasado nunca nos habíamos planteado a Ash, porque tenía su propia banda. Era el cantante principal de los Penny Pushers y, aunque los Pushers no eran tan grandes como Dirty, llevaban juntos mucho tiempo y Ash era su *frontman*. Nunca se nos ocurrió que de verdad se plantease dejarlos para tocar la guitarra rítmica con nosotros.

La cuestión era que, ahora que me acostaba con él, *jamás* accedería a que se uniera a Dirty.

Pero ¿cómo iba a decírselo?

Solo esperaba y rezaba para que no le llevara la idea a Dylan. Porque si Dylan se entusiasmaba y le proponía a la banda que Ash quería entrar, y yo decía que no, la cosa se pondría incómoda. Todos exigirían saber *por qué* estaba diciendo que no.

Y entonces tendría que soltar alguna estupidez, delante de todos —delante de Jesse—, sobre cómo había empezado a acostarme con Ash para sentirme mejor cuando Jesse se casó con Katie, a pesar de que no tenía ninguna intención de ser su chica… y ahora él andaba

rondando para convertirme en su chica… y no podía unirse jamás a Dirty por culpa de mis impulsos calentones.

Jodidamente vergonzoso.

Por no hablar de que todos podrían cabrearse conmigo por arruinar nuestra oportunidad de tener una opción realmente brillante para nuestro nuevo guitarrista.

Solo podía esperar que Ash hubiera pensado en todo eso y tuviera previsto mantener la boca cerrada.

—Ash… —empecé, sin saber ni qué decir. ¿Cómo iba a decirle que no les dijera nada a los chicos, que no les preguntara nunca si podía unirse a la banda? Se enfadaría. Eso ya lo sabía. Se lo tomaría como un insulto; un rechazo profesional *y* personal. Porque desde hacía un tiempo, Ash llevaba intentando convertir esto que había entre nosotros en algo que no era.

Al menos, para *mí* no lo era.

—Nena —dijo, con sus ojos azules buscando los míos y las manos deslizándose por mi espalda—, solo estoy de broma.

Pero igual que cuando se ofreció por primera vez a acostarse conmigo para ayudarme a superar lo de Jesse —*Amigos con derecho*, había dicho—, los dos sabíamos que no estaba de broma.

Sus manos bajaron hasta mi culo y apretaron con suavidad. Luego se inclinó para besarme, y le dejé. Rozó sus labios contra los míos y, cuando cerré los ojos, ladeó la cabeza y profundizó el beso. Fue cálido y exigente, y suspiré suavemente cuando su lengua se deslizó entre mis labios.

Entonces su *piercing* en la lengua me rozó la lengua, y sentí un hormigueo en la nuca. No el tipo de hormigueo arrasador por todo el cuerpo que sentí la primera vez que me besó —a oscuras, en el bosque, la noche de la boda de Jesse—, pero aun así… por un momento, me dejé llevar. Al fin y al cabo, no dejaba de ser mujer.

Y Ash estaba, sencillamente, tan… *bueno*.

Era el único hombre con el que me había acostado en mucho, mucho tiempo… y resultaba que se le daba muy, muy bien besar.

Y follar.

Mientras le devolvía el beso, él gimió y me agarró de las caderas, pegándome a él y presionando su duro bulto contra mí; su polla,

dura y ansiosa dentro de los vaqueros, se clavaba contra mi entrepierna. Sentí la correspondiente oleada de deseo en mi propio cuerpo, en lo profundo del vientre, entre las piernas. Y, por primera vez en mi vida, me resultó desconcertante. Alarmante, de alguna manera.

Incómodo.

Me aparté.

Intentó besarme otra vez, pero lo esquivé, zafándome de su agarre. Sus manos cayeron a los lados. Sus ojos azules estaban nublados de deseo, pero también había preocupación.

—¿Estás bien?

—No —dije—. No estoy bien. Seth acaba de hacer una *audición* para unirse a Dirty.

Se metió las manos en los bolsillos traseros y puso una cara extrañamente culpable. —Ya.

Crucé los brazos y di un paso atrás, estudiándole, mientras caía en la cuenta; no creía que pudiera ver a los guitarristas haciendo la audición detrás de la pantalla, pero… —¿Sabías que era él el que estaba ahí arriba?

—Sí.

—Podrías haber dicho algo.

Arqueó una ceja, apenas. —¿Estás cabreada conmigo?

—No. Claro que no. —Aunque un poco sí. Injustamente.

Miró por la habitación, a mis cosas, como si fueran a decirle algo que yo no le estaba diciendo. Se fijó en mi bolso enorme de Givenchy, con el que siempre viajaba. —¿Sigues yéndote a Hawái?

—Sí. —¿Por qué no iba a irme?

—Sabes… —dijo, todavía mirando alrededor, de repente fascinado con una papelera en la esquina—… tengo un par de días antes de tener que volver a Vancouver.

Dios. *Por favor, no lo digas…*

—Podría ir contigo.

—Ah.

Levantó sus ojos azules para encontrarse con los míos.

—Es que… necesito pasar algo de tiempo con Joanie, Ash. Le dije que… vamos a repasar mi agenda y a organizarnos, y… —Me callé,

porque por mucho que Ash intentara engañarse a sí mismo pensando que había más entre nosotros de lo que realmente había, no era tonto. Lo único de lo que había hablado durante meses era de lo mucho que necesitaba tiempo libre, y ahora estaba poniendo excusas sobre que Joanie y yo necesitábamos tiempo para trabajar.

Pero tampoco me parecía bien decir: *Necesito tiempo para tumbarme en la playa en biquini y beber cócteles, y no quiero hacerlo contigo.*

—Vale —dijo, con la mirada un poco tensa. Sabía que estaba poniendo excusas—. ¿Quieres cenar algo antes de irte?

—No. Gracias. Ya he picado algo. Y comeré por el camino.

—Estás cabreada conmigo —dijo. Esta vez no era una pregunta.

—No lo sé —dije, con la irritación creciendo, tanto con él como conmigo misma—. Tendrías que haber dicho algo, Ash.

—¿Por qué? ¿No le habrías dejado tocar?

—No lo sé. Pero no era cosa tuya.

—No. Era cosa de Liv. Pero si dependiera de mí, le habría dejado tocar.

—Ash…

—Es *Seth Brothers* —dijo, como si yo no lo supiera.

Me di la vuelta.

No esperaba que lo entendiera. En realidad, no esperaba que nadie lo entendiera.

Nadie más estaba allí cuando Brody aludió a lo que pasó entre Seth y Jessa. Solo la banda, Jude y Maggie. Nunca habíamos dicho públicamente por qué Seth fue despedido de la banda —otra vez.

La verdad era que en realidad no lo *sabíamos*. Brody y Jesse más o menos habían decidido que así fuera, y nadie más quería discutir con Brody o Jesse cuando se trataba de Jessa. Dylan no tenía ese tipo de pelea dentro, y en aquel momento yo no tenía fuerzas para enfrentarme a Jesse. Apenas podía estar en la misma habitación que él si no estábamos tocando. Cada vez que la música paraba, yo desaparecía. Solo recientemente había empezado a quedarme un poco más, y sobre todo por mi obligación contractual con la serie documental.

Zane había intentado discutir, al principio, pero estaba claro que Jesse no iba a ceder. No iba a tolerar a Seth en la banda nunca más. Y por la cara que puso Brody cuando atacó a Seth en la iglesia, Seth tuvo suerte de que solo le echaran, y no algo peor.

De verdad le habría matado…

Eso fue lo que dijo Brody mientras le sostenía, sangrando, justo antes de vomitar y desmayarse por la conmoción cerebral que se había llevado al golpearse la cabeza contra un amplificador mientras él y Seth forcejeaban.

Tanta *animosidad*. Por Jessa.

Y yo seguía sin entender *por qué*.

Se lo pregunté a la propia Jessa hacía unos meses. Después de que las aguas parecieran calmarse y ella y Brody estuvieran en su nube de enamorados, le pregunté directamente si les había pedido a Brody y Jesse que echaran a Seth de la banda, y dijo que no. Me contó, de hecho, que se sentía mal de que Seth se hubiera largado sin oponer la menor resistencia.

En eso éramos dos.

Y sabía a ciencia cierta, a partir de hoy, que Zane estaría de acuerdo.

Entonces, ¿por qué Brody y Jesse seguían empeñados en ir contra Seth, como si la estuvieran protegiendo de él?

—Eh. —Ash me rodeó la cintura con las manos y se pegó a mi espalda—. Lo siento. Puede que lo que hay entre vosotros y Seth sea peor de lo que pensaba. Supongo que cuando le vi entre bastidores, simplemente me emocioné. Como si tener los cojones de presentarse aquí significara que de verdad quiere volver con la banda, y que quizá a vosotros os gustaría verlo. No sé. —Me besó en el cuello y me aparté sin siquiera pensarlo. Me volví hacia él.

—Ash… de verdad no puedo hablar de esto ahora mismo.

Era verdad, pero sobre todo no podía hablar de esto con *él*. Era cosa de Dirty, y Ash no formaba parte de Dirty.

Gracias a mí, nunca lo sería, y eso me hacía sentir fatal. Porque si alguien me hubiera dicho, *antes* de desnudarme con él, que Ash estaba dispuesto a dejar a los Pushers por Dirty, puede que me hubiese entusiasmado.

—¿Puedes simplemente darme algo de espacio con esto? —le pedí. Apenas podía mirarle, y mucho menos aceptar sus besos como si los mereciera ahora mismo. No solo me sentía fatal por —literalmente— haberle jodido la oportunidad de unirse a Dirty, me sentía aún peor por lo que acababa de pasar con Seth. Ash tenía razón. Si tenía los cojones de presentarse aquí era porque *de verdad* quería volver con la banda.

Y ¿por qué haría eso si se sintiera mínimamente culpable por lo que fuera que pasó entre él y Jessa en el pasado?

—Claro —dijo Ash—. Por supuesto. —Pero seguía ahí plantado—. ¿Quieres que te espere fuera?

—No, gracias. No sé cuánto tardaré. Tengo que hablar con los chicos.

Y con eso, Ash se quedó en silencio. Un silencio oscuro y frío.

Luego: —Jesse ya se ha ido. Con Katie.

Y ahí estaba.

Ash siempre estaba ahí para recordarme, de la manera que fuera, que Jesse estaba con su mujer. Como si se asegurara de que no fuera a hacer ninguna tontería, como enamorarme de Jesse otra vez.

—Ash… solo necesito algo de tiempo, ¿vale?

Asintió, a regañadientes. Dio un paso hacia mí, pero fue vacilante. Se me quedó mirando como si esperara que dijera algo más, pero no lo hice.

Entonces se inclinó y me besó suavemente en los labios. —Llámame cuando aterrices. Para saber que estás bien.

—Claro.

Le vi salir y solté el aire. ¿Cuándo habíamos llegado a esto? ¿Ash, preocupándose por mí? ¿Queriendo que le llamara al llegar a donde fuera y le informara?

Recogí mis pequeños objetos personales de la habitación, algo de maquillaje y el móvil, y los metí en el bolso. Joanie se encargaría de que el resto —ropa y zapatos, y las flores que me habían mandado— se empaquetara y se llevara a mi casa. Al menos Ash no había mandado flores; eran de mi publicista, de la discográfica y de mi amiga Summer.

Esperé unos minutos para asegurarme de que Ash se había ido antes de salir de la habitación, preguntándome todo el rato: ¿cuándo habíamos llegado *aquí*? ¿Yo, escondiéndome, para evitar a Ash?

Dios. Menudo desastre.

Sabía que iba a tener que lidiar con él. Estaba empezando a comportarse como un novio posesivo, cuando yo no *quería* especialmente un novio.

Y aunque lo quisiera… desde luego no querría que fuera Ashley Player.

Ash era genial —como amigo. Y como amigo con derecho, sí. Estaba buenísimo. Sin duda sabía qué hacer con su lengua con *piercing y* con su polla con *piercing*.

Sin embargo, no era material de novio.

Aunque probablemente debería haber pensado en eso *antes* de follármelo.

No era que no supiera, desde el principio, que todo este rollo de «amigos con derecho» era una mala idea.

CAPÍTULO 6

ELLE

ENCONTRÉ A BRODY EN EL PASILLO, solo, hablando por teléfono. Al acercarme, le oí decir: —Te llamo en un rato… Adiós, cariño. —Lo que significaba que estaba hablando con Jessa.

La hermana de Jesse formaba parte de Dirty otra vez oficialmente; la habíamos contratado como compositora. Pero no participaba en el proceso de audiciones. Estaba en casa, en Vancouver, ahora mismo, lo que significaba que Brody la llamaba en cuanto tenía ocasión para ver cómo estaba y mantenerla al día. Porque eso es lo que hace la gente cuando es *pareja*.

¿En qué mundo los «amigos con derecho» necesitaban informar de sus movimientos?

Intenté dejar que la irritación por la conversación con Ash se me escurriera de encima. Ahora mismo necesitaba reservar toda mi irritación para Brody.

—Pues vaya mierda —le dije cuando levantó la vista y me vio acercarme.

—¿Qué parte? —preguntó, inexpresivo. Estaba claro que estaba tan poco impresionado como yo con lo que había pasado en esa audición, solo que por motivos distintos.

—Tú —dije sin rodeos—. Largándote.

—Sabes que no voy a hacer nada que disguste a Jessa ahora mismo —dijo. Y sí, lo sabía.

Y no, no le culpaba por ello.

Pero eso no hacía que lo que había pasado ahí dentro estuviera bien.

—Brody, siempre has sido honesto conmigo. Cuando Jesse no estaba… ya sabes, contento, cuando estábamos juntos… tú fuiste el único que fue verdadera y dolorosamente honesto conmigo. Así que te pido que hagas un esfuerzo y seas honesto conmigo ahora. —Cogí aire y le pregunté—: ¿De verdad crees que Seth hizo algo indebido con Jessa?

No iba a decir la palabra *violación*. Simplemente no podía.

Nunca había sido capaz de conciliar esa palabra con Seth y Jessa en mi cabeza.

Meses atrás, mucho después de que Brody le escupiera esa palabra a Seth en la cara, cuando le pregunté a Jessa si *quería* que echaran a Seth y ella me confesó que no, decidí que «violación» era muy probablemente una palabra tremendamente explosiva para lo que en realidad había pasado entre ellos dos, escogida por el ego masculino de Brody para resumir sus sentimientos personales sobre el asunto.

Nunca había compartido esa teoría con nadie.

Pero él sabía lo que le estaba preguntando.

No dijo nada, con sus ojos azul oscuro clavados en mí, y su cara, bueno… se notaba que estaba luchando por *no* cabrearse conmigo. Algo era algo.

—Quiero decir —seguí presionando—, aparte de ser un chaval estúpido y solo que tomó demasiadas drogas y quizá se enamoró.

—No quiero oír hablar de esto, Elle —dijo en voz baja. Demasiado baja.

—Mala suerte. Era un *huérfano*, Brody…

—Puedes ahorrarte la historia del pobre huerfanito solitario, Elle. Ya la he oído entera. De Jessa. Y lo que era, era un *hombre* hecho y derecho.

—Tenía diecinueve años —repliqué—. Y era huérfano. Y adicto. Y éramos todo lo que tenía.

—¿De dónde coño sale esto? —exigió Brody, con bastante veneno en la voz, y me pilló desprevenida. Brody nunca me había

hablado así, pero claro, cuando se trataba de Jessa, el hombre era un oso sobreprotector. Siempre lo había sido.

—Sale de mis *tripas* —dije—. Porque hoy no he visto a un hombre culpable en ese escenario. ¿Tú sí?

El pecho de Brody se elevó al tomar una inspiración profunda, increíblemente lenta —quizá parte de su terapia para controlar la ira —. Luego dijo, en voz baja: —Jessa forma parte de Dirty, Elle. Tiene un contrato. A no ser que eso cambie, no veo cómo encaja Seth, ¿y tú?

No tenía respuesta para eso. No iba a quedarme aquí hablando en nombre de Jessa, como hacía él. Pero lo que había dicho iba en serio.

¿Por qué iba un hombre culpable a volver, a subirse a ese escenario, delante de todos nosotros, delante de las cámaras, delante del mundo, solo para darlo todo tocando y arriesgarse al rechazo otra vez?

¿Arriesgarse a otra nariz rota, o algo peor?

Me di media vuelta y me alejé.

—Avísame cuando vuelvas de Kauai —dijo Brody a mis espaldas, pero ni le contesté. Todavía no le había dicho a nadie exactamente cuándo volvería, y por algo sería. No *sabía* cuándo iba a volver.

Ahora mismo no sentía ninguna obligación de estar en ningún sitio que no fuera esa playa. Mi único compromiso urgente era con Dirty: encontrar un guitarrista y terminar el álbum, que se había paralizado, otra vez, mientras filmábamos esto. Volvería para eso cuando me necesitaran.

Hasta entonces, estaba de vacaciones.

De camino a la salida, sin embargo, había una persona más a la que esperaba ver. Sabía que Jude tenía que haber dejado entrar a Seth en el bar, porque nadie entraba sin que Jude y su equipo lo permitieran.

Pero nadie sabía dónde estaba.

Le dije a Joanie que estaba lista para irme, y de camino a la salida apareció Flynn. Miembro del equipo de seguridad desde hacía mucho, a Flynn le habían «ascendido» este año —asignándolo a mí como guardaespaldas personal y conductor—; desde que mi álbum

en solitario me catapultó a un nivel aún más alto de la estratosfera del estrellato hacía unos años, Jude ya no me dejaba ir a ningún sitio sin uno.

Los tres, Flynn, Joanie y yo, salimos por detrás. La moto de Jude seguía allí, pero él no aparecía por ninguna parte, y no iba a volver dentro a buscarle.

Tendría que hablar con él más tarde.

Liv estaba fuera, con su equipo cargando material en un par de camiones enormes. —Elle —dijo, poniéndose a mi paso. Ni siquiera me detuve—. ¿Puedo preguntarte sobre Seth? ¿Ante la cámara?

—Ahora no. —Era mi forma educada de decir *Nunca*.

—¿Solo un pequeñísimo comentario? —insistió—. Algo. Lo que sea. Necesito una reacción de *alguien* de la banda. ¿Unas pocas palabras?

—Ha dicho que ahora no. —Ese fue Flynn. De algún modo, consiguió interponer sus anchos hombros entre nosotras y frenar a Liv en seco mientras yo me metía en el todoterreno con Joanie.

—Lo siento, Liv —dije, de nuevo por educación. No lo sentía.

Estaba acostumbrada a las cámaras, pero estaba harta de toda esta experiencia del documental. Cámaras y equipo de rodaje en la cara todo el día, todos los días durante las últimas tres semanas. Primero, entrevistas con todos nosotros, luego material de entre bastidores con la banda, tocando en la iglesia, haciendo lo que hacemos a diario. Me habían filmado entrenando, mientras me maquillaban y peinaban, comiendo con Dylan —¿como si eso fuera interesante?—, todo lo que pudieran conseguir. Luego las dos semanas seguidas de audiciones, con jornadas absurdamente largas cada día.

Liv me caía bien, pero ya había tenido suficiente.

Flynn cerró mi puerta y rodeó el coche hasta el asiento del conductor.

—No te preocupes por Liv —dijo Joanie en tono solidario—. Programaremos otra entrevista, si y cuando estés lista. Si no, hablaré con Brody.

Eso se había convertido en su mantra últimamente.

Hablaré con Brody.

Hablaré con Jesse.

Hasta se había atrevido a dar un paso al frente con un *Hablaré con Zane*.

La mujer no tenía miedo a nada. Se tomaba su trabajo en serio y me había sacado las castañas del fuego, y de qué manera, desde la ruptura con Jesse. Se había tomado la molestia de lidiar con mierdas de las que realmente no tenía por qué encargarse, solo para que yo no tuviera que hacerlo.

A estas alturas, no sabía qué coño haría sin ella.

—Todo irá bien —le dije mientras arrancábamos, una afirmación que ni iba ni venía. ¿Quería que librara mis batallas con Brody por mí?

No.

¿La dejaría?

Posiblemente, sí.

Suspiré y me hundí en el asiento, intentando no mirar a Liv de pie en el aparcamiento, viéndome alejarme en el coche. Podía sentir la pregunta en sus ojos, siguiéndome: *¿Qué estáis escondiendo?*

¿De qué tenéis tanto miedo?

Liv había dejado escapar su verdadera vocación como periodista de investigación.

—¿Quieres que repasemos las cosas ahora? —ofreció Joanie, probablemente intentando distraerme.

—Dentro de un momento. Solo asegúrate de que mi agenda esté totalmente despejada para los próximos días. O sea, quiero no deberle nada a nadie. —*Eso sería un sueño.*

Pero, por mucho talento que tuviera, Joanie no hacía milagros.

—¿Quieres que cambie la llamada con Danielle?

Mierda. Danielle. Se me había olvidado que tenía una conferencia telefónica importante con mi publicista y su equipo.

—¿Es el lunes?

—Es mañana —dijo Joanie—. Pero puedo moverla.

Una oferta arriesgada, dado que Danielle llevaba semanas encima de mí con lo de esta reunión. Teníamos mucho de lo que hablar sobre la próxima campaña de *Kiss & Tell*; mi nueva línea de

pintalabios se lanzaba en dos meses. No le iba a hacer ninguna gracia recibir la llamada de Joanie en lugar de la mía.

—Muévela a la semana que viene —dije—. Necesito siete días. Solo consígueme siete días y te querré para siempre.

—Ya me quieres para siempre —dijo.

—Es verdad. —Eché la cabeza hacia atrás en el asiento—. Música. Por favor.

Joanie tocó su móvil y, por obra y gracia del Bluetooth, *Always on the Run* de Lenny Kravitz llenó el aire. Joanie tenía al alcance de la mano todo lo que pudiera apetecerme escuchar; así de buena era conmigo. Debería estar pensando en darle otro aumento de sueldo. En cuanto volviera de las vacaciones…

Cuando nos detuvimos en un semáforo en rojo, giré la cabeza para mirar por la ventanilla tintada. Y le vi allí.

Estaba bastante oscuro… pero era él, sin duda.

Sentado en el bordillo frente al sitio de tacos que había enfrente del bar. Estaba recostado contra el cartel del drive-thru, como un músico callejero cualquiera, pero su funda de guitarra, tirada a su lado, no estaba abierta para las monedas. El viejo sucio sentado a su lado —y estaba literalmente sucio— tenía su acústica, y los dos estaban charlando.

—No me jodas. —Me incorporé.

El viejo era obviamente un sintecho. Pero, a pesar de su camiseta descolorida y los rotos de sus vaqueros, Seth Brothers estaba lejos de eso.

¿O no?

Joder, ¿qué estaba haciendo? Sentado en el bordillo como basura del día anterior…

¿Estaba comprando droga?

El pensamiento me cruzó la mente, demasiado perturbador para detenerme a considerarlo.

—Para. ¡Aparca! —le grité a Flynn cuando empezamos a alejarnos—. ¿Puedes dar la vuelta? Al sitio de tacos.

—¿Quieres pasar por el drive-thru? —preguntó Flynn; yo nunca comía comida rápida. Pero puso el intermitente y se coló en el carril de giro.

—Solo entra en el aparcamiento —dije.

Lo hizo. Aparcó en uno de los huecos estrechos a lo largo del lateral del sitio de tacos y yo salté inmediatamente. Flynn salió detrás de mí para montar guardia, porque eso era lo que hacía Flynn, aunque solo fuera a comprar un taco.

Pero pasé de largo la puerta del restaurante y me acerqué a Seth. El viejo sintecho estaba trasteando con la guitarra; estaban hablando de música, hasta donde pude apreciar. El viejo me miró primero. Cuando me vio de pie delante de ellos, abrió mucho los ojos en su cara surcada de arrugas.

Luego Seth levantó la vista también.

—Quiero hablar contigo —dije.

Y así era. En cuanto le vi sentado aquí en el bordillo… simplemente tenía que hacerlo.

—¿Esta es tu chica? —preguntó el viejo, sonriendo. Arrastraba las palabras. Sonaba borracho, quizá, o enfermo. O simplemente podía ser la edad y los dientes que le faltaban.

—No —dijo Seth. Me miraba con cautela. Confusión. Preguntándose qué coño hacía yo aquí, probablemente. Pero su tono fue tranquilo y sereno cuando dijo—: Esta es Elle.

—Elle —repitió el viejo, saboreando el sonido de mi nombre—. Nombre bonito para una chica bonita.

—Gracias —dije.

—Parece que me tengo que ir, Gus —le dijo Seth al viejo, pero sus ojos seguían en mí.

—A veces los ángeles vienen a buscarte —reflexionó el viejo, devolviéndole la guitarra a Seth—. Hay que ser muy tonto para dejarlos pasar.

Seth guardó su acústica y se puso en pie. Seguía mirándome cuando dijo: —Y que lo digas.

—No soy ningún ángel —le dije al viejo, sobre todo porque me sentía incómoda mirando a Seth a los ojos. Estaba a apenas unos pasos de mí, y no estaba preparada para eso.

—A mí me lo parece —dijo el viejo, todavía dedicándome su sonrisa desdentada.

Me di la vuelta y volví al todoterreno. Flynn me salió al encuentro a medio camino, o, mejor dicho, interceptó a Seth.

—¿A dónde va él?

Reprimí las ganas de poner los ojos en blanco. —Puedes cachearlo si quieres —dije—. Seguro que no le importa.

No estaba segura de eso, pero quería que Flynn se sintiera ridículo por pensarlo.

Le echó un vistazo a Seth, pero lo dejó estar. Mientras yo le hacía un gesto a Joanie para que dejara el asiento de atrás, él cogió las fundas de guitarra de Seth sin decir palabra y las cargó en la parte trasera del todoterreno. Joanie se bajó y fue corriendo al asiento delantero, y nosotros —Seth y yo— nos sentamos atrás.

—¿A dónde? —me preguntó Flynn mientras se acomodaba en el asiento del conductor.

—Al aeropuerto —contesté, porque nada había cambiado. Yo dormía en Kauai esta noche, y nada se iba a interponer en eso.

Tras una breve vacilación, durante la cual supuse que Flynn estaba considerando decir algo más —pero sabiamente decidió no hacerlo—, arrancó y nos pusimos en marcha.

—¿Quieres música? —preguntó Joanie desde delante. Traducción: *¿Pongo la música otra vez para que nos cueste más escuchar a escondidas?*

—Sí —dije, y subió a Lenny.

Después de unas manzanas tensas, conseguí mirar a Seth.

Estaba sentado allí con cara de incómodo y relajado al mismo tiempo, de algún modo. Sus ojos encontraron los míos al instante, y vi la inquietud en ellos. No tenía ni idea de qué era esto.

Yo tampoco. Todavía.

—¿Qué estabas haciendo? —le pregunté, con mucho más desprecio en la voz de lo que era justo—. ¿Tocar en la calle?

—Estaba hablando con Gus —dijo con calma—. Me estaba enseñando una canción.

—¿Te estaba enseñando a *ti*?

—Tuvo una banda en su día. Tocaba blues.

—Ah.

Vaya, qué bonito. Un atisbo de dónde podría haber acabado Seth si no se hubiera desenganchado, quizá. Ni siquiera sabía por qué eso me incomodaba tanto. ¿Culpa?

—¿Tienes muchos amigos en la calle?

—Algunos —dijo, aparentemente impasible ante el concepto.

Lo dejé correr. Pero seguí mirándole, incluso cuando él desvió la mirada.

Cuando estaba en el escenario del bar, no le había podido ver bien. La pantalla no estuvo apartada mucho rato, y estaba tan en shock, por no hablar de distraída por la tensión en la sala y las reacciones de todos los demás, que no había absorbido del todo lo que estaba viendo.

Tenía buen aspecto. Muy buen aspecto.

Sano.

Y el pelo más corto le sentaba bien.

Se había quitado las gafas de sol, y sus ojos encontraron los míos otra vez. Eran los mismos de siempre. De un verde pálido y ahumado, casi grisáceo, con dorado alrededor de las pupilas. Pero había algo en ellos que no sabía identificar. Algo nuevo. Una seguridad en sí mismo, quizá. Una madurez.

Pero igual que cuando le vi en el escenario esta noche… no vi a un hombre culpable devolviéndome la mirada.

—Te escucho —dijo—. Lo que tengas que decir, puedes decirlo.

—Todavía no —dije. Y le dije—: Sigo cabreada contigo.

Y lo estaba.

Había un montón enorme de sentimientos contradictorios arremolinándose dentro de mí en ese momento, algunos feos, pero sabía que no debía dejarlos salir todos a borbotones. Primero necesitaba un poco de tiempo para ordenar mis pensamientos y no estallar de rabia. O de culpa, que era rabia conmigo misma.

No se inmutó, ni siquiera parpadeó cuando dijo: —Lo sé.

Aparté la mirada y saqué el móvil del bolso, sobre todo porque quería que pensara que tenía algo más que hacer. Aunque lo único que necesitaba hacer ahora mismo era recomponerme. Había sido un impulso, recogerle. Pero no me arrepentía. Simplemente no soportaba verle ahí sentado en la calle.

Culpa, sí. Pero algo más, también.

Estaba *mal*.

Seth había sido mi amigo una vez. Un buen amigo. Un amigo *de verdad*.

Con los años había aprendido de sobra el valor de un amigo de verdad. No tenían puto precio.

¿Cómo iba a pasar de largo, como si Seth nunca hubiera significado nada para mí?

No podía. Quizá Brody podía. Quizá los chicos de la banda podían.

Yo no.

Cuando miré el móvil, ya tenía mensajes de Jesse, Ash, Maggie y Liv, pero los ignoré todos. Joanie también me había escrito, desde el asiento delantero.

Joanie: *¿Todo bien?*

Le contesté un rápido *Sí*. Porque todo estaba bien. Al menos, con nuestros planes de viaje.

Seguía deseando salir de aquí.

Seguía harta de cojones de todos los enfrentamientos. Jesse y Zane, chocando por cada guitarrista al que habíamos audicionado —Seth incluido—. Y ahora Brody estaba tan cabreado que se había largado. Maggie y Zane ni siquiera parecían hablarse últimamente, y no estaba segura de si alguien más se había dado cuenta, o si era solo cosa mía. Sabía que debería hablar con ella, ver si todo estaba bien, hacerle saber que podía contar conmigo. Dios sabía que ella había mediado en las peleas de Zane con todos los demás; si estaba teniendo problemas con él, alguien debería dar la cara.

Pero estaba tan jodidamente harta de todo.

De verdad necesitaba este descanso.

No solo no sabía qué decirle a Seth ahora mismo, sino que no tenía energía para decirlo. Para lidiar con lo que él pudiera contestar… o con lo que todos los demás iban a decir cuando se

enteraran de que yo —horror de los horrores— había *llevado* a Seth y había tenido una *conversación* con él.

Todo estaba empezando a rozar lo jodidamente infantil.

Y de todas formas, aunque hubiera tenido la energía para lidiar con todo, no tenía tiempo. Hoy no.

Así que me volví hacia él otra vez y dije lo único que parecía razonable decir.

—¿Tienes planes esta noche?

CAPÍTULO 7

SETH

ME QUEDÉ MIRANDO A ELLE… allí sentada con su pelo platino y su maquillaje impecable, devolviéndome la mirada con sus ojos gris acero. Ni siquiera estaba seguro de qué me estaba preguntando, exactamente.

Mi único plan para esta noche —y durante muchísimos años de mi vida— había sido reunirme con Dirty. Y dado que eso claramente no iba a pasar hoy… Sí. Estaba bastante jodidamente libre.

—Ningún plan —dije.

—Bien. Entonces puedes venir a Hawái.

—¿Hawái?

—Kauai. —Ya no me miraba; solo observaba el tráfico pasar por su ventanilla—. ¿Has estado alguna vez?

—No.

—Es la mejor isla. Te gustará. Woo tiene una casa allí donde me quedo a veces. Voy para allá ahora.

—¿Ahora mismo?

Me miró. —Ahora.

Me limité a seguir mirándola.

¿Por qué coño me estaba invitando Elle a Hawái?

—¿Qué es esto…? —le pregunté.

—Es una rama de olivo —dijo—. El vuelo corre de mi cuenta. Lo que hagas cuando llegues es cosa tuya. Puedes quedarte en la casa de Woo conmigo y Joanie, si quieres. Tendremos seguridad —añadió, haciendo una pausa para enfatizarlo, y la advertencia no me

pasó desapercibida—. Pero no puedo obligarte a quedarte ni a hablar conmigo. Esto no es un secuestro. Y no te estoy prometiendo nada con la banda. Esto no va de la banda. No hablo en nombre de Dirty. Esto soy solo yo, diciendo que lo siento a un viejo amigo y que desearía que las cosas no hubieran salido como salieron, pero salieron así… y quiero que estés bien.

No tenía ni idea de qué decir a eso.

Era la única disculpa de cualquier tipo que había recibido jamás de alguien de la banda. No es que esperase ninguna. Tenían motivos para echarme. Al menos, la primera vez.

¿Se estaba disculpando por eso? ¿O por el segundo despido?

¿O por los dos?

Se giró para mirar por la ventanilla otra vez. —Esto es todo lo que puedo hacer ahora mismo para asegurarme de que estés bien. Es un momento. Me siento generosa. Acéptalo y punto.

Así que lo acepté.

—Vale —dije—. Voy.

Me miró de nuevo, sus ojos grises duros y directos. —Y Seth, si hay alguna droga… —Se calló un momento. Luego terminó—: Desaparezco de tu vida y no vuelves a acercarte a mí.

—Entendido.

Apartó la mirada y se quedó en silencio, y no me dirigió ni una palabra más durante el camino al aeropuerto.

No insistí.

Me importaba una mierda Hawái. Pero *esto*… era algo con lo que había soñado jodidamente.

Bueno… desde luego nunca había soñado con que Elle me invitara a volar a Hawái con ella. Eso estaba tan lejos de lo que jamás creí posible que nunca me había molestado en tener esa clase de sueños. Pero llevaba deseando esto tanto puto tiempo que no recordaba cómo era *no* desearlo. Elle. Zane. Jesse. Dylan. Cualquiera de ellos, queriendo hablar conmigo de verdad.

Sería imbécil de remate si dejaba pasar la oportunidad de hacer las paces con alguien de la banda. Pero, a pesar de su disculpa, seguía sin tener del todo claro si eso era lo que estaba pasando aquí o no.

Lo único que sabía con absoluta certeza —y sabía que Elle también lo sabía— era que el resto de la banda, y Brody, no iban a alegrarse de esto.

Lo iba a hacer de todas formas.

Y por algún motivo que se me escapaba por completo, ella también.

El vuelo al aeropuerto de Lihue fue de poco más de seis horas, en un jet privado de lujo, y solo había cuatro personas en la enorme cabina. Yo, Elle, su asistente, Joanie, y su guardaespaldas, que se me había presentado a regañadientes como Flynn. Cinco personas, si contabas a la azafata que aparecía y desaparecía como un fantasma.

Los cuatro nos sentamos en esquinas opuestas de la cabina, y hubo muy poca conversación.

Joanie durmió casi todo el vuelo. Flynn leyó revistas y no dijo ni una palabra.

Yo básicamente toqué mi acústica, en voz baja.

Elle estaba con su ordenador portátil, los auriculares puestos, y rara vez levantó los ojos de la pantalla. No tenía ni idea de si estaba trabajando o qué. Pero no me habló.

En cuanto aterrizamos, estaba pegada al móvil. Flynn nos consiguió un coche de alquiler, un todoterreno de lujo, y cargó las bolsas de todos en la parte trasera. Yo no tenía bolsa, solo mis guitarras, porque no iba a pedirles exactamente que se desviaran a Santa Monica para recoger mis cosas de casa de Lauren. Flynn se sentó al volante, Joanie iba delante, y Elle, a mi lado en el asiento de atrás, seguía con el móvil.

—No lo sé, Ash. Ya te avisaré cuando vuelva —dijo—. No lo *sé*. Podemos hablar de eso luego, ¿vale? —Sonaba irritada, con ganas de colgar. Ash no la dejó, sin embargo, durante unos minutos más de media discusión.

Era noche cerrada. Los Ángeles nos llevaba dos horas de adelanto, pero aun así. No tenía ni idea de si Ash sabía que Elle estaba aquí conmigo, pero ella desde luego no lo sacó a relucir.

Cuando colgó, suspiró suavemente, metió el móvil en el bolso y echó la cabeza hacia atrás en el asiento.

En cuestión de minutos, la cabeza se le fue contra la ventanilla. Se había dormido.

Cuarenta y cinco minutos después, mientras subíamos por el serpenteante camino de entrada de Woo, bordeado de árboles y salpicado de faroles que centelleaban en la noche, yo seguía observándola. Intentando descifrarla.

Descifrar qué hacía realmente aquí con*migo*.

La había oído al teléfono con Ash, y no era la clase de conversación que tienen los amigos. Era evidente que había algo entre ellos. Y había visto cómo la miraban los hombres. Hombres en el aeropuerto. Nuestro piloto. Incluso Flynn.

No era solo que fuera preciosa. Más allá de su físico, Elle siempre había tenido ese *algo*; simplemente no era una chica cualquiera. Se movía de una forma que se sentía desde el otro lado de una habitación. Literalmente, las cabezas se giraban a su paso.

Era una estrella, en todos los sentidos de la palabra.

Y me preguntaba adónde había ido aquella chica radiante, descarada, pero con los pies en la tierra que yo conocí.

Todavía podía verla, sentada ahí, a apenas un brazo de distancia. Bajo la ropa de diseño y el maquillaje. La veía viviendo esta vida enorme y glamurosa, como si le saliera de forma natural, y sin embargo no parecía cómoda en medio de todo eso. Más bien… entrenada. Como si hubiera aprendido a vivir con ello.

Veía cómo lo llevaba puesto, como un vestido hecho a medida, uno que había olvidado cómo quitarse al final del día. Su fría distancia de todo. Su soledad en medio de su propia vida.

La miembro más famosa de Dirty…

No debería haber podido acercarme a *ella*, precisamente, pero por algún motivo me había dejado entrar. Al menos hasta aquí.

Era la única miembro de Dirty que me había tendido la rama de olivo.

Y no conseguía entender por qué.

—Bella te instalará en una de las casitas de invitados —dijo Elle, mientras me presentaba al ama de llaves de Woo. Estábamos en su enorme cocina, con una pared de ventanales de suelo a techo abierta a la noche. Olía a café recién hecho, a flores y al océano. Oía las olas romper contra la orilla más allá del jardín, bajo los acantilados rocosos.

—Está todo listo para ti —dijo Bella, sonriéndome. Era una mujer menuda y vivaracha de sesenta y tantos—. Puedo enseñarte el camino, si quieres.

Miré a Elle, que se mantenía a distancia, observándome. Cruzó los brazos pero no dijo nada. Me fijé en que Flynn y Joanie se habían esfumado. Flynn había inspeccionado brevemente la casa antes de desaparecer. Ni siquiera creo que Joanie hubiera llegado a poner un pie dentro.

Había cuatro casitas de invitados pequeñas pero acogedoras en el jardín lateral, y todos, excepto Elle, dormíamos en ellas. Eran alrededor de las cuatro de la madrugada, pero no tenía muchas ganas de dormir.

—Gracias —le dije a Bella—. Puedo encontrarlo solo.

Tras una breve charla con Elle en la puerta principal, Bella se fue a su casa. Se había quedado levantada esperándonos, y había insistido en enseñarme la casa de Woo cuando llegamos. En lo que habría sido una salita junto al comedor, había un estudio de grabación completo. El salón tenía un piano de cola y grandes ventanales que daban al jardín trasero, donde había una amplia terraza con un pozo de fuego. Los cinco dormitorios de arriba daban al jardín arbolado, los acantilados rocosos y la oscura extensión del océano más allá.

La casa estaba apartada de la carretera, entre los árboles. Privada y tan aislada como se podía estar allí.

En general, entendía por qué Elle había elegido venir aquí.

Volvió a la cocina, donde yo estaba apoyado en la isla, mirando hacia la oscuridad. Ya me había servido un café.

—¿Quieres uno? —le pregunté, levantando mi taza.

Sus ojos encontraron los míos. Se rodeaba firmemente con los brazos, pero dijo: —Claro. —Se sentó en uno de los asientos acolchados junto a la ventana, con vistas al jardín trasero. Sentí su mirada mientras le preparaba un café.

—¿Te gusta con leche? ¿Azúcar?

—Solo con leche —dijo.

Le llevé la taza. Tenía una pequeña bailarina de hula y decía *I Got Lei'd in Waikiki*.

—Gracias. —Se le curvaron un poco los labios al ver la taza, pero no llegó a sonreír exactamente. La cogió y bebió un sorbo. Seguía mirándome, de vez en cuando, y ya que todavía no me había mandado a la mierda, supuse que me quedaría por allí hasta que lo hiciera.

Me senté en uno de los sillones acolchados frente a ella, de cara a la ventana. Ella estaba de espaldas a la oscuridad ahora, de frente a mí, con las piernas recogidas en el asiento de la ventana, su vestido largo y suave de color gris envuelto alrededor de ellas. Se había cambiado desde que llegamos. El vestido tenía tirantes finos; uno de ellos casi se le caía, sus hombros bronceados desnudos y erguidos frente a mí mientras se abrazaba las rodillas contra el pecho.

—Bueno —dijo—. ¿Estás bien? —Su aspecto y su tono eran cautelosos, pero al menos me estaba hablando.

Y pensé en lo que podría querer oír. En lo cargada que estaba esa pregunta, y en las diversas respuestas posibles.

—La mayoría de los días —dije.

Era bastante cierto. Desde que me desenganchué, mi vida había sido una corriente bastante estable de *bien*.

Asintió una vez, como si estuviera archivándolo dentro de sí misma. Marcando una casilla en algún lugar de su cabeza. Luego dio un sorbo de café y se miró los dedos de los pies. Llevaba las uñas pintadas con purpurina dorada y las meneó, jugueteando con el anillo del dedo medio del pie.

—¿Y tú? —le pregunté.

Me miró, sus cejas finas juntándose. —Estoy bien.

—¿Sí? ¿Qué tal la vida en el ojo del huracán?

Se encogió de hombros. —Es lo que parece.

—Parece agotadora.

—Sí. —Parecía agotada cuando dijo—: Lo es.

—¿La disfrutas? ¿Que todos quieran un trozo de ti? —Mantuve su mirada de acero y añadí—: Queriéndote… Encantados de odiarte… Solo esperando a que la cagues. —Sabía, por experiencia, que eso era lo que menos me gustaba de la fama. Pero no podías quedarte con todas las ventajas del éxito como estrella de rock sin lo demás.

Asintió, despacio. —Podría decirse que es una relación de amor-odio.

—¿Solitaria?

—¿Qué?

—¿Es solitaria? —le pregunté.

Pareció desconcertada por la pregunta. Pillada desprevenida. Quizá nadie se lo había preguntado de verdad antes. Entrecerró los ojos un poco y frunció el ceño. —¿Por qué iba a ser solitaria? Nunca estoy sola.

No dije nada.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Qué tal Ray?

Me encogí de hombros. —El mismo Ray de siempre.

Ray Brothers era mi padre de acogida, a falta de un término mejor. Un hombre sencillo; a Ray le gustaban las cosas sencillas. Su tele, su sofá y su cerveza *light*. Pero era un buen hombre. Me acogió a los trece años y cuidó de mí durante unos cuantos años, con idas y venidas, cada vez que no estaba en el reformatorio por pillarme trapicheando con hierba. Incluso después de que muriera su mujer, me había acogido, hasta que se lesionó la espalda en el trabajo y tuvo que pedir la invalidez y los que mandaban dijeron que ya no podía.

Había sido lo más parecido a una figura paterna en mi vida. Mi propio padre, Todd Becker —un hombre que había entrado y salido de la cárcel antes de salir directamente de mi vida— desde luego no lo había sido. Ray incluso me ofreció su apellido cuando cumplí

diecinueve. Dijo que podía quedármelo, si quería. Dijo que podía ser un nuevo comienzo, una oportunidad de empezar de cero con una vida propia y dejar atrás mi infancia de mierda.

Acepté la oferta. En aquel momento, de verdad creí que era un nuevo comienzo.

Lo que no sabía es que los peores momentos de mi vida estaban aún por llegar.

—Creo que está esperando a que le visite —añadí—. No le gusta que viva tan lejos últimamente.

Elle ladeó un poco la cabeza. —¿Dónde vives? —preguntó. Y resultaba tan jodidamente raro que ni siquiera supiera la respuesta a eso.

Pero ¿por qué iba a saberla?

—En Los Ángeles, a veces. Nueva York. Austin. Donde sea.

—¿Tienes un sitio ahí? ¿En «donde sea»?

—Tengo muchos sitios —dije—. Ninguno propio, si es lo que preguntas. Voy flotando de aquí para allá. Piedra que rueda no cría musgo, ¿o cómo era esa mierda?

—¿Y te gusta eso? ¿Ir flotando?

—La mayoría del tiempo —dije.

—¿No te resulta solitario? —Sus ojos gris acero encerraban un desafío.

—Nunca estoy solo —dije, repitiendo sus propias palabras.

—Ya. —Me examinó, con cuidado, como si intentara calarme. O entenderme—. ¿Tienes novia?

Me encogí de hombros. —Hubo una chica. Michelle. Tuvimos algo, con idas y venidas, estos últimos dos años.

—¿Y?

—Y ella está en Boston. Y yo estoy aquí.

—¿Ya no estáis juntos?

—Nunca estuvimos juntos realmente. Solo… buenos amigos.

—Amigos. —Elle lo consideró—. ¿Con derecho?

—Si lo quieres llamar así.

Negó con la cabeza mientras decía: —No sé, Seth… Boston me parece muy lejos para un simple rollo.

—No si vives en Boston —dije.

—Ah. —Se quedó en silencio, quizá preguntándose cuándo coño había vivido yo en Boston.

—Antes de eso —ofrecí—, estuvo Lauren. Ella está en Los Ángeles.

—¿Otra amiga?

—Exacto. Y antes de eso… era un yonqui, y también lo eran casi todas las chicas con las que me lié. Las que no lo eran… bueno… en cuanto ven lo que hay detrás del telón, no es tan bonito, y no duran mucho.

—Pero eso fue hace mucho tiempo.

Sí; estaba claramente desafiándome. Tanteándome. Vigilando cualquier señal de que fuera a cagarla. Cualquier señal de que tuviera que llamar a Flynn para que me sacara de aquí a patadas.

—Exacto —dije, sosteniéndole la mirada—. Hace mucho tiempo.

—¿Has tenido alguna vez una relación de verdad? —Dio un sorbo de café, mirándome por encima del borde de la taza—. Ya sabes, desde que te desenganchaste.

—¿Qué es eso? —le pregunté—. ¿Flores y paseos por la playa?

—¿Quizá? Parecen cosas bastante normales que hacer con alguien que te importa.

—Entonces supongo que simplemente no soy tan normal —dije.

CAPÍTULO 8

SETH

—¿Y qué hay de Jessa? —me preguntó Elle tras un largo, pero no incómodo, silencio.

Seguía sentada en el asiento de la ventana, todavía en guardia, pero mientras habíamos estado en la cocina de Woo, hablando, parecía que estábamos ganando terreno. Milímetro a milímetro, quizá. Y me daba la impresión de que el mundo exterior se desvanecía. De que nada era más importante que esta conversación. Aquí y ahora.

Yo. Elle.

Respondiendo a sus preguntas e intentando atravesar las capas de mierda que el tiempo, los sentimientos heridos y demasiados errores estúpidos habían acumulado entre nosotros.

Pero no tenía ni idea de cómo responder a esa pregunta en concreto.

—¿Qué pasa con Jessa?

—Está con Brody ahora —dijo, estudiando mi reacción.

No tuve mucha, la verdad. Hacía mucho que había aceptado que Jessa Mayes no era mía. Que nunca me había querido como yo esperaba que lo hiciera. Que su corazón siempre había estado fuera de mi alcance, porque le pertenecía a otro.

Y el hecho de que estuviera con Brody no me sorprendía. Lo único que me sorprendía era que no hubieran estado juntos desde el primer día.

—Sí —dije.

—¿No te molesta?

—¿Por qué iba a molestarme?

—No sé. Vosotros dos salisteis.

—Sí. Supongo que podrías llamarlo así.

—¿Tú cómo lo llamarías?

—Jessa y yo tuvimos una relación —admití, andándome con cuidado. No tenía ni idea de lo que Elle sabía, o creía, ni de lo que sentía respecto a esa relación—. No fue exactamente… convencional. Los dos estábamos un poco… perdidos, en aquella época. —No sabía cómo expresarlo de otra manera—. Y no fue algo público. Pero eso ya lo sabes.

—Todos lo sabemos —dijo Elle—. Pero no es que no tuviéramos ni idea en aquel entonces. Al menos yo. Veía cómo eras con ella. Solo pensé que… —Se calló, abrazándose las rodillas con más fuerza. Bajó la mirada a sus pies y se rascó el esmalte de uñas. Y me di cuenta, al observar cómo le cambiaba la cara, de que Elle se sentía… ¿culpable? ¿Por lo que pasó entre Jessa y yo?—. Solo pensé que estabas colado por ella.

—Me lo imagino —dije, con cautela—. Me imagino lo que veías.

—Brody no quería verlo, seguro. Pero te gustaba. —Me miró—. Y por lo que yo podía ver, tú también le gustabas a ella.

—Sí, me gustaba.

Que yo también le gustara a Jessa, en algún momento, estaba fuera de toda duda. Pero cuánto y durante cuánto tiempo, realmente no habría sabido decirlo.

—¿Siempre? —me preguntó Elle, con sus ojos grises escrutándome el rostro.

—No siempre —dije—. Al cabo de un tiempo. Y hasta que ella quiso dejarlo. O algún tiempo después. —Me encogí de hombros—. Era joven y bastante imbécil. Puede que tardase más de lo debido en pillar el mensaje.

Las cejas de Elle se contrajeron. —Yo no soy particularmente joven, Seth —dijo con suavidad—. Y no soy imbécil. Pero tardé mucho, mucho tiempo en pillar el mensaje.

Jesse. Estaba hablando de Jesse.

No supe qué decir. Pero desde luego no me pasó desapercibido que acababa de compartir algo increíblemente personal conmigo.

—Entonces… ¿cuándo pillaste el mensaje? —me preguntó.

Lo pensé. No tenía claro si hubo un momento concreto en el tiempo en que me diera cuenta de que Jessa había terminado conmigo y de que no había ni una puñetera cosa que pudiera hacer al respecto. Si ocurrió así, no lo recordaba.

—Quizá la última vez que la vi. En aquella fiesta en casa de Brody. El descanso de la primera gira.

—Me acuerdo de aquella noche —dijo Elle—. Gran fiesta.

Sí. Pero no para mí.

—Jessa y yo llevábamos un tiempo mal —dije—. Habíamos dejado de acostarnos. —Observé cómo se lo tomaba, pero no mostró ninguna reacción. Su guardia seguía bien alta, su expresión cuidadosamente neutra, pero no indiferente. No sabía lo que era; en realidad, nunca se me había dado muy bien leer a Elle. Probablemente nunca supe hacerlo—. Quería volver con ella pero me dijo que no iba a hacerlo. Dijo que estaba enamorada de Brody.

Me habían dolido tanto sus palabras, y estaba tan hecho polvo a esas alturas —y tan ciego de coca— que la llamé puta. Lo recordaba vívidamente. Estaba tan destrozado por perderla que quise hacerle daño.

A esas alturas, me importaba una mierda hacerme daño a mí mismo.

Pero nada de eso se lo mencioné a Elle.

Había cosas de las que todavía me daba demasiada vergüenza hablar con la mayoría de la gente, y llamar puta a Jessa Mayes por dejarme y estar enamorada de Brody desde luego entraba en esa categoría.

—¿Fue eso lo peor? —preguntó Elle, con la mirada firme en mí.

—No —admití—. Cuando cortó conmigo la primera vez, antes de eso, la cosa se puso bastante fea. Fue justo antes de escribir *Dirty Like Me*. Después de aquello pasamos mucho tiempo sin hablarnos. —Hacía mucho que no pensaba en eso. Casi lo había olvidado—. No creo que nadie supiera exactamente lo que pasó. Pero Brody se me echó encima una noche.

—¿Se te echó encima?

—Con los puños.

—Ah. —Elle no pareció muy sorprendida. Pero claro, ella había estado allí cuando Brody me pegó, en febrero; cuando me acusó de violar a Jessa, delante de toda la banda—. Te refieres a… ¿aquella misteriosa fractura de la órbita del ojo y el diente roto?

—Eso —dije.

De eso hacía ya casi nueve años, pero lo recordaba. Brody me había confrontado, me había preguntado si me estaba acostando con Jessa. Y yo había estado lo bastante enajenado en aquel momento como para pensar que quizá todavía podía conquistarla, que los dos podrían rendirse el uno al otro. Brody había estado saliendo con otra persona de todas formas, con idas y venidas. Había conseguido convencerme, durante un tiempo, de que quizá simplemente iba a dejarme tenerla.

Eso, y probablemente estaba colocadísimo como para pensar que eso fuera a pasar jamás.

—¿Y qué pasó después de eso? —presionó Elle.

—Mantuve las distancias con ella un tiempo. Pero después de que saliera *Love Struck*, intenté volver con ella. La noche de su graduación del instituto, me presenté fuera, quería llevarla en coche a la fiesta que Brody daba en su casa. Ella dijo que no iría conmigo porque estaba ciego. Fue la primera vez que recuerdo que me cantó las cuarenta de verdad. Prácticamente me suplicó que me desenganchara, pero yo estaba a años luz de hacer eso. Ni siquiera entendía de qué me estaba hablando. Discutimos. Me dio una bofetada. Ni siquiera sé qué dije para empujarla a hacerlo. Pero intenté agarrarla cuando se alejó de mí. Le pillé la camiseta y el tirante se rompió. Lloró. Fue… horrible.

Aquel momento entre nosotros fue, en realidad, el peor momento que recordaba, porque fue el momento en que de verdad me caló: que yo era malo para Jessa. Que ella merecía mucho más que yo. Que solo iba a arrastrarla hacia abajo.

Era guapa y con talento y buena persona, y acababa de terminar el instituto. Apenas tenía dieciocho años. Y ahí estaba yo, con veintiuno, intentando llevarla a una fiesta cuando iba puesto de un

cóctel de drogas y alcohol, intentando convencerla de que volviera conmigo, cuando lo único que ella quería era que me pusiera las pilas y, probablemente, que la dejara en paz de una puta vez.

Fue un momento de lo más bajo.

Pero por aquella época tenía muchos momentos de esos. La mayor parte del tiempo simplemente intentaba aniquilarlos con drogas.

¿Tienes un problema? Tranquilo. Solo bebe y esnifa hasta que desaparezca.

Aquella noche, sin embargo, no me coloqué más de lo que ya estaba. La discusión con Jessa me había dejado en shock, más o menos sobrio, o al menos lo bastante sobrio para meterla en un taxi y que pudiera llegar a la fiesta de Brody de una pieza. Fue la única vez que estuve cerca de ponerle las manos encima durante una discusión. Ella me había pegado primero, pero eso no debería haber importado. Quererla y querer hacerle daño; esas cosas no deberían haber ido juntas. Eso sí lo sabía.

—Debió de ser… doloroso —dijo Elle, y había algo de compasión en su voz mientras me observaba. No estaba seguro de merecerla, pero ahí estaba—. Dios sabe que había mucho… bueno, *drama* en mis relaciones por aquel entonces. Y todavía a veces. Y Jessa… Todos sabíamos que lo estaba pasando mal. Le dio mucha guerra a Jesse por entonces. A Jude y Brody… a todos. Aunque yo probablemente habría hecho lo mismo en su lugar. Perder a sus padres tan joven. Criarse en medio de este circo de rock and roll… —Se calló.

No tenía ni idea de si cada palabra era sincera, o si solo estaba intentando animarme a abrirme, a contarle más sobre mi relación con Jessa. Tendiéndome una trampa, quizá. Queriendo que me sintiera seguro para hablar con ella, para confesar mis pecados, mientras sopesaba mis respuestas. Podía verlo en sus ojos. Como una pequeña balanza inclinándose de un lado a otro, calibrando la validez de mis palabras. Mi sinceridad.

Pero en esto no era más que sincero.

No tenía ninguna razón para mentir sobre lo que pasó entre Jessa y yo.

El daño ya estaba hecho.

Y nunca fui yo quien quiso mantener nuestra relación en secreto. Fue Jessa quien insistió en eso.

—Jessa Mayes es una chica preciosa —dije, eligiendo mis palabras con cuidado—. Pero yo vi su lado feo. Eso es lo peor que me oirás decir nunca de ella, y no lo digo como un insulto. Fuera cual fuera la oscuridad que llevaba dentro, fuera lo que fuera con lo que luchaba, yo luchaba con algo peor.

Elle no respondió, pero al cabo de un momento asintió, como indicándome que siguiera.

—Mis recuerdos no son exactamente… claros. Al menos, algunos no lo son. Algunos sí. Algunos ni siquiera existen. Pero *sé* que nunca abusé de ella. Brody me acusó de eso… de violarla. —Negué con la cabeza mientras hablaba. Nunca sería capaz de digerir esa acusación —. Sé que intenté presionarla al final, para que quisiera estar conmigo. Para que me quisiera. Para que no me dejara. Pero nunca la presioné para tener sexo, Elle. Sé que era más joven que yo. Pero los dos éramos adolescentes cuando empezamos.

Lo éramos. Yo tenía diecinueve, ella dieciséis, y ella fue quien inició el sexo conmigo. Recordaba claramente la primera vez que pasó. Habíamos tomado éxtasis juntos, y el éxtasis era mío. Había un grupo de nosotros que lo había tomado cuando salimos de fiesta. No era mi intención que Jessa y yo acabáramos solos, en la cama, aquella noche. Pero para entonces me gustaba. Mucho.

Sabía cómo podía sonar si intentaba explicárselo a Elle, así que simplemente dije: —Sé que eso no hace que estuviera bien. — Porque no lo hacía.

—Entonces, ¿qué crees que le dijo ella? ¿A Brody? —me preguntó Elle—. Para que pensara que le hiciste eso.

—No lo sé. No sé lo que dijo. Pero conozco a Brody, y vi lo que había entre ellos. —Lo vi. Aquello era un amor muy grande, probablemente desde mucho antes de que yo apareciera—. Creo que, diga lo que diga ella, le resulta más fácil creer que la forcé o que la manipulé para que se acostara conmigo que pensar que ella de verdad me deseó, aunque solo fuera por un momento, y quizá por las razones equivocadas.

Elle ladeó la cabeza, considerándolo. —¿Qué razones equivocadas?

Cogí aire y dije: —Quizá yo le di algo en aquel momento que nadie más le daba.

Eso era bastante cierto, aunque no tenía ni idea de si Elle entendería a qué me refería.

Jessa y yo habíamos pasado mucho tiempo juntos escribiendo canciones, al principio, y ese había sido nuestro primer vínculo. Y sabía que se sentía cómoda conmigo. Yo no la juzgaba ni tenía expectativas sobre ella ni le imponía las mismas reglas que su hermano y los otros chicos.

Con el tiempo, sin embargo, nuestra relación estuvo sin duda alimentada por nuestro consumo mutuo de drogas.

Pero no iba a contarle a Elle, ni a nadie, que Jessa me había pedido drogas. Que me lo había pedido varias veces antes de que fumara con ella la primera vez. Y todas las demás veces, ella lo pidió. Incluida la vez que tomamos éxtasis juntos por primera vez. No me pidió éxtasis en concreto, pero quería colocarse.

Parecía irrelevante. Y sucio, de algún modo, echárselo encima así. Resultaba demasiado feo haber dado drogas a Jessa, por mucho que ella las quisiera, fueran cuales fueran mis motivaciones.

Quizá Brody siempre creería que coloqué a Jessa para poder llevarla a la cama. Pero se equivocaba en eso. Yo lo sabía. Por muy borrosos que fueran mis recuerdos, por mucho que me acusaran, por mucho que me sintiera atraído por Jessa. Incluso si Jessa lo recordaba de otra manera.

Elle estaba en silencio. Bebió un sorbo de café y pareció estar considerando lo que le había dicho.

¿Pensaba que era un baboso? ¿Un gilipollas integral?

No tenía ni la menor idea.

Elle siempre había sido una especie de misterio para mí. Algo desconocido, y muy por encima de mí. Algo así como las estrellas en el cielo son un misterio para el hombre de a pie; puedes entender lo básico de cómo funciona todo, pero eso no significa que puedas quedarte ahí, bajo su luz y su belleza, sin sentirte pequeño, sobrecogido e incluso indigno.

Lo único que podía hacer realmente era esperar a que dictara sentencia sobre mí. Iba a formarse una opinión de mí, de una manera o de otra. Poco podía hacer ya salvo decir la verdad. Mi verdad; la única verdad que conocía.

—¿Harías las cosas de otra manera, si pudieras? —me preguntó al cabo de un rato.

—Joder, sí. —Ni siquiera tuve que pensarlo—. Pasé muchos años cabreado con todo, deseando borrar el pasado, deseando no haber dado nunca esa primera calada, no haber caído nunca por esa madriguera.

—Me refiero a si harías las cosas de otra manera con Jessa.

Eso sí tuve que pensarlo. Y no era la primera vez que lo pensaba, tampoco.

—No —admití—. Probablemente no. Si hubiera estado sobrio, quizá. Pero mientras hubiera sustancias de por medio… estuve dando vueltas alrededor de un sumidero durante años con mi adicción, y hasta que dejé de consumir, no había nada que pudiera haber hecho de forma diferente.

Elle se quedó en silencio otra vez. Y me pregunté hasta qué punto lo entendía. O no.

—¿Y tú? —le pregunté—. ¿Alguna vez te dejaste caer por esa madriguera?

—No —dijo—. No del todo. Me metí algo de coca, ya sabes, en aquella época. —Sonrió con ironía; aquel comentario hacía que pareciéramos viejos. Pero en realidad, no hacía tanto que éramos solo unos críos estúpidos e ingenuos abriéndonos camino a guitarra limpia hasta lo más alto de las listas… sin paracaídas—. Tomé algo de éxtasis. Probé otras pastillas, algo de speed. Supongo que solo tonteé, en plan social. Pero al cabo de un tiempo me di cuenta de que en realidad no lo disfrutaba. Todos a mi alrededor parecían colocarse para escapar de sus vidas. Yo no quería escapar de mi vida. —Se encogió de hombros—. Mi vida es bastante buena.

—Sí. Esa es una forma de verlo. Pero hay gente que no puede con su vida, incluso cuando es buena, ¿sabes?

—Sí. Lo veo —dijo—. Supongo que… prefiero tener la cabeza despejada. Casi siempre. Todavía me gusta la hierba, a veces. Me

gusta un poco de alcohol. Me gusta dormir. Supongo que soy la monja del grupo.

Negué con la cabeza mientras la sensación de admiración que ya sentía en su presencia se intensificaba. —Eres fuerte —le dije, y lo decía en serio—. Hace falta mucha fuerza, y mucho carácter, para mantenerte fiel a lo que te gusta, a lo que te funciona, cuando todos a tu alrededor están haciendo otra cosa. Y esperan que tú también participes.

Elle se limitó a quitarle importancia. —¿Las drogas te funcionaron alguna vez? O sea… ¿alguna vez lo disfrutaste?

—Sí. Joder, sí. —Era verdad. Era tan jodidamente triste, pero era verdad—. Siempre las amas justo antes de odiarlas. Y aun cuando las odias… hay momentos en los que de verdad crees que podrías volver a amarlas. Hasta que casi te matan.

Vi la expresión turbada pasar por su cara, y solo podía suponer que estaba recordando, todos aquellos años atrás, cuando tuve la sobredosis. Cuando me vio después de la sobredosis.

Jude me lo contó después; que había sido Elle quien me encontró, quien me sostuvo en sus brazos hasta que los sanitarios vinieron a recogerme del suelo del autobús de gira.

Y ojalá pudiera quitarle el peso de ese recuerdo concreto, pero no podía.

—¿Crees que… o sea, de verdad —me preguntó—, crees que si no te hubieras liado con Jessa, habrías acabado igualmente donde acabaste? Ya sabes… si no te hubieran roto el corazón.

No contesté; no estaba seguro de cómo contestar.

A pesar de las cosas que le había dicho a Jessa cuando me confrontó en aquella cafetería en febrero —cosas defensivas, amargas—, no estaba seguro de que Jessa me *hubiera* roto el corazón.

—Por eso tuviste la sobredosis, ¿no? —dijo Elle—. Por eso caíste tan al fondo de la madriguera.

—No fue solo Jessa, Elle. Fueron muchas cosas. —Negué con la cabeza—. Fui yo. La sobredosis… que me echaran de la banda… todo eso fue cosa mía. Al final no tenía una mierda que ver con ella.

Pero Elle simplemente ladeó la cabeza y se me quedó mirando, con un pequeño ceño pensativo en su cara bonita, como si no estuviera segura de que eso fuera verdad. Como si fuera la primera cosa falsa que le había dicho esta noche, y estuviera intentando darle sentido.

—Debías de quererla —dijo con suavidad, con sus ojos grises en los míos—. Mucho.

Pensé en ello, como tantas veces a lo largo de los años, con una especie de pregunta en el corazón que nunca había sido capaz de responder del todo.

Sabía que me había aferrado a esa idea durante mucho, mucho tiempo. Que había querido a Jessa; que ella me había rechazado. Formaba parte de la historia que me contaba a mí mismo, *sobre* mí mismo, para que estuviera bien seguir haciéndome daño. Para alimentar la amargura y el resentimiento que todavía sentía hacia ella por abandonarme, hacia la banda por abandonarme; una amargura que solo había conseguido dejar atrás de verdad este año. Después de que me dejaran *otra vez*, y decidí enterrar el pasado.

Dejarlo ir.

Era un nuevo día. Era un hombre nuevo.

Pero no era tan sencillo, ¿verdad?

Podías dejar las drogas y desengancharte, pero no podías simplemente borrar la pizarra y dejarlo todo atrás. No cuando todo se había convertido en parte de ti, te había cambiado, había dado forma al hombre completamente nuevo en que creías haberte convertido.

Todo el dolor por el que había pasado siempre sería parte de mí, grabado en mí, junto con todos los errores, los remordimientos. Aunque solo fuera para guiar las decisiones que tomase de ahí en adelante. Para que, con suerte, no volviera a cometer los mismos errores.

En la vida… o en el amor.

—Debí de quererla —dije, finalmente.

Pero la verdad, la verdad de la que más me avergonzaba, era que no lo recordaba del todo.

CAPÍTULO 9

ELLE

CUANDO SUBÍ A ACOSTARME después de hablar con Seth, justo antes del amanecer, me sentía algo mejor, en cierto modo. Y, sin embargo… peor, en cierto modo también.

Había tanto dolor en el pasado de Seth —en el de todos, cuando se trataba de él y de Jessa— que entendía por qué los chicos simplemente querían que desapareciera. Por qué querían que Seth, sencillamente, desapareciera.

Creían que había hecho daño a su chica, a su hermanita colectiva, y no podían tolerarlo. Se sentían traicionados por él. Y esa traición dolía aún más porque le habían querido.

Quizá, en el fondo, todavía le querían.

Después de sentarme con él aquella noche y hablar con él, de mirarle a los ojos y escucharle hablar, sabía que yo todavía le quería.

Entré en mi dormitorio, la habitación donde siempre dormía cuando me quedaba allí —la más grande de las habitaciones de invitados, con vistas a los acantilados y al océano más allá. Tiré el móvil en la cama, con bastante miedo a mirarlo, y me metí en el baño. Me di una ducha caliente, intentando que la tensión del día se me escurriera del cuerpo, y repasé lo que Seth me había contado.

Después de escuchar lo que tenía que decir sobre Jessa, podía entender que Brody o incluso Jesse no quisieran oírlo. Pero yo seguía sin saber qué creer.

No me parecía que Seth me estuviera mintiendo.

Pero había aprendido, viviendo dentro y fuera del foco, moviéndome en dos realidades algo separadas pero paralelas —mi vida de estrella de rock y mi vida *real*—, que toda historia tiene dos caras.

Y que una no tiene por qué estar equivocada para que la otra tenga razón.

Pongamos mi caso con Jesse.

Los dos estábamos en esa relación. Pero yo estaba enamorada. Él no.

Nuestra ruptura, para mí, fue desgarradora. Para él, probablemente fue más bien un alivio.

Sin duda había dos versiones de esa historia, y, en el mejor de los casos, no encajaban.

Después de la ducha, me puse un albornoz, me sequé el pelo y me obligué a mirar el móvil. Como era de esperar, me habían empezado a llover llamadas de todo Dios. A esas alturas, todos sabían que Seth estaba allí conmigo. Probablemente Jude, que se habría enterado por Flynn, se lo había dicho a alguien —¿a Jesse?— y la noticia se había extendido, como pasaba en el mundo de Dirty, como un puto virus. Y todos querían saber qué coño estaba pasando.

Jesse incluido. Pero no le devolví la llamada.

Brody había llamado, tres veces, pero tampoco le devolví la llamada.

¿Qué coño iba a decirles?

El propio Jude me había escrito, y le contesté para hacerle saber que todo estaba bien. Flynn seguiría en contacto con él, pero sabía que agradecería tener noticias mías directamente. Lo último que necesitaba era hacer saltar las alarmas de Jude y que se presentara allí a montar una gorda. Pero sí tenía una pregunta para él.

Yo: *¿Por qué dejaste entrar a Seth en la audición?*

Su respuesta llegó en menos de un minuto.

Jude: *Porque lo pidió.*

Una respuesta muy de Jude.

Me fijé, sin embargo, en que no me preguntó por qué me había llevado a Seth a Hawái.

No me preguntó nada en absoluto.

Jude y yo no teníamos la suficiente confianza como para que sintiera la necesidad de indagar más… ni de explicarme. Mejor no abrir esa caja de Pandora por mensaje de texto. Mantener a los miembros de Dirty seguros y protegidos era el trabajo de Jude; un trabajo que llevaba haciendo, y bien, una década. Pero también era el mejor amigo de Jesse, lo que significaba que no me sentía del todo cómoda teniéndole metido en mis asuntos personales.

En general, él lo respetaba.

Apagué la lámpara y me senté en la cama a oscuras, escuchando el suave rugido del océano por las ventanas abiertas mientras el cielo empezaba a clarear, totalmente incapaz de dormir… y al final decidí devolverle la llamada a Dylan. Todavía era temprano en Los Ángeles, aunque no tan indecentemente temprano como allí. Probablemente estaría dormido de todas formas…

Pero contestó al primer tono. —Eh. ¿Cómo estás?

—Bien —dije—. ¿Y tú?

—¿Qué pasa? He oído que Seth está contigo.

Cogí aire. —Así es.

—¿Por qué?

—Porque… —¿Cómo se contestaba a eso, exactamente?—. Le invité a venir conmigo a casa de Woo.

—Ya. ¿Por qué?

—Porque quería hablar con él y era adonde iba. Así que aquí estamos.

—Elle. Todos están preocupados. Los chicos. Ash… Todos quieren saber qué está pasando.

—Ya lo sé. Pero no hay motivo para preocuparse, ¿vale?

—Elle…

—Puedes decirles que estoy bien.

Dylan guardó silencio un momento. —¿Tú crees que *él* está bien?

Ni siquiera sabía cómo contestar a eso. —Eh, sí. Creo que sí. O sea, seguramente sabe que todos se van a enfadar porque le he traído aquí…

—Vale —dijo Dylan—. Pero yo hablaba de Ash.

Ah.

—¿Crees que él está bien con esto?

—No le he pedido que esté bien con esto, Dylan. No necesito su permiso, igual que no necesito el tuyo.

—Tú no estás saliendo conmigo, Elle.

—Tampoco estoy saliendo con él.

—¿Desde cuándo?

Suspiré. No es que hubiera esperado que Dylan no se enterara de lo mío con Ash. Nunca le conté que nos habíamos liado en la boda de Jesse ni que habíamos seguido liándonos, de manera informal, desde entonces. Pero tampoco le pedí nunca explícitamente a Ash —ni esperaba— que no se lo contara. Y aunque Ash no hubiera dicho ni una palabra, Dylan nos conocía lo bastante bien a los dos como para darse cuenta por sí solo.

—Sí, Ash y yo tuvimos algo —admití—. Pero se ha acabado, y de todas formas no fue algo de verdad.

Otra vez silencio.

Luego: —¿Él lo sabe?

No contesté a eso. Claro que Ash sabía que se había acabado. Llevaba tiempo agonizando.

Pero ¿sabía que no había sido real?

—Tengo que dejarte, Dylan. Me están entrando mensajes. —Era bastante cierto; el móvil me había sonado con mensajes mientras hablaba con él. Las llamadas y los mensajes probablemente iban a llover todo el puto día.

Solo de pensarlo me sentía agotada.

—¿Seguro que estás bien?

—Estoy bien. Y tengo a Flynn. —Sentí la necesidad de decirlo, de calmar sus preocupaciones.

—Vale. Cuídate —dijo—. Llámame para lo que sea.

—Lo haré.

—Luego te llamo para ver qué tal.

—Genial.

Colgué de aquella conversación sintiéndome aún peor que antes.

No me hacía ninguna gracia que nadie de la banda se preocupara por mí. Normalmente, me resultaba irritante, como si estuvieran jugando a ser mis hermanos mayores y metiéndose donde no les llamaban, y odiaba esa mierda. Pero Dylan era diferente. Dylan no se preocupaba por muchas cosas, y me conocía; sabía que me cuidaba sola, sabía que tenía mi vida controlada, que tenía todo un equipo de gente para ayudarme a mantenerla bajo control, y sabía que no necesitaba ni quería que se preocupara.

Pero se lo había notado en la voz. Estaba preocupado por aquello.

Miré los mensajes nuevos, a regañadientes, y encontré un par de textos de Maggie.

Maggie: *Llama a Brody. Está flipando.*

Maggie: *Si quieres hablar, avísame. Extraoficialmente.*

Mierda… Si Maggie decía que Brody estaba «flipando», la cosa no pintaba bien.

Le mandé un rápido *Gracias* por la oferta extraoficial. Quizá se la aceptase en el futuro. Ahora mismo, no.

Ahora mismo, todavía no había definido mi propia postura sobre todo el asunto de Seth. No estaba lista para hablarlo con nadie más.

Yo: *¿Cómo está Jesse?*

Le mandé la pregunta a Maggie, como había hecho muchas veces aquel último año cuando estaba preocupada por él, o tenía curiosidad, o lo que fuera, pero no quería hablar con él directamente.

Maggie: *No estoy segura. Katie dice que ha estado fuera toda la noche bebiendo con Jude y que antes de eso no paraba de dar vueltas por la casa.*

Maggie: *Lo que sea que eso signifique.*

Maggie: *Aquí es un desastre total.*

Remató eso con un emoji de caca sonriente.
Se me escapó una sonrisa.

Yo: *Siento haber causado el desastre.*

Maggie: *No es culpa tuya.*

Maggie: *Hombres.*

Mandó otro emoji de caca sonriente.

Entonces entró una llamada. La notificación en la pantalla decía: *Jesse.*

Estupendo…

Cogí aire y contesté. —Hola.

—Eh. ¿Cómo estás? —Sonaba tenso. Muy tenso.

¿Borracho?

—Bien.

—¿Estás en casa de Woo? —Su voz era cortante, seca.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo?

—Unos días. Quizá una semana. ¿Por qué?

—¿Seth está contigo?

—Sí.

Silencio.

—¿Qué quieres, Jesse? Estoy de vacaciones, ¿vale?

—¿Con Seth Brothers?

—Eso parece.

—¿Y cómo ha *sido* eso…?

—Jesse. No tengo que darte explicaciones.

—Y un cuerno.

—Jesse…

—Más te vale empezar a darle explicaciones a *alguien*, porque Brody está subiéndose por las putas paredes…

—Y siento que Brody esté disgustado. Pero esto no tiene nada que ver con Dirty.

No tenía nada que ver. No ahora mismo.

Ahora mismo tenía que ver conmigo y con Seth Brothers. Punto.

—Entonces, ¿con qué coño tiene que ver, Elle?

—Sinceramente, no es asunto tuyo.

Jesse resopló y dijo: —¿Vas a llamar a Brody?

—Pronto.

—Hazlo antes.

—Adiós, Jesse. —No esperé a que se despidiera. Colgué.

Aquello no era exactamente nada nuevo.

Así que Brody estaba perdiendo los papeles. Y Jesse estaba cabreado conmigo. Como siempre, todo el mundo tenía una reacción a cada puta cosa que hacía. Una expectativa sobre mí. Una exigencia.

Todos querían algo de mí, tuvieran derecho o no.

Pero había una persona de la que todavía no había tenido noticias. La única persona que de verdad *tenía* derecho a exigir saber qué estaba pasando allí, si es que alguien lo tenía.

Así que llamé yo misma a Jessa Mayes.

No me sorprendió que Brody cogiera el teléfono. Una vez terminadas las audiciones, habría tomado el primer avión a Vancouver para estar con ella. Aunque sonó notablemente tranquilo cuando me dijo: —La banda sabe que Seth está ahí contigo.

—Y déjame adivinar. No están contentos.

—Yo diría que están confusos, Elle.

—Solo estamos hablando —le dije—. Tú no quieres hablar con él, y Jesse no quiere hablar con él, pero yo sí, Brody.

—¿Y crees que esta es la manera de hacerlo? Hay formas de gestionar estas cosas, Elle. Canales formales. No deberías ni siquiera estar hablando con Seth Brothers, y mucho menos salir volando a Hawái con él, sin un contrato escrito de antemano para protegerte.

—No necesito un contrato para tener una conversación con un viejo amigo —le dije.

Hubo un silencio feo, al final del cual dijo, en voz baja: —Tienes que pensar en proteger a la banda, Elle.

—Esto no va de la banda.

—Entonces, ¿de qué coño va?

—¿Puedes ponerme a Jessa?

—Está ocupada.

—¿Está ahí contigo? He llamado para hablar con ella.

—*¡Brody!* —Oí a Jessa, en algún lugar de fondo, y casi podía imaginármela: de pie con las manos en las caderas mientras Brody le sujetaba el móvil fuera de su alcance.

Cogí aire y seguí adelante, obligándome a decir las palabras que no quería decir especialmente, pero que tenía que decir. —Brody, ¿no crees que, si estoy aquí sentada con un hombre que violó a Jessa Mayes, tengo un problema con eso, y quizá necesito escucharlo de ella si *no* es el caso?

Oí un forcejeo y luego otra vez la voz de Jessa, amortiguada. —*¡Dios, Brody!* —Más forcejeo, y luego Jessa estaba al teléfono—. Él no… ¿Eso es lo que te ha dicho Brody? ¿Que Seth me *violó*?

—No —dije, aliviada de tenerla al teléfono—. No directamente. Pero eso es lo que le dijo a Seth cuando le rompió la nariz, delante de toda la banda.

—Oh. Dios. Mío. *¿Le rompiste la nariz a Seth?* —Eso sonó amortiguado, y claramente dirigido a Brody. Le oí mascullar una respuesta, pero no pude distinguir las palabras.

—Eh, todos le oímos decirlo —le conté—. Así que te puedes imaginar cómo nos ha dejado eso a todos… alterados.

—Eh, ya. Me lo imagino. —Jessa no parecía nada contenta. Estaba claro que no tenía ni idea de lo que realmente había pasado aquella noche. Ni idea de qué había acusado Brody a Seth delante de todos nosotros—. Seth Brothers no es un violador, y no me *hizo* nada. Así que si oyes a Brody o a mi hermano decir semejante cosa, puedes decirles que… ay, Dios. *Puaaaj*.

Me incorporé, con todas las alarmas disparadas. —¿Estás bien?

—*Uf*… El bebé acaba de darse la vuelta. Te juro que es como tener un alien dentro.

—Ah. —Solté el aire—. Siento llamarte con esto, Jessa, de verdad. Sé que es mal momento. —Lo era. Evidentemente.

—Está bien… —Pero había un gemido de incomodidad en su voz.

—Te dejo. No quería disgustarte. Solo necesito saber de verdad… ¿Te parece bien que hable con Seth? Está aquí conmigo, en Hawái. Estamos en la casa de Woo.

—Elle, no necesitas mi permiso. Puedes hablar con quien quieras. —Luego susurró al teléfono—: Brody está cabreado, eso sí.

—Ya me he fijado.

—Lo siento, de verdad tengo que irme. El bebé está dando patadas por las mañanas y Brody va a reventarse un nudillo apretando su pelota antiestrés. Necesito esas manos para que me masajee las caderas y los pies hinchados o no voy a dormir nada. Apenas he dormido en toda la noche.

—Claro —dije—. Dile, por si sirve de algo… que lo siento. Sé que no quiere que estés alterada ahora mismo.

—No estoy alterada, Elle. Solo… —Su voz se suavizó—. Ten cuidado, ¿vale? Los adictos pueden ser… impredecibles.

—Lo tendré.

No sabía con certeza si podía creerla, si estaba al cien por cien bien con que yo hablara con Seth. Pero fuera cual fuera el problema que pudiera tener con ello, estaba claro que no iba a intentar cargármelo a mí encima.

Y al menos ahora sabía, con seguridad, que el hombre de la casita de fuera no era un agresor sexual. Eso ya era algo.

Algo bastante grande.

—Brody dice que te llama luego —dijo Jessa—. Cuídate, Elle.

—Cuídate tú, y cuida a ese bebé.

Cuando colgó, me dejé caer de espaldas en la cama, aliviada.

Y, sin embargo…

Aunque la propia Jessa acababa de afirmar rotundamente, delante de Brody, que Seth nunca había abusado de ella como Brody parecía creer… no veía a todo el mundo dando un giro de ciento

ochenta grados y dándole la bienvenida a la banda mañana con los brazos abiertos.

Aparté el móvil y gemí en voz alta.

Menudo follón.

Aun así, no podía culpar a Brody. Estaba, como siempre, intentando proteger a la banda. Intentando protegerme a mí. Y, por supuesto, intentando proteger a Jessa y a su bebé.

La había dejado embarazada, sin querer, en algún momento después de la boda de Jesse. Básicamente, en cuanto empezaron a acostarse, por lo que yo sabía. Pero a pesar de lo que había pasado hoy, nunca había visto a Brody más feliz. Jessa y ese bebé lo eran todo para él.

Estaba de casi siete meses, y dado que era una chica delgada de por sí, había ganado mucho peso con el embarazo. Era mucho estrés para su cuerpo, y me había confesado que tenía muchos dolores articulares y molestias. Nada terriblemente fuera de lo normal, según su médico, pero Brody me habría decepcionado si *no* estuviera preocupado por ella.

No me gustaba añadirle estrés con todo lo que ya tenía encima, y sabía que, por muy entregado que estuviera a Dirty, su familia —Jessa y ese bebé— siempre sería lo primero.

Pero mientras me quitaba el albornoz y me deslizaba bajo las sábanas, y pensaba en cómo había acabado aquel día, lo sabía en el corazón: no cambiaría nada.

Había algo que me impulsaba a hablar las cosas con Seth. A intentar llegar al fondo de la cuestión.

Quizá porque nunca había podido creer, pasara lo que pasara entre Seth y Jessa, que él hubiera sido capaz de forzarla, ni físicamente ni manipulándola.

Y si la acusación de Brody realmente no tenía fundamento, como la propia Jessa acababa de decirme, entonces la banda no tenía ningún motivo para condenar a Seth por haberse aprovechado de Jessa. Era joven cuando empezaron —los dos lo eran. Pero ¿se le podía culpar de verdad a un chaval de diecinueve años por liarse con una chica de dieciséis?

En mi mundo, no.

Cuando yo tenía dieciséis, salí con uno de veintidós, y ninguna de mis amigas pestañeó. Hasta mis padres lo aceptaron sin problemas, en cuanto le conocieron.

Lo único que quedaba, en realidad —si Brody y Jesse podían dejar a un lado sus egos masculinos hinchados y perdonar a Seth por haber tenido una relación con Jessa— era el hecho de que Seth se había drogado con Jessa a nuestras espaldas.

Quizá esa era una transgresión mucho más difícil de perdonar.

Porque, al final, quizá ese consumo de drogas la había alejado de nosotros.

De Brody.

Y mientras lo consideraba, lo supe… A Brody le iba a costar muchísimo perdonar eso.

Mientras estaba allí tumbada, sola, incapaz de dormir, mis pensamientos se volvieron hacia Seth, solo en su casita. En mis pensamientos sobre él a lo largo de los años, siempre estaba solo. Nunca podía imaginármelo de otra manera. Un lobo solitario; así era como siempre había pensado en Seth.

Pero había algo en él aquella noche… algo que había percibido mientras hablábamos. Algo que reconocía en mí misma: un descontento.

No es que pareciera infeliz, exactamente. Quizá, ahora que estaba limpio, estaba satisfecho con todo en su vida, excepto por esa única cosa esencial que le faltaba: Dirty.

Yo era definitivamente feliz con mi vida, excepto por esa única cosa que me faltaba.

Esa cosa increíblemente crucial.

Y me pregunté: ¿estaba Seth solo, como yo?

No *parecía* solo. No como cuando le conocí… años atrás, cuando vivía más o menos en la calle y durmiendo en sofás ajenos, vendiendo hierba, con poco más que la guitarra a la espalda. Seguía teniendo esa confianza rara y serena, igual que entonces, a pesar de todo lo que había pasado. Pero ahora parecía más un hombre que había crecido dentro de su propia piel, que estaba profundamente cómodo con quién y qué era.

Pero nadie pensaría que yo estaba sola, tampoco.

Desde fuera, probablemente parecía que tenía la vida perfecta. Que lo tenía todo controlado y más.

Y, sin embargo, Seth me había preguntado directamente si estaba sola. Fue una de las primeras cosas que me preguntó.

No entendía por qué pensaría eso.

La gente siempre estaba revoloteando a mi alrededor. Todo el día, invadiendo mi espacio, en mi cara, incluso tocándome… pero sí… al final del día, estaba sola.

Incluso cuando me estaba enrollando con Ash, me iba a dormir sola.

Claro, si se lo pidiera, Ash probablemente se montaría en un avión ahora mismo para venir aquí y meterme su polla. Probablemente hasta me abrazaría después, si quería. Pero no era lo mismo. No era lo mismo que estar *con* alguien.

O estar enamorada…

Porque incluso cuando Ash estaba en mi cama, en mi cuerpo —*sobre todo* entonces— seguía sintiéndome sola.

CAPÍTULO 10

ELLE

SALÍ DE MI habitación en algún momento a primera hora de la tarde, sintiéndome renovada; al final me había dormido a media mañana y había dormido como una muerta. La casa estaba vacía, pero encontré a Joanie en el porche delantero, a la sombra, haciendo malabarismos con el portátil y el móvil. A esas alturas, yo sentía de verdad que estaba de vacaciones, pero técnicamente ella no. Despejar mi agenda significaba que la de Joanie estaba a reventar.

Le llevé un plato de comida; dijo que aún no había comido, pero que Seth había dejado en la nevera una ensalada que había preparado él: con pechuga de pollo a la plancha, papaya local y aliño de fresa y guayaba. Por lo visto, el hombre se manejaba bien en la cocina.

Quién lo iba a decir.

Me llevé mi propia comida al jardín trasero, sola, sintiendo algo que no había sentido mucho últimamente: felicidad por estar justo donde estaba.

Alegría, incluso.

Puse música alegre, luminosa y sensual. Primera canción: *Feels* de Calvin Harris, con Pharrell Williams y Katy Perry. La música pop y electrónica se habían convertido en un cambio necesario para mí, una forma de resetearme y recargar pilas cuando darlo todo con Dirty me dejaba agotada. Por eso mi álbum en solitario había sido muy electrónico, una mezcla de rock electrónico y temas de baile

puro y duro. Canciones con mucho groove, con el bajo como motor, escritas por mí, por mi amiga Summer —que era una DJ de la hostia — y por Woo, que había producido el álbum.

Y tenía que reconocerlo: desde que Ash me había dado una serenata con una canción de Calvin Harris —la noche que nos liamos por primera vez— me había enganchado a la música de Calvin Harris. No porque me recordase a Ash. Porque me recordaba a soltar lastre, a seguir adelante; a que vendrían tiempos mejores.

Después de comer, me recosté en una de las tumbonas largas del patio en biquini, todavía un poco cansada. Era mi biquini favorito, mi biquini más sexy, el que me ponía cuando quería tomar el sol *y* sentirme bien conmigo misma. No me lo habría puesto si Seth o Flynn estuviesen allí: era así de sexy. Pero Joanie dijo que Seth había salido a comprar, y yo sabía que Flynn se mantendría al margen hasta que le necesitasen, lo que significaba que ninguno de los dos tendría que soportar mi casi desnudez en mi biquini de crochet color crema hecho a medida. Mi biquini de crochet *sin forro*.

No solo era diminuto, tenía agujeros. La brisa lo atravesaba entero. Si tenías huevos para mirar muy, muy de cerca, se me veían los pezones a través de la tela… entre otras cosas. Siempre me aseguraba de estar *completamente* depilada antes de ponérmelo.

Era como ir desnuda, sin ir realmente desnuda.

De hecho… resultaba un poco desperdicio que no hubiese nadie allí para verme con él. Pensándolo bien, era más bien un biquini para tomar el sol, sentirte bien contigo misma *y* lucirte delante de un hombre.

Así que hice lo siguiente mejor. Me saqué una foto sexy y se la mandé a mi amiga más increíblemente incondicional, una que siempre agradecía el *sexting*, aunque solo viniese de mí.

Summer: *¡Buenorra!!!!!*
Yo: *Kauai, inena!*
Summer: *Espero que hayas traído a un hombre contigo.*
Summer: *O un juguete anatómicamente correcto.*

Dudé antes de responder.

Pero era Summer; le contaba prácticamente todo, y Dios sabía que ella no era tímida —para nada— a la hora de contarme cada puto detalle de su vida íntima.

Así que respondí…

Yo: *He traído a Seth.*
Summer: *¿¿Cómooo??*

Así que supuse que aún no se había enterado del gran escándalo.

Yo: *Ni preguntes.*

Sus respuestas llegaron a toda velocidad:

Summer: *Estoy preguntando*
Summer: *Teniendo en cuenta que llevas la excusa más pequeña del mundo por biquini…*
Summer: *¿Quizá no necesito preguntar?*
Summer: *Vale, estoy preguntando*
Summer: *Seth Brothers, ¿verdad?*
Yo: *El mismo.*
Summer: *¿¿Cuándo ha pasado esto??*
Yo: *No ha pasado nada.*

Pensé en añadir: *Solo somos amigos*. Pero no sabía si *éramos* amigos.

Solíamos serlo. Y sabía que seguía queriendo serlo. Quizá de eso se trataba todo aquello. De salvar una amistad, si una relación laboral estaba descartada.

Y en ese caso… quizá dependía de Seth que fuésemos amigos.

Yo: *Estamos hablando.*
Summer: *Ajá. Se te conoce por llevar eso a reuniones de trabajo.*
Yo: *Él no está aquí.*
Yo: *Me vestiré antes de que vuelva.*
Summer: *O no.*

Luego me mandó una cara de diablillo.

Yo: *¿Podría llevar esto para hablar con toda la banda y quizá así me escucharían por una vez?*
Summer: *Mmm… no.*
Summer: *Perdona, cielo. Me tengo que ir. Entrando en plan diva a una comida de trabajo.*
Yo: *Tu vida es tan glamurosa*

Luego le mandé una serie de corazones y besos. Porque la quería así.

Summer: *Ya lo sabes. Hablamos luego, babe.*
Summer: *¿Dónde está Ash?*

Claro. Ash.

El exnovio de Summer.

Los dos seguían siendo muy amigos. Tan amigos que a ella no le importaba lo más mínimo que yo me liase con él, como demostraba el hecho de que me había dado luz verde mucho antes de que nos enrollásemos, «por si acaso». Quizá había intuido que yo le gustaba. En cualquier caso, nunca me había sentido mal por liarme con él, al menos en lo que a ella respectaba; no había motivo.

Pero de algún modo me sentía mal ante la idea de que se enterase de que le estaba dando puerta. Porque ella seguía siendo protectora con él, aunque no posesiva.

Yo: *Se ha quedado allí.*
Yo: *Hablamos luego, babe. XO*

Calculé que tenía un poco de margen, quizá, para esperar y hablar con ella en persona. Por si le sentaba mal.

Evidentemente, él no le había dicho nada todavía.

Me recosté e intenté relajarme. Con todo. Afortunadamente, no costó demasiado llegar a ese punto. *Era* Hawái. La calma flotaba en el ambiente.

Además, estaba sonando Bruno Mars, *That's What I Like*. Mientras estaba ahí tumbada, sintiéndome relajada por primera vez en semanas —si no meses— *y* de lo más sexy, me pregunté, brevemente, si había cometido un error al no traer a Ash conmigo.

Pero sabía que eso era solo mi coño caliente y casi desnudo hablando.

El resto de mí se alegraba de que Ash no estuviese allí. Especialmente cuando me escribió poco después.

Ash: *¿Qué pasa con Seth?*

No estaba segura de si preguntaba qué pasaba con Seth y Dirty, y/o con Seth y *conmigo*, pero si estaba siendo pasivo-agresivo y acusándome de algo —¿de liarme con Seth?— mientras intentaba disfrazarlo de preocupación por la banda, resultaba bastante transparente.

En ese momento, apagué el móvil.

Y pensé en lo que me había contado Joanie.

Dijo que Seth había ido a comprar algo de ropa, ya que no había traído nada de más. Ella le había dicho que Woo tenía cosas por las habitaciones de invitados que podía usar, pero él lo rechazó. Quizá no quería molestar. Quizá se sentía incómodo allí, pero por lo visto había sido de lo más correcto con Joanie y Flynn. Había ido a hacer la compra con Joanie esa mañana y les había preparado a todos

zumo de naranja recién exprimido y tortitas de plátano, que ni siquiera sabía que existían, a pesar de la canción de Jack Johnson.

Joanie incluso le había pillado charlando con Flynn con un café, en la entrada después del desayuno, y era raro que cualquiera de nosotras pillase a alguien charlando con Flynn. El hombre no es que hablase mucho, precisamente. Pero por lo visto, él y Seth eran ahora colegas de café.

No me lo esperaba.

Tenía que preguntarme si Seth había dormido siquiera.

Sabía que había tenido cuidado conmigo, tanteándome. Dejándome trabajar en el avión. Sin forzar la conversación. Estaba claro que me estaba dejando marcar el ritmo de cómo se desarrollaban las cosas entre nosotros. Sabía que lo hacía a propósito y no solo lo agradecía, lo respetaba.

Demasiada gente en mi vida no sabía cuándo dar un paso atrás y dejarme espacio. O, francamente, cerrar la boca.

A medida que avanzaba la tarde, me sentí más cerca de estar lista para hablar con él un poco más. Para hablar *de verdad*. Y quizá bajar un poco la guardia. El sueño y el sol me habían ayudado a procesar lo que habíamos hablado anoche. A esas alturas, me había calmado bastante. Toda la rabia que había sentido en la audición, y después, se había disipado. En realidad solo había sido una reacción visceral, basada en cosas del pasado lejano.

Y de todos modos, ese día había tenido una revelación.

Anoche, después de hablar, Seth me había preguntado si creía que algún día podría perdonarle. No pude darle una respuesta, pero no porque no pudiese perdonarle. Solo había empezado a aclararme cuando me desperté esa tarde: en realidad no creía en el perdón.

Durante mucho tiempo, después de que Jesse cortase conmigo, quise que me perdonara. Estuve esperando a que cambiase de opinión y me pidiera volver, y cuando eso no pasó, empecé a esperar que me perdonase por lo que fuera que había hecho tan mal. Incluso se lo pregunté una vez, si algún día iba a hacerlo.

Se quedó completamente atónito con la pregunta.

Porque, por supuesto, no había nada que perdonar. No era que estuviese enfadado conmigo por lo que pasó entre nosotros, porque

nuestra relación no funcionase. Al principio, me quedé un poco confusa. ¿Cómo podía hacer las paces con él si no había nada que perdonar? Quizá deseaba mágicamente que algo cambiase, que las cosas mejorasen entre nosotros.

Pero eso no iba a pasar de la noche a la mañana.

Habíamos compartido una intimidad que, al final, no nos había funcionado, y ahora teníamos que vivir con ello.

Su forma de vivir con ello fue pasar página, y a lo grande.

A mí me había costado mucho más.

Pero con el tiempo llegué a darme cuenta de que en realidad no había hecho nada mal en esa relación. Simplemente era yo, y eso no era lo que él quería.

No necesitaba que nadie me perdonase por eso.

Y no necesitaba perdonar a Seth Brothers por ser quien era. Por mucho que sus acciones me hubiesen herido, hubiesen herido a la banda, le hubiesen herido a él mismo, no necesitaba mi perdón. En mi cabeza, el perdón implicaba que tú eras mejor que otra persona, que te estaban pidiendo una especie de absolución. Y eso me chirriaba profundamente. No quería tener ese tipo de poder sobre nadie.

Yo no era mejor que Seth, igual que Jesse no era mejor que yo. Así que ya no buscaba perdonar ni ser perdonada. Todos habíamos cometido errores. Todos teníamos derecho a seguir adelante, a cometer errores otra vez, a hacerlo lo mejor posible. A ser humanos.

Personalmente, lo único que quería de verdad era ser libre para ser *yo* con las personas más cercanas a mí: defectos, cagadas y todo lo demás. No Elle la estrella del rock. Solo Elle.

Y que me quisieran por quien era de verdad.

Eso significaba aceptar a los demás tal y como eran, también.

Como a Jesse. Porque Jesse Mayes no era el hombre de mis sueños; eso ya lo había aceptado. Era simplemente Jesse.

Y ahora era el marido de Katie.

El hombre de *sus* sueños.

Quería mirarle sin ver todos los errores que habíamos cometido los dos, y simplemente verle a *él*, sin desear que las cosas fuesen distintas de como eran.

Y, en última instancia, eso mismo era lo que quería con Seth.

Solo que no estaba segura de cómo explicarle todo eso sin sonar cursi o falsa —teniendo en cuenta que básicamente le había fallado como amiga durante tantísimo tiempo— ni de cómo evitar soltar un discurso sobre Las Grandes Lecciones Que Había Aprendido De Mi Corazón Roto… Ni de cómo demostrárselo.

¿Quizá traerle allí era un primer paso?

¿Quizá por eso sabía que era lo correcto, aunque todos los demás no estuviesen de acuerdo?

Simplemente sabía que tenía que descubrir quién era ese hombre de verdad. Porque ¿cómo podía llegar a hacer las paces con el pasado, aceptar a Seth tal como era —entonces y ahora— y ser cualquier tipo de amiga para él, si ni siquiera sabía eso?

A esas alturas, estaba dispuesta a empezar de cero. A pasar página, olvidar las suposiciones y darle una oportunidad.

La realidad era que hacía años que Seth y yo no pasábamos tiempo a solas. Y nunca habíamos pasado tiempo juntos cuando él no estaba consumiendo, hasta aquel año. Que yo supiese, en aquella época nunca había tenido una conversación con Seth Brothers en la que él no estuviese bajo los efectos de las drogas.

¿Cómo podía tomar una decisión sobre su lugar en la banda, o su lugar en mi vida, si ya ni siquiera nos conocíamos?

Y quizá, para ser justa con los dos, nunca nos habíamos conocido de verdad.

—¿Un mai tai?

Un rato después, levanté la vista y vi a Seth cruzando el patio hacia mí, con un cóctel en la mano. Era colorido y apetecible, con un trozo de piña encima y una sombrillita.

Me incorporé un poco. *Mierda*… me había quedado dormida.

—He pensado que te vendría bien un chico de los cócteles —dijo —. Ya sabes, para completar la experiencia tropical. —Se detuvo justo al lado de mi tumbona, que yo había arrastrado hasta la

sombra de una de las sombrillas gigantes cuando el sol apretó demasiado.

—Gracias. —Sonreí, con cautela—. Siempre he querido mi propio chico de los cócteles. —Me estiré un poco y alargué la mano para coger la bebida. Al hacerlo, la mirada de Seth se deslizó por mi cuerpo.

Y recordé lo que llevaba puesto.

Mi biquini para mayores de dieciocho.

Cogí el mai tai y me dejé caer en la tumbona, un poco avergonzada. Mi *playlist* seguía sonando, *Sugar* de Maroon 5, y me sentía incómodamente como la protagonista de mi propio vídeo sexy en bañador. Difícilmente podía culparle por mirar; hasta Dylan me repasó la vez que me vio con esto puesto, y Dylan era lo más parecido a un hermano que había tenido nunca.

Por mucho que Seth y yo hubiésemos sido compañeros de banda, de gira y amigos, él nunca me había parecido un hermano.

Esto quedó demostrado por mi propia mirada, bajando al sur de su cara. No llevaba camiseta. En realidad, pocas veces había visto a Seth sin camiseta. A diferencia de Jesse, que casi nunca llevaba camiseta en el escenario, Seth prácticamente siempre la llevaba. Y ahora que lo pensaba, nunca había sido de los que andaban por ahí medio desnudos como los demás parecían hacer con total naturalidad. No porque le incomodase, sino porque nunca había sido tan buscador de atención como los otros.

Lo cual, en cierto modo, era una pena. Para las fans.

Su expedición de compras debía de haber sido un éxito porque los vaqueros habían desaparecido y, en su lugar, unos pantalones finos de algodón blanco le caían bajos en las caderas.

Era más delgado que Jesse y Ash. No sabía por qué hacía esa comparación en mi cabeza, pero ahí estaba.

Pero estaba prieto, tonificado y definido en todos los sitios correctos. Mi mirada siguió la sugerente V de su ingle hacia abajo, hasta donde desaparecía dentro de sus pantalones… y luego volvió a subir, rápidamente… por sus abdominales marcados y su pecho duro, hasta su cara. Su piel de tono aceitunado hacía resaltar sus

ojos entre grises y verdes… que parecieron oscurecerse mientras me miraba.

—No pensaba ofrecerme a ponerte crema ni nada de eso —dijo despacio—. Ahí es donde pongo el límite.

—Eh… no pasa nada —dije—. Joanie ya se ha encargado de eso. —Luego me reí un poco, pensando que estaba siendo graciosa. Aunque me di cuenta, tarde, de que ahora probablemente se estaba imaginando a Joanie echándome crema, que no era lo que pretendía. Joanie era mona, con su pelo rubio cobrizo y sus pecas por todas partes. Y con este biquini, yo era obscena.

Esa imagen mental era material pajero de primera.

Carraspeé un poco. Acababa de despertarme; quizá por eso todo resultaba un poco raro. Eso, y el hecho de que estaba prácticamente desnuda. Delante de Seth.

—Salud —dije, levantando mi copa. Estaba fría, el cristal ya chorreando de condensación, y desde luego me apetecía algo fresco.

Él levantó su taza de café —que esperaba de verdad que fuese *solo* café— y brindamos. —Salud.

Di un sorbo al mai tai. Estaba delicioso, pero esperaba que no lo hubiese probado antes. Quién sabía lo que un simple sorbo de cóctel afrutado podía hacerle a un exadicto a la heroína en recuperación. Yo no.

Conseguí soltar un: —Eh… ¿hablamos luego? —mientras me sentía cada vez más cohibida en mi biquini de tamaño inexistente.

—Luego —aceptó él. Su mirada recorrió mi biquini otra vez, o mi cuerpo *dentro* del biquini. Después sus ojos encontraron los míos. Su cara era cuidadosamente inexpresiva, y no tenía ni idea de lo que estaba pensando.

Bueno… más o menos sí.

Se bajó las gafas de sol, que llevaba encima de la cabeza, sobre los ojos.

Luego le vi alejarse, cruzando el patio y el césped, hacia los árboles y el camino de rocas que bajaba a la playa. Su espalda era tan impresionante como su parte delantera, lo cual era mucho decir. La cara de Seth era un regalo para la vista. Tenía esos ojos profundos y ahumados y esos labios carnosos, con ese punto de

puchero, a lo Brad Pitt. Su espalda tonificada y bronceada y su culo prieto en esos pantalones blancos bajos eran exactamente lo mismo: para morirse.

Objetivamente hablando… Seth Brothers estaba totalmente bueno. Las fans siempre le habían adorado, y cualquiera podía ver por qué.

Pero en mi opinión, estaba más bueno ahora que cuando estaba con Dirty. Entonces era más joven, todavía aniñado, y un yonqui. Descontrolado y temerario, y a las chicas les gustaba eso de él, también.

Ahora era un hombre, y eso significaba que tenía más que ofrecer. A los fans. A cualquier banda que se involucrase con él.

A cualquier mujer que se involucrase con él.

¿Y a qué fan no le gustaría eso?

Sí. Si pudiésemos encontrar a un guitarrista tan talentoso como Seth, que además cantase como Seth, escribiese como Seth y tuviese el aspecto de Seth…

Me acomodé de nuevo en mi tumbona con un suspiro y di un sorbo refrescante a mi cóctel.

Si Seth Brothers tuviese un hermano gemelo idéntico, con el mismo talento, que *no* nos hubiese roto el corazón… lo tendríamos hecho.

CAPÍTULO 11

ELLE

DESPUÉS DE CENAR, encontré a Seth sentado en el patio trasero, solo. Joanie nos había encontrado un luau al que ir, pero yo solo quería quedarme en casa, así que habíamos hecho pescado a la parrilla. O, mejor dicho, Seth había hecho pescado a la parrilla. Ni siquiera me dejó aliñar la ensalada para acompañarlo.

Seguía sin tener claro si el hombre había dormido.

Estaba sentado frente al hogar de piedra, donde había varias sillas dispuestas, mirando al océano. Cuando me acerqué, estaba rasgueando una canción en una guitarra acústica que no era suya. Varias acústicas más estaban apoyadas en las sillas, o tumbadas en estuches abiertos que habían colocado cuidadosamente sobre una manta delante de él. No estaba cantando, pero a medida que me acercaba reconocí *Band On the Run* de Paul McCartney.

Y me quedé escuchando un rato.

Seth era uno de esos guitarristas natos que aprendían canciones rápido y hacían que lo que tocaban pareciese fácil, incluso cuando no lo era. Sabía que tocaría el resto de su vida, aunque Dirty no le readmitiese nunca, aunque no volviese a ganar un céntimo tocando. Podía tocar con los ojos cerrados, probablemente podía tocar dormido, y cuando no estaba tocando, estaba componiendo, tarareando o marcando un ritmo con los dedos. La música simplemente le corría por las venas.

Había conocido a muchos músicos así. Músicos locamente apasionados por la música, que destilaban talento y parecían comer,

vivir y respirar lo que hacían. Como Jesse y Dylan. Pero conocía a muy pocos músicos que de verdad diesen la impresión de que podrían morirse sin música en sus vidas.

Zane era así.

Y Seth.

Y los dos eran adictos, así que vete tú a saber… quizá había alguna conexión ahí.

También eran los dos increíblemente guays, pero Zane tenía una arista afilada a la que, como mujer, nunca había querido acercarme. Seth tenía su propia arista, pero era mucho menos… volátil. Y siempre fue una especie de hombre misterioso. Nunca parecía ansiar la admiración de los fans como Zane, y, sin embargo, tenía ese carisma sin esfuerzo que era magnético, que hacía que la gente quisiera estar cerca de él. Les caía bien a los tíos. Les caía bien a las tías.

Igual que los demás chicos de Dirty, era un hombre nacido para ser estrella del rock.

Cuando llegó al final de la canción, empezó con un clásico de Dirty, *Runaround*.

Entonces pareció notar que yo estaba ahí de pie y titubeó; miró hacia donde estaba, hacia mi vestido de verano agitándose alrededor de mis muslos desnudos con la brisa. Sus manos se quedaron quietas sobre la guitarra y sus ojos encontraron los míos.

—Woo me ha dicho que puedo coger las guitarras que quiera de su estudio —dijo, como si sintiese la necesidad de explicarse. Luego quitó la guitarra de la silla que tenía al lado, dejándome un sitio.

—Debe de tenerte en muy alta estima —le dije—. Esas son sus niñas. —Me senté en la silla vacía, de cara al fuego—. ¿Has hablado con Woo?

—Esta mañana. Me ha parecido que debía hacerlo, ya que estoy aquí.

Me pregunté qué más le habría dicho Woo, pero no pregunté. —¿Has dormido algo?

—Todavía no —dijo. Y luego añadió—: No sentía que pudiera, la verdad.

—¿Por qué?

Sus ojos se apartaron de los míos. —Es difícil dormir pensando que a lo mejor me odias.

Se me revolvió el estómago. Se me encogió el pecho mientras decía: —No te odio, Seth. Puedes dormir si quieres.

Asintió, pero no me miró. Y me dolió el corazón. Se me cerró la garganta de emoción, de empatía hacia él.

Carraspeé y le dije: —Sabes… ya sé que *Dirty Like Me* vuelve locas a todas las chicas, pero *Runaround* fue la mejor canción que has escrito en tu vida. Si me preguntas.

—La escribí con Jessa.

—Sí. Hacíais muy buen equipo creativo. —Eso era quedarse muy corta.

No tenía ni idea de si sabía que Jessa había vuelto con nosotros, componiendo canciones con nosotros otra vez. Ni cómo se sentiría al respecto si lo sabía.

Mi mirada bajó a la taza, medio llena, en la mesita junto a él. Había estado bebiendo café otra vez. Cuando levanté la vista, nuestros ojos se encontraron.

—Lo siento —dije—. No sé por qué sigo haciendo eso.

—¿Haciendo qué?

—Inspeccionar lo que bebes. Es como si no parase de comprobar que no hay una lata de cerveza o una pipa de crack a tu lado. —Me daba vergüenza admitirlo, pero era así.

—Bueno… —dijo, procesándolo— la cafeína es mi único vicio real últimamente. Y el crack nunca fue lo mío. Perdona por decepcionarte. —Luego sonrió un poco, el hoyuelo apareciendo y desapareciendo en su mejilla izquierda.

Era la primera vez que veía ese hoyuelo desde que habíamos tocado juntos en Vancouver a principios de año. Casi se me había olvidado que lo tenía.

—Lo siento, Seth —repetí. Y quizá estaba pidiendo perdón por mucho más que solo escudriñarle el café.

—No lo hagas.

Le observé mientras dejaba la guitarra que había estado tocando de nuevo en su estuche. Llevaba la pulsera BADASS que yo le había regalado cuando entró en Dirty hacía diez años. Siempre la llevaba,

cada vez que le veía, y en cada foto que había visto de él a lo largo de los años. Era de peltre, ya un poco gastada; habría pensado que la sustituiría por algo… bueno, más caro.

Pero nunca lo hizo.

—Fue muy divertido —le dije—, tocar contigo otra vez en el concierto de Vancouver.

—Sí. La gran reunión. —Se recostó en la silla. Llevaba unos pantalones de lino ahora, remangados por debajo de la rodilla, y una camiseta verde claro con el logo de un restaurante local; a la luz del atardecer hacía que sus ojos ahumados pareciesen más verdes de lo habitual mientras me observaba—. Me alegro de que me dejaseis hacerlo.

—Yo también —admití—. Encajaste como si nada, igual que siempre.

Así fue. Desde aquel primer día en que Zane se lo trajo a casa para tocar con nosotros, con diecinueve años. Tan callado, un poco tímido… hasta que se colgó la guitarra, la enchufó y tocó *Free Bird*, y todos flipamos con él.

Hasta aquella última noche… el último concierto de la primera gira mundial, después del cual le echamos porque era un puto desastre.

Apenas un mes después de que sufriese una sobredosis en el autobús de gira.

Volvió del hospital haciéndose el fuerte, diciéndonos que todo iba bien, que había dejado la heroína. Mintiéndonos, como hacen los adictos. Pero todos sabíamos que se estaba hundiendo en un agujero muy profundo y oscuro, y ninguno sabía cómo salvarle. Éramos lo bastante jóvenes, quizá, como para pensar que podíamos hacerlo, durante un tiempo.

Pero entonces, aquella noche, después del último concierto, volvió a colocarse. Desastrosamente colocado. Y el resto… fue historia.

—Estabas limpio en el concierto de Vancouver —dije sin rodeos, porque era así. Se le veía en los ojos—. Estás limpio ahora.

—Sí —dijo.

—¿Cuánto tiempo llevas limpio?

—Cuatro años. Y cuatro meses y medio, más o menos un día o dos. Antes contaba los días. Ahora solo cuento los meses. —Me estaba mirando, entrecerrando un poco los ojos contra el sol del atardecer—. Pero eso ya lo sabes. Lo repasamos cuando me volvisteis a contratar. Os lo conté todo entonces.

Así fue. Se sentó con la banda y con Brody y nos dijo exactamente eso. Aun así…

—Te lo pregunto ahora —dije.

Y me lo contó.

Durante más o menos una hora, me quedé sentada escuchando mientras el sol se ponía y las estrellas empezaban a salir, y me lo contó todo. Lo que pasó después de que le despidiesen de la banda. Los casi tres años entrando y saliendo de rehabilitación, intentando desengancharse, intentando no desengancharse, y la última vez, cuando de verdad se desenganchó, y siguió así.

Quería saberlo todo. Quería saber qué hacía falta para superar ese tipo de adicción. Y cuando se lo pregunté, simplemente dijo: —En el fondo, mis motivaciones tenían que cambiar.

—¿Cuáles eran tus motivaciones para consumir?

Pareció pensárselo un momento, buscando las palabras adecuadas. Luego dijo: —Tenía algunos demonios con los que luchar. Colocarme era una forma de evitar esa batalla.

—¿Qué clase de demonios? —pregunté, aunque me hacía una idea.

Demonios de su vida como huérfano. Como niño de acogida. Como chaval de la calle. Demonios de su lanzamiento meteórico a la fama. Y demonios, quizá, que se parecían a Jessa Mayes.

Pero él solo dijo: —De todo tipo.

Así que lo dejé estar.

En su lugar, le pregunté por lo que había estado haciendo, musicalmente. También me hacía una idea, pero no mucha.

Me habló de las distintas bandas con las que había tocado, ninguna de las cuales duró. Hasta el día en que se cruzó con Zane en la playa en L.A., y Zane le propuso tocar juntos… lo que llevó a reencontrarse con Dirty este año.

—Estaba emocionado por reconectar contigo —le dije, recordando la llamada que recibí de Zane—. Creo que estaba aliviado, encantado de ver con sus propios ojos lo que todos habíamos oído sobre ti, pero no nos atrevíamos a creer. Que estabas limpio. Que te iba bien.

La mirada de Seth sostuvo la mía a la luz del fuego. —¿Y tú cómo te sentiste al respecto?

Y le dije, con sinceridad: —Feliz. De hecho, fue la primera vez que me sentí realmente feliz este año. —Recogí las piernas en la silla, abrazándome las rodillas, recordando esa sensación—. Veintidós de enero. Ese fue un buen día.

—Fue justo después de la boda de Jesse —observó él.

—Sí.

Me estaba observando, y sentí la apreciación masculina en su mirada mientras me rozaba las piernas. No era algo atrevido. Más bien algo involuntario, como si no pudiese evitar fijarse en mi piel desnuda.

Y me pregunté: ¿Seth me había mirado así alguna vez, en el pasado? Y si fue así, ¿por qué no me había dado cuenta?

—¿Cómo fue verle casarse con otra? —me preguntó.

Me encogí un poco, porque seguía sin ser mi tema favorito.

—¿Cómo fue que te echasen de Dirty —le pregunté— y vernos tocar tus canciones sin ti?

—¿Con sinceridad?

—Sí.

—Fue desgarrador —dijo.

Sí. Incluso mientras sentía el golpe de sus palabras, eso ya lo sabía.

Porque así es como me habría sentido yo en su lugar.

—Tuvo que ser aterrador —me aventuré, porque así es como yo también me habría sentido—. Quiero decir… nos tenías a nosotros. Tenías representante, abogados y contables, seguridad, un equipo técnico, y entonces…

—Y entonces, de la noche a la mañana —terminó por mí—, no tenía nada. Nadie quería hablar conmigo.

Esa parte ni siquiera podía imaginarla. No quería.

Todavía me inundaba la culpa.

—Me sentí solo durante mucho tiempo —dijo—. Abandonado. No tenía ni idea de qué iba a hacer. Dirty lo era todo para mí. La banda era el único sitio donde me había sentido como en casa. Sentí como si lo hubiese perdido todo.

—No me lo puedo imaginar —fue todo lo que pude decir. Seguía sintiendo un remordimiento profundo, profundo por todo el asunto, pero sabía que no me contaba esas cosas para hacerme sentir mal. Solo estaba siendo sincero, que era lo que yo le había pedido—. Pero me alegro de que siguieses tocando con otras bandas.

—Sí. Seguí tocando —dijo—. Pero ninguna podía reemplazar lo que tenía con Dirty. Así que nunca me quedaba mucho tiempo. Siempre encontraba alguna excusa para irme, o para que me pidieran que me fuese. Creo que estaba guardándome para Dirty, aunque no quisiera admitirme a mí mismo que eso era lo que estaba haciendo.

—¿Seguías queriendo tocar con nosotros? ¿Todo ese tiempo? —Eso me sorprendió, la verdad—. ¿Después de que te hubiésemos echado?

—Joder, sí —dijo—. Durante años quise hacer algún tipo de reunión con vosotros. Me obsesioné un poco. Intenté contactar con Brody, con Zane, con todos vosotros. Solo quería tener mi momento, ¿sabes? Tocar con vosotros otra vez, aunque solo fuera una vez, para demostraros a todos vosotros, a los fans y a mí mismo, quizá, que no era solo un yonqui patético. Que no era un desastre. Que no había destruido lo mejor que tenía en mi vida hasta un punto sin retorno. Que podía volver a formar parte de ello. Pero nadie quería tener esa conversación conmigo. Zane era el único que me hablaba, y no quería meterse en eso. Así que en algún momento, hace unos años, dejé de pedirlo. Me figuré que vosotros volveríais a mí cuando estuvieseis preparados. Cuando fuese el momento adecuado. —Negó con la cabeza—. Me convencí de que esa tenía que ser la razón por la que nunca me reemplazasteis de verdad. Porque me estabais guardando el sitio.

—Quizá así era.

No dijo nada, simplemente se me quedó mirando. No sabía si le había dejado en shock o qué. Quizá me había dejado en shock un poco a mí misma.

Pero era bastante cierto.

Nunca lo habíamos dicho, nunca habíamos hablado de ello así, pero definitivamente había un vacío dejado por Seth que ninguno de nosotros había intentado rellenar de verdad hasta este año.

—¿Y Jude? —pregunté—. ¿Hablaste con él? ¿A lo largo de los años?

—A veces —dijo. Y tuve la sensación de que eso era todo lo que iba a conseguir. Seth no era el tipo de persona que querría que Jude se llevara una bronca por hablar con él, y yo lo sabía. Así que lo dejé estar. Aunque me moría de curiosidad.

Si Jesse ni siquiera hablaba con Seth, ¿por qué sí lo hacía Jude?

—¿Y cómo fue la reunión en Vancouver para ti? —le pregunté en su lugar—. ¿Fue todo lo que esperabas?

—En cierto modo, sí —dijo—. Pero fue bastante agridulce. Pude trabajar con toda esa gente increíble otra vez. No solo la banda, sino parte del equipo técnico que conocía de los viejos tiempos. Y Brody. Conocí a Maggie. Conocí a la mujer de Jesse. —Hizo una pausa ahí, como si esperase que yo dijera algo al respecto, pero no lo hice—. Pero solo pude tocar una canción. Y no te voy a mentir, eso fue duro para mí.

—Sí. Supongo que lo sería… —Hasta que lo dijo, la verdad es que no se me había ocurrido lo duro que sería.

De pie en aquel bar, viendo el concierto. Viendo a Ash tocar sus canciones, ocupando su puesto.

—Fue un palo. Pero intenté encajarlo con elegancia. Agradecer el momento. Que me invitasen a subir a ese escenario… Volver a tener vuestra confianza, aunque fuese de alguna manera pequeña.

—No fue pequeña —le dije—. No invitamos a cualquiera al escenario con nosotros, Seth.

—Sí. Eso es lo que no paraba de decirme. Y sí me dio algo de cierre, en cierto modo. Justo como me había dicho que haría. Me dije que ahora podía pasar página. Dejar ir el pasado. Dejar atrás toda la amargura y esa sensación obsesiva de que las cosas habían

quedado sin resolver. Dejar de fantasear con tocar con Dirty otra vez. Podía tocar con otras bandas y comprometerme de verdad, como nunca había hecho, porque me estaba guardando para Dirty. Por fin era libre para seguir adelante.

Apartó la mirada. Muy lejos; hacia la oscuridad del océano.

—Y entonces me pedisteis que volviera —continuó, con la voz baja y espesa de emoción—. Y me puso el mundo del revés. Todo cambió de la noche a la mañana. Pensé que lo había recuperado todo. —Me miró—. Y me lo arrancaron de debajo de los pies otra vez. Me despidieron, una vez más.

Me encogí; no pude evitarlo. Era tan horrible. Todo. Perderle otra vez. Y las acusaciones de Brody…

—Tenías que estar cabreado —dije en voz baja.

—Sí, joder que sí. Pero sobre todo conmigo mismo. Seguía queriéndoos. —Se le quebró un poco la voz cuando dijo—: Siempre os he querido.

No supe qué decir a eso. *Nosotros a ti también* parecía patético, dado lo que le habíamos hecho.

Lo que le habíamos quitado.

Carraspeó. —Estos últimos seis meses he tocado con otros tíos —dijo—. Sobre todo porque tenía que hacerlo. Tenía que seguir tocando por mi propia tranquilidad mental. Pero no era lo mismo. No era Dirty. Todo ese tiempo, creo que en realidad me estaba preparando para volver, de algún modo. Pensaba que había pasado página, pero no había pasado una mierda. Cuando vi la convocatoria de audiciones, algo se activó en mi cabeza. Supe que era mi momento. Tenía que serlo. Esta era mi oportunidad. Y una vez que se me metió eso en la cabeza, no iba a dejarla escapar por nada. Jessa se equivocaba conmigo. Brody se equivocaba. Toda la banda se equivocaba. Todos os equivocabais conmigo, y lo iba a demostrar. A vosotros. Al mundo. —Negó con la cabeza, suspirando—. De verdad me lo creía, totalmente. Me lo creía cuando convencí a Jude, a Liv y a Maggie para que me dieran esa oportunidad. Me lo creía cuando salí a ese escenario, y cuando toqué…

—Lo sé —dije—. Se te notaba.

Sus ojos sostuvieron los míos, igual que cuando se subió a aquel escenario.

—Pero entonces vi vuestras caras —dijo—. Cuando visteis que era yo. Jesse. Brody. No *querían* que fuese yo. Estaban tan jodidamente decepcionados de que fuese yo. Y me rompió el corazón otra vez.

—Seth. Siento mucho todo eso…

—Ese fue el momento en que tiré la toalla. Creo que la primera vez que me echaron de la banda, estaba demasiado hecho polvo para procesar la pérdida del todo. Y la segunda, estaba abrumado, todo el asunto me pilló por sorpresa. Pero no había *tirado la toalla*. Cuando Brody le dijo a seguridad que me echaran a patadas después de haberme dejado el alma tocando para vosotros en esa audición… y te vi mirándome, tan conmocionada y confusa y, no sé… traicionada… ahí fue cuando tiré la toalla.

La rotundidad de sus palabras caló en mí, llenándome de una tristeza pesada y terrible. Igual que en las audiciones, no me gustaba verle rendirse.

Pero tampoco me gustaba verle luchar… y perder la batalla.

Odiaba cómo habían ido las cosas en aquella audición, cómo le habían tratado. Pero no podía obligar a los demás a cambiar de opinión sobre él.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le pregunté con delicadeza. No quería que pensase que le tenía lástima. No era así. Le respetaba, enormemente—. ¿Adónde irás después de esto?

Negó con la cabeza y soltó otro suspiro pesado. —No lo sé. Quizá subir a Vancouver, visitar a Ray. Estar tranquilo un tiempo. Se puso bastante contento cuando le dije que iba a las audiciones. Bastante decepcionado cuando cambié de opinión y audicioné en L.A.

—No sabía que habías hecho eso.

—Quería ser el último —dijo, negando con la cabeza otra vez, como si no se creyese su propia locura—, para que no me olvidaseis.

—Nunca te hemos olvidado —le dije.

Se hizo un silencio, solo roto por el rugido suave del océano y el crepitar del fuego. Los ojos de Seth sostuvieron los míos, brillando

un poco a la luz del fuego, y asintió ligeramente, como diciendo *Gracias por eso*.

Tragué saliva, intentando aflojar el nudo en la garganta. Me abracé las rodillas con más fuerza, aunque no hacía frío. —He pasado a ver a Ray alguna que otra vez a lo largo de los años —ofrecí, buscando cambiar un poco de tema.

—Lo sé —dijo—. Me lo ha contado. Pero nunca me devolviste las llamadas. Te habría dado las gracias por ir a verle. Me acuerdo de que hacías eso entonces también. Incluso cuando yo no podía.

—Siempre me cayó bien Ray.

—Tú a él también.

Sabía que era verdad. Y quizá parte de la razón por la que había sentido que era importante ir a ver al padre de acogida de Seth siempre que podía era porque a Seth le habría gustado. Siempre supe que, si Seth no hubiese estado tan hecho polvo, él mismo iría a ver a Ray más a menudo.

—Siento no haberte cogido nunca las llamadas, Seth. Supongo que… simplemente no estaba preparada —le dije con sinceridad— para pasar página con el daño que nos habías hecho. Todavía me dolía demasiado, incluso años después.

—Nunca quise haceros daño.

—Lo sé —dije—. Pero nos lo hiciste.

Se quedó en silencio un momento. Luego: —Seguro que con Brody no hubo mucha pena.

—No digas eso. Brody siempre te tuvo aprecio. Es solo que… ya sabes cómo es con Jessa.

No dijo nada, simplemente asintió y miró hacia el océano.

—De todas formas, no estoy hablando de Brody. Ni de Jessa. Estoy hablando de la banda. —Pero las palabras no sonaron del todo bien, y maticé—: No, en realidad no. Estoy hablando de Zane y de mí. Perderte fue… brutal… para los dos.

Nuestras miradas se cruzaron otra vez, y en esa mirada pude ver los remordimientos de Seth. Cuánto había sufrido por habernos hecho daño. Sabía en el fondo de mi corazón que nunca quiso hacer eso.

Su drogadicción nunca fue por nosotros. La sobredosis nunca fue por nosotros.

Él ya iba por ese camino mucho antes de conocernos.

Y Zane acabó yendo por un camino bastante parecido antes de ponerse sobrio. Teníamos mucho que madurar, personalmente y como banda. Éramos unos críos cuando empezamos.

Habíamos recorrido un largo camino todos.

Ya podía ver lo lejos que había llegado Seth. No solo desenganchándose, sino encontrando una especie de paz interior que antes no estaba ahí. Lo sentía, solo con estar sentada allí a su lado.

Y decidí confiar en esa sensación. Bajar la guardia un poco más.

—¿Quieres que toquemos juntos? ¿Solo una vez? —Me encogí de hombros, intentando sonar casual, cuando en realidad me moría por tocar—. Ya sabes… por los viejos tiempos.

Seth señaló con la barbilla el despliegue de guitarras que teníamos delante. —Coge una guitarra —dijo, con un destello de desafío en los ojos, y supe que él también se moría por tocar.

Acepté el desafío y cogí la acústica más cercana, poniéndomela en el regazo.

Él seleccionó una y empezó directamente con una canción… *Angel* de Jimi Hendrix. Quizá porque sabía que me encantaba Jimi.

¿Quizá por lo que dijo aquel viejo sin techo?

A veces los ángeles vienen a llamar. Sería un necio el hombre que los dejase pasar…

Le seguí lo mejor que pude. Conocía la canción, pero no era exactamente una guitarrista del nivel de Seth Brothers, y mucho menos del nivel de Jimi Hendrix. Yo era bajista, pero me defendía con una guitarra de seis cuerdas. Seth cantaba tan bien como yo, probablemente mejor, y me descubrí conteniéndome para poder escuchar su voz… dándome cuenta, al hacerlo, de cuánto la había echado de menos.

Escucharle cantar.

Escucharle tocar.

Simplemente observarle, *sentirle* hacer música.

Más allá de eso… siempre había habido una química innegable entre los miembros de Dirty cuando tocábamos juntos. Por eso sabía que, por mucho que otros proyectos me llamasen, nunca, jamás podría dejar la banda. No solo porque quería a los chicos personalmente, sino por esa química que teníamos, musicalmente. Habría llegado a decir que iba más allá de la química, a algo que a Zane le gustaba llamar *puta magia*.

Mientras Seth y yo tocábamos junto al fuego, bajo las estrellas, esa magia seguía ahí, viva y crepitando entre nosotros dos. Una canción simplemente fluía hacia otra, y otra…

Y me lo pasé tan jodidamente *bien*.

Tocamos *It's Only Rock 'n Roll (But I Like It)* de los Rolling Stones.

Tocamos *Bad Side of the Moon* de April Wine.

Tocamos el himno de alta energía de Journey, *Any Way You Want It*, que Seth cantó entero porque, de los dos, solo él podía acercarse remotamente a la voz de Steve Perry. Yo me uní en el estribillo, y para cuando terminamos, los dos estábamos sonriendo, y enseguida nos estábamos riendo.

Tocamos *Stuck in the Middle with You* de Stealers Wheel, ese tema clásico y genial que Seth y yo solíamos tocar juntos después de los conciertos, a altas horas de la madrugada, en medio de cualquier fiesta loca en la que estuviésemos, mientras los dos evitábamos el circo de Zane y Jesse.

Tocamos *We're Here for a Good Time (Not a Long Time)* de Trooper, como si de verdad fuese la última vez que tocaríamos juntos. Como si aquello fuera una especie de despedida.

El concierto de despedida.

Pero, mientras tanto, sentía algo más prendiendo fuego entre nosotros, innegable…

Las chispas de un nuevo comienzo.

CAPÍTULO 12

SETH

ENCONTRÉ UNA ROCA alargada en la playa tranquila, con forma de banco, y planté el culo en ella. Era una playa pequeña y pálida, en una bahía rocosa. Había una pareja tumbada sobre una manta cerca del otro extremo, disfrutando del amanecer, pero por lo demás la arena estaba desierta.

Di un sorbo al café, distraído, mirando las olas. Viéndolas romper unas sobre otras en un ritmo infinito.

Pero en mi cabeza, no veía el océano.

Veía a Elle en su biquini diminuto.

Apenas había dormido desde que llegué. Conseguí dormir algo anoche, pero tuve sueños inquietantes. Sueños sobre Elle. Sueños de pánico en los que la había perdido. Estaba ahí, en alguna parte, pero no podía encontrarla. Ya no quería hablarme.

Incluso con los ojos abiertos, tenía a Elle en la cabeza; recuerdos de ella, estrellándose contra mi mente. Recuerdos que se liberaban de un lugar que había cerrado con llave e ignorado durante demasiado tiempo. Recuerdos que pasar tiempo con ella y tocar juntos anoche habían traído de vuelta como una avalancha.

Pero no parecían el tipo de recuerdos que mi mente consciente había perdido temporalmente de vista porque estaba colocado: dañados, borrosos e inquietantes. Estos eran puros, luminosos y extrañamente dolorosos… más bien el tipo de recuerdos que habían sido reprimidos conscientemente por algún instinto innato de autoprotección.

Recuerdos en los que observaba a una Elle joven y efervescente brillar y resplandecer, desde lejos.

Incluso cuando estaba justo a su lado, me mantenía a distancia en esos recuerdos. Era como ver una película que sabía que ya había visto, y sabía que me gustaba, mucho, aunque no podía recordar ni una sola escena hasta que la veía otra vez, y entonces *todo* volvía de golpe.

Lo jodidamente *preciosa* que era.

Cuánto solía sonreír cuando estaba cerca de ella.

Cómo cualquier lugar —cualquier lugar— se iluminaba cuando ella entraba. Cómo el escenario ardía cuando ella estaba en él, haciendo música, justo a mi lado.

Y cómo me había dicho a mí mismo —me había *entrenado*— que nunca podría acercarme a nada de eso.

Ni siquiera solía mirarla fijamente; estaba bastante seguro de eso. Quedarse mirándola habría sido mala idea para todos. Lo sabía.

Pero solía pensar en ella. Mucho.

Como estaba haciendo ahora. Como había hecho cada minuto que pasé despierto anoche.

Desde luego me había olvidado, de algún modo, de lo potente que era estar cerca de ella. Lo potente que era ella. Sexy… toda fuerza y vulnerabilidad. Ese juego de fuego y hielo que siempre me había intrigado, secretamente desconcertado, y que me había hecho preguntarme cosas sobre ella… Cómo podía arder como mil soles en el escenario, y luego actuar tan jodidamente fría fuera de él.

Y cómo siempre me habían atraído esas dos caras contradictorias suyas, a partes iguales.

Casi había olvidado, incluso, cómo me había permitido fantasear con ella… con tocarla, solo una vez, para sentir ese fuego encenderse entre nosotros.

Cómo me la había imaginado quitándose la ropa para mí, despacio, desnudándose ante mí, bajando la guardia.

Dejándose ser vulnerable, conmigo.

Eligiéndome.

Esa fantasía me había puesto tan jodidamente duro la primera vez que la pensé de verdad, de repente, una noche tarde en el

autobús de gira… que me había acojonado de verdad.

Me asustó… pero no me detuvo.

Me pajé en mi litera pensando en ella aquella noche, y durante mucho tiempo después, pajearme pensando en Elle se convirtió en un hábito. Eso fue justo después de que Dirty saliese de gira con nuestro álbum debut, y como tantos de mis hábitos de aquella época, era profundamente peligroso y autodestructivo.

Incluso me había follado a otras tías, entonces, pensando en ella. Rubias. Tías que, si estaba lo bastante colocado, me recordaban a Elle.

Me había convencido de que lo que hacía era lo mejor. De que era necesario, incluso. Así no llevaba esa lujuria mal encaminada a mi vida con la banda; con Elle. Me la quitaba de encima follando y nadie tenía por qué saberlo.

Un hombre tenía derecho a sus fantasías, ¿no? No significaba nada.

Y sin embargo, sí significaba.

Ahora lo veía.

Veía lo ciego que había estado.

No era que me hubiese olvidado por completo de aquel enamoramiento en particular… pero me las había arreglado para convencerme de que era solo otra cosa jodida que había hecho en una época jodida de mi vida, y lo había barrido debajo de la alfombra de la drogadicción.

Más o menos había fingido que no pasó.

Pero pasó.

Y nunca lo había examinado de verdad.

Probablemente era lo único de aquella época de lo que no había hablado a fondo con mi padrino. En mi camino hacia la sobriedad y una vida libre de sustancias, había hablado con él de todo. Había hablado con él de Jessa.

Pero no de Elle.

En su lugar, me las había arreglado para quitarle importancia a mi atracción por ella en mi propia cabeza. Para convencerme de que nunca importó.

Y sin embargo, de algún modo… de verdad importaba.

Y ahora la había visto casi desnuda… y no podía quitármelo de la cabeza. Ese biquini que llevaba… Era de un punto muy abierto, y a través de los agujeros… sí, la había visto. Prácticamente entera. Y parecía estar cambiándolo todo. Moviendo la tierra bajo mis pies en alguna especie de terremoto, desestabilizando y recolocando mi relación con ella de modo que todo se sentía extrañamente desajustado.

Sabía que no era solo que la hubiese visto así.

Era que ella me había *dejado* verla así.

Quizá no esperaba que yo apareciese paseando mientras estaba en el patio, pero cuando lo hice, no salió corriendo ni gritando, ni siquiera se tapó. Se la veía acalorada, un poco avergonzada, quizá, pero no de mala manera. Más bien de una manera cohibida, como cuando sabes que alguien te está mirando, pero *quieres* que te mire.

Y entonces me repasó con la mirada. Despacio. O al menos, a mí me pareció despacio. Quizá porque era algo que yo había deseado hacía tanto tiempo, pero creía que nunca pasaría, y ahora que estaba pasando, solo había sido capaz de procesarlo así.

Jodidamente despacio…

Sentado aquí en la playa, sin camiseta, con la brisa cálida lamiéndome el cuerpo… podía prácticamente sentir sus ojos moviéndose sobre mi piel desnuda, otra vez. Se me endurecieron los pezones. La polla se me estaba poniendo dura, igual que había empezado a pasar antes de que me alejase… Peor ahora, porque Elle no estaba aquí para verlo, así que no intenté combatirlo, ni negarlo. Los huevos se me pusieron pesados y la polla se me hinchó mientras pensaba en ella… su cuerpo largo, delgado y bronceado estirado en esa tumbona debajo de mí.

Su coño, rosa a través de los agujeritos…

Joder. La forma en que me miraba… sorprendida —pero no decepcionada— de verme. Y algo más… ¿quizá?

Mierda.

¿Estaba tan jodido de la cabeza? ¿Tan jodido que ni siquiera podía distinguir cuándo una mujer me estaba mandando señales, y qué tipo de señales eran?

Por mucho que hubiese intentado negarlo, desde que Brody me acusó de violar a Jessa… tenía que preguntármelo.

Prácticamente me había apartado de cualquier relación desde entonces. En todo lo que iba de año, no había tocado a una mujer. Incluso cuando me quedé en casa de Lauren en L.A.… y sus señales no eran tan difíciles de leer. La conocía desde hacía mucho tiempo y, además, era bastante explícita con sus deseos. Me pidió directamente que me acostase con ella, pero no lo hice. Cuando me preguntó qué cojones me pasaba, se lo conté; Lauren era la única con quien había hablado del tema, hasta Elle.

¿Y la respuesta de Lauren? Se había reído.

Luego se dio cuenta de que hablaba en serio.

¿Cómo puede alguien que te conoce pensar eso de ti ni un segundo?, preguntó, genuinamente perpleja con todo el asunto.

A veces, yo me sentía perplejo también.

O sea, eres como el hombre más respetuoso que he conocido en mi vida, Seth, había dicho Lauren. *No me puedo imaginar que le hagas daño a una chica ni para salvarte la vida*.

Yo tampoco podía.

Pero díselo a Brody.

—¿Te importa si me siento?

Levanté la vista ante la voz suave, sintiendo un hormigueo cálido recorrerme la espalda cuando me di cuenta de que Elle estaba ahí. De pie en la playa, justo detrás de mí.

Me erguí, sintiéndome culpable por haber estado pensando con la polla como había estado haciendo. Me había perdido por completo pensando en ella. Pero la miré ahora; entera. Mis ojos parecían incapaces de resistirse a bebérsela, cualquier oportunidad que tuviese.

Podía ser mi única oportunidad.

En cualquier momento, ella desaparecería de mi vida otra vez, y quizá nunca tendría otra oportunidad de mirarla.

Llevaba un vestido largo, suelto, estampado de flores, que le revoloteaba alrededor con la brisa. Tenía los brazos rodeándole la cintura, el pelo en una trenza larga y suelta sobre un hombro.

Pequeños mechones se le agitaban alrededor de la cara. Parecía etérea y de otro mundo, como una sirena arrastrada a la orilla.

Más que preciosa.

Me moví en mi banco de roca para dejarle sitio. Me dio la oportunidad de ajustarme y disimular mi polla tiesa; por suerte llevaba pantalones anchos.

Tragué con dificultad mientras se acercaba, sus pasos silenciosos sobre la arena blanda. El corazón me iba bastante rápido y tomé una respiración larga y superficial para intentar calmarlo. Se sentó a mi lado, y pude olerla. Cálida y a coco, dulce y vagamente especiada. Su vestido me rozó la pierna. Los mechones de su pelo me hicieron cosquillas en el hombro.

—Estás diferente —dijo. No me estaba mirando a mí, sino al agua—. Me ha costado un rato darme cuenta de qué era, pero cuando te vi sin camiseta ayer… Has perdido peso desde la última vez que te vi. —Entonces su mirada bajó por mi pecho desnudo.

Mi cabeza se esforzaba por seguir lo que decía mientras sentía su mirada moverse sobre mí. —Sí.

Sus ojos grises encontraron los míos. —Eso fue hace apenas siete meses.

Me costó un momento, pero lo pillé también. La pregunta detrás de sus palabras era bastante clara: quería saber qué había estado haciendo para perder tanto peso, cuando realmente no necesitaba perderlo.

Quizá le costaba confiar en que había dejado las drogas.

Si era así, no podía culparla.

Quizá toda la banda había pensado que había bastantes posibilidades de que me hubiese pasado los últimos seis meses al otro lado de una aguja. Quizá asumieron que, cuando me echaron la segunda vez, simplemente me había largado con el rabo entre las piernas y había recaído de cabeza.

Pero la verdad era que me fui al sur a respirar. A alejarme de los abogados, los medios y las gilipolleces. A encontrar la cabeza, poner mi vida en orden y seguir limpio.

No fue fácil.

Por el camino, dejé de comer, dejé de dormir. Perdí diez kilos de golpe.

También perdí una seria dosis de respeto por mí mismo al no volver de inmediato a plantarle cara a las acusaciones de Brody.

Por difícil que fuese, no me rompí. Si algo iba a romperme, perder a Dirty —otra vez— lo habría conseguido.

O ver esa mirada en los ojos de Jessa cuando se reunió conmigo en aquella cafetería, después de que la banda me readmitiese, y me preguntó por qué no me iba sin más.

¿No has destrozado ya bastante?

O Brody, estampándome el puño en la cara.

O Jude, diciéndome que estaba despedido. Otra vez.

Pero no me rompí. Ni una sola vez sentí el picor —ese deseo abrumador de colocarme.

No creía que fuese a volver a sentirlo, pero no podía estar seguro. Sería estúpido creerlo. Por eso seguía yendo a las reuniones, seguía trabajando cada día en vivir limpio y en lo que eso significaba para mí y en *por qué* vivía limpio. Seguía hablando con mi padrino al menos una vez a la semana.

Pero a ella solo le dije: —Han sido siete meses duros.

Elle asimiló eso, con los ojos recorriéndome el pecho desnudo otra vez, igual que ayer. —Aunque sí tienes buen aspecto —concluyó. Y entonces sus ojos encontraron los míos.

Y *joder*… estaba impresionante de cerca. Como todo lo demás en ella, su cara era fuerte pero delicada, con pómulos altos que parecían escandinavos, aunque sabía que su ascendencia era principalmente francesa. Su nariz recta con la puntita bonita… sus labios esculpidos… todas las líneas limpias y curvas de ella. Y sus ojos… fríos y grises con pequeñas vetas de azul y plata.

No respondí. No tenía ni idea de qué decir. Me quedé sin palabras, mirando esa cara. Viendo la sabiduría ahí, y el control. Esta era una mujer que tenía su vida bajo control, claramente. Lo sabía, porque cuando me miraba así, tan de cerca, me hacía cuestionar todo lo que creía haber descubierto sobre mí mismo.

—Estoy sola —dijo de repente. Tan de repente que me pilló por sorpresa.

No respondí, y ella miró hacia el agua.

—Quiero decir… tengo mucha gente en mi vida —dijo—. Muchos amigos. Familia. Pero hay una conexión más profunda que, no sé… falta. Algunos días me pregunto qué es lo que puede estar faltando en todo esto… —Hizo un gesto hacia fuera, hacia el océano, reluciendo bajo el sol de la mañana—. Y ni siquiera lo sé. Pero *sí* falta… y no es solo estar enamorada. Estuve enamorada de Jesse, y seguía sintiéndome sola. —Sus ojos encontraron los míos, y sentí toda la fuerza de su mirada, clavada en mí—. Y no es solo sentirse deseada. He sido deseada por hombres y seguía sintiéndome sola. Es algo raro, estar rodeada de gente, ser deseada por tantos, admirada, y seguir sintiéndote sola. Pero… estoy sola.

Asentí, como si entendiese esa sensación, y en cierto modo la entendía. Yo había probado la fama. Pero no era Elle Delacroix.

—Te entiendo —le dije—. Sentirte sola. Pero a veces nos sentimos solos cuando no lo estamos. Seguro que tienes más amor del que podrías llegar a imaginar. —Porque era eso lo que estaba diciendo, ¿no? Eso era lo que le faltaba.

Amor.

—¿Y tú? —preguntó—. Seguramente sigues teniendo fans. Legiones, en realidad.

—No hablo de fans —le dije—. Hablo de gente que te quiere por quien eres de verdad, no por quien creen que eres. Amor *de verdad*.

Ladeó un poco la cabeza. —¿Qué pasó con tu amiga con derecho? —preguntó, con los ojos fijos en los míos, como si estuviese escudriñándome otra vez, buscando la verdad—. ¿Melissa?

—Michelle —dije, aunque de repente resultaba incómodo hablar de otra mujer estando tan cerca de Elle. Cuando podía olerla y ver esas motitas en sus ojos. Cuando la polla aún la tenía medio empinada—. Supongo… que los derechos simplemente se fueron apagando con el tiempo. La amistad parecía mejor opción, así que tiramos por ahí.

—Eso está bien. Que sigáis siendo amigos.

Me encogí de hombros. —A veces funciona, después. A veces no.

—Sí —dijo en voz baja, y algo le cruzó por la cara. ¿Arrepentimiento, quizá?

¿Dolor?

—¿Y Ash? —le pregunté—. ¿Vosotros dos seguís siendo amigos?

Se le crisparon un poco los ojos y la cara se le endureció, pero no pude leer la emoción ahí. —Sí. Ash y yo somos amigos.

—¿Y Jesse?

—Sí —dijo—, somos amigos. —Se le juntaron un poco las cejas y añadió—: Por supuesto que somos amigos.

—¿Sí? ¿Qué pasó ahí? Yo pensaba que vosotros ibais a llegar hasta el final.

De verdad lo pensaba. Quizá porque los medios parecían querer que el mundo lo pensase, y los habían puesto a los dos en la portada de todas las revistas habidas y por haber durante un año. Quizá porque simplemente parecían tan condenadamente perfectos juntos, como una pareja de la realeza del rock. Parecía lo que ambos se merecían: partir juntos hacia el atardecer.

—No pasó nada. —Elle apartó la mirada de mí, mirando al agua otra vez—. Quiero decir… yo tenía una idea sobre lo nuestro. Él no tenía la misma idea. Fin de la historia.

Pero no sonaba como si ese fuera el final.

—¿Y cómo es tocar en la banda con él ahora?

—Es duro —admitió—. Es como si… —Suspiró—. Creo que lo peor es que perdí la amistad que teníamos. Superar un corazón roto lleva tiempo, pero se puede, ¿sabes? Un día, bastante reciente, creo, simplemente me encontré al otro lado. Me estoy curando, poco a poco. Y sé que voy a estar bien. Pero no somos los amigos que éramos antes, antes de empezar una relación. Y eso es lo más difícil… saber que Jesse y yo nunca podremos ser amigos así otra vez. Porque simplemente no puedo confiar en él de la misma forma. No puedo contar con él.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque. Ahora es diferente. Tiene a Katie. —Bajó la mirada, y pareció estar en otro sitio un momento mientras observaba el agua lamiendo la arena a nuestros pies. Movió los dedos de los pies, hundiéndolos en la arena—. Cuando está cerca de mí, no está realmente *aquí*, ¿sabes? Es como si siempre estuviese de camino a otra parte. Lo hace todo con ella. Siempre están juntos. Y eso

cambia las cosas. Jesse y yo somos amigos y siempre lo seremos, pero… —Se encogió de hombros—. Ya no tiene el mismo espacio para mí. No como antes. Y quizá está bien. Quizá así tiene que ser. Supongo… que ahora todo es de Katie.

—¿Y estás bien con eso?

—No importa —dijo, mirándome a los ojos otra vez—. No depende de mí estar bien con eso. Quiero decir… si fuese mío… yo esperaría que ella estuviese bien con eso. Y si no lo estuviese… —Suspiró otra vez—. Probablemente no me importaría tanto como me gustaría fingir.

—Seguramente él tampoco lo esperaría.

Me sostuvo la mirada un momento mientras eso calaba.

—No —dijo en voz baja—. No lo haría. Y por eso no puedo culparle por ponerla a ella primero. Porque es lo que yo esperaría de él si estuviese conmigo.

—Elle —le dije—, eres muy fuerte, ¿lo sabes?

Sonrió un poco, suavemente, mirándome. Y se me apretó el pecho.

No quería perder esa sonrisa.

¿Y yo?, quería preguntarle. *¿Dónde encajo yo?* Las palabras estaban justo ahí, en la punta de la lengua, pero no las solté.

Era una pregunta estúpida.

En su lugar me limité a mirarla mientras se ponía de pie. Mientras el sol de la mañana le atravesaba el pelo rubio.

—¿Subes a la casa? —me preguntó, como si ni siquiera estuviese segura de que fuese a ir—. Joanie está preparando el desayuno.

—Tú delante.

Me levanté y la seguí playa arriba, mirándola todo el camino. Su piel suave y dorada. La espalda abierta de su vestido revelando la curva de su columna. Cómo le oscilaban las caderas al sortear la arena blanda.

Y todo el camino, me recordé a mí mismo que solo porque me hubiese traído a Hawái, y me hubiese dejado mirarla en un biquini diminuto, y se hubiese quedado despierta la mitad de la noche tocando música conmigo… no significaba nada.

O al menos, no significaba mucho.

Desde luego no significaba que debiera ponerme a fantasear con ponerle las manos encima o acabar en su cama.

La realidad era que *iba* a tener esas fantasías ahora. Lo sabía mientras mi mirada se deslizaba por su culo en forma de corazón… Ya las estaba teniendo. Pero las fantasías eran solo fantasías.

No tenían por qué tener ninguna base en la realidad.

CAPÍTULO 13

ELLE

CUANDO SETH Y YO —y Flynn, que me había seguido como una sombra hasta la playa y de vuelta— llegamos a la casa, descubrimos que habíamos pillado a un acosador. Un fotógrafo con un teleobjetivo gigante, apostado entre los árboles justo al otro lado del límite de la propiedad de Woo. Se había instalado cómodamente al otro lado del muro bajo de piedra que rodeaba el jardín trasero. Como si no fuésemos a fijarnos en él ahí, entre las sombras.

Flynn le vio enseguida.

—Putos paparazzi —murmuró Joanie, saliendo al patio a recibirnos, donde nos había preparado el desayuno. No es que el paparazzi estuviese fotografiando a Joanie; Joanie no era famosa. Pero entendía que sentir que te estaban acosando podía arruinarte la comida, daba igual quién fueras.

—¿Quieres que le eche? —me preguntó Flynn. Estaba claro que se moría de ganas de mandar al fotógrafo a paseo. Probablemente estaba aburrido como una ostra y deseando un poco de emoción.

No es que disfrutase que me acosaran en mis vacaciones, pero hacía mucho que había aprendido a no tomármelo como algo personal. A no dejar que me arruinase la comida, y mucho menos el día.

—Todavía no —dije. Joanie se había esmerado mucho preparando crepes, algo que llevaba tiempo intentando dominar, y yo estaba decidida a disfrutarlas con mi mimosa y el LA Times en línea—. Le daré algo. Y luego a lo mejor se larga.

No sentía ningún cariño por los paparazzi, pero sabía cómo jugar a ese juego. Lo mejor sería dejarle sacar unas cuantas fotos de nosotros. Sin hacer absolutamente nada. Quizá cuando termináramos de comer, yo me pintaría las uñas y Seth podría recortarse la barba.

¿Quería invadir nuestro tiempo personal? Yo podía hacerle perder el suyo como nadie en este puto mundo.

Después, dejaría que Flynn fuese a decirle que se largase. Flynn podía ser muy persuasivo.

Pero Seth no nos había seguido al patio; se había quedado parado en la puerta del jardín, y me giré para observar cómo volvía hacia la línea de árboles, directo hacia el fotógrafo. Tenía las manos en los bolsillos, y le vi charlar con el hombre durante unos minutos. En un momento dado, miró hacia mí.

Luego volvió al jardín y se acercó a mí.

—¿De qué iba eso? —le pregunté.

Se puso delante de mí, cubriéndome del fotógrafo con su cuerpo.

—He hecho un trato con él —dijo—. Le he dicho que le daremos cinco minutos para fotografiarnos en la playa, y luego nos dejará en paz el resto del tiempo que estemos aquí.

—Suena a buen trato —dije—. Para él.

—Es un buen trato para todos —dijo Seth—. Ese es Bob Brazer. Básicamente controla esta isla entre los paparazzi. Les hará saber a los demás que tampoco pueden fotografiarnos. No nos molestará nadie más.

—¿Le *conoces*?

—Me lo he cruzado unas cuantas veces a lo largo de los años. Un tío decente.

Resoplé con incredulidad. No podía decir que reconociese a Bob Nosecuántos; nunca les miraba a la cara. Solo veía sus objetivos apuntándome como babosos, y normalmente mantenía toda la distancia que podía. No me interesaba forjar relaciones con ellos como hacían algunos famosos. Para mí, eran todos cucarachas. Carroñeros. Al menos, los que me espiaban desde los arbustos mientras estaba de vacaciones desde luego que sí.

—Lo dudo —dije.

—O puedo decirle que el trato se cancela —dijo Seth— y le dejamos a Flynn.

Miré a Flynn. Estaba claro que él prefería ese plan.

—Pero puede volver —añadió Seth—. O puede aparecer otro. Ahora que saben que estamos aquí…

—No —dije, mirando de Seth al fotógrafo—. Si tú confías en la palabra de este tío… me fío.

Seth asintió. —Vale.

—*Después* de terminarme el desayuno.

Casi una hora después, salí de la casa y me encontré con Seth y el fotógrafo hablando en el borde del jardín. Me alegré de ver que estaban de pie al otro lado del muro de piedra; no quería a ese tío en la propiedad de Woo. Al menos había cambiado de objetivo. Puesto que en realidad le estábamos dejando fotografiarnos, se había quitado el teleobjetivo de acosador y lo había sustituido por uno ligeramente menos intrusivo.

Me acerqué y Seth me salió al encuentro a mitad de camino. Le había dicho a Joanie y a Flynn que se quedasen atrás, pero le hice saber a Flynn que podía tener unas palabritas con el fotógrafo si se pasaba del tiempo. En realidad fue un aviso de cortesía; Flynn haría exactamente eso, se lo pidiese yo o no.

Joanie se acomodó en el patio mientras bajábamos a la playa. Flynn se quedó atrás, cerca del camino de rocas, mientras Seth y yo salíamos descalzos a la playa pálida con forma de media luna, el paparazzi pegado a nuestros talones. Ni siquiera miré al hombre; no quería conocerle.

Cuando llegamos al agua, Seth me siguió hasta el oleaje rizado. Había unas cuantas personas más en la arena, pero estaban bastante lejos, en el otro extremo de la media luna. Nos quedamos de pie en el agua, uno frente al otro, las olas lamiéndonos los tobillos. Los pantalones de Seth se estaban mojando. No parecía

importarle. Llevaba esos pantalones blancos otra vez… y se me ocurrió que yo llevaba un vestido blanco.

Genial. Ahora probablemente parecía que Seth y yo nos estábamos casando en la playa.

Técnicamente el vestido era crudo, y solo llegaba hasta la rodilla, un vestido de verano bonito, vaporoso y con la espalda al aire. Pero no me extrañaría que los paparazzi publicasen lo que les diese la gana.

—No puedo esperar a ver qué pie de foto le ponen a esta —dije, cargada de sarcasmo. Principalmente porque estaba nerviosa. Y no exactamente por las fotos que se publicarían. Eso, la verdad, me daba bastante igual.

Hacía mucho, mucho tiempo, un hombre muy sabio —mi padre— me dijo: *Mientras pongan la foto de mi niña y escriban bien su nombre, no importa mucho lo que digan de ella en el artículo*.

Dicho de otro modo, cualquier publicidad es buena publicidad.

Y aunque podía discutir ese punto, dado lo que había pasado en los medios, en el fondo mi padre tenía razón. La gente iba a decir lo que iba a decir, publicar lo que iba a publicar, y creer lo que iba a creer. Al final, no había mucho que yo pudiese hacer al respecto.

Pero eso ya no me ponía nerviosa. Hacía mucho que no.

Más o menos cuando Jesse cortó conmigo, prácticamente dejé de preocuparme por lo que el mundo en general pensase de mí. Ese tipo de desamor tenía que superarse en privado, y aprendí a no escuchar las voces del mundo.

Tenía que hacerlo, si quería sobrevivir.

Pero esto… *esto* me ponía nerviosa, por alguna razón. Estar aquí de pie con Seth. Tan cerca de Seth.

Me estaba mirando, y eso me ponía más nerviosa. Lo sentía, aunque solo podía entrever sus ojos a través de las gafas de sol. Pero estaba a centímetros de mi cara.

Miré al fotógrafo, que estaba de pie en la arena, justo fuera del agua. Había empezado a hacer fotos mientras estábamos ahí, incómodamente. Juntos, pero no juntos.

Al menos, yo me sentía incómoda.

Seth parecía perfectamente tranquilo.

—Igual deberíamos empezar a morrearnos directamente —dijo, y levanté la vista hacia su cara otra vez. Estaba sonriendo un poco, el hoyuelo asomando en su mejilla—. Ya sabes, liarnos a besarnos. Lo van a decir de todas formas.

Me reí, pero fue un sonido extrañamente nervioso, y me abracé a mí misma como si tuviese frío, cuando no lo tenía.

La sonrisa de Seth se desvaneció, el hoyuelo desapareciendo. —Es broma, Elle.

—Ya lo sé. —Solo intentaba aligerar el ambiente, ayudarme a relajarme. Lo sabía. Pero no le miré a los ojos.

—Le digo que se vaya si quieres —dijo.

—Gracias.

Pero después de que el fotógrafo hiciese unas cuantas fotos más, dejé caer los brazos.

Y entonces alargué la mano… y cogí las de Seth.

Me dejó.

Actuamos como si simplemente estuviésemos pasando el rato, de pie juntos en el oleaje, mirando la playa. Pero entonces me descubrí mirando directamente al cañón de esa cámara. De frente. Porque ¿quiénes cojones eran *ellos* para juzgarme?

¿Para juzgarnos?

Los medios… La banda… *Cualquiera* de ellos. No tenían ningún derecho a juzgar, y desde luego yo no le debía explicaciones a nadie sobre lo que hacía.

Ni explicaciones sobre lo que sintiese por Seth Brothers.

Cuanto más las exigieran… más iba a tener que mandarles a todos a la mierda. No era asunto de nadie más que mío.

Y de Seth.

Le cogí de las manos, sin apretar, mientras posábamos juntos, a veces solo con los dedos enganchados, o con nuestras palmas deslizándose la una sobre la otra al cambiar de posición… pero nunca nos soltamos.

Y algo pasó en esa playa.

Ni siquiera miraba la cara de Seth. Pero podía *sentirle*. Sólido como una roca. Su energía estable y serena, como una especie de bálsamo sanador para mis nervios, la marea ondulante de mi rabia

defensiva. Podía sentir el latido firme de sus dedos. La fuerza suave de su tacto y la aspereza de sus callos.

Podía olerle; su olor cálido, playero, masculino… extrañamente familiar.

Y a veces, cuando su cara estaba lo bastante cerca de la mía, podía oírle respirar por encima del suave siseo de las olas lamiéndonos los pies.

Podía sentir su aliento cálido en mi piel cuando se inclinó hacia mí y dijo: —Estás preciosa.

Y sentí el fuego recorrerme la espalda.

—¡Voy a por otra ronda!

Joanie me gritó por encima de la música. A pesar de mis reparos por dejar la paz y tranquilidad de la casa de Woo, había dejado que me arrastrase fuera esa noche. Estábamos en el Blue Tide, un bar diminuto al aire libre al que solíamos ir cuando veníamos a Kauai. Joanie, yo, y quienquiera que hubiésemos traído. En este caso, era Seth. Y por supuesto Flynn, que eligió quedarse fuera a fumar bajo las estrellas, aunque le habíamos invitado a tomar algo con nosotros.

Joanie desapareció en dirección a la barra, dejándonos a Seth y a mí en la mesa. El local estaba lleno, como siempre. La banda residente tocaba música local increíble, y la pequeña pista de baile estaba a reventar. Estábamos sentados junto a la pista, Seth con sus pantalones de lino y una camisa blanca suave, desabrochada hasta la mitad, con las mangas remangadas. Su piel de tono aceitunado se había oscurecido los últimos días al sol, y parecía que pertenecía a este lugar.

Ese pensamiento me reconfortó: que Seth tuviese un sitio donde encajar otra vez.

Aunque solo fuese por unos días.

En la mesita entre nosotros, acunaba una taza de café entre las manos mientras escuchaba a la banda. Y tenía que reconocerme a

mí misma que la razón principal por la que había elegido este bar en vez de cualquier otro de la isla era que sabía que servían un café local fantástico a cualquier hora de la noche. Me parecía injusto llevar a Seth a un bar y beber delante de él si ni siquiera podía disfrutar de un café.

Me miró de repente, como si hubiese notado que yo le miraba a él.

¿Quizá me había quedado mirándole fijamente?

Aparté la vista y miré a la gente bailar. Tenía las piernas cruzadas y balanceaba una al ritmo de la música, meciéndome un poco en mi asiento. Solo deseaba saberme la letra para poder cantar con ellos.

Hacía mucho, mucho tiempo que no me sentía tan bien. Tan relajada.

Tan *despreocupada*.

Desde antes de mi relación con Jesse, probablemente. Antes de que todo se tensara y se fuese a la mierda, y el día a día se convirtiera en una lucha.

Simplemente aguanta hoy sin recordar que te arrancaron el corazón.

Incluso cuando me enrollaba con Ash, y nos lo pasábamos bien… la sombra de ese desamor seguía al acecho. Seguía huyendo de aquello.

Ya no huía.

No estaba segura de cuándo había pasado… Si fue volar a Kauai, tener por fin algo de tiempo libre, o decirle a Ash que no podía venir conmigo, o decirles a todos los demás que me dejasen en paz unos putos días… Pero en algún momento, todo había dejado de perseguirme. Mi corazón roto. Mis luchas por trabajar con Jesse y el resto de la banda como si nunca hubiese pasado nada. Mis intentos fallidos de pasar página.

Por fin me sentía libre de todo.

—Deberíamos bailar. —Sentí el aliento cálido de Seth en mi oreja. Me giré a mirarle; se había inclinado sobre la mesa y su cara estaba cerca de la mía. Podía ver los anillos dorados alrededor de las pupilas de sus ojos, como fuego ardiendo entre el humo.

Y quería bailar. Con él.

Joanie volvió con dos cócteles rosas ridículamente femeninos en vasos huracán, dejándolos entre nosotros. —La camarera te traerá más café —le dijo a Seth.

Seth seguía mirándome. Le asentí, y se puso de pie, tendiéndome la mano. Pegué un trago a la bebida rosa, luego me levanté, deslizando mi mano en la suya.

—Vamos a bailar —le dije a Joanie—. ¿Vienes?

—Qué va. —Nos despidió con la mano—. No estoy lo bastante borracha.

Me reí por lo bajo y negué con la cabeza; Joanie nunca estaba lo bastante borracha para bailar.

Seguí a Seth mientras me llevaba a la pista de baile. La música era animada, de ritmo medio. Música para sentirse bien; la música más fácil del mundo para bailar. Y la pista estaba lo bastante llena como para que tuviésemos pocas opciones más que bailar cerca el uno del otro.

Muy cerca.

Y no podía decir que me molestase. Podía sentir el calor del cuerpo de Seth. Su energía serena y relajada. Me guiaba mientras nos movíamos, llevando la iniciativa. Bailamos juntos, pero en realidad no me tocó. Aparte de rozarme de vez en cuando, cada vez que la gente se movía y nos apretaba más, no me tocó en absoluto.

Y yo estaba un poco… decepcionada.

Porque la verdad era que tenía ganas de tocarle a *él*.

Pero si él no iba a ponerme las manos encima, yo no iba a dar el primer paso.

Quizá simplemente iba puesta con la música. Atrapada en el baile. Muy posiblemente me había tomado demasiados de esos cócteles afrutados gigantes con las sombrillitas.

Pero no es que fuese nueva en esto.

¿Cuántas veces había estado bailando y bebiendo entre bastidores o en alguna fiesta o club y había tenido a hombres —tíos buenos, *buenísimos*— restregándose contra mí? Eso no significaba que fuera a perder la cabeza y abrirme de piernas para cada uno de ellos.

Sabía mucho, mucho más que eso.

Siempre había sido bastante selectiva con los hombres, y con los años había aprendido a serlo todavía más. Cuidadosa con a quién dejaba entrar en mi mundo. Y discreta.

La fama prácticamente lo había convertido en una necesidad.

Y sin embargo, ahora no estaba siendo precisamente discreta. Ni siquiera estaba segura de por qué. De por qué me sentía lo bastante cómoda para bailar con Seth en público. Claro, era solo un garito de mala muerte donde todo el mundo bailaba y nadie parecía fijarse ni importarle quién o qué era yo, pero *estaba* cómoda.

Estaba más que cómoda.

Lo bastante cómoda como para empezar a perrear con Seth Brothers. Si él quería.

Lo raro era que Seth no se restregaba contra mí. Muy deliberadamente se estaba guardando las manos —y todo lo demás — para sí.

Era algo tan fuera de mi marco de referencia que casi no sabía qué hacer conmigo misma. Estaba acostumbrada al baile como una forma de preliminares. Un ritual de ligoteo.

Seth no estaba intentando ligar conmigo.

Simplemente estaba bailando conmigo.

Siempre me había parecido increíblemente sexy cuando un hombre sabía bailar… y Seth Brothers siempre supo bailar. Se me había olvidado un poco eso de él. Quizá se me habían olvidado muchas cosas, al final.

Quizá había querido olvidar, para no tener que sentirme tan culpable.

Pero a medida que fuimos sudando en esa pista de baile, y al final sí me tocó, haciéndome girar e incluso meciéndose conmigo, despacio, sus caderas rozando —apenas— las mías, todo me volvió de golpe.

Solía bailar mucho con Seth. Principalmente porque los otros chicos de la banda no bailaban. Dylan tenía dos pies izquierdos en la pista, a Zane simplemente no le iba mucho el baile, y Jesse… bueno, Jesse prácticamente prefería mirar.

Así que acababa bailando con Seth en fiestas y bares cuando salíamos, porque me gustaba tener a un hombre con quien bailar.

Alguien que fuese muy bueno haciéndolo, pero del que no tuviese que preocuparme de que fuera a meterme mano. Así podía simplemente ser libre de perderme en la música.

Aunque hasta ahora nunca me había parado a pensar por qué Seth siempre bailaba *conmigo*.

Simplemente asumí que le encantaba bailar.

Me había tocado, a veces, mientras bailábamos —para hacerme girar o inclinarme cuando hacíamos el tonto, o llevarme más adentro entre la gente, o lo que fuera. Pero eso era todo. Ni siquiera *intentó* meterme mano entonces.

Igual que no lo hacía esta noche.

Pero entonces, no me molestaba que Seth no intentase meterme mano. La posibilidad de que Seth me metiese mano simplemente no estaba en mi radar. Quizá era solo yo siendo una chica de diecinueve años un poco ingenua, pero de verdad no creía que se le hubiese ocurrido interesarse por mí de esa manera.

O quizá simplemente no se me había ocurrido a mí que pudiera estarlo.

Entonces, tampoco se me había ocurrido intentar meterle mano a él.

¿Por qué no?

Tenía esa pregunta clavada en la cabeza mientras bailaba con Seth ahora. Mientras observaba sus ojos ahumados, entrecerrados… la forma en que se movían sobre mí. La forma en que me miraba bailar, como si intentase no hacerlo. Como si no pudiese resistirse a mirar.

Entonces recordé.

Porque era un yonqui.

E incluso si no lo era… tenía esa dichosa norma de no liarme con mis compañeros de banda. Una norma que, todo hay que decirlo, Zane había tanteado más de una vez cuando éramos adolescentes y aún no nos conocíamos bien. Cuando había intentado tirarse el lance, y había fallado. Pero Zane nunca había sido tan respetuoso con esas cosas como Seth.

Y luego, por supuesto, estaba Jesse.

Me había gustado Jesse Mayes prácticamente desde el primer día. Pero la misma norma que apliqué a Zane, y a Seth, y a Dylan, tenía que aplicarse a Jesse. Hasta que no se aplicó… y hace dos años, me tiré por ese precipicio con él.

Estrellarme con eso, sola —después de que Jesse me dejase— ahora mismo no parecía haber merecido la pena.

¿Merecería la pena por la mañana si me tiraba a Seth Brothers esta noche?

Mi mente achispada por los cócteles no tenía respuesta para eso.

Así que bailamos y bailamos… y luego, al final, volvimos a la casa y me fui a la cama.

Sola.

CAPÍTULO 14

SETH

NO TENÍA NI idea de qué pensar.

Me desplomé, desnudo, en la cama de la casa de invitados. Las luces estaban apagadas, pero había farolillos colgados en el pequeño patio de fuera, proyectando un resplandor. Los demás se habían ido a la cama hacía rato, pero yo me había quedado sentado ahí fuera, en la oscuridad, pensando. Incapaz de dormir.

Incapaz de descifrar los mensajes que Elle me estaba mandando.

Oficialmente, mi conflicto con Dirty ya no era la causa principal de mi inquietud.

Era Elle.

Quizá nunca había sido capaz de leerla. Quizá nunca se me había dado demasiado bien entender a las mujeres en general… pero sabía cuándo una mujer me deseaba.

A Elle no la entendía.

Por qué estaba siendo tan maja conmigo.

Por qué había bailado conmigo esta noche, como… como si se sintiese atraída por mí.

¿Pero quizá solo era bailar?

Quizá solo se estaba divirtiendo, y se dejó llevar un poco cuando sus manos bajaron más allá de mis caderas y aterrizaron en mi culo.

Quizá no se dio cuenta de que su coño seguía restregándose contra mi muslo mientras me medio montaba en seco, de que podía sentir su calor suave a través de la tela fina de mis pantalones.

Quizá no sintió mi empalmón cuando se apretó contra mí durante esa última canción lenta.

No tenía ni puta idea. Que yo supiese, quizá simplemente estaba borracha.

Quizá de verdad estaba sola y nada de lo que pasó esta noche tenía que ver conmigo.

Quizá así era como bailaba con cualquier tío últimamente, y no significaba absolutamente nada.

Peor aún… quizá me veía como siempre había visto a Dylan: como un amigo platónico, uno en el que podía confiar para que *no* le metiese mano a la primera oportunidad.

O quizá simplemente se estaba esforzando mucho, mucho, por enmendar el pasado y reconstruir la amistad que tuvimos. Si era el caso, no iba a mearme en sus esfuerzos como un puto idiota intentando algo con ella.

Sería afortunado de contar con Elle como amiga.

Lo último que necesitaba era que ella decidiese que había cometido un error enorme trayéndome aquí porque yo había empezado a pensar con la polla. Porque eso no era lo que ella quería, de ninguna manera. De eso estaba bastante jodidamente seguro.

Aunque en realidad no estaba seguro de mucho más.

A veces, cuando me miraba… no habría podido adivinar lo que estaba pensando ni aunque me fuese la vida en ello.

No la recordaba así. Tan… reservada. Tan medida en todo lo que hacía. Eligiendo cuidadosamente sus palabras y sus expresiones faciales. La forma en que se contenía, como una mujer demasiado acostumbrada a que el mundo observase —y juzgase— cada uno de sus movimientos.

De joven era mucho más despreocupada. Como esta noche.

Pero por otra parte, quizá simplemente no recordaba bien las cosas.

No recordaba haber estado nunca confuso sobre las intenciones de Elle entonces: sobre lo que pensaba de mí o cómo se sentía respecto a mí.

No recordaba haber pensado nunca que pudiese tener algún tipo de oportunidad con ella.

Desde el principio, había estado claro para mí que no tenía ninguna oportunidad con Elle. Elle Delacroix estaba fuera de los límites. Zane me lo dejó claro el mismo día que le conocí, antes de presentarme a la banda. Era una de las reglas básicas.

Número uno: Jesse es la guitarra solista.

Número dos: No le faltas al respeto a Dolly. La abuela de Zane, que dejaba a la banda ensayar en su garaje.

Y número tres: Nadie se enrolla con Elle.

No tuve ningún problema con esas reglas, ni siquiera después de conocer a Elle. No era como si fuese el único que se fijaba en lo guapa que era; todo el mundo parecía pillado por ella entonces. Todo el mundo, curiosamente, menos Jesse. Así que daba bastante igual. Tenía novio cuando la conocí, de todas formas. Y no estaba interesada en mí; que yo supiera.

Así que estaba fuera de los límites por varias razones.

Con los años, la lista de razones solo se había hecho más larga.

Pero esta noche… bailando con ella en aquel bar… los límites parecían haberse evaporado.

¿Por qué?

Porque me deseaba parecía un esfuerzo excesivo de la imaginación.

Ilusiones de mierda.

Y sin embargo… lo había estado deseando. Pensando en ello…

Elle, deslizándose contra mí, sus manos recorriendo mi cuerpo mientras bailábamos… bajando… y la multitud disolviéndose a nuestro alrededor, para que estuviésemos solos. Solos, con nuestros cuerpos pegados por primera vez en la vida.

Y mis manos, moviéndose sobre su cuerpo… subiendo por sus curvas esbeltas… su cuello desnudo… por su cara. Tocándole la boca…

Joder.

Estaba tan jodidamente buena. Eso no facilitaba las cosas, precisamente. Ya de por sí eran bastante difíciles. Quería volver a la

banda con tantas ganas que casi podía saborearlo. Tantas que me quitaba el sueño.

Y ahora quería a Elle.

Con las mismas ganas.

No. En realidad… había momentos, como cuando me cogió de las manos en la sesión de fotos esta mañana… cuando se enroscó a mi alrededor esta noche y sentí su calor, y olí su aroma cálido a coco… cuando se acercó para hablarme por encima de la música y casi podía saborear sus labios suaves… probablemente les habría dicho a todos y cada uno de los miembros de Dirty que se fueran a la mierda si eso era lo que hacía falta para verla desnuda.

Sabía que no me quedaba mucha sangre en la cabeza ahora mismo, así que mi capacidad para tomar decisiones sensatas se había ido un poco por la ventana, pero si pudiese llevarme a Elle a la cama… Si me quisiese, ahora mismo, en su cama… probablemente lo dejaría todo. Cualquier oportunidad de recuperar Dirty.

Porque si me acostaba con Elle, no veía que eso fuese a suceder.

Ya era bastante malo que ella hubiese tenido una relación con Jesse, y una ruptura. Ya era bastante malo que todos me odiasen a muerte. Que yo me acostase con Elle no iba a reducir el drama con la banda, precisamente.

Y aun así… era lo único en lo que podía pensar.

Elle. Desnuda.

Después de verla en ese biquini, me la imaginaba así con demasiada facilidad. Su piel suave y bronceada. Sus piernas esbeltas y tonificadas.

Sus pezones rosados, en mi boca…

Joder…

¿Cómo sonaría si me la follase? Si estuviese dentro de ella…?

¿Se le cortaría el aliento? ¿Jadearía? ¿Gritaría?

¿Me empujaría de espaldas y tomaría ella las riendas?

¿Querría que llevase yo la iniciativa?

¿Lo querría duro? ¿O lento y suave…?

No tenía ni idea… pero me lo estaba imaginando todo ahora. Curioso… estaba tan jodidamente curioso por ella. La polla me dolía de curiosidad.

La agarré; la tenía dura como una piedra. Tumbado encima de las sábanas, la brisa cálida del océano entraba por la ventana abierta y me acariciaba. Elle estaba ahí arriba, en la casa, y empecé a hacerme una paja pensando en ella en su cama.

Igual que antes.

Deslicé la mano arriba y abajo por toda su longitud, despacio, y me pasé la palma por la punta.

Luego gemí y frené la mano.

¿Qué cojones estaba haciendo?

Paré y respiré. Me puse las manos detrás de la cabeza e intenté pensar en otra cosa mientras la polla me palpitaba. Cerré los ojos y escuché el ritmo lejano, casi musical, de las olas. El chirrido y aleteo de los insectos en los árboles.

Estaba mal, pajearme aquí. Era un invitado. Parecía una gilipollez.

Pero el daño ya estaba hecho…

Toda la sangre de mi cerebro había huido hacia el sur, y la polla me latía casi dolorosamente. Los huevos me dolían. Por mucho que intentase desviar mis pensamientos, la polla ganó la discusión.

Así que quizá era un gilipollas.

Me levanté y salí fuera. Me encerré en la ducha exterior a oscuras. Abrí el agua caliente y me puse debajo, intentando recuperar el aliento y calmarme. Estaba tan excitado que casi jadeaba.

Mierda. La deseaba tanto…

Tenía la mano en la polla otra vez, y se acabó. Tenía que correrme.

Desesperadamente.

Probablemente era mejor que lo hiciese de todas formas, para poder pensar con claridad cuando viese a Elle mañana.

Quizá…

Porque a medida que pasaban las horas, me había ido resultando cada vez más imposible pensar en mucho más que en su piel bronceada, sus ojos grises, su sonrisa vacilante. Y su culo prieto en forma de corazón. Sus tetas firmes. Sus pezones… El color rosa de ellos, entrevisto a través de los agujeros de su biquini.

Y el destello de ese coño rosa y desnudo entre sus piernas…

Me corrí, fuerte, agarrado al grifo de arriba para no resbalar y caerme al suelo de piedra mojado; la explosión, al rojo blanco, me atravesó, y apreté los dientes para contener el gemido.

En mi cabeza me estaba corriendo encima de *ella*, con ese biquini puesto, y a ella le encantaba… agarrándome la polla para lamerla, relamiéndose mi corrida…

Joder.

Quería a Elle.

Me estremecí y me desplomé contra la pared de la ducha.

La quería de rodillas, chupándomela.

La quería inclinada, el culo en el aire, metiéndole la polla en ese coño rosa y desnudo.

La quería gritando boca arriba, suplicándome más.

Y a medida que bajaba de la intensidad de ese orgasmo, la sangre volviendo lentamente a mi cerebro… quería que me besase.

Sabía que era autodestructivo. Lo último que debería desear, si tenía alguna esperanza de recuperar lo único que *siempre* había querido.

Pero me daba igual…

Quería que sus labios suaves y carnosos me rozasen los míos, y que su lengua me llenase la boca.

Quería saborearla.

Quería esos ojos gris acero mirándome desde abajo, y quería que estuviese sonriendo.

Quería que susurrase mi nombre contra mi piel.

Seth…

La quería a ella… y quería que ella me quisiese a mí.

CAPÍTULO 15

ELLE

EN MITAD DE LA NOCHE, Summer llamó. En realidad, donde ella estaba, en Vancouver, era casi de mañana, pero Summer era una criatura nocturna. Podía oír música y voces —muchas— de fondo.

Por suerte para ella, yo estaba completamente despierta. No había podido dormir. Llevaba un rato tumbada en la cama, con la cabeza palpitándome con el recuerdo de la música hawaiana y el cuerpo de Seth restregándose contra el mío.

—¿Estás bien? —fue lo primero que me dijo.

Aunque dudaba que pudiera oírme cuando respondí:

—¿Dónde coño estás?

El ruido se apagó cuando se encerró en alguna habitación donde podía oírme.

—¿Has roto con Ash?

Suspiré, pero dudaba que eso lo hubiera oído tampoco.

—En realidad nunca estuvimos juntos, Summer. ¿Estás de fiesta?

—Ya lo sé. Pero a juzgar por el reguero de botellas vacías que está dejando en mi alfombra, él obviamente pensaba que sí. Solo quería asegurarme de que estás bien. Y sí, estoy de fiesta. Ya sabes. Es domingo.

Típico. *Es miércoles. Es lunes. Es mi cumpletrimestre.* Summer nunca necesitaba un motivo real para celebrar.

—Entonces, ¿estás bien o qué? —insistió—. No creas que no me he dado cuenta de que no has contestado a eso.

—No —le dije—. No estoy bien. Y que todo el mundo me pregunte si estoy bien solo hace que me sienta peor.

—Lo sé. Sé que odias que todo el mundo se preocupe por ti. Pero joder, tía… ¿Qué está pasando con Seth?

—Nada.

—¿Te lo estás follando? —Típico de Summer ir directa al grano—. Es lo que todos quieren saber. Yo simplemente tengo los cojones de preguntarlo.

—No estoy hablando con todos —dije—. Estoy hablando contigo.

—Ya lo sé, cielo. Es una forma de hablar. ¿Le has visto la polla ya?

—¿Eso también es una forma de hablar? —pregunté con sequedad.

—No. Es una pregunta.

—No me lo estoy follando.

—Pues igual deberías. Todo el mundo va a pensarlo de todas formas. Está por toda la puta red. Podrías al menos pasártelo bien.

—Si su polla está en la casita de invitados y mi coño está aquí —dije—, no veo cómo va a pasar eso.

—Venga ya. No te va a echar de su cama, Elle.

—¿Y tú qué sabes?

—Porque he visto las fotos de vosotros dos en la playa.

—Ah.

—Sí. —Se rio—. Además, ya sabes. ¿Estás buenísima?

—¿Por qué te empeñas tanto en que eche un polvo?

—Porque siempre me empeño en que eches un polvo.

Eso era verdad. Casi la mató que tardase casi un año después de Jesse en tirarme a alguien.

—Mira —dijo—. Si has acabado con Ash, por favor no tardes otro puto año en buscarte el siguiente lío. Mejor aún, búscate varios. Deberías tener un puto escuadrón de pollas a tu disposición. Eres una estrella del rock, por el amor de Dios. Ya es hora de empezar a actuar como tal.

Claro; Summer llevaba insistiéndome en que «me lo montase como una estrella del rock» desde que la conocí.

—Siento decepcionarte —dije, igual que había dicho muchas, muchas veces—. Soy de las de una polla a la vez.

—Pues búscate una y hazla tuya. Y por cierto, *no* quiero pasarme el próximo año de mi vida oyéndote hablar de aquella vez que pudiste tirarte a Seth Brothers en Hawái y no lo hiciste y ahora te arrepientes.

—No lo harás.

—Cielo. Soy yo. Sé lo mucho que te obsesionas con estas cosas.

—No me obsesiono.

—*Cielo*.

Joder. Me conocía demasiado bien.

La verdad es que llevaba ahí tumbada obsesionándome cuando llamó.

—No me obsesioné con Ash —dije en mi defensa.

—Eso es verdad. Y por eso supe que no ibas a quedártelo mucho tiempo.

—¿En serio?

—Pues claro.

—Uf. Lo siento…

Me di la vuelta y la habitación se meció a mi alrededor como un barco. Gemí. Definitivamente me había pasado con aquellos cócteles afrutados; iba a pagarlo por la mañana. Odiaba las resacas. No podía ni recordar la última que había tenido.

Bueno, en realidad… sí podía. Fue la mañana después de que Jesse rompiera conmigo. La peor resaca de la historia. Nada te hace sentir como si alguien te hubiera tirado el corazón por el váter como tener la cabeza metida en uno durante un día entero.

—Deberíamos tener esta conversación en persona —le dije—. Sé que te importa Ash…

—Y a ti también. Eso no significa que ninguna de las dos deba sentirse culpable por no estar enamorada de él.

Suspiré otra vez. Aliviada de que me entendiera tan bien, y de que no estuviera molesta por nada de esto.

—Creo que ahora mismo estoy enamorada de ti.

—Coge un avión —dijo—. Te haré pasar un buen rato.

Me reí, pero me salió como un hipo.

—Voy a intentar dormir, ¿vale? O intentarlo. No he dormido mucho. Con lo de Ash, y lo de la banda…

—¿Estás segura? El primer miembro de tu escuadrón de pollas podría estar esperándote…

—Estoy bastante segura de que está durmiendo. Son como las tres de la mañana.

—Mejor todavía. Te cuelas y te vas como un sueño húmedo. Ni se enterará de que has estado allí.

—Eso es… perturbador.

—¿Está Flynn ahí? ¿Qué hay de Flynn?

—Voy a colgar.

—Vale. Pero voy a montar una fiesta cuando vuelvas. La llenaré de tíos buenos y disponibles para ti.

Y lo haría. Summer era la reina de las fiestas con tíos buenos. Iba de la mano con ser una DJ increíble; esa chica nunca había tenido problemas para reunir su propio escuadrón de pollas.

—Buenas noches, fiestera.

Después de colgar, el móvil me sonó con un mensaje de texto. Era de Summer; una foto en blanco y negro de Seth que obviamente había sacado de internet. Era de sus últimos días con Dirty; salía con pinta de atormentado y guay, entrando en un bar mientras la gente le manoseaba. Y ahí estaba yo, al fondo, bajándome de una limusina.

Después me mandó un emoji: una cara de gato sonriente con corazones en los ojos, nuestro código personal para *coño mojado*.

Gemí otra vez y guardé el móvil.

Seguía sin poder dormir. El ventilador de techo giraba perezosamente sobre mí y yo me quedé mirándolo, incapaz de apagar mi cerebro.

Me estaba obsesionando, sí.

No exactamente con lo que Summer había dicho. Era conocida por animarme a acostarme con prácticamente todos los hombres

medianamente atractivos que se cruzaban en mi camino desde el día en que la conocí, hacía ya más de cinco años. Incluidos aquellos con los que no iba a acostarme jamás de los jamases, como Zane, Dylan, Brody y Jude, hombres que eran mucho más familia para mí que potenciales compañeros de cama, por muy atractivos que fueran.

Lo que me tenía así era que, por una vez, realmente *deseaba* al hombre en cuestión.

Desesperadamente.

Y eso era una mala idea. Un poco como Ash había sido una mala idea… aunque por razones diferentes.

Esto, de hecho, era una idea peor.

Mucho, mucho peor.

Entonces, ¿por qué eso no me frenaba?

¿Por qué me estaba levantando de la cama, poniéndome una camiseta y unas bragas y bajando las escaleras de puntillas, lo más silenciosamente posible, como una adolescente escapándose para tirarse a su novio universitario buenorro? Ni siquiera había nadie en la casa.

Todavía no sabía lo que estaba haciendo, aparte de caminar por el filo de la navaja… o tambalearme hacia el otro lado, medio borracha y cachonda. Iba a plantarme en el salón y mirar por la ventana hacia la casita donde Seth dormía como una puta acosadora patética, y luego iba a decidir qué hacer.

Y eso fue lo que hice.

Me quedé ahí de pie en la oscuridad, mirando los farolillos que colgaban en su patio, encendidos en la noche. Me imaginé dándome la vuelta, subiendo las escaleras, metiéndome en la cama y durmiendo. Despertando mañana sin que nada hubiera cambiado.

En vez de eso, me dejé llevar hacia fuera. Atravesé la pared inexistente, donde el salón se abría al patio, y bajé por el caminito de piedra que conectaba la casa grande con las casitas de invitados. Rezando durante todo el camino por no tropezarme con Flynn en su ronda nocturna. Probablemente pensaría que era algún paparazzo intruso y me abriría la cabeza con el cañón de su pistola.

Me quedé de pie bajo el resplandor de los farolillos en el patio de Seth y miré a mi alrededor. Las puertas de la casita de Flynn y la de

Joanie estaban cerradas, pero eran solo mosquiteras. No se oía nada más que el viento entre los árboles, el rugido lejano del océano. Al menos aquí estaba iluminada, mi pelo platino delatándome bajo la luz de los farolillos; imposible que Flynn me disparase por accidente. Aunque tendría que explicar qué hacía aquí, acosando a Seth.

No; que le den. No tenía que explicarle una mierda a Flynn. Trabajaba para mí, ¿no?

Entonces, ¿por qué estaba tan jodidamente nerviosa por que me pillaran?

Porque esto está mal.

Porque no deberías estar haciendo esto.

Porque liarte con Seth sería egoísta y estúpido.

Mientras me decía todo esto, probé la puerta. Era una mosquitera corredera con una cortina vaporosa ondeando por dentro. No estaba cerrada con llave, pero no la abrí.

En lugar de eso, dudé.

Me imaginé lo que pasaría si entraba.

Seth, por supuesto, estaba dormido; era plena noche. Tumbado en la cama, quizá desnudo, quizá envuelto en una sábana. Cuando me acercaba, se despertaba. Me veía. Quizá decía mi nombre, con un signo de interrogación al final. Me observaba mientras me quitaba la camiseta. Luego me metía en la cama con él en bragas.

Y no, no me echaba.

Respiré hondo. El corazón me *latía desbocado*.

Joder, ¿me pasaba algo?

Me di la vuelta y salí pitando hacia la casa, subí las escaleras corriendo, me encerré en mi dormitorio y me dejé caer en la cama.

Me había prometido a mí misma, después de Jesse, que no iba a hacer esto.

Me había jurado, una y otra vez: *No más estrellas del rock.*

Antes de Jesse, había tenido varios novios, hombres que no tenían nada que ver con la industria musical. Hombres inteligentes, con clase, estables. Hombres que tenían dinero y vida propia, pero que me trataban bien. Como a una reina, de hecho.

Estaba Ritchie, el restaurador.

Estaba Martin, el consultor tecnológico.

Estaba John, el inversor y filántropo, que me había pedido matrimonio. Le dije que no.

Y luego… estaba Jesse Mayes. El malote estrella del rock que, por alguna razón, se había convertido en una fantasía de la que no podía librarme. Hacia el final de mi relación con John, la idea de que Jesse y yo estuviéramos juntos se había asentado, y no pude dejarla ir hasta que lo hice mío.

Y vaya si lo hice mío.

Fui a por él con la fuerza de un pequeño huracán.

Luego, como era de esperar —o al menos, era de esperar para todos menos para mí—, Jesse me rompió el corazón, como hacen los malotes.

Después de eso, pasé un año en un limbo sentimental, con miedo de abrirme a nadie, de dejar que nadie se acercase lo suficiente como para invitarme a una cita, y mucho menos tocarme… Y entonces, en la boda de Jesse, acabé follándome al malote más malote que conocía. El hombre que posiblemente superaba a Zane como putón del año, lo cual ya era decir mucho.

Ashley Player no era en absoluto el hombre para mí, y aun así había cruzado esa línea follándomelo.

Y ahora, estaba pensando en hacerlo otra vez… con Seth.

No. No era verdad. No estaba pensando en hacerlo.

Estaba *deseando* hacerlo.

Ya había roto mi promesa conmigo misma con Ash, sí. No solo había renunciado a las estrellas del rock, sino que muy específicamente había renunciado a cualquiera como Jesse Mayes. Guapo. Famoso. Alto, moreno y egocéntrico. Esa era la receta para que te rompieran el corazón. Concretamente, había que evitar a los guitarristas a toda costa. Más concretamente, si tocaba la guitarra y cantaba —doble amenaza—, tenía que dar media vuelta y salir corriendo.

Ash cumplía todos y cada uno de esos criterios, pero Ash era solo para pasarlo bien en la cama. Así lo justificaba, para que de alguna manera estuviera bien que hubiera roto mi promesa conmigo misma.

Y ahora… Seth.

Seth cumplía todos y cada uno de esos criterios también.

Pero no lo vi venir.

Era guapo, sí. Atractivo; me atrevería a decir que Seth era un hombre hermoso. Sexy, desde luego. Famoso, también, a su manera. Era alto, y ahora, con su melena aclarada por el sol cortada, hasta era tirando a moreno. Pero Seth no tenía el ego inflado de mis dos últimos amantes. Tenía ego cuando se trataba de su talento, desde luego; un ego justificable. Tenía confianza y carisma. Tenía una seguridad en sí mismo, una solidez. Había algo increíblemente atractivo en ese ego, y no de la misma forma que el de Jesse.

Jesse era deslumbrante y demoledor. Una mujer podía sentirlo desde el otro lado de la sala: Jesse Mayes era un rompecorazones.

Y Ash… Ash era exactamente lo que su nombre te decía. Ashley Player era un *player*.

Seth… no sabría decirlo.

Seth seguía siendo un misterio.

Sin embargo, no podía ni fingir ante mí misma que, en algún momento del camino, tirarme a estrellas del rock buenísimas no se había convertido en un punto débil para mí. Como una adicción asquerosa de la que no podía librarme ni negar; sabía que era malo para mí. Peligroso. Que solo me haría daño.

Y sin embargo… era como si de repente entendiera por qué todas las fans se volvían locas.

Quizá porque nunca había tenido sexo como el que tuve con Jesse. Tan jodidamente *increíble*. Estaba tan pillada por él. Por desgracia para mí, él no sentía exactamente lo mismo. Y la otra cara de estar total y absolutamente colgada de alguien era la devastación que sentí cuando me rechazó, un dolor como nada que hubiera conocido jamás.

Nunca me habían roto el corazón. Ni de lejos.

Y aun así, aquí estaba, deseándolo otra vez; ese subidón de desear a alguien con tanta intensidad.

Si tan solo pudiera tenerlo sin el bajón aplastante de la ruptura al final.

Me pregunté… ¿Era esto algo parecido a lo que Seth experimentaba cuando sentía la urgencia de colocarse, aunque supiera cuáles serían las consecuencias, la otra cara de la moneda?

Incluso mientras la devastación de la ruptura me había lanzado por una montaña rusa de caos emocional, había conseguido resistir la tentación: hubo días en los que quería meter a Jesse en mi cama de alguna manera, una última vez, para follarme toda mi rabia y mi dolor, como si eso fuera a arreglar algo. Hubo días en los que lo único que quería era agarrar a la estrella del rock más buena que tuviera cerca, diera igual quién fuera, y follármelo. Hubo días en los que creí que nadie que mereciera la pena me querría jamás. Que nunca sentiría por nadie lo que sentía por él.

Me sentí usada, dañada y rota. Descartada.

Y luego estaba Ash.

Con Ash, el sexo era abrasador, pero vacío. Un parche rápido, sin significado. No quería poseer su corazón como había querido el de Jesse.

Y en eso había un tipo diferente de sufrimiento. Me estaba dando cuenta de eso ahora.

Hubo días, después de acostarme con Ash, en los que me sentía como una mierda. Como si solo me estuviera haciendo daño a mí misma.

Y aun así… seguía haciéndolo.

Y ahora estaba aquí… y no tenía ni idea de lo que sería si cruzaba esa línea con Seth. Hasta dónde podría caer por él, o no. Cuánto daño podría hacerme él, o yo a él.

Lo único que sabía con certeza: si Seth y yo nos acostábamos, los dos íbamos a sufrir.

Él, porque solo complicaría las cosas entre él y el resto de la banda.

Yo, porque mi corazón no se había curado del todo. Había superado a Jesse, pero todavía no estaba entera. Había dejado *atrás* la ruptura, pero aún no había averiguado cómo recomponerme después de haberme hecho añicos.

La realidad era que no tenía experiencia en cómo hacer esto, y aparentemente la curva de aprendizaje era jodidamente empinada.

Todavía no sabía cuándo ni cómo saldría al otro lado de todo esto sintiéndome entera, estable y simplemente normal otra vez.

Por fin había dejado ir el pasado, pero cuando pensaba en involucrarme emocionalmente con alguien otra vez, todavía me sentía rota.

No estaba segura de estar preparada para volver a enamorarme.

Y, en pocas palabras, no podía predecir cómo reaccionaría mi corazón al tener a Seth Brothers, desnudo, en mi cama.

Si nos acostábamos y —en el mejor de los casos— el sexo era increíble… aunque me sintiera de maravilla justo después… no sabía qué pasaría a continuación.

Podría convertirme en una reina de hielo. Bloquearme. Volverme fría y distante.

Ya les había hecho eso a otros hombres.

También podría enamorarme perdidamente.

Eso también me había pasado.

De verdad que no tenía ni idea. Y daba miedo lo fuera de control que me hacía sentir todo esto.

Más miedo todavía que no me estuviera quitando las ganas inmediatamente. Que no me hiciera salir corriendo.

Que por alguna razón, solo hiciera que quisiera meterme aún más en esa madriguera, a ver adónde llevaba.

CAPÍTULO 16

ELLE

—¿SEGURO que no quieres verlas? —me preguntó Joanie. Estaba con su portátil, al otro lado de la isla de la cocina de Woo, con la pantalla vuelta para que yo no la viera—. ¿Estás completamente segura? Te lo digo en serio… sales *bien*.

—Me fío de ti.

Estaba con resaca, aferrada a un vaso de agua y preparándome para sacar mi comida fuera. Solo llevaba levantada media hora. Sabía que las fotos de Seth y de mí del día anterior estarían por toda la red a estas alturas. Pero no me apetecía especialmente verlas.

Si las veía, solo me haría preguntarme qué pensaba todo el mundo al verlas… y no quería que me importase.

—Seth sale bien —añadió Joanie, mirándome de reojo.

Entrecerré los ojos; no me hacía gracia que se tomase *esas* confianzas conmigo. Joanie llevaba trabajando para mí varios años. Diría que éramos amigas. Conocía casi todos los detalles personales de mi vida, y confiaba en ella con esos detalles. Pero eso no significaba que quisiera que metiese las narices en mis relaciones con los hombres.

Me devolvió una mirada descarada y volvió a su ordenador.

Suspiré.

—Vale. Gíralo.

Obediente, giró el portátil hacia mí. En la pantalla había una página web abierta con una foto de Seth y de mí en la playa. Y sí, salía bien.

También parecía mi hombre.

Estábamos cogidos de la mano, apenas, con los dedos rozándose… y ni siquiera nos estábamos mirando. Pero había algo ahí, en ese contacto. En nuestro lenguaje corporal. Algo visceral, casi tangible.

No me di cuenta en su momento. De que lo que había estado sintiendo, de pie allí con Seth, atravesaría la foto de aquella manera…

Química.

Conexión.

Y yo tenía esa especie de expresión descarada, de *que le den al mundo*. Porque eso era exactamente lo que estaba pensando cuando el fotógrafo sacó esa foto.

Que le den al mundo si quieren juzgarme por esto.

Alargué la mano, antes de saber siquiera lo que hacía, y cerré el portátil de golpe. Los ojos de Joanie se encontraron con los míos.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que internet… no sé… se esfume o algo así, antes de que todo el mundo vea eso?

—Creo que ya es demasiado tarde para eso —dijo.

Como si lo hubiera invocado, su móvil, que estaba en la isla entre nosotras, empezó a vibrar. Llevaba haciéndolo mucho. Incapaz de resistirse, Joanie lo cogió y salió disparada de la cocina para contestar la llamada donde yo no pudiera oírla.

Saqué mi comida al patio trasero, sola. Llevaba el móvil conmigo, pero tenía el timbre y la vibración desactivados. Las llamadas no habían parado en toda la mañana; Joanie me lo había dicho.

Seguía sin contestar ninguna.

Y me di cuenta, mientras comía: solo me importaba de verdad lo que una persona pensara de esas fotos. Pero aún no había visto a Seth.

Cuando le pregunté a Flynn si le había visto, me dijo que Seth había bajado a la playa temprano y no había vuelto. No sabía qué significaba eso, si es que significaba algo.

Cuando terminé de comer, reuní el valor y miré los mensajes. Había muchos, pero solo abrí uno.

Ash: *¿Qué cojones está pasando?*

Vale; estaba cabreado.

¿Quizá tenía derecho a estarlo?

Quizá de alguna manera le había dejado creer que tenía ese derecho. Lo que significaba que tenía que aclarar las cosas. Decidí llamarle, y joder, esperaba que cogiera el teléfono; necesitaba quitarme esto de encima.

—Elle —dijo cuando contestó.

—Hola.

—¿Estás bien?

—Sí. —¿Por qué todo el mundo seguía preguntándome eso? Como si Seth me hubiera secuestrado y arrastrado al paraíso—. ¿Y tú?

—No demasiado. Acabo de ver fotos tuyas cogida de la mano con Seth en la puta playa, así que no, no estoy bien.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque sí. Sabes perfectamente por qué. ¿Te lo estás follando ahora?

Respiré hondo, despacio.

—Ash, no es asunto tuyo.

—¿Desde cuándo?

—¿Desde cuándo crees que es asunto tuyo?

—No sé, Elle. A lo mejor desde que empezaste a follar conmigo.

—Como *amigos*. Lo dijiste tú mismo. «Amigos con derecho.» Me hiciste aceptar que no íbamos a joder nuestra amistad por follar.

—¿Y? Eso no significa que siete meses después, cuando soy el único tío con el que te has acostado, esté bien que te largues con otro sin siquiera decírmelo.

—No me he *largado*. Y no tengo que contarte nada, Ash.

—¿Así que ya está? ¿Simplemente me mandas a la mierda?

—No te estoy mandando a la mierda. Somos amigos. Es lo único que hemos sido.

—Eso es una puta mentira, Elle.

—No. Es la verdad. —Y por fin, lo dije—. No hay nada entre nosotros, Ash. Simplemente… déjalo estar.

Hubo un silencio horrible y aplastante al otro lado de la línea.

Luego colgó.

Fue entonces cuando lo sentí; alguien de pie justo detrás de mí.

Me giré y encontré a Seth sujetando dos tazas de café. Se acercó para dejar una en la mesa delante de mí.

—Gracias —conseguí decir, apartando el móvil.

Seth se quedó ahí de pie con cara de no saber qué hacer, quizá preguntándose si quería estar sola. Pero ahora mismo, lo último que quería era estar sola. Si estaba sola, lo único que oiría en mi cabeza sería esa conversación. Y ese silencio horrible.

El sonido de Ash colgándome.

—Puedes sentarte, si quieres.

Seth se sentó en la silla frente a mí. Aunque no parecía querer mirarme a los ojos, con la mirada clavada en su taza.

¿Cuánto de esa conversación había oído?

—Voy a irme a Vancouver —le dijo a su café—. Ya sabes… le debo esa visita a Ray.

No sabía qué decir; era más o menos lo último que esperaba oírle decir.

—Ah. ¿Vale?

—He reservado un vuelo. —Por fin, levantó la mirada hacia mí—. Hoy.

—¿Has reservado un vuelo? —repetí, atónita—. ¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Anoche…? ¿Antes de ir a bailar?

Sus ojos se oscurecieron lentamente, quizá recordando cómo habíamos calentado la pista de baile. Negó un poco con la cabeza.

—En mitad de la noche.

—¿En mitad de la noche? —*Joder*. Eso salió… borde. Extrañamente agudo.

Estaba empezando a flipar. La comida se me había quedado hecha un pegote en el estómago.

—Me voy al aeropuerto en unos minutos. Ya sabes… debería volver… —Se fue apagando.

—Ah —dije, otra vez—. Vale… —No tenía ni idea de a qué tenía que volver, pero de repente me sentí extrañamente traicionada. Como si hubiera un montón de cosas sobre su vida que no sabía, pero quizá debería saber… y sin embargo, no tenía ningún derecho real a saberlas.

Me estaba cabreando, de hecho. Rabia; una reacción instintiva ante el hecho de que se fuera y yo no supiera qué cojones hacer al respecto.

No podía hacer nada al respecto. No me debía nada.

Pero no quería que se fuera. Todavía no.

—¿Tienes que irte? —pregunté, desesperada por encontrar alguna excusa para frenar su marcha—. O sea, yo me quedo unos días más. Podríamos volver juntos. —Había planeado quedarme todo lo que pudiera; quizá más de lo que había pensado inicialmente. Había hablado con Woo ayer, y me había asegurado que podía quedarme todo el tiempo que quisiera—. A Woo no le importa —le dije, aunque sabía que la verdadera razón por la que me sentía tan a gusto aquí tenía poco que ver con la hospitalidad de Woo.

Era todo por Seth.

—No es buena idea, Elle —dijo, con la voz un poco ronca, pero la mirada firme en la mía.

—¿Por qué? ¿Es por… es por las fotos?

—No es por las fotos.

—¿Alguien te ha dicho algo? —Mierda, ¿alguien le había llamado y le había amenazado o algo así? ¿Alguno de los tíos de la banda? ¿Brody? ¿Ash?

—Elle… no quiero causarte más problemas de los que ya te he causado.

—No estás causando problemas, Seth —insistí—. Son problemas que siempre estuvieron ahí.

—No los estoy mejorando.

—En realidad —me encontré diciendo—, sí. Ha sido genial tenerte aquí.

—Seguro que Ash lo vería de otra manera.

—Me da igual cómo lo vea Ash.

Seguíamos con las miradas trabadas. No conseguía descifrar la expresión de su cara, más allá del hecho de que algo me decía que en realidad no quería irse. Solo estaba intentando hacer lo correcto.

Y algo dentro de mí se retorció del revés.

—Quiero darte las gracias por lo que has hecho por mí —dijo, con una voz suave y baja—. Traerme aquí. Hablar conmigo. Tender esa rama de olivo.

—No tienes que darme las gracias, Seth.

Silencio.

Y sí, había algo en sus ojos. Algo que no decía. Algo que ardía de pura necesidad.

No era la misma necesidad que había visto en sus ojos antes, en la audición: la necesidad de redención, de aceptación.

Esto era otra cosa.

Y yo también lo sentía.

—Gracias —repitió.

Luego apartó la mirada. Se levantó, y le vi darse la vuelta y dirigirse hacia la casa. Ni siquiera se había bebido el café.

Y eso fue todo.

Seth se había ido.

A media tarde, la intensidad del sol me echó de la playa; hacía un calor de locos ese día. Subí por el sendero rocoso entre los árboles descalza, despacio, disfrutando del aire perfumado y fresco entre los árboles. O intentando disfrutarlo.

Llevaba un pareo de encaje ligero encima del biquini, y revoloteaba a mi alrededor con la brisa. Esta sensación; esto era lo que me traía a Hawái. Paz. Silencio. Y esa tranquilidad siempre presente en el aire, el olor del océano, los cielos azules impecables.

El paraíso.

Y sin embargo, con Seth fuera… ya no se sentía como debería. Simplemente no podía absorber nada de todo aquello.

Había pasado una hora en la playa, sola, y no podía relajarme. No podía dejar de preguntarme si había algo que debería haber hecho de otra manera, dicho de otra manera, para conseguir que se quedase.

Era una línea de pensamiento peligrosa. Demasiado parecida a las preguntas que me había hecho en los días y semanas, e incluso meses, después de que Jesse me dejara.

Había estado evitando el móvil desde la llamada con Ash, pero ahora, al llegar al final del sendero y salir de entre los árboles, me di cuenta de que quizá debería haber contestado.

Porque había un equipo de rodaje en el jardín de Woo.

Era Liv, de pie en el patio trasero con Joanie, y un cámara sentado cerca, trasteando con su cámara, montándola en un trípode.

—Joder. —Me paré en seco—. ¿En serio?

Flynn, que había estado siguiéndome en silencio, pasó delante de mí.

—Me deshago de ellos.

—No. —Le cogí del brazo, deteniéndole—. Quiero ver qué quiere.

Ya sabía lo que Liv quería. Más declaraciones para la serie documental. Y si había venido hasta aquí, a hablar conmigo, cuando había un montón de otros miembros de la banda más cerca de donde ella estaba a los que podía estar acosando… esto era por Seth.

Cuando crucé la verja, todos me vieron y Liv sonrió.

—Acaban de llegar —me explicó Joanie, acercándose a toda prisa, probablemente esperando que estuviera cabreada. Me ceñí el pareo mientras me acercaba, aunque no estaban grabando—. Iba a bajar a decírtelo. No contestabas al móvil…

—El trípode es un pelín presuntuoso, Liv —le dije al llegar hasta ella en el patio. No estaba de humor para charla intrascendente, y no quería que pensara que presentarse con una cámara en mis vacaciones me parecía bien.

Brody se iba a enterar.

—Bueno —dijo Liv—, esperaba poder grabar algo de material. Ya sabes, tú, ante la cámara, compartiendo tu opinión sobre Seth Brothers y lo que sea que esté pasando entre él y Dirty.

—Deberías haber llamado.

—Lo hice —dijo—. Y Brody también.

Genial. Así que Brody sabía lo de esto. Lo había aprobado, quizá.

Desde luego que se iba a enterar.

—No tengo nada que decir ahora mismo. Estoy de vacaciones.

—Lo entiendo —dijo Liv—. Y lo siento. Pero la banda tiene previsto retomar las audiciones en cuanto vuelvas, y es probable que el material de la audición de Seth salga en el programa, lo que significa que necesito que alguien me hable de ello. Y como tú viniste aquí con él, supuse que tú y él debíais ser… —Se fue apagando. Por lo visto, ni siquiera Liv tenía las agallas para acusarme directamente de estar tirándome a Seth—. ¿Amigos? —terminó.

—Ya te lo he dicho. No tengo nada que decir.

—Vale. Pero obviamente tienes una opinión.

—Una opinión que no estoy preparada para compartir en este momento. —Sentía a Flynn merodeando, acercándose. Deseando intervenir y escoltar a Liv y a su equipo fuera de la propiedad.

Un par de tipos más del equipo habían aparecido por un lado de la casa, cargando bolsas de equipamiento. Se mantuvieron al margen, observando la negociación.

Pero Liv no estaba cediendo.

—Esto es una parte importante del proceso, Elle. Entiendo que estás de vacaciones, pero Brody y yo lo hemos hablado, y ambos pensamos que serías la persona ideal para opinar sobre la posición de Seth en la banda…

—Seth no tiene ninguna posición en la banda —dije. Mientras tanto, la cabeza me daba vueltas. *¿Brody y yo?* ¿Qué cojones hacía Brody mandándola aquí a acosarme?

—Y si ese es el caso —dijo ella—, lo único que necesito es que lo digas delante de la cámara, y nos vamos.

Lo dudaba. En cuanto me pusiera delante de esa cámara, iba a escarbar más. En realidad no podía reprocharle nada a Liv; solo estaba intentando hacer una serie de televisión brillante. Haciendo su trabajo.

Pero ahora mismo, eso me daba igual.

Lo que me faltaba era que apareciese aquí, justo cuando me sentía tan jodidamente vulnerable —tener a Seth aquí, que Seth se fuera… y no tener ni idea de qué hacer con todos estos sentimientos que había removido en mí. Lo último que necesitaba era un equipo de rodaje en mi cara.

Pero iba a jugar a este juego.

No iba a hacer que Flynn la echase. Iba a conseguir que se diera media vuelta y se fuera. Voluntariamente.

—Escúchame, Liv. Esto no tiene nada que ver con Dirty ni con encontrar a nuestro nuevo guitarrista.

—Entonces hablemos de eso.

—Estamos hablando. Pero no ante la cámara.

Liv lo consideró. Luego dijo:

—Seth ya habló conmigo. Ante la cámara.

¿Qué?

—¿Cuándo?

—Le pillamos en el aeropuerto, cuando aterrizamos. Pura casualidad.

Me quedé mirando a Liv un buen, buen rato. No pestañeó.

Le creía, quizá, lo de la casualidad de encontrarse con Seth. De cualquier manera, entrevistarle no fue ninguna casualidad.

—De acuerdo —dije, porque me había pillado desprevenida. No me encantaba, pero desde luego no me gustaba que Seth hubiera hablado con ella sin que yo tuviera la oportunidad de responder.

No pensaba preguntarle a Liv qué había dicho. No me gustaba lo que preguntar podría implicar: que me preocupaba lo que hubiera dicho sobre mí.

Así que simplemente dije:

—Te daré la entrevista. Cuando esté preparada.

Dos horas después, estaba lo bastante preparada. Joanie había llamado a un equipo de peluquería y maquillaje de entre los muchos contactos que tenía en la isla. Me había vestido, me habían peinado

y maquillado, y me reuní con Liv y su equipo en el patio. Se habían instalado a la sombra, con la vista del océano al fondo, y estaban listos para mí.

Me senté y empezamos a grabar. Sabía que no iba a ser fácil. Sabía que Liv iba a escarbar. Y escarbó… Después de algo de charla intrascendente sobre el proceso de audiciones en general, fue directa al grano.

—Háblame de Seth.

Pero esto estaba lejos de ser mi primera vez. No iba a soltar nada que no quisiera soltar.

—¿Qué quieres saber? —le pregunté.

—¿Qué opinas de él? —Liv estaba sentada frente a mí, al lado de la cámara, lanzándome preguntas. Su trabajo era sacarme contenido; contenido que pudiera usar. Sabía que lo que ella dijera no se incluiría en el programa, pero cualquier cosa que yo dijera podría incluirse.

—Opino que es nuestro exguitarrista.

Liv suspiró un poco.

—Venga, Elle. Esto es un documental. No te estoy interrogando para un programa basura de cotilleos. Esta eres la tú de verdad, ¿no?

—Soy la yo de verdad —dije.

—Entonces dime lo que de verdad piensas de Seth Brothers.

—Creo que Seth Brothers es un músico con un talento extraordinario —dije.

—Vale. Ahora háblame del hombre, no del músico.

—¿Vas a decirme lo que dijo él sobre mí? —pregunté, saltándome el guion. Porque durante las últimas dos horas me había estado matando. Quería preguntárselo sin llegar a preguntárselo abiertamente.

—¿De verdad quieres saberlo? —dijo. Y había algo en la forma en que lo dijo que me sentó fatal.

Como si hubiera algo que saber. ¿Algo que debería saber?

¿Algo que no querría saber?

Sí. Esto era un error.

¿Desde cuándo se había convertido este documental en un interrogatorio sobre mis sentimientos hacia Seth Brothers?

—Esta entrevista se ha terminado. —Me levanté. Empecé a alejarme, dirigiéndome al interior de la casa, pero me giré. La cámara seguía grabando; el cámara la había girado para filmar mi salida—. Apaga la cámara. —Se lo dije directamente al cámara. Él miró a Liv, y Liv asintió.

Dejó de grabar.

—Sabes que de todas formas voy a ver lo que le preguntaste —le dije—, cuando vea los copiones. Está en mi contrato. Recibo todos los copiones.

—Ajá. Él también.

—¿Qué?

—Seth está negociando un acuerdo con la cadena.

—¿Desde cuándo?

—Desde esta mañana. Cuando le entrevisté en el aeropuerto. —Liv se encogió de hombros, como si no fuera gran cosa. Algo esperable, incluso—. La cadena quería hablar con él antes de dejarme entrevistarle. Resulta que quieren su versión de la historia.

Me quedé mirándola.

¿Qué *cojones* estaba pasando?

—Ya sabes —dijo Liv—, toda historia del rock tiene dos versiones…

Yo ya me estaba alejando.

—O sea, tu historia es la que le importa a todo el mundo, por supuesto —se retractó, siguiéndome al interior de la casa. Pero mientras yo iba directa hacia las escaleras, Flynn se interpuso para frenar a Liv en seco—. ¡Venga, Elle! ¡Sabes a lo que me refiero! —me gritó, pero yo no estaba escuchando.

Mi móvil ya estaba marcando.

—¡Brody! —dije cuando contestó—. ¿Qué cojones? ¿Seth está en el documental ahora? —Ni siquiera sabía por qué me molestaba tanto. La cabeza me iba a mil por hora mientras me encerraba en el dormitorio.

—Por lo visto —dijo Brody—. Hemos decidido seguirle la corriente.

—¿*Hemos*?

—Vamos a dejar que la cadena haga un contrato con Seth —continuó—, y ya veremos cómo se desarrolla.

—¿Le dan los copiones?

—¿Qué más da? La banda tiene la aprobación del montaje final de todos modos.

No podía creerlo.

—¿Por qué no me lo has dicho?

¿Y por qué no me lo dijo Seth? Podría haberme llamado desde el aeropuerto, o enviado un mensaje para al menos avisarme de lo de Liv.

Excepto que… no tenía mi número.

¿Cómo iba a tenerlo? Nunca se lo había dado.

—Lo hice —dijo Brody—. Mira los mensajes de vez en cuando.

Abrí la puerta del dormitorio de golpe, a punto de llamar a Joanie, pero estaba ahí mismo, a punto de llamar, con cara de culpable total.

—Luego hablamos. —Colgué a Brody—. ¿Brody ha llamado?

—Sí —dijo Joanie, con los ojos como platos—. Ha llamado esta tarde. Varias veces. Algo de Seth y el documental. Quiere que le llames. Pero me dijiste nada de llamadas… *especialmente* de Brody… —Se fue apagando—. Mierda. ¿Qué pasa?

—Nada. —Tenía razón, se lo había dicho. Repetidamente—. Búscame un vuelo a casa.

—¿A Los Ángeles?

—No —dije—. A Vancouver.

No tenía ni idea de si las audiciones que Liv había mencionado estaban a punto de empezar en Los Ángeles o en Vancouver, ya que, evidentemente, no había estado mirando los mensajes. Ni siquiera sabía dónde estaban todos los miembros de mi banda ahora mismo.

Lo único que sabía seguro era que Seth estaba en Vancouver.

CAPÍTULO 17

ELLE

CUANDO EL AVIÓN ATERRIZÓ, Flynn nos metió en un coche y me llevó a mi casa en Lions Bay, justo al norte de la ciudad. Pasamos por el piso de Joanie, en el centro de Vancouver, de camino y la dejamos allí.

En cuanto Flynn me dejó en casa, sola, abrí el portátil y encontré el correo de la supervisora de postproducción de la serie documental. Ya había enviado los copiones del día.

Me llevé el portátil a mi dormitorio, quitándome las sandalias por el camino. Me acurruqué en la cama a oscuras y pinché el enlace del correo. Me llevó a un sitio FTP, donde podía descargar el vídeo que quería.

Ni siquiera me había molestado en subir el resto de mis cosas; las maletas seguían en el recibidor, donde Flynn las había dejado. No me cambié de ropa, no comí nada, ni siquiera encendí una luz.

Más allá del primer día de rodaje de la serie, ni siquiera me había molestado en ver los copiones.

Pero ahora vi el material de la entrevista de Seth.

Estaba de pie a la sombra, con las gafas de sol subidas sobre la cabeza. Una palmera se mecía al fondo. Liv, fuera de cámara, le lanzaba preguntas, como había hecho conmigo, y no se dejó nada sin tocar.

Le preguntó a Seth por su adicción, por su difícil camino hacia la recuperación, por su sobredosis, por las dos veces que le habían

echado de Dirty. Le preguntó por el concierto de reunión de este año y por su audición de la semana pasada.

Por suerte para Liv, Seth fue mucho más abierto en su entrevista de lo que yo había sido. Y respondió a cada pregunta de la misma manera en que me había respondido a mí cuando se las hice.

También le preguntó por cada miembro de Dirty.

Sobre Jesse, dijo: —Jesse es el mejor guitarrista con el que he tocado. Cualquiera puede ver por qué los fans le adoran. Lo tiene todo.

Sobre Dylan, dijo: —Dylan es un animal con la batería y la persona más sólida que encontrarás.

Y sobre Zane, dijo: —Dime una cosa que no te guste de Zane Traynor y yo te diré cinco que te encantarán.

A lo que Liv dijo: —Algunos dirían que es un mujeriego.

Y Seth respondió: —Sí. Bueno, también es jodidamente brillante. Es afilado como una puta navaja, apasionado, comprometido al cien por cien, y nadie te hará reír más cuando tengas un día de mierda. Y te voy a decir otra cosa que la gente no le reconoce. Tiene visión, y persigue esa visión como un tornado.

—Eso son siete cosas —dijo Liv.

—Siete verdades. Zane tiene fama, ¿no? De ser un capullo chulito. A lo mejor se la ha ganado. Pero no mucha gente conoce realmente a Zane. Hay mucho más de lo que se ve a simple vista. Si no fuera por Zane, Dirty no sería la banda que es hoy. Puede que nunca hubieran despegado. Probablemente habrían acabado siendo otra banda más de garaje que se convirtió en otra banda más de bar tocando versiones sin parar para cincuenta personas cada noche.

Vaya.

Eso no le iba a encantar a Jesse. Tampoco estaba segura de que a mí me gustase.

Sin embargo, respetaba a Seth por decirlo. Fuera estrictamente verdad o no, era su opinión, claramente, y la mantenía.

—¿Y Elle? —preguntó Liv.

—Elle es la mejor bajista con la que he tocado en mi vida, con diferencia —fue su respuesta.

—¿En qué sentido?

—Bueno, muchos bajistas acaban tocando el bajo por descarte. Empiezan como guitarristas, pero se pasan al bajo porque la banda necesita un bajista. Y nunca aportan nada sensacional a su instrumento. Simplemente ponen la línea de bajo, y si ni siquiera eres consciente de oírlos en la canción, más o menos han hecho su trabajo. Pero luego hay esa raza más rara de músico que nació para tocar el bajo. Elle es de esas. Simplemente lo siente, ¿sabes? Aporta el funk a Dirty a lo grande. Si no fuera por ella, serían solo otro grupo de tíos blancos haciendo rock. Y quién necesita eso, ¿no?

Liv se rio de verdad al fondo.

—¿Puedo reproducirles eso?

Seth sonrió un poco y se encogió de hombros.

—Haz lo que tengas que hacer.

—Vale —dijo ella—. Ahora cuéntanos algo que no sepamos sobre Elle.

Seth se quedó callado. Miró a otro lado, quizá intentando pensar en algo. Quizá eligiendo sus palabras. Me fijé, sin embargo, en que no dudó tanto para resumir a los demás miembros de la banda.

Finalmente, dijo: —Elle tiene algo especial. Es como las dos caras de una moneda. Calor y frío. Fuerza y vulnerabilidad. Siempre ha estado ahí. Te dan ganas de protegerla, y al mismo tiempo, de soltarla, de ver de qué es capaz. Probablemente es la que tiene más potencial sin explotar de toda la banda. Es la más versátil. Por eso su álbum en solitario fue un éxito. Por eso es capaz de meter la mano en tantas cosas diferentes y encontrar el éxito, una y otra vez. Pase lo que pase con Dirty, vais a ver mucho de Elle en los años que vienen. Tiene fuerza para perdurar y la capacidad de crecer y evolucionar.

—¿Y eso del calor y el frío? —preguntó Liv—. He oído a gente decir eso de ella antes. ¿Puedes profundizar?

—Es lo que he dicho, son las dos caras de la misma moneda. O puede que sea un arma de doble filo. Es eso que la hace difícil de conocer. Eso que hace que los tíos la deseen y que las tías quieran ser como ella. Es feroz, y es frágil. Es auténtica. La sientas en una entrevista y le haces un montón de preguntas prefabricadas, y no vas a conocer a la Elle de verdad. Pero ponla en un escenario y la

verás derramando todo lo que tiene a través de la música, sudando, derrumbándose en lágrimas, y esa es simplemente ella. Ahí es donde la encontrarás, en esa intersección entre la persona real y la estrella del rock. Pero ¿cómo tocas eso? Creo que asusta a algunas personas. En eso se parece un poco a Zane, supongo. Los dos son más grandes que la vida misma. Son hiperreales. Si de verdad quieres conocerlos, tienes que ser valiente. No creo que mucha gente sea tan valiente.

—¿Y los demás? —preguntó Liv—. ¿Los describirías así? «Más grandes que la vida misma.»

—No exactamente. Jesse es una estrella. Sin duda. Pero puedes llegar a conocerle. Siempre que consigas que se quede quieto el tiempo suficiente. Y a Dylan puedes llegar a conocerle, si consigues mantener su atención el tiempo suficiente.

—¿Y tú?

Seth negó con la cabeza, y en ese momento, sentí que la entrevista había terminado. Era la última pregunta que iba a contestar para Liv.

—¿Yo? —dijo—. Soy un tío normal al que le gusta tocar la guitarra. Eso es todo lo que tengo, Liv. Tengo un avión que coger.

El vídeo terminó.

Lo reproduje otra vez, de principio a fin. Y luego otra vez.

Escuché, atentamente, todo lo que Seth dijo sobre sí mismo, sobre la banda y sobre mí. Y con cada palabra que decía, con cada cosa nueva que aprendía sobre Seth, me gustaba más.

Me intrigaba. Y me preocupaba que me intrigase tanto.

Pero no me asustaba tanto como debería.

No sabía qué pensar. Qué hacer. No sabía qué era esto… Ese extraño fluir de sentimientos que empezaba a crecer en mí. Esa cosa que iba tomando forma.

Era más que mera atracción sexual, sin embargo.

¿Curiosidad?

¿Un encaprichamiento?

No sabía en qué me estaba metiendo. Pero el hecho era que le había seguido hasta aquí. Había volado a Vancouver por una sola razón: porque sabía que Seth estaba aquí.

Y aun así, no le llamé. No di el paso.

Todavía no sabía si lo haría.

Francamente, tenía miedo. Tenía miedo de mirar a los ojos de un hombre que parecía entenderme tan bien, y que tenía el valor de decirlo, delante del mundo entero… sin importarle cómo pudiera volverse en su contra.

Al día siguiente, a media tarde, mi batería se presentó en mi casa. En un barco.

Atracó en el embarcadero de mi vecina, lo cual supe porque me llamó toda alterada para contármelo. Después de desplegar sus encantos y conseguir su permiso para amarrar allí, subió a verme.

—Buen momento —le dije mientras le dejaba pasar—. Acabo de volver de una reunión con mi publicista.

—Guay. —Dylan me envolvió en un abrazo con sus largos y fuertes brazos de batería. Me acurruqué en el calor de su camiseta, su pecho sólido, y me sentí… un poco mejor. Como si las cosas fueran a salir bien.

Quizá.

Desde que éramos adolescentes y tocamos en nuestra primera banda juntos —justo antes de que Brody nos reclutara a los dos para unirnos a la banda de Zane y Jesse, y formamos Dirty—, Dylan había sido uno de mis mejores amigos. Estaba más unida a él que a nadie en la banda. Incluso que a Jesse.

Cuando me soltó, me repasó con la mirada y me sentí extrañamente expuesta, como si pudiera ver todo lo que había estado pensando estos últimos días. Como si se diera cuenta de que había estado deseando a Seth Brothers.

Entrecerró un poco los ojos.

—No pareces alguien que acaba de volver de Hawái.

—Para serte sincera, tampoco me siento como tal.

Me siguió por la casa mientras salíamos a la terraza trasera. La parte de atrás daba al oeste, sobre las aguas de Howe Sound, con

las jorobas gris azuladas de las islas Gambier y Bowen en la distancia, que era la principal razón por la que había comprado esta casa. Nunca me cansaba de esas vistas. Contemplar el agua tenía un efecto calmante, reconstituyente, a la vez inspirador y terapéutico… igual que la música.

Dylan había traído cervezas y las había metido en la nevera, sacando dos botellas para nosotros. Las abrió y me pasó una mientras nos dejábamos caer en un par de mis tumbonas. Se había quitado la camiseta y las zapatillas por el camino, y ahora no llevaba más que sus pantalones cortos. Eran unos vaqueros cortados; deshilachados, descoloridos, que le llegaban a medio muslo, salpicados de pintura y con restos de serrín.

Sonreí burlona.

—¿Qué pasa con los nunca-desnudos? —Era un término que habíamos adoptado de la serie *Arrested Development*, donde uno de los personajes llevaba pantalones cortos en todo momento porque tenía pánico a estar desnudo.

—¿Eh? —Siguió mi mirada hasta sus shorts—. Ah. He estado trabajando en la cabaña con Ash.

—Ajá. —Resulta que yo sabía que la «cabaña» era prácticamente una mansión en una de las Gulf Islands, justo frente a la costa. Dylan la había comprado hacía poco—. ¿Reformando?

—Convirtiendo la mitad del garaje en una cueva para Ash.

Bueno, eso explicaba la pintura y el serrín.

—Jo-der —bromeé—, ¿vais a casaros o qué?

—Puede. —Dio un trago a su cerveza y me miró—. Le has dado puerta, ¿eh?

Puse los ojos en blanco.

—No era mío para darle puerta, Dylan.

—Claro.

—¿Sigue allí?

—Sí. —Dylan miró hacia el agua, en la dirección general de su «cabaña», aunque la isla no se veía desde aquí. Estaba cerca, pero demasiado al sur—. Está ahogando sus penas a base de trabajo duro.

Dios. No quería pensar en las penas de Ash. Pero al mismo tiempo, me importaba. No quería que sufriera por mi culpa.

Sabía que tendría que hablar con él de ello. Pronto. Yo había sido la que insistió en que solo éramos amigos. Lo que significaba que como amiga tendría que comportarme. Aunque parte de mí pensaba que estaba siendo un poco ridículo, haciendo de esto más de lo que nunca fue.

No le dije todo eso a Dylan. Dylan tenía una relación especial con Ash, como un vínculo de hermanos que iba incluso más allá del que tenía con Jesse y Zane. Sería protector con Ash, y no tenía ni idea de lo que Ash le había contado sobre «nosotros».

Tampoco me apetecía nada meterme en eso con él.

Solo le observé un momento, estirado en mi tumbona. Su piel rojiza, ligeramente bronceada. Para ser pelirrojo, se bronceaba bastante bien. Tenía el pelo castaño rojizo oscuro, pero relucía con todo tipo de cobres, rojos y dorados bajo el sol. Le caía sobre la frente en ondas y se le rizaba alrededor de las orejas. Tenía la nariz recta y pómulos altos de modelo, un ligero hoyuelo en la barbilla, y el cuerpo de un modelo de ropa interior. Literalmente.

Cuando nos conocimos, Dylan Cope era un adolescente mono pero desgarbado, todo extremidades descontroladas, aporreando su batería. En algún momento a lo largo de los años se había convertido en un hombre espectacular. Las mujeres se derretían a su paso entre risitas y suspiros. E incluso a mí no me importaba echarle un vistazo de vez en cuando.

Había intentado emparejarlo con prácticamente todas las mujeres disponibles que conocía a lo largo de los años. A veces con éxito, a veces no. Pero aunque Dylan estaba buenísimo, nunca había sentido ni una pizca de *¿Y si…?* como la que sentí con Jesse. Nunca se me había pasado por la cabeza emparejarlo *conmigo*.

Era cuestión de personalidad. Dylan y yo no teníamos nada de material de pareja, y ambos lo sabíamos. Quizá era mi personalidad de calor y frío. Como compañero de banda, nunca le había molestado. Simplemente le resbalaba con su carácter tranquilo.

¿Pero como pareja? Desastre.

La verdad era que Dylan era *demasiado* tranquilo para mí.

Normalmente.

Sin embargo, podía ser astuto, calculador y demasiado consciente de sus propios encantos. Como ahora mismo. Sabía que quería sacarme los detalles sobre Seth y Hawái. Pero no preguntaba directamente.

Mientras tomábamos cervezas con vistas al agua, no paraba de decir cosas como *¿Qué tal la casa de Woo?* y *Parece que te ha dado un poco el sol…* y *¿Has conocido a alguien últimamente?*

—¿Vas a preguntármelo directamente alguna vez? —le pregunté después de mi segunda cerveza.

—¿Preguntar qué?

—Dylan. No seas imbécil.

—¿Qué?

—Pregúntame sobre Seth o lo que sea, para que podamos pasar página.

—Vale —dijo—. Cuéntame lo de Seth.

—¿Qué quieres que te cuente?

—¿Por qué te lo llevaste a Hawái?

—Para hablar con él. Ya hemos hablado de esto.

—¿De qué hablasteis?

—De todo.

—¿Estáis bien ahora?

—No sé si alguna vez estuvimos mal… pero sí. Estamos bien.

Asintió.

—Bien. Pero sabes que no deberías haberlo hecho, ¿no?

—¿Haber hecho qué?

—Llevártelo contigo.

—¿Y por qué coño no?

Suspiró, con cara de exasperación.

—Porque solo está causando más mierda con la banda, Elle.

—Yo no he causado ninguna mierda —dije—. Hice lo que hice. Si a los tíos se les retuercen las bragas por eso, es su puto problema.

Levantó las cejas, pero no dijo nada. Fue suficiente para hacerme sentir fatal.

Realmente fatal.

—No me des la brasa, Dylan. ¿Te doy yo alguna vez la brasa con adónde vas, o con quién vas, o lo que haces en tu tiempo libre?

—No.

—Pues eso. Cierra el pico. ¿Quieres otra cerveza?

—Sí.

Y más o menos siguió así el resto del día.

Lo sacaba, de vez en cuando, señalando que ahora teníamos que lidiar con las consecuencias de toda esta mierda, pero sin ofrecer ninguna sugerencia de cómo hacerlo. Al final le pregunté:

—¿Y qué quieres que haga ahora? No puedo volver atrás en el tiempo.

Y dijo:

—A lo mejor deberíamos hablar con Brody.

Esa era su respuesta para todo.

Hablemos con Brody.

Brody tendrá la solución.

Normalmente, la tenía. Pero en esto, no pensaba plegarme a Brody.

—Hagamos las putas audiciones que quedan —dije— y dejemos que se apague toda la mierda con Seth.

—Por mí vale —dijo. Pero al cabo de un momento añadió—: Aunque no creo que Jesse lo deje pasar.

—Jesse puede irse a la mierda —dije, y Dylan por fin se calló.

A estas alturas, estaba cabreada de verdad. Sabía que Dylan tenía buenas intenciones. Solo estaba preocupado. Intentando hacer su parte. Pensando que venir a hablar conmigo tomando cervezas antes de la siguiente ronda de audiciones ayudaría.

No ayudó.

Solo hizo que me pusiera más a la defensiva con lo que había hecho, y más a la defensiva con Seth. Este era Dylan; iba a ser el más suave conmigo, y ya estaba siendo difícil. Si él tenía tantos problemas con lo que yo había hecho, ¿qué cojones iban a decir Jesse? ¿Brody?

Pero no podía ponerme a defender a Seth delante de los tíos sin que saltasen todas las alarmas… y otra tormenta de mierda.

Para cuando Dylan se fue, sabía, por *lo* a la defensiva que me sentía con Seth, que tenía que verle otra vez. Había tanto pendiente allí, tanto sin decir.

Pasaron apenas segundos desde que Dylan se alejó a toda velocidad en su barco hasta que tuve a Joanie al teléfono.

—Voy a mandarte una dirección —le dije—. Necesito que envíes un coche allí, a recoger a Seth Brothers.

CAPÍTULO 18

SETH

LLEGUÉ A CASA DE Elle justo cuando se ponía el sol. Era una mansión enorme en la costa, baja, blanca y acristalada, escondida entre los árboles. Para cuando el coche se detuvo en el camino de entrada, estaba hecho un manojo de nervios. El corazón me latía demasiado fuerte. Me sudaban las palmas.

Durante todo el trayecto, me había estado preguntando de qué iba todo esto: un coche con chófer presentándose en casa de Ray y el conductor diciéndome que tenía que llevarme a una casa en Lions Bay, de parte de Joanie.

Sabía perfectamente de quién sería la casa.

En cuanto a por qué Elle me había enviado un coche, solo podía haber una razón: no había terminado conmigo.

No quería que me fuese de casa de Woo; eso lo había dejado claro. También había dicho que se quedaba unos días más en Kauai, pero aquí estaba, al día siguiente. O estaba cabreada conmigo, de verdad, o quería verme por algún otro motivo.

Una sola mirada cuando abrió la puerta de su casa me dijo cuál era ese motivo.

Entré, sintiéndome incómodo. Nunca había estado en esa casa, pero apenas miré a mi alrededor. Había un recibidor blanco y una escalera enorme y grandiosa que subía detrás de ella. Pero lo único que vi de verdad fue a Elle, ahí de pie con su vestido minúsculo.

Era un vestido de verano, inocente a primera vista, blanco, con flores de colores salpicadas. Pero era fino y apenas cubría nada. Un

tirante como un hilo se le había deslizado del hombro. No llevaba sujetador; sus pechos firmes se apretaban contra la tela suave y vaporosa, con los pezones marcándose.

Me pregunté si llevaría bragas; el dobladillo apenas le cubría el clítoris.

Era pleno verano, hacía bastante calor fuera, y yo no era ningún experto en moda femenina, pero ese no era un vestido que te pones para una reunión de trabajo. Ni para una charla con un amigo platónico.

—¿Cómo estás? —preguntó con cautela.

Arranqué la mirada de sus tetas y le miré fijamente a la cara.

—He estado mejor.

—¿Por qué? —preguntó, cruzando los brazos a la altura de la cintura—. ¿Qué pasa?

¿Cómo contestar a eso, exactamente?

—Supongo que no me gusta que me convoquen.

—¿Convoquen?

—Has mandado un coche a recogerme. ¿Cómo lo llamarías tú?

Se le abrió la boca, pero no dijo nada.

—Mira, entiendo que en tu mundo esto es normal para ti —le dije —. Que estás acostumbrada a chasquear los dedos y que todos a tu alrededor hagan lo que tú quieres. Pero eso no es normal, Elle.

Pareció desconcertada. Ofendida, incluso.

—¿Entonces por qué has venido?

—Supongo que se podría llamar… curiosidad morbosa.

Frunció el ceño.

—¿Sobre qué? —Ladeó un poco la cabeza, el pelo rubio y suelto cayéndole sobre el hombro. Dejé que mi mirada la siguiera, bajando brevemente al escote de su vestido, luego al dobladillo alto.

—Creo que lo sabes. —Cuando volví a mirarla a los ojos, estaban muy abiertos—. ¿Vamos a jugar a jueguecitos también? Porque eso tampoco es normal para mí, y no me va.

—¿De qué coño estás hablando?

—¿Por qué no me dices tú de qué estamos hablando? Tú eres la que me ha traído aquí.

—Sí, para que pudiéramos *hablar*.

—Claro. Como me llevaste a Hawái para hablar. —Seguí mirándola fijamente; no podía evitarlo, joder. Me atraía, me estaba absorbiendo aquel vestido, sus muslos desnudos, esa expresión enfurruñada y borde—. Hablamos. ¿De qué más hay que hablar?

Se quedó cortada, poniéndose algo nerviosa mientras decía:

—Bueno… de muchas cosas.

Me quedé mirándola un rato más. No continuó. No ofreció cuáles eran todas esas «cosas» mientras me miraba desde abajo. Yo le sacaba medio palmo, y estaba lo bastante cerca como para que tuviera que inclinar ligeramente la cabeza hacia atrás para encontrar mis ojos. Lo que la colocaba en la posición perfecta para ser besada.

—Elle —dije, intentando sacudirme esa idea de la cabeza, aun mientras le estudiaba los labios rosados—. Sabes que el resto de la banda no me va a readmitir. Fue genial tocar contigo otra vez, pero se acabó. Está hecho. Cuanto antes pasemos página, mejor será para todos.

—Eso es lo que estoy intentando hacer —dijo, todavía nerviosa. Se le estaban poniendo las mejillas rosas de verdad—. Pasar página.

—A mí me parece que sigues mirando atrás.

—¿Cómo?

—No sé. No sé si estás mirando al pasado y sintiéndote arrepentida. Si te sientes mal por haberme echado. No sé si te arrepientes de Hawái. De lo que pasó. De lo que no pasó. Pero lo hecho, hecho está.

Había empezado a negar lentamente con la cabeza mientras yo hablaba.

—Puede que no esté hecho, Seth. —Parpadeó mirándome, sus ojos grises escrutándome la cara—. A mí no me parece que esté hecho.

El corazón me latió más fuerte, la garganta apretándoseme un poco mientras hablaba.

—¿Y a ti? —preguntó.

No tenía ni idea de si seguíamos hablando de la banda, en absoluto, o de nosotros dos y lo que había pasado —o casi pasado— en Hawái. Pero le dije:

—Así es como tiene que ser, Elle.

—¿Por qué?

—Porque no hay otra manera.

¿No podía verlo?

—Puede que simplemente tengas miedo —contraatacó— y estés dejando que eso te frene.

—Puede que tú tengas el lujo de hacer lo que te dé la gana, Elle, pero yo no soy tú.

—Puede que tengas miedo de arriesgarte.

—Puede que estés cabreada porque no conseguiste lo que querías en Hawái, y no estés acostumbrada a eso.

Su mirada bajó a mis labios.

—Qué… ¿qué quieres decir?

Era incómodamente consciente de que se había ido acercando cada vez más a mí mientras hablábamos, de que apenas quedaban unos centímetros de aire entre nosotros.

—Elle. Hiciste de *todo* menos follarme en aquella pista de baile.

—¿Qué? —protestó—. ¡Si ni siquiera nos *besamos*! —Pero sonó decepcionada.

Y ese tono suyo… medio cabreado, frustrado, ¿excitado?… me fue directo a la polla. Sentí cómo se me hinchaba mientras la sangre me bajaba al sur.

—¿Es eso lo que querías? —Me pasé la lengua por el labio—. ¿Un beso?

Las cejas de Elle se juntaron y sus labios formaron una pequeña O enfadada.

—Bueno… ¿Y qué si sí?

La miré fijamente, el latido del corazón retumbándome por todo el cuerpo, palpitándome en la polla. Pero mi voz salió calmada cuando murmuré:

—Joder. Esta tiene que ser la discusión más estúpida de la historia de las discusiones.

—¿Entonces por qué estamos discutiendo?

—Porque, Elle —dije—. No puedo darte lo que quieres.

—¿Por qué no? —exigió, borde de cojones. Sí; la chica no estaba nada acostumbrada a no conseguir lo que quería.

—Porque es una mala idea —conseguí obligarme a decir.

—¿Por qué?

Dios. Iba en serio.

No estaba ayudando a mi empalmón descomunal; la polla se me estaba haciendo ilusiones de la hostia.

—¿De verdad necesitas que te lo deletree? —dije—. No puedo interponerme entre tú y el resto de Dirty.

—No lo harás.

—Elle.

—Seth. —Se acercó un centímetro más, cogió aire con un escalofrío y dijo—: Quiero que me beses.

Y esas palabras… me hicieron algo.

No esperaba que luchase por esto. Pensé que bastaría con un solo recordatorio de lo mala idea que era, del daño que podría hacerle a ella y a la banda si le ponía las manos encima, y sabría que yo tenía razón.

No pensé que de verdad consideraría asumir este tipo de riesgo conmigo.

No me atreví a soñar, joder, que me desearía tanto. Que insistiría en esto.

Pero estaba insistiendo, sin lugar a dudas, cuando dijo:

—Bésame, Seth. Quiero que lo hagas.

La miré durante un latido mientras asimilaba plenamente sus palabras.

Luego alargué la mano y la agarré. Una mano deslizada bajo su pelo, rodeándole la nuca. La atraje hacia mí. Al mismo tiempo, me estrellé contra ella. La quería pegada a mí en ese vestido diminuto.

Pero cuando la tuve ahí, no le aplasté la boca con la mía como quería.

Iba a hacerlo despacio.

Me acerqué despacio, mirándola a los ojos, mirándole los labios, deteniéndome un momento largo, largo, justo antes de rozar mis labios con los suyos. Tenía que asegurarme de que estaba segura de esto.

Pero esta vez, no había alcohol en su aliento. No había música embriagadora sonando. No había baile.

Éramos solo nosotros dos, de pie aquí en el silencio de su casa blanca, juntos.

Mi boca se fundió, despacio, con la suya… y cuando se abrió para mí, deslicé mi lengua dentro de su boca.

Y algo se rompió, en lo más profundo de mi cerebro.

En ese instante, dejó de importarme todo lo demás. Lo único que me importaba era el cuerpo de Elle apretado contra el mío, su lengua acariciando la mía. Lo único que me importaba era darle lo que quería.

Quizá porque me importaba *ella*.

Quizá porque era la sensación más erótica que había sentido jamás. La boca sedosa y húmeda de Elle, su lengua suave, la forma en que me chupaba un poco… Una mano en mi cintura, la otra abierta sobre mi pecho, con los dedos curvándose y clavándose… El gemido suave en el fondo de su garganta que me decía que quería más.

Mucho más…

La empujé hacia atrás hasta encontrar la pared. La apoyé contra ella. Luego arranqué mi boca de la suya. Nos quedamos mirando a los ojos, jadeando, durante un momento largo y ardiente.

Luego me dejé caer de rodillas, sin aliento.

Tenía que saborear su coño. *Ya*.

Mis manos recorrieron su cuerpo… por encima de sus pechos, su estómago, y más allá del dobladillo de su vestido corto. Arrugué la tela endeble en mis manos y se la subí. Llevaba bragas; diminutas y de color rosa pálido.

Con una mano, le sujeté el vestido fuera del camino. Con la otra, le bajé las bragas, pero también lo hice despacio. Muy jodidamente despacio. Y la miré a la cara mientras lo hacía.

Echó la cabeza hacia atrás contra la pared, observándome desde debajo de sus pestañas, con la boca abierta de anticipación. Su pecho subía y bajaba en respiraciones temblorosas.

Alargó la mano y me hundió los dedos en el pelo.

Bajé la mirada. Sus bragas estaban ahora en mi puño, enrolladas alrededor de sus muslos.

El coño de Elle estaba completamente expuesto para mí. Rosado. Tierno.

Mío.

El corazón me golpeaba en el pecho. Fue un subidón total, que quisiera esto.

Besé la carne suave sobre su clítoris, una vez, y solté un gemido involuntario. La suavidad… Su olor. El puto sabor…

Luego hundí la cara entre sus piernas; no pude evitarlo. Cerré los ojos. La polla me dolía, rígida dentro de los vaqueros.

Abrí la boca, deslizando la lengua sobre su coño, saboreándola otra vez. Ella gritó, sus manos apretándose en mi pelo, y gemí de nuevo. Su respiración se volvió corta y rápida, en pequeños gemidos y grititos, mientras la trabajaba con mi boca.

Intenté ir despacio, intenté contenerme, mientras el latido del corazón me retumbaba en la cabeza. Quería devorarla, perderme en el sabor embriagador y dulce de ella, meterle la lengua bien dentro y chuparle el clítoris con fuerza hasta que se corriera, pero tenía miedo de ser demasiado agresivo y cortarle el rollo.

La miré; sus ojos se cerraron, luego se abrieron parpadeando. Cada vez hacía más ruido, su respiración cortándose mientras le provocaba el coño con la lengua… los labios… Mientras empezaba a chupar su carne suave.

Entonces el piloto verde de la pared me llamó la atención. El sistema de alarma. Y caí en que ni siquiera sabía si había alguien más en la casa. Pero estaba bastante seguro de que a Elle no le haría gracia que alguien se encontrase esto. A mí, comiéndole el coño. Y a ella, armando un buen escándalo.

Me obligué a parar y preguntar:

—¿Estamos solos?

—Sí —jadeó, pero luego miró a su alrededor, como si no estuviera tan segura—. Vamos arriba.

Así que me puse de pie, algo tembloroso, la cogí en brazos, le enrosqué las piernas alrededor de mi cintura y la subí por las escaleras. Mientras lo hacía, me besó, hundiendo la lengua en mi boca, con las manos en mi pelo otra vez. Me chupó la boca y gimió mientras restregaba su coño contra mí.

Para cuando logré encontrar un dormitorio y lanzarla sobre la cama, mi polla estaba intentando taladrar los vaqueros.

—Por favor, dime que tienes condones —dije, con la voz ronca, mientras le arrancaba las bragas y le separaba los muslos—. Porque si sigo comiéndote el coño y no puedo follarte, me va a explotar el corazón. —No había traído condones; no había sido tan optimista.

—Sí —exhaló mientras le besaba el muslo hacia arriba, hacia el clítoris. Luego jadeó, gimió y me arañó el pelo mientras volvía a comérsela.

Esta vez, no fui despacio. No me contuve. Toda mi paciencia había desaparecido, junto con cualquier reserva persistente sobre esto.

Que les diesen a las reservas.

Que le diesen a la banda.

Esto estaba pasando.

Se la comí hasta que estaba empapada. Se retorcía, temblaba, hiperventilaba, y sabía que estaba a un solo lametón de un éxtasis total. Conseguí parar y recomponerme lo suficiente para ir a trompicones hasta la mesilla de noche, hacia donde me señaló, y encontrar la caja de condones.

Era una caja nueva, así que pude abrirla sin tener que contar mentalmente cuántos condones faltaban y preguntarme con quién los habría usado. Lo último en lo que quería pensar ahora mismo —o nunca— era en Elle follándose a Ash o a cualquier otro.

Me bajé los vaqueros, con las manos torpes. Vibraba de deseo, el corazón palpitándome, la sangre retumbándome en las venas. Respiré hondo, sabiendo que tenía que calmarme de una puta vez. Eso, o iba a correrme en el segundo en que Elle me tocase la polla.

Mientras me ponía el condón, Elle vino hacia mí y consiguió arrancarme la ropa. Ella aún llevaba el vestido y se lo saqué por la cabeza de un tirón. Me sorprendió, la verdad, que los dos fuéramos capaces de mantenernos en pie con tan poca sangre en la cabeza. Parecía aturdida de deseo, con los labios encendidos, mientras deslizaba las manos lentamente por mi pecho.

Estábamos desnudos.

Estaba desnudo con Elle…

Le cogí los pechos firmes y perfectos; me cabían en las manos como si hubieran sido hechos para mí. Ella me agarró la polla y apretó, tirando de mí hacia ella, hacia la cama, y gemí, cerrando los ojos. Había una parte de mí que no podía creer que esto estuviera pasando. Era demasiado surrealista.

Entonces abrí los ojos, porque el resto de mí estaba vívidamente concentrado en el hecho: esto era real, y no iba a cagarla.

La tumbé en la cama y la besé en todos los sitios donde aún no la había besado, alargándolo para darle a mi polla algo de tiempo para adaptarse a esta nueva realidad. Dejé que mi lengua se demorara en las pequeñas hendiduras de la cara interna de sus caderas… en sus pezones… en su cuello… cuando sus reacciones me dijeron que eso le gustaba. Mucho. Luego exploré su coño con los dedos, encontrando su abertura resbaladiza y empujando la punta de un dedo dentro, asegurándome de que estaba lista… pero estaba empapada.

—*Fóllame*… —susurró, retorciéndose debajo de mí, impaciente.

Así que la follé.

Me apoyé sobre ella y empujé mi polla dentro, despacio. Luego lo hice otra vez… despacio, más profundo. Luego más rápido, cuando el ritmo de sus caderas me empujó a seguir.

Elle respondió a cada embestida, apretándome el culo con las manos. Se lo di como lo quería, dejando que sus gritos y sus caderas y sus manos me guiaran. Embestidas largas y profundas; así lo quería, en su mayor parte.

Luego, de repente, lo quiso más fuerte. Subió el volumen. Me clavó las uñas en el culo y tiró de mí más adentro. Y dejé de intentar contenerme. Le di lo que quería, fuerte, en un ritmo implacable que nos dejó a los dos sin aire.

Sabía que debería haberme importado que esto fuera una mala idea. Deberían haberme importado las complicaciones y el mal karma y la simple y llana estupidez de esto.

No me importó.

Lo único que me importaba ya era adorar el coño de Elle… y hacerla correrse.

Estaba tan concentrado en ello que podía sentir las respuestas de su cuerpo mientras la empujaba hasta allí. Podía sentirla apretándose a mi alrededor. Podía sentir su éxtasis subiendo a través de ella en una ola a punto de reventar. Y cuando estalló, sellé mi boca sobre la suya, sintiéndola estremecerse y temblar y derretirse de placer debajo de mí.

Me arrastró con ella.

Me fui con ella… corriéndome, intensamente, en lo más profundo de su dulce coño.

La sensación de conexión fue erótica hasta el vértigo.

Sus piernas envueltas a mi alrededor. Sus dedos en mi pelo. Sus besos en mi cara mientras yo jadeaba buscando el aliento.

Según me recuperaba, tenía el cerebro tan fundido que ni sabía qué hacer conmigo mismo.

Era consciente de que estaba empapado de sudor, de que la estaba empapando a ella. De que el condón seguía puesto y seguía dentro de ella. De que debería levantarme, asearme, y averiguar en qué momento quería que me fuese.

Pero apenas podía moverme.

Me mantuve apoyado en los codos para no aplastarla. Hundí la cara en su cuello mientras recuperaba el aliento.

Suspiró, relajándose debajo de mí mientras me rodeaba con los brazos.

—Quédate —dijo.

En algún momento en mitad de la noche, se giró hacia mí en la oscuridad. Sentí su mano moviéndose por mi cuerpo, agarrándome la polla, despertándome despacio.

Al principio, no me atreví a creer que fuera real.

Estaba de vuelta en casa de Ray, durmiendo en su viejo sofá, soñando con una vida mejor. Una vida en la que pudiera estar en la cama de Elle.

Luego su pierna larga y esbelta se deslizó sobre la mía. Sentí su piel suave rozándose contra mí mientras se colocaba encima. Sentí su aliento cálido en mis muslos. Y no recordaba haberme despertado nunca con un momento mejor que este.

Entonces su boca húmeda estaba en mi polla. Ya estaba duro, con los huevos palpitando, deseando estar dentro de ella. Y me tomó, chupándome profundo. Gemí sin control mientras su lengua recorría mi eje, mientras me deslizaba dentro y fuera de su calor resbaladizo y succionador.

Luego su boca desapareció. Se arrastró sobre mí. Olí aquel leve olor a coco que la había seguido de vuelta desde Hawái. Coco y sexo y algo dulce y especiado y… látex. Me estaba poniendo un condón.

Mi respiración raspó contra su garganta cuando se inclinó sobre mí y me susurró al oído:

—Te deseo…

Se deslizó sobre mí hasta que me tuvo dentro. Estaba húmeda; tan húmeda que toqué fondo con la primera embestida. Rodó las caderas un poco, acomodándose. Y yo intenté respirar, relajarme. Solo quedarme quieto, con las manos sueltas en sus caderas, mientras empezaba a cabalgarme.

—Joder… Dios… —me oí susurrar—. *Elle*…

Podía verla, apenas una silueta tenue en la oscuridad de la habitación. Su pelo largo. Arqueó la espalda mientras bajaba un pezón hasta mi boca. Lo atrapé con los labios, lo chupé, la lamí hasta que empezó a gemir bajito.

Podía sentir su excitación creciendo mientras su respiración se aceleraba, su ritmo se volvía más urgente, su coño apretándome como un torniquete. Y mientras le chupaba las tetas, cerré los ojos e intenté no pensar en su coño apretado. Ni en cómo se veía… cómo sonaba cuando se corría, cuando me la follé por primera vez, hacía solo unas horas.

Si hacía eso, me iba a correr primero y a arruinarle la diversión.

Así que me concentré en su ritmo, su cuerpo ondulando sobre el mío, sus pezones en mi boca, sus manos apoyadas en mis hombros.

Pero lo sentí venir…

Restregó el clítoris contra mí, su coño apretándose con fuerza… y luego se desató, las paredes de su coño revoloteando alrededor de mi polla, la cabeza echada hacia atrás, las uñas clavándoseme. Gritó. Aceleró, cabalgándome más rápido, más fuerte.

Se inclinó y me besó, frenéticamente, su lengua hundiéndose profundo en mi boca. Y ya no pude aguantar más. Había algo en la boca de Elle sobre la mía, su lengua explorándome, que me volvía loco.

Especialmente cuando estaba en pleno orgasmo al hacerlo.

Le sujeté las caderas contra las mías, con fuerza, mientras empujaba hacia arriba y me corrí, hondo. Gemí en su boca. Me besó una y otra vez mientras me corría. El mundo pareció dar vueltas a nuestro alrededor en una voltereta interminable. No conseguía averiguar cuál era el arriba. Donde estuviéramos conectados; eso era lo único que importaba.

Cuando bajé rodando de vuelta a la Tierra y abrí los ojos, ella estaba ahí, todavía conmigo, todavía conectada. Seguía besándome, pero se separó para recuperar el aliento.

Me giré, llevándomela conmigo.

Salí de ella y la tumbé boca arriba. Me quité el condón, lo anudé y simplemente lo tiré al suelo.

No iba a irme a ningún lado.

Estaba de costado, pegado a ella, y mi mano se coló entre sus piernas. Le toqué el coño, suavemente. Estaba hinchada y mojada, y se estremeció, murmurando un sonido suave, casi un sollozo, cuando la toqué.

Le encontré el clítoris, empujándolo un poco, solo provocando con suavidad, yendo con cuidado. Su mano fue a mi muñeca, pero no me apartó.

—No he terminado contigo todavía —susurré.

—Oh… *Oh*… —exhaló, como si no pudiera encontrar otras palabras. Pero no me detuvo.

Rodé los dedos sobre su clítoris, haciéndola jadear. Seguí haciéndolo, despacio, luego un poco más rápido… luego despacio otra vez… hasta que se sacudió contra mí, el espasmo desgarrándole

el coño, recorriéndole el cuerpo entero. La espalda se le arqueó. La boca se le abrió y gritó.

La besé mientras se estremecía, mientras se mecía en el placer de su orgasmo. Cuando cerré los ojos, con fuerza, podía sentir su calor, su placer, como si me recorriese a mí también. Las réplicas le vibraron por el cuerpo mientras yo deslizaba las yemas de los dedos sobre su clítoris. La polla se me estaba endureciendo otra vez.

Cuando abrí los ojos, sentía que me estaba mirando, y por un momento, me pareció distinguir sus ojos en la oscuridad. Su forma, la curva oscura de sus pestañas.

—¿Esto es un sueño? —murmuró, sin aliento, y pude oír la sonrisa en sus palabras.

—Si lo es —dije, inclinándome para besarla otra vez—, no me despiertes.

CAPÍTULO 19

ELLE

VALE, en serio. ¿Qué coño me pasaba?

Yo era monógama. Mujer de un solo hombre. Había sido así desde mi primer novio del instituto. Estaba con un tío, normalmente un novio serio, o con nadie. Y así me iba bien. Me funcionaba.

Sí, había tenido algún que otro rollo. Y algún que otro polvo de una noche, muy de vez en cuando.

Lo que no tenía era sexo salvaje con mis amigos.

Lo cual, de alguna manera, ¿se había convertido en lo mío?

Primero, me puse a cuatro patas para Ash en la boda de Jesse.

Brillante.

Ahora había dejado que Seth se arrodillara, me subiera la falda, y…

Dios. ¿Qué cojones estaba haciendo?

Este era *Seth*. Y Seth no era Ash. Ash era un mujeriego, pero al menos eso lo tenía claro.

Seth era… mierda. Seguía sin tener la más puta idea de qué era Seth.

Seth, que nunca había tenido una relación de verdad con una mujer. Seth, que tuvo una relación jodida con Jessa cuando era un adolescente yonqui, y un montón de relaciones jodidas con otros yonquis, y «amigos con derecho a roce» en las dos costas.

Y ahora me tenía a mí. Desnuda en la cama con él.

Y yo no tenía la más mínima idea de cómo manejarlo.

Seth… en mi cama, desnudo y perfecto, con su cuerpo esbelto y bronceado desparramado sobre mis sábanas blancas. ¿Cómo no me había dado cuenta antes de lo jodidamente *perfecto* que era?

Antes pensaba que Jesse Mayes era el espécimen masculino más hermoso que había existido jamás. Y ahora no podía dejar de mirar a Seth.

Simplemente tenía algo. Esbelto y firme, masculino y elegante. Nunca había conocido a un hombre tan cómodo en su propia piel… tanto, que esa tranquilidad se te contagiaba. Era un puto afrodisíaco.

Y la manera en que me tocaba…

Nunca había tenido a un tío arrodillado para adorarme así, nada más empezar.

Y ahora lo único en lo que podía pensar era en lamerle todo el cuerpo, cada centímetro de su piel preciosa. Quería hacerle el amor una vez y otra y otra… simplemente quedarme aquí para siempre, en este lugar donde pudiéramos estar juntos.

Pero no podía hacer eso.

No podíamos hacer eso.

Porque él tenía que levantarse y largarse de aquí.

Yo tenía una vida a la que volver. Una vida en la que Seth Brothers no encajaba… a pesar de que había hecho exactamente lo que él me acusó de hacer anoche: convocarle aquí con la esperanza de que pasara algo entre nosotros.

Y ahora, aquí estaba yo. Paralizada, agarrada a la sábana, observándole dormir. Sin saber qué hacer ni qué decir cuando se despertase. Cómo conseguir que no fuera incómodo y horrible.

En las pocas ocasiones en que había estado lo bastante cachonda —o borracha— como para echar un polvo de una noche con algún fan al azar, había hecho que mi equipo se deshiciera de él por la mañana. Yo salía a desayunar o lo que fuera antes de que se levantase, y para cuando volvía al hotel, él ya se había ido. Joanie o Maggie o seguridad se lo habrían llevado.

A veces dejaban un número con la esperanza de que volviera a llamarles. Por supuesto, nunca les llamaba.

Pero no podía hacerle eso a Seth.

Esto no era un hotel de gira, y él no era un fan cualquiera.

Y esto no se sentía como un polvo de una noche.

Se sentía como algo que quería volver a hacer. Una y otra vez.

Por supuesto, era un polvo de una noche. Porque no existía ningún universo conocido en el que Seth y yo pudiéramos ser amantes.

Si, por algún milagro, acababa volviendo a Dirty, que nosotros dos estuviéramos juntos era una idea malísima. Ya había pasado por eso con Jesse. No iba a repetirlo.

Y aunque no volviera a tocar con Dirty jamás… tampoco iba a mantener una aventura con él en secreto y mentir a todas las personas que me importaban.

¿Y a plena luz del día? Unos pocos días en Hawái eran una cosa. Esas fotos de los paparazzi eran sugerentes, pero no concluyentes. Y *no* nos estábamos acostando entonces.

Ahora sí. O al menos, lo habíamos hecho. Una vez.

Bueno… dos veces.

Si me estaba acostando abiertamente con el exguitarrista de Dirty, ¿cómo iba a funcionar eso? ¿Qué iba a hacer, meterle en un hotel aparte cuando estuviéramos de gira, mi amante despechado escondido donde no molestase a nadie?

Ni de coña.

Simplemente no veía ninguna manera de que esto pudiera funcionar. De que él y yo pudiéramos estar juntos en ningún sentido de la palabra.

Y no necesitaba esta resaca de culpa cada vez que me acostaba con alguien.

Sentada allí, con mi culpa, sabía que tenía que ser mucho más lista que eso. ¿Desde cuándo había empezado a dejar que mi coño tomara las decisiones por mí?

Cuanto más rato pasaba sentada allí, más ansiedad me entraba con todo.

Tenía tantísimo que *perder*.

Seth… él tenía todo que ganar. Esas fotos no podían hacerle más que bien. La serie documental le vendría bien. Vincularse a mí, de cualquier manera, solo le ayudaría.

Pero esas fotos me exponían a juicios, críticas y a la posibilidad de dañar mis relaciones con los miembros de mi banda, por no hablar de Brody.

De repente, me sentí *ridículamente* vulnerable.

Por un capricho —un capricho delicioso y estúpido— lo había puesto todo en peligro. Mi banda, mis amistades, mi imagen pública. Quién sabía cómo podrían retorcer todo esto para usarlo en mi contra.

Y sin embargo… no me arrepentía.

No sentía que esto hubiera terminado. Pero *tenía* que estarlo.

Al final, no le desperté. Simplemente me quedé sentada a su lado hasta que se removió y, quizá al percibir que yo estaba despierta, se despertó.

Se incorporó despacio, parpadeando en la luz tenue de la mañana. Todavía era temprano, el sol aún no asomaba por el horizonte; la casa no tendría luz plena hasta casi mediodía. Normalmente me encantaban las mañanas en esta casa. Mañanas soñolientas y lentas a la sombra de las montañas, en las que podía estar sola para tomar café y tocar el bajo o escuchar música.

Y me di cuenta: nunca había tenido a un hombre en esta cama. Solo había comprado esta casa a principios de año, y nunca había traído a Ash aquí.

Estar sentada allí ahora, con Seth, se sentía especialmente íntimo. Yo tenía la sábana subida hasta el pecho, pero él estaba destapado. Y lo primero que hizo fue inclinarse, despacio, deslizar una mano por detrás de mi cabeza… y besarme.

Suspiré, rindiéndome. Solté la sábana. El calor subió rápido a través de mí, una respuesta instintiva, mientras mi cuerpo recordaba las cosas que habíamos hecho anoche. Y sentí la misma conexión inexplicable e irresistible que había sentido entonces.

Cuando rompió el beso, sus ojos se clavaron en los míos, despiertos y ardiendo de deseo.

—¿Me quieres dentro? —murmuró. Y me di cuenta de que le estaba agarrando de los hombros, con los dedos clavados en sus músculos.

—*Sí*.

Apartó la sábana hasta que no quedó nada entre nosotros. Se colocó sobre mí mientras yo me tumbaba para recibirle. Entonces embistió dentro de mí. Le respondí con embestidas rápidas y frenéticas. Ya estábamos follando antes de habernos colocado siquiera en una posición cómoda. Lo único que quería era esa conexión, intensa y rápida, esa fricción enloquecedora, su cuerpo poseyendo el mío…

Se tensó y, antes de que supiera lo que estaba pasando, salió de mí.

—¿Qué…? —jadeé.

—Condón. *Mierda*. *Condón* —jadeó él. Tenía los ojos enormes—. Lo siento… no puedo creer que haya hecho eso, joder.

Ya. Yo tampoco.

Aunque lo que me preocupaba un poco más era que yo ni siquiera había *notado* que había empezado a follarme sin condón.

—Coge uno —dije, señalando la mesilla de noche, donde habíamos dejado la caja de anoche.

Se inclinó para besarme con suavidad en la boca. Luego se dio la vuelta, cogió el condón y se lo puso. Cuando volvió a mí, seguía con los ojos muy abiertos. Parecía presa del pánico.

—*Joder*. Lo siento, Elle.

Sus ojos en los míos, tan oscuros y arrepentidos, tan llenos de anhelo… parecía que se estuviera disculpando por mucho más que el condón.

—No pasa nada, Seth.

Entonces nos dejamos caer el uno en el otro, besándonos y consolándonos. Me apartó el pelo de la cara mientras me besaba. Yo le deslicé una mano por la nuca y le atraje más. Nos apretamos hasta que empezamos a rozarnos y entonces tuve las piernas envueltas alrededor de su cintura. Luego se hundió en mí, y el fuego me recorrió entera.

Y lo sentí, cuando nos fundimos…

Los dos… *anhelando* conexión.

Redención, en cierto modo.

Los dos habíamos sufrido un rechazo brutal. Nos habían roto el corazón, a cada uno a su manera. Y mientras nos perdíamos el uno en el otro —en la cama, en el borde de la cama, y finalmente, en el suelo— conforme el día iba aclarando… fue catártico. Fue más que intenso.

Se sentía como si me estuviera desnudando lentamente, dejando al descubierto todos mis pedazos rotos, inundando mi corazón con un anhelo peligroso… empujando calor y luz a todos mis rincones solitarios y destrozados.

Mientras Seth me follaba en la alfombra peluda junto a mi cama, con la mano apoyada en el armazón de la cama para no empotrarme contra él, sus ojos oscurecidos clavados en los míos… me corrí. Intensamente. *Tan* intensamente.

Fue, sin lugar a dudas, el orgasmo más intenso que había tenido en mi vida. No fue solo físico; fue puro éxtasis emocional.

Cada parte de mí estaba sintonizada con él, con esto.

Porque Seth me estaba enseñando a sentirme *entera* otra vez.

Me estaba enseñando, con sus besos, con sus manos en mi cuerpo, con la insistencia paciente de sus embestidas, cómo volver a juntar los pedazos. Cómo sentirme bien otra vez, de dentro hacia fuera. No bien como me sentía cuando me acostaba con Ash; una clase de bien vacío. Este bien lo consumía todo, y con nuestros cuerpos entrelazados, era una unión que nunca había sentido antes. Una unión que nunca esperé sentir con él.

Una unión que había temido, en mis momentos más oscuros, que quizá nunca sentiría con ningún hombre.

Pero yo ya conocía a este hombre de una manera en que nunca había conocido a otro.

Simplemente había algo aquí, entre nosotros, que no podía ni empezar a explicar. Un vínculo. Un dolor compartido, quizá. Una inquietud compartida. Una necesidad compartida de sanar. Algo que quizá solo Seth y yo entenderíamos, pero que era real de todos modos. Tan verdadero y tan poderoso que se me llenaron los ojos de lágrimas cuando se corrió… cuando me sujetó, con sus manos

entrelazadas con las mías, y se tensó, conteniendo la respiración. Mientras su cuerpo pulsaba calor dentro del mío.

Se estremeció y gimió. Luego me besó. Sentí el latido de su corazón en sus labios sobre los míos. Su pecho subía y bajaba contra mí.

Le envolví las caderas con las piernas, la espalda con los brazos, y le retuve allí. No podía soltarle.

Esto no tenía que haber pasado. Lo sabía.

Y desde luego no tenía que ser tan bueno.

No tenía que convertirse en algo de lo que no pudiera alejarme. Porque tenía que hacerlo; tenía que alejarme de esto antes de que fuera demasiado tarde.

Antes de estar tan metida que no pudiera salir… y lo jodiera todo entre el resto de mi banda y yo.

Estaba de pie a un lado de la cama, vestida con el vestido de verano de ayer. Observaba a Seth, al otro lado, buscando su camiseta. De alguna manera, había acabado debajo de la cama. Observé su cuerpo mientras la sacaba. La manera en que se movía, fuerte, elegante; la manera en que sus músculos se flexionaban bajo su piel suave mientras se ponía la camiseta. Pero ya me sentía desconectada de todo.

Ya podía sentirme retirándome. Volviéndome fría. Distante.

Era la única manera que conocía de manejar esto.

—No puedo empezar nada contigo —le dije, y me miró. Ya estaba completamente vestido—. Lo sabes. Solo ha sido sexo.

Era más o menos lo mismo que le había dicho a Ash. Pero esta vez no era solo sexo. No era la mayor imbécil del mundo; no había puesto en peligro todo lo que me importaba por sexo.

Quizá él lo sabía, porque se le hundieron los hombros.

—Si es lo que quieres —dijo.

—Es lo que quiero. —Me estaba abrazando a mí misma, con los dedos de los pies apretados contra la alfombra peluda bajo mis pies.

—¿Puedo tener tu número? —me preguntó—. Tengo el de Joanie. No tengo el tuyo.

—No.

—¿No quieres que te llame?

—No.

Silencio. Me miró fijamente, y por un momento pensé que iba a pelear por esto. Luego dijo:

—¿Estás segura?

—Estoy segura.

No parecía creerme. Parecía dolido, en cierto modo. Enfadado, quizá. Pero sobre todo… resignado.

Le vi sacar el móvil del bolsillo de los vaqueros y llamar a un taxi. Luego me miró otra vez, como esperando que dijera algo más.

No lo hice.

—Tú pones las reglas, Elle —dijo con suavidad—. Yo las seguiré. —No hizo ningún intento de rodear la cama. No se movió hacia mí en absoluto.

Solo asentí.

—Joanie tiene mi número de móvil —me dijo—, si cambias de opinión.

Luego se fue. Salió de mi dormitorio y no le seguí. Le oí abajo, saliendo por la puerta principal. No la cerró de un portazo exactamente, pero tampoco la cerró con suavidad.

Me senté en la cama y me quedé mirando la alfombra a mis pies. Todavía palpitaba, el corazón latiéndome con fuerza, la sangre vibrándome por el cuerpo por el sexo que acabábamos de tener en esa alfombra. Por esa sensación: la sensación de correrme, de caer por ese precipicio, porque él me *hizo* correrme. Me hizo correrme mientras me miraba a los ojos. Y la sensación de sus besos en mi piel… La manera en que sus manos se movían, tan cuidadosamente, por mi cuerpo.

Un rato después, oí el taxi entrar. Y cuando el coche salió del camino de entrada, cuando Seth se había ido, hice algo que no había hecho desde que Jesse me dejó.

Lloré.

CAPÍTULO 20

ELLE

DOS DÍAS DESPUÉS estaba sentada en una reunión con mi banda; una reunión sobre la siguiente ronda de audiciones que estábamos planeando. Era en casa de Brody, en North Vancouver, en su despacho. Jessa no estaba, pero la sala estaba llena. Además de Brody y yo, estaban Maggie, Jesse y Dylan. Zane y Woo, que seguían en L.A., se unieron por FaceTime desde el portátil de Brody.

Brody y Woo habían estado filtrando a más aspirantes, y por lo visto aún tenían un montón de opciones para nosotros, incluidos algunos guitarristas prometedores que se habían presentado en la primera ronda pero todavía no habían hecho la audición. Se decidió rápidamente que esta vez seguiríamos un calendario un poco menos agresivo. Seis días de audiciones, que la cadena había aceptado financiar. Tres días seguidos, un día libre, y luego otros tres días seguidos.

Después de eso, veríamos cómo estábamos y consideraríamos volver a L.A., o posiblemente a la costa este, a cuenta de Dirty.

Parecía obvio que nuestros mejores candidatos, Johnny O'Reilly y Boz Bailey, ya no estaban en consideración, puesto que Brody no los había vuelto a mencionar. Pero sentí la necesidad de preguntar de todas formas.

—¿Cómo estamos con Johnny O?

—Johnny O'Reilly es un capullo —dijo Jesse—. No puedo trabajar con ese tío.

Tenía razón; Johnny O'Reilly era un poco capullo. Pero también tenía un montón de fans, y encajaría musicalmente con Dirty. Aparte de eso, yo personalmente no tenía ningún problema con él. —A mí siempre me ha tratado bien —dije.

—Eso es por lo que tienes entre las piernas —dijo Zane sin rodeos—. No quieres a ese tío en la banda.

—Puedo manejar a Johnny O —dije.

—Nadie le quiere dentro salvo tú, nena —replicó Zane.

Suspiré. Si así estaban las cosas, no había ninguna posibilidad. —Porque yo no tengo ningún problema con él.

—Todavía —dijo Zane.

—Yo sí —dijo Jesse en el mismo instante exacto.

Sí; ninguna posibilidad. Johnny estaba claramente fuera de la carrera.

Miré a Dylan. Me sostuvo la mirada y se encogió de hombros. —¿Y Boz? —preguntó, aunque casi no tenía sentido.

—Boz Bailey no es bienvenido en el sur —dijo Brody—. Así que está fuera.

—Qué pena —dijo Dylan—. Sería genial.

—No si no puede estar en nuestras fechas de gira por Estados Unidos —respondió Brody. Y todos lo dejamos estar; estaba claro que Boz no iba a funcionar. No hasta que resolviera sus problemas con el gobierno de Estados Unidos, y quién sabía cuándo iba a pasar eso. Difícilmente podíamos esperarle indefinidamente.

Ya habíamos esperado bastante.

—¿Y Seth? —preguntó Zane.

Brody inspiró, lenta y profundamente, mientras el resto nos quedábamos en silencio… y luego exhaló igual de despacio. —*¿Qué* pasa con Seth?

—Solo preguntaba, hermano —dijo Zane.

Encontré la mirada de Brody, y todo lo que Jessa me había dicho por teléfono —y delante mismo de Brody— se reprodujo en mi mente.

Seth Brothers no es un violador, y no me hizo *nada. Así que si oyes a Brody o a mi hermano decir algo semejante, puedes decirles que…*

—Seth no va a funcionar —dijo Jesse tajantemente—. Entonces, ¿cuándo empezamos las audiciones? —Le planteó la pregunta a Brody, y Brody y Maggie se pusieron a informarnos al resto sobre el calendario propuesto.

Y así, sin más, Seth quedó fuera de la carrera. Definitivamente.

No dije ni una palabra al respecto.

En mi cabeza, ya había renunciado a cualquier esperanza de que la banda cambiara de opinión. Zane lo haría, posiblemente. Quizá ya lo había hecho. Dylan también podría. Pero Jesse y Brody estaban firmemente en contra de la sola idea de que Seth volviera a la banda, y estaba claro que no iban a ceder.

Cuando terminamos y tanto Jesse como Dylan se habían marchado, me quedé unos minutos más; los chicos me habían invitado a comer con ellos y tomar unas cervezas, pero yo había declinado. Me quedé solo el tiempo justo para decirles a Brody y a Maggie, en persona, que necesitaba espacio. Cumpliría con los compromisos ya adquiridos. Estaría en las audiciones, por supuesto. Pero por lo demás, quería que me dejaran tranquila un tiempo. Unas semanas. Nada exagerado.

Podían darme eso, ¿no?

Quizá pensaban que simplemente estaba molesta con ellos por haber mandado a Liv a Kauai a entrevistarme. Quizá pensaban que solo intentaba fastidiar a Jesse de algún modo haciéndome fotos con Seth, cogidos de la mano en la playa.

¿Quién sabe? No habíamos hablado exactamente de ello.

Desde que había vuelto de Hawái, nadie aparte de Dylan me había dicho una sola palabra sobre mi estancia en Kauai con Seth. Estaba ahí, en sus ojos, cuando me miraban, pero nadie había preguntado. Quizá habían acordado entre todos no sacarlo.

Quizá Brody les había aconsejado que no lo sacaran, con la esperanza de que todo el asunto se desvaneciera solo.

Quizá Maggie o Dylan les habían sugerido que lo dejaran estar y me respetaran la intimidad.

No lo sabía. No tenía especial interés en saberlo.

Simplemente les expliqué que tenía algunas cosas, musicalmente hablando, en las que estaba trabajando con DJ Summer; cosas de

las que aún era demasiado pronto para hablar. Era bastante cierto. Ella y yo habíamos estado trabajando juntas, de manera informal, desde mi álbum en solitario, haciendo música cuando nos apetecía. Nada formal, pero yo tenía previsto escribir material nuevo con ella otra vez, pronto.

Lo que no dije fue que había estado pensando, en serio, en invitar a otro músico a trabajar conmigo.

Sabía que les estaba mintiendo —a todos— por omisión, al no decir ni una palabra sobre los sentimientos que estaban germinando en mí hacia Seth. Sobre la conexión que había sentido con él en Hawái —y en mi cama—. Sobre la música que ahora estaba pensando en hacer con él. En secreto.

Y me sentía mal por ello.

Más aún, cuando tanto Brody como Maggie me miraron como si claramente no les gustara lo que estaba haciendo. Distanciarme de todos. Ocultarles algo que no lograban identificar.

Bueno, pues mala suerte.

Que Dirty no quisiera trabajar con Seth no significaba que yo no pudiera hacerlo.

—No puedo prometerte nada —le dije a Seth, mientras estábamos juntos en mi estudio casero al día siguiente—. Solo estaba pensándolo… y creo que deberíamos seguir tocando juntos. Podríamos escribir, si surge de forma natural. Crear algo nuevo. No sé… quizá podríamos incluso grabar un álbum.

Había estado ojeando mi colección de bajos, alineados en una fila de soportes contra una pared, pero levantó la vista hacia mí cuando dije la palabra *álbum*.

—Pero primero… —Me encogí de hombros—. Podríamos simplemente tocar. Ver adónde nos lleva. Puedo enseñarte algunas cosas en las que he estado trabajando. Quizá tú también tengas material que puedas enseñarme…

Dio un paso hacia mí, como si necesitara mirarme bien a los ojos para asegurarse de que lo decía en serio. —¿Lo dices en serio?

—Sí. Lo digo en serio. —Pero intenté hacer una broma—. O sea, te he convocado otra vez, ¿no?

Seth no sonrió en absoluto. —¿Lo dices en serio… lo de hacer un álbum juntos?

Me encogí de hombros otra vez y caminé hacia la pared de ventanales de suelo a techo, mirando al agua. —Quizá —dije—. Yo podría. Nosotros podríamos. —Me giré para mirarle. Me estaba mirando fijamente, con intensidad—. Mi álbum en solitario funcionó bastante bien… básicamente puedo hacer lo que me dé la gana. Si llamara mañana a la discográfica para decirles que tengo un nuevo álbum para ellos, estarían encantados.

—Seguro que sí —dijo con cautela—. Pero ¿cómo de contentos crees que estarían los demás miembros de tu banda? ¿Cómo de contento estaría Brody si grabaras un álbum conmigo?

Me crucé de brazos e intenté no pensar en eso. —¿Me creerías si te dijera que me da igual?

—No —dijo—. No te creería.

—Sí. Puede que sí me importe. —Suspiré—. Pero eso no significa que vaya a frenarme. Y a ti tampoco debería frenarte.

No dijo nada a eso, pero no parecía contento. Sabía que probablemente estaba pensando en todas las formas en que esto podía volverse en mi contra.

—Simplemente toquemos —dije, dándome la vuelta—. Y ya veremos qué pasa.

Después de un momento, se reunió conmigo junto a la ventana para mirar el agua.

—Bonitas vistas —dijo, lo cual era quedarse bastante corto—. No es lo mejor para la acústica… —Dio un golpecito suave con el nudillo en el cristal—. Pero entiendo por qué no querrías taparlo. —Luego me miró, como si le gustaran aún más las vistas dentro de la habitación.

—Sí. Yo, eh… —Vacilé bajo la mirada de esos ojos ahumados suyos y volví a mirar hacia fuera—. Tengo un estudio en el sótano de

mi casa de L.A., pero no me encanta sentirme como si estuviera en alguna cueva oscura mientras trabajo. Esto va más conmigo.

—Lo veo —dijo en voz baja.

—Acabo de comprar la casa este año, ya que estaba pasando tanto tiempo aquí arriba. Ya sabes, escribiendo el nuevo álbum con los chicos… —Me fui apagando.

Seth no dijo nada.

Se volvió hacia la sala, y le observé mientras examinaba el equipo. Era un estudio de grabación completamente amueblado y equipado, aunque le faltaba una batería. El espacio y la acústica no lo permitían. Originalmente, esta era la sala de estar principal de la casa, pero en cuanto me mudé, la sacrifiqué por mi música. Al final, no fue tanto sacrificio. La música era el centro de mi vida; tenía todo el sentido que ocupara el corazón de mi hogar.

Observé a Seth sacar su guitarra de la funda. Era la misma acústica un poco deteriorada y claramente muy querida que se había llevado a Hawái. Me miró mientras se la colgaba; yo seguía rondando junto a la ventana.

—Si quieres que toque —dijo, y me dedicó una sonrisita—, igual deberías sentar ese culo sexy. Va a llevar un rato.

Así que senté mi culo sexy en el sofá. Y durante un rato, simplemente escuché a Seth tocar.

Me tocó una canción que había escrito, una balada preciosa que me cantó mientras tocaba. La letra era material típico de balada rock, algo sobre estar de gira y echar de menos a alguien que se ha quedado en casa, luego estar en casa y echar de menos la carretera, pero había algo en la forma en que Seth la cantaba. En la forma en que Seth la tocaba. Los pequeños giros inesperados que metía en la letra, justo cuando pensabas que iba a cantar algo manido y rimado, y no lo hacía. Algo que te mantenía en vilo esperando la siguiente palabra, el siguiente verso. Ese algo raro y desgarrador que era únicamente de Seth.

Joder, *hostia*, era un compositor increíble.

Me tocó otra canción, más movida, pero igual de pegadiza, igual de hipnótica y adictiva y agridulce.

Y luego siguió tocando. Y tocando…

Resultó que, una vez abierta esa caja de Pandora… Seth tenía una tonelada de material. Ideas. Canciones y fragmentos de canciones. Y su puto *talento*… le rezumaba por las yemas de los dedos. Goteaba de sus letras.

Básicamente tenía siete años de material sin explotar. Pero ni una sola canción terminada y grabada.

Estaba asombrada.

Este era Seth Brothers. Un montón de bandas —grandes bandas— le habrían fichado. Grandes músicos. Productores. Podría haber montado su propia banda, con su propio nombre. El mismo Woo probablemente habría ido al estudio con Seth si Seth se lo hubiera pedido alguna vez.

—Nunca escribí con nadie que no fuera Dirty —me explicó mientras yo seguía sentada allí, simplemente estupefacta por el volumen descomunal de genialidad sin explotar, la magnitud de su obra. Aún no había tocado mi bajo, ni abierto la boca, salvo para quedarme boquiabierta mirándole—. Nunca escribí *para* nadie más. Supongo que tengo algo así como un atraso acumulado…

Eso era quedarse muy corto.

Y yo no sentía más que gratitud. Humildad, en realidad, porque hubiera elegido compartir su trabajo —su pasión— conmigo, así.

Gratitud, también, porque hubiera tantísimo. Porque cuanto más material tuviéramos Seth y yo para tocar y explorar y trastear, más podíamos alargar esto. Aquí, en mi estudio casero… esta pequeña burbuja privada donde estábamos escondidos del resto del mundo.

Solo nosotros dos y la música.

Varios días después, Seth y yo estábamos terminando un largo día —y media noche— tocando juntos en el estudio, y mientras le observaba dejar su guitarra en la funda, le pregunté: —¿Cómo te sientes con todo esto?

Estaba de espaldas a mí, pero por la forma en que dejó de moverse cuando se lo pregunté, supe que había captado que le

estaba preguntando cómo se sentía respecto a mucho más que la música que habíamos estado tocando.

Que le estaba preguntando cómo se sentía al hacer música conmigo… pero no tener sexo conmigo.

Quizá quería saber si le estaba matando lentamente, como me estaba matando a mí.

Se giró y encontró mis ojos. Yo estaba de pie justo dentro del arco de la puerta, esperándole. Esperando para acompañarle hasta la salida y darle un beso en la mejilla cuando se fuera, igual que había hecho cada noche que habíamos estado aquí.

—Me siento… *vivo* —dijo en voz baja, con sus ojos gris verdosos escrutándome el rostro—. Por primera vez en mucho tiempo, me siento como cuando era más joven. Antes de consumir tanto. Cuando la música significaba más para mí que las drogas. Cuando tenía todo tipo de sueños y esperanzas y aspiraciones para mí mismo y para la música.

—Eso es bueno —dije. Era precioso, en realidad. Y no exactamente inesperado. Se le notaba que era más o menos lo que sentía cuando tocábamos juntos. Pero oírle poner esos sentimientos en palabras me hizo sentir calor por todas partes.

—Sí. —Miró alrededor del estudio—. Antes, lo único que quería era recuperar a Dirty. —Sus ojos volvieron a encontrar los míos—. Pero ahora… solo quiero seguir tocando. Esto… poder tocar contigo así… es un puto sueño hecho realidad para mí.

Me limité a asentir, porque le creía. Le entendía.

Acabábamos de estar trabajando en una canción nueva, una que él había empezado a escribir a principios de este año, y ahora yo había embellecido la línea de bajo, y los dos habíamos estado cantándola juntos. Definitivamente era algo que podíamos grabar. Tenía pensado traer a Summer para que la escuchara y le añadiera un poco de su magia, a ver qué podíamos hacer con ella.

Quería decirle lo entusiasmada que estaba con todo eso. Que tocar con él era bastante increíble para mí también. Por varias razones.

Yo nunca había escrito mucho con Dirty; esa era una de las principales razones por las que había sentido la necesidad de grabar

un álbum en solitario, y probablemente lo volvería a hacer. Pero aunque Jesse y Zane escribían la mayor parte de la música de Dirty, a Dylan y a mí siempre nos habían incluido en los créditos de composición de cada canción, para que todos recibiéramos una parte igual de los *royalties*. Y, por supuesto, lo agradecía, pero al final no era solo cuestión de dinero o reconocimiento. Cuando Jesse y Zane escribían música, no eran tan… colaborativos. Al menos no conmigo. Con Jessa era diferente; acogían de buena gana su aportación en cualquier canción. Nunca les había reprochado el hecho de que la música que componían —los tres— fuera innegablemente más adecuada para Dirty que cualquier cosa que yo pudiera escribir… pero *esto* era especial.

Seth era especial.

Escuchaba mis ideas y se entusiasmaba con ellas, jugaba con ellas, como hacía Summer. Creábamos bien juntos. Y quería decirle todo eso.

Pero de alguna manera las palabras se me atragantaron. Me faltó valor.

Simplemente no sabía cómo hacer esto. Cómo decirle lo que sentía sin parecer una hipócrita. Una provocadora.

Cómo volver a acostarme con él, cuando no podía ir hasta el final con él.

¿Acostarme con él, luego decirle que no podemos acostarnos… luego volver a acostarme con él? ¿Y después asustarme, y repetir todo el ciclo de nuevo? Caliente. Fría.

Injusto.

No quería hacerle eso.

A ninguno de los dos.

Estaba acortando la distancia entre nosotros, y yo me quedé allí de pie contra la pared. Levanté la vista hacia él cuando se inclinó; me besó en la mejilla. Fue suave y cálido, pero rápido. —Gracias —dijo.

—Gracias a *ti* —logré susurrar.

Sus ojos sostuvieron los míos, y fui vagamente consciente de que su mano se movía. Estaba sacando algo del bolsillo de sus vaqueros.

Bajé la vista hacia los papeles que tenía en la mano mientras el corazón me latía, pesado y rápido, en el pecho.

—Me he hecho las pruebas. —Estaba desdoblando los papeles, con cuidado, y me los tendió—. Estoy limpio. Te he traído los resultados para que los veas. —Esperó a que los cogiera, así que los cogí.

Repasé los papeles; resultados de un laboratorio médico, con fecha de esta misma semana. Había varias páginas, toda una batería de análisis de sangre que demostraban que Seth estaba libre de cualquier ETS desagradable de la que yo hubiera oído hablar.

—No te estoy presionando… —Vaciló, como si quisiera asegurarse de elegir las palabras correctas, mientras yo le devolvía los papeles —. No espero nada. —Su mirada chocó con la mía otra vez—. No se trata de eso, Elle. No estoy intentando presionarte para que vuelvas a acostarte conmigo. Solo… quiero que sepas que estoy limpio, para que no tengas que preocuparte por lo que pasó el otro día.

Asimilé todo aquello y asentí. —Lo sé. —Lo agradecía. En mi experiencia, era más de lo que la mayoría de los hombres harían.

Había tenido hombres que se echaban para atrás completamente ante la idea de hacerse las pruebas antes de acostarse conmigo. Había tenido hombres que discutían conmigo sobre la necesidad de usar condón.

Ni que decir tiene que, al final, no me había acostado con esos hombres.

Pero este hombre… había estado dentro de mí apenas unos segundos sin condón, y le preocupaba que yo estuviera preocupada por ello.

—Pase lo que pase, Elle —dijo—, solo quiero que te sientas segura conmigo.

—Me siento segura —le dije, y me di cuenta de que era verdad—. Pero… aun así tendríamos que usar condón. Si nos acostáramos. — La idea de eso, la posibilidad… nosotros, ahí de pie simplemente hablando de ello… me estaba poniendo caliente.

Quería acostarme con él otra vez. Desesperadamente.

Solo temía lo que pasaría después. Los dos haciéndonos daño.

—Lo sé —dijo—. Si nos acostamos otra vez… voy a llevar como diez condones en los bolsillos, en todo momento, por si acaso. —Sonrió un poco, con el hoyuelo asomando.

Le devolví la sonrisa. Confiaba en eso. Confiaba en él. Quizá porque no me había presionado. Tal como me dijo que haría en mi dormitorio el otro día, Seth me estaba dejando llevar las riendas. Estaba siguiendo mis reglas.

No había intentado tocarme de nuevo.

Yo no se lo había pedido.

Pero seguía dándome esa mirada, la que me estaba dando ahora mismo —la que me decía que estaría desnudo conmigo en cuestión de segundos, si yo quería.

Y yo *sí* quería. No solo porque me volvía loca de deseo; lo quería porque me sentía segura con él —de más formas que solo la física. Porque todos esos putos miedos que me habían atormentado, prácticamente paralizándome… las dudas persistentes y la ansiedad que me habían quedado como secuela de mi corazón roto… no sentía nada de eso cuando Seth estaba aquí.

No le tenía el más mínimo miedo a que me dejara, a que me abandonara, a que me rompiera el corazón. Él simplemente no era esa clase de persona.

Seth Brothers no era un rompecorazones.

Jesse Mayes me sentó, la mañana después del último concierto de nuestra última gira, en mi casa de L.A., y me dijo, de forma muy profesional, que habíamos terminado. Que no podía seguir conmigo. Luego se fue volando a Vancouver. Y eso fue todo.

No hubo más conversación, ni ida y vuelta. Asestó el golpe, y se suponía que yo tenía que lidiar con ello. Me dejó lidiando con ello, sola. Seguíamos siendo amigos. Siempre seríamos amigos. Sabía que le importaba. Que me quería, incluso; yo era parte de su banda y parte de su historia. Pero a la hora de lidiar con mi corazón roto, él no estaba disponible para mí. Emocionalmente desinteresado, o incapaz, o simplemente egoísta; nunca había decidido cuál. Quizá era demasiado feliz con Katie como para ver siquiera lo duro que había sido para mí. O quizá, al final, era todo lo anterior.

Mientras Seth estaba frente a mí, guardándose los resultados del laboratorio en el bolsillo, supe que él nunca sería así. Que nunca me dejaría rota de ese modo y simplemente se marcharía. No sabía exactamente cómo lo sabía. Pero lo *sabía*.

Mi corazón estaba a salvo con él.

Sin importar lo que esto fuera, o lo que no fuera, o hasta dónde llegara… Seth manejaría mi corazón con cuidado.

Si tan solo pudiera darle esa oportunidad.

—Debería dormir un poco —le dije, aunque nuestros ojos seguían enganchados y aquel calor necesitado se desplegaba en lo bajo de mi vientre, extendiéndose por mi centro… esa inquietud dolorida. Los recuerdos que ahora tenía de él… arrodillándose, su boca entre mis piernas… follándome en el suelo de mi dormitorio mientras el mundo que había conocido se desmoronaba a mi alrededor y una realidad nueva y muy incierta tomaba forma.

La realidad era que deseaba a un hombre al que se suponía que no debía desear.

Un hombre que no se suponía que estuviera en mi vida de ningún modo significativo, y sin embargo, le quería aquí, en mi casa. Me lo había llevado a Hawái. Le había seguido hasta Vancouver.

Me lo había llevado a mi cama.

Y aun así, seguía sin tener ni idea de cómo iba a hacerlo: cómo iba a contarles a las personas más cercanas de mi vida que Seth y yo estábamos haciendo música juntos, y mucho menos que estábamos íntimamente involucrados.

Porque lo estábamos. Lo sentía mientras estábamos ahí, a centímetros el uno del otro. Éramos íntimos, y estábamos involucrados, aunque no nos estuviéramos acostando.

—Vale —dijo con ligereza, y si estaba decepcionado, no lo demostró—. A dormir pues. —Puso su mano en mi brazo, cálida y fuerte, y me besó, suavemente, en la frente.

Durante un instante, se quedó ahí, y supe que me estaba dando un momento… por si de repente le agarraba y le besaba y le pedía que se quedara.

Pero no lo hice.

Quería hacerlo. Quería *tantísimo* hacerlo… pero no lo hice.

CAPÍTULO 21

SETH

ERA LUNES. Una nueva semana.

Estaba sentado en el estudio casero de Elle, solo, con las piernas cruzadas en el suelo frente a los grandes ventanales abiertos, tomando café mientras el sol del atardecer y el aire fresco de la costa me bañaban. Estaba trabajando en una canción nueva, una de mis acústicas favoritas en el regazo. Le había pedido a Michelle que me la enviara desde Boston, y había pedido que me mandaran unas cuantas más desde Austin y L.A. Mis guitarras eran como el resto de mis cosas; desperdigadas por toda Norteamérica.

Llevaba diez días seguidos tocando con Elle, aquí en su estudio. Habíamos pasado la mayor parte de ese tiempo trabajando en canciones nuevas, y el fin de semana habíamos empezado a grabar. Hacía cinco noches, le había enseñado los resultados de mis análisis, pero ella seguía sin tocarme. No me había dado ninguna indicación de que quisiera que la tocase. Y aunque me estaba matando en silencio, no poder alargar la mano y atraerla hacia mis brazos, difícilmente podía presionarla.

Ella dijo que así era como lo quería. Que lo que había pasado era solo sexo. Y por lo visto, «solo sexo» significaba una sola noche de sexo. Y la mañana siguiente. Y ya está.

Yo seguía sin creerme que eso fuera todo lo que había entre nosotros. Pero no iba a forzar las cosas.

Elle ya estaba en una situación complicada de por sí.

Sabía que aún no les había dicho a los chicos de la banda, ni a Brody, lo que estaba haciendo aquí, en su casa, conmigo. Si yo hubiera sido mejor hombre, quizá me habría apartado de su vida sin más, se lo habría puesto más fácil.

Pero no lo hice.

Me había quedado a dormir en el sofá de Ray unas cuantas noches más para poder pasar tiempo con él por las mañanas, desayunar, hablar de deportes y otras mierdas que a mí me daban igual pero a Ray no. Ray me importaba, así que le dedicaba ese tiempo. Pero cada día estaba deseando volver aquí. Venía en cuanto Elle me mandaba un mensaje diciendo que estaba levantada y lista para tocar.

Desde que me había registrado en el hotel, sin embargo, las cosas se habían puesto más difíciles. Al menos en casa de Ray sentía que servía para algo. Ahora, cada noche mientras yacía en la cama del hotel, solo, pensaba en hacer las maletas y largarme. En dejar a Elle en paz de una puta vez, como debería haber dejado en paz a Jessa todos aquellos años atrás.

Había demasiadas similitudes incómodas.

El gran y feo secreto de todo aquello.

Las mentiras que Elle iba a tener que contarle a la banda por mi culpa.

El hecho de que probablemente estaría mejor sin mí, sin esta complicación de cojones en su vida.

Simplemente no podía creerme que ella aguantara este tipo de complicación si solo era para hacer algo de música y tener una noche trepidante de sexo. Eso podía conseguirlo de muchos otros hombres, sin las complicaciones.

Lo cual me dejaba por las noches tumbado en la cama, mirando al techo con la pregunta martilleándome la cabeza: *¿Por qué yo?*

Pero cada día, apartaba esa pregunta a un lado y disfrutaba de esto por todo lo que valía —que era muchísimo. Porque cada día, los días que tocaba con Elle en su estudio, se sentían como los mejores que había tenido en mucho, mucho tiempo.

Los mejores desde que había perdido a Dirty.

No sabía cómo renunciar a esto. A esto, lo mejor que tenía en mi vida.

Aunque fuera egoísta. Aunque no fuera lo mejor para Elle.

Miré alrededor de su estudio… Esta preciosa habitación blanca con sus techos altos y el retrato multicolor de Bob Marley en una pared, un par de discos de platino de Dirty colocados sin mucho cuidado, torcidos, en otra. El sillón grande y mullido tapizado de pelo sintético blanco. Las revistas femeninas y las revistas de música todas mezcladas en la mesa de centro, con pendientes sueltos y tubos de brillo de labios y botes de pintauñas. La única foto, cuidadosamente enmarcada y colocada en una estantería —de Elle cuando era adolescente, quizá de dieciséis años o así, con sus padres y su hermana pequeña, todos acurrucados juntos en un sofá.

Esta habitación… se sentía como el espacio sagrado de Elle.

Aún me asombraba que me hubiera dejado entrar aquí. A veces, era más fácil entender que me hubiera dejado entrar en su cama que en esta habitación.

Hoy ella no estaba. Dirty había reanudado las audiciones. Lo que significaba que había perdido cualquier oportunidad que hubiera tenido con ellos, si es que había tenido alguna. Oficialmente estaban continuando su búsqueda para sustituirme.

Pero yo aún tenía *esto*.

Tenía la música que Elle y yo estábamos haciendo, los largos días en su estudio, a veces hasta bien entrada la noche. Y hoy, mientras ella estaba en las audiciones, me había dejado estar aquí aunque ella no estuviera.

Hacía como una hora, me había mandado un mensaje para decirme que venía de camino a casa y preguntarme si quería quedarme. Un rato después, me escribió otra vez para decir que quizá podíamos pedir comida a domicilio, pero mientras tanto, yo ya le había preparado la cena. Pensé que era lo mínimo que podía hacer, ya que me había dejado estar aquí mientras estaba fuera —aunque resultaba extrañamente doméstico. Extraño porque no estaba acostumbrado a hacer la cena para nadie que no fuera yo mismo. Los pocos días que había pasado en Hawái con Elle y su

equipo, había cocinado más comidas para otras personas que en años.

Pero no era una mala sensación.

La verdad es que, si dejabas a un lado toda la mierda con Dirty y toda la mierda que me daba miedo causarle a Elle, me sentía verdadera, profundamente *bien* por primera vez desde lo que había pasado con la banda a principios de este año. Cautelosamente bien.

Cuando oí a Elle entrar en la casa, fui a la cocina a comprobar el pollo. Ya me había dicho a mí mismo que no metiera el morro. Que no le preguntara qué tal le había ido el día. A no ser que ella lo sacara. Me iba a matar no preguntar, no tener ni idea de lo que estaba pasando en las audiciones, pero si ese era el precio que tenía que pagar por estar aquí, con ella, lo pagaría.

Lo primero que salió de su boca fue: —*Joder*, qué bien huele aquí. —Apareció desde el recibidor principal y se quedó allí de pie, mirándome, como si tuviera miedo de haberse equivocado de cocina, como si esta no pudiera ser su casa.

—He hecho algo de cenar —dije, volviendo a poner la tapa de la olla de cocción lenta.

—¿Has hecho la cena? —repitió, como si fuera la cosa más asombrosa e increíble del mundo.

—Sí. —Me encogí de hombros—. Solo un poco de pollo con miel y ajo con arroz salvaje. Y una ensalada.

Se me quedó mirando boquiabierta.

—Es… eh… algo que me va —expliqué—. Desde que me desenganché. Ya sabes, un estilo de vida más sano. Comer bien.

—Pero no tenías por qué hacer esto. Podríamos haber pedido comida. —Dejó caer el bolso y se adentró más en la cocina—. No tenías que pasarte el día cocinando cuando preferirías estar haciendo música… —Se paró justo a mi lado y espió a través de la tapa de cristal de la olla.

—Me llevó como quince minutos prepararlo —dije, observándola —. La olla hizo el resto. —Tenía el pelo alisado sobre un hombro en una trenza larga y su garganta desnuda estaba tan cerca de mí que podía oler ese aroma cálido, casi especiado, suyo. Como coco y ron. Casi presioné mis labios contra su piel suave.

No lo hice.

Me miró. —Ni siquiera sabía que tenía una olla de cocción lenta.

—No la tenías —le dije, sintiéndome bastante idiota ahora—. Yo… eh… te he comprado una. —No intentaba hacerle la pelota, pero ahora lo parecía. ¿Qué clase de idiota le compra una olla de cocción lenta a una mujer después de acostarse con ella una vez?—. Solo quería hacer esto. Ya sabes, es muy fácil, y se ha cocinado mientras yo estaba en el estudio… *Mierda.* ¿Qué coño estaría pensando?

Probablemente conocía a músicos que tenían auténticas orgías de sexo y drogas a su alrededor en el estudio. ¿Y yo le estaba haciendo pollo en olla lenta como un imbécil enamorado?

—¿Eso es mi colada? —dijo, con la mirada yéndose al montón de toallas dobladas en la encimera.

—No. Es que… necesitaba un trapo de cocina y no encontré ninguno limpio, así que…

—¿Has fregado los platos? —Miró alrededor, y de repente vi la cocina a través de sus ojos. Los platos limpios —los que habíamos ensuciado durante el fin de semana en nuestras maratones de grabación— apilados ordenadamente en el escurreplatos de la encimera. El lavavajillas abierto, vaciado. Los pequeños montoncitos de sus cosas ordenados en la isla. Las persianas de la ventana del office que se habían quedado atascadas abiertas, que yo había arreglado.

Sus ojos encontraron los míos otra vez.

—Guau. Yo, eh… me siento como un idiota.

Negó con la cabeza lentamente. —Me siento como una dejada. La chica de la limpieza no viene hasta mañana. Normalmente recojo un poco más que esto…

—No pasa nada.

—Tenía pensado hacer que arreglaran las persianas.

—No me importó…

Un silencio incómodo aterrizó mientras ella seguía mirándome como si un alienígena hubiera aterrizado en su cocina. Como si no acabara de entender qué estaba pasando.

Entonces se mordió un poco el labio y ladeó la cabeza. —¿Cuándo estará listo? —preguntó en voz baja.

—¿Qué? —Se me había quedado la mirada enganchada en esos labios dulces. Esa forma perfecta de arco de Cupido, hecha para besar.

—El pollo.

—Eh… ya está listo, si tienes hambre.

—Ah. —Parecía… decepcionada—. O sea… ¿se pondrá malo si no lo comemos ahora mismo?

—Bueno… puedo dejarlo en modo calentar, si necesitamos hablar… —Sí. Estaba claro que necesitábamos hablar. Sobre cómo yo estaba siendo un bicho raro limpiando su cocina y arreglando sus cosas rotas y comprándole pequeños electrodomésticos mientras ella estaba fuera. Como si imponerme en su vida no fuera ya bastante raro de por sí.

—No quiero hablar —dijo, y su mirada bajó a mi boca, sus ojos grises oscureciéndose como un cielo tormentoso justo antes de explotar en truenos y relámpagos.

Oh. Joder, lo leí completamente al revés…

Mientras la sangre me rugía de repente hacia la polla, que despertaba, puse la olla en modo calentar. —Puede esperar un rato…

—¿Cuánto? —preguntó, pestañeando hacia mí, pareciendo de alguna manera angelical y totalmente cachonda a la vez.

—Lo que quieras —dije, aunque realmente no tenía ni idea. ¿A quién cojones le importaba? Me comería el pollo reseco y helado si hacía falta.

—Bien —dijo. Luego me cogió de la mano, entrelazó sus dedos suavemente con los míos, y me llevó arriba a su habitación sin decir una palabra más.

Me llevó despacio, pero cuando llegamos y se giró hacia mí, nuestra ropa desapareció en un torbellino. Estábamos desnudos en su cama, y yo estaba encima de ella en cuestión de segundos. La tenía dura, dolorida, el cuerpo tenso por el esfuerzo de contenerme mientras ella se retorcía debajo de mí, frotando su cuerpo contra el mío, sus manos recorriéndome. Me sentía inquieto, desquiciado, completamente deshecho por este deseo insaciado por ella… el deseo que había estado creciendo desde la última vez que la follé.

Mientras me inclinaba y rozaba los labios por su cuello, las últimas noches en el hotel destellaron en mi mente —la polla en la mano, masturbándome frenéticamente pensando en ella… su largo pelo rubio platino, sus ojos de acero gris, sus tetas firmes, su coño bonito… su piel morena y suave contra la mía, y ese olor dulce y embriagador suyo… sin saber si alguna vez volvería a tenerla.

Estaba luchando, *luchando de verdad*, por saborear el momento y no arruinarlo precipitándome —Elle, queriéndome otra vez en su cama— mientras su mano se deslizaba entre nosotros y me agarraba la polla, dándome una caricia lenta y apretada… mientras abría las piernas para mí y yo me acomodaba entre sus muslos esbeltos.

Aún no me había besado siquiera.

Respiraba suave y rápido contra mi cara —y me estaba poniendo un condón con dedos hábiles. —Dios, no puedo esperar más…

Le besé la garganta, subiendo con la lengua por su cuello hasta la oreja. —¿Qué quieres, Elle? —le pregunté, con la voz tensa y ronca.

—Te quiero a ti —dijo, y cuando encontré sus ojos, la tormenta en ellos estaba a punto de estallar—. Lo quiero fuerte. Dámelo fuerte…

La besé entonces, profundamente, mientras me hundía en ella, y se lo di como me lo había pedido. Fuerte. Implacable. Ni siquiera me molesté con los dedos o con un vaivén de caderas, nada para llevarla al orgasmo salvo machacarle directamente el clítoris y clavársela con mi polla hinchada. Le sujeté las manos a ambos lados de la cabeza y la follé mientras la besaba, arrasándole la boca con mi lengua.

Pronto, los dos jadeábamos tan fuerte que no podíamos seguir besándonos. Tuve que soltarle las manos para apoyarme y dárselo más fuerte. Cuanto más fuerte la follaba, más altos y agradecidos se volvían sus gritos entrecortados. Me clavó las uñas en el culo mientras embestía, atrayéndome hacia ella.

Al cabo de un rato, frenó mi ritmo con las manos y se echó los tobillos sobre mis hombros.

—No te contengas, Seth —dijo, con la voz hecha un jadeo entrecortado entre los otros sonidos de placer indefenso que hacía

—. Dámelo…

Seguí embistiéndola hasta que su coño me estrujó el alma y gritó al correrse —y entonces la embestí aún más fuerte. Más rápido otra vez. En el instante en que empezó a correrse, fue como si se hubiera tirado de un cable trampa; exploté como un puto cañón, vaciándome en ella con tanta fuerza… el rayo me atravesó el cuerpo y la cabeza me estalló en estrellas.

Más tarde esa noche, estaba envuelto alrededor de Elle cuando me preguntó: —¿Cuándo empezó esto para ti? ¿Fue en Hawái?

Estábamos tumbados en un sofá en el cuarto de estar contiguo a su comedor, desnudos, envueltos en una manta. Acabábamos de volver a follar y yo estaba pegado a su espalda, jugando con su pelo, pasando los mechones largos suavemente entre mis dedos. Ni siquiera estaba seguro de que siguiera despierta hasta que habló.

—No —confesé—. Pensé en ello mucho antes. —Dudé, luego añadí—: Siempre pensé en ti.

—¿Siempre? —Se giró boca arriba para mirarme. Había un fuego encendido en la chimenea y velas encendidas por toda la mesa del comedor de nuestra cena; la luz del fuego le parpadeaba sobre la cara, haciéndola parecer atemporal, eterna, dorada—. ¿En aquella época?

—Sí —dije—. En aquella época. —Porque habría mentido como un cabrón si hubiera dicho que la idea de follármela era un concepto nuevo para mí.

Se quedó callada un largo momento mientras simplemente me devolvía la mirada. Luego: —¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque… tenías esa regla de no involucrarte con los tíos de la banda —dije, aún jugando con las puntas de su pelo, como oro blanco hilado—. Zane me avisó antes siquiera de presentarme a ti. Así que siempre lo tuve en mente. No quería joderla, ni faltarte al respeto. Te tenía mucho respeto. A todos vosotros.

—Bueno… gracias, supongo —dijo, puro sarcasmo. Pero sonrió un poco, y las sonrisas de Elle, últimamente, eran mucho más raras que el oro.

—Pero Jesse se saltó tu regla —dije.

Su sonrisa se desvaneció. —Sí.

—¿Te arrepientes?

—No.

—¿Sigues teniendo sentimientos por él? —Ni siquiera quería preguntar, pero sabía que tenía que hacerlo.

Porque sabía que yo tenía sentimientos por ella.

Y desde nuestra conversación en la playa de Kauai, me lo había estado preguntando. Desde la primera vez que follamos, me moría por saber, no solo dónde estaba yo realmente con ella, sino dónde estaba Jesse.

—Él no está aquí ahora mismo —fue su respuesta.

No me encantó. No me decía lo que quería saber.

Jesse estaba casado ahora. Felizmente, por lo que yo podía ver. Pero si existía alguna posibilidad de que Elle aún quisiera estar con él, necesitaba saberlo. Para poder averiguar cómo gestionarlo.

Sabía que no podía exactamente reprochárselo; si mi recuperación me había enseñado algo, era que todo el mundo tenía derecho a sus sentimientos. Permitirte de verdad sentir las cosas y enfrentarte a lo que sentías era una de esas claves cuando vivías sobrio. Eso significaba que Elle tenía derecho a sentir lo que sintiese, y yo también. Si ella aún quería a Jesse… no sabía cómo lo llevaría. Pero tendría que intentarlo, joder, sintiese lo que sintiese —fuéramos a ser amigos el resto de nuestras vidas, o algo más.

—Siempre me importará Jesse —siguió, quizá intuyendo que necesitaba un poco más de ella sobre el tema—. Pero no, ya no estoy enamorada de él. Ni enamorada de la idea de que él me quiera. Al final, no podía obligarle a hacerlo.

Asimilé eso.

Estaba claro que le había querido, pero la creí cuando dijo que se había acabado. Simplemente me dejaba flipado que él no la hubiera querido de vuelta.

—¿Y Jessa? —me preguntó.

Lo consideré, negando un poco con la cabeza. No, realmente no podía echarle en cara haberse enamorado de Jesse, cuando yo me había enamorado de su hermana. —La familia Mayes tiene algo mágico, ¿no?

Una pequeña carcajada de sorpresa se le escapó. —¿Sí? ¿Capullos guapos?

Sonreí un poco.

—Tú *la* respetabas —dijo Elle, poniéndose seria otra vez—. Era parte de la banda, y aun así te involucraste con ella.

—Sí. Pero Jessa estaba jodida, Elle —dije—. No como yo, pero estaba perdida, y se había criado sin dinero, igual que yo. No tenía padres, igual que yo. No me intimidaba como tú.

Elle se giró de lado, de cara a mí. —¿Me estás diciendo en serio que mi regla te frenó de ligar conmigo?

—No, digo que tu regla me dio una excusa conveniente para no intentar ligar contigo y que me mandaran a la mierda. —Seguía pareciendo escéptica—. Eras la diosa de platino del rock, Elle. Yo era un huérfano y un yonqui.

—Y una puta estrella del rock —dijo—. Compartí escenario contigo. Vi a las fans encima de ti. Podrías haber tenido a cualquier chica.

—No quería a cualquier chica —dije.

Sus ojos grises de acero me estudiaron, buscando señales de patraña. —¿Lo dices en serio?

No podría haber hablado más en serio.

—Elle… tú lo tenías todo. Una familia bonita. Eras preciosa. Con talento. Y luego tenías la fama, para remate. Tus legiones de fans adorándote. Tenías las llaves del puto imperio. ¿Por qué ibas a abrirle esa puerta a un tío como yo?

Se me quedó mirando.

Y entonces me besó.

Le devolví el beso, y pronto estábamos a ello, todo pasión y hambre, como si intentáramos recuperar todos los años que nos habíamos perdido cuando quizá podríamos haber estado haciendo esto… y al mismo tiempo, como si ambos supiéramos que cualquier momento podía ser nuestro último momento así.

Sabía que no quería que esto terminara. Pero también sabía que lo que estábamos haciendo, en secreto… no estaba bien.

Le haría daño a Dirty, otra vez, y yo no quería eso. Le haría daño a Elle, y no soportaba eso.

Pero aun así no podía frenar.

Sabía que debería dejar de follármela. Darle algo de tiempo para aclararse, para decidir si quería contarle a la banda lo nuestro o no, si realmente quería esta complicación en su vida o no.

Pero cada vez que me tocaba, envolvía su cuerpo a mi alrededor, me miraba como lo estaba haciendo ahora —como si me deseara, joder, *ahora*, con esa tormenta gestándose en sus ojos— mientras me tumbaba de espaldas y se deslizaba encima de mí… Elle, una mujer que podría haber elegido a cualquier hombre… pero me quería a *mí*… perdía toda capacidad de resistir esto que seguía creciendo entre nosotros como un tsunami, imparable, arrasando el mundo hasta reducirlo a escombros sin sentido a nuestro alrededor.

Quería ser la clase de hombre que podía alejarse de esto, que podía hacerse a un lado y esperar, ver cómo iban las cosas con la banda y volver a entrar, si y cuando fuera el momento. Cuando fuera seguro para ella, y todo fuera limpio y claro.

Pero simplemente no era esa clase de hombre.

La deseaba, y cuando estaba con ella… cuando me tenía, bien dentro de ella… me daba igual lo que fuera a costarle a cualquiera de los dos.

CAPÍTULO 22

ELLE

—ESTA ES SUMMER. —Le presenté a mi amiga a Seth cuando ella entró en el estudio la tarde del día siguiente. Esperaba un apretón de manos o un hola. En vez de eso, fue directa hacia Seth y abrió los brazos para abrazarle.

—Ven aquí, anda —dijo, y los dos se envolvieron mutuamente. El abrazo fue fuerte y familiar, y me pillé sintiéndome extrañamente celosa.

Era un sentimiento primario, de *quita-las-manos-de-encima-de-mi-hombre*. Uno que no debería haber estado sintiendo hacia una de mis mejores amigas, en quien confiaba profundamente, ni hacia Seth, que no era exactamente mi hombre.

Pero ahí estaba.

Cuando se soltaron, Summer pasó el brazo por los hombros de Seth. Llevaba un mono morado muy guay, ceñido, que a mí me quedaría fatal, su pelo largo y oscuro liso como una tabla, con un eyeliner negro grueso y pintalabios rosa, una especie de look mod-punk femenino. A la chica le importaban una mierda las modas y siempre se las arreglaba para estar increíble.

—Ya nos conocemos —dijo, con esa alegría que solo tenía cuando estaba colada por un tío bueno.

—No me dijiste que Summer era tu misteriosa amiga DJ —dijo Seth, sonriendo con soltura.

—Yo… eh… no sabía que os conocíais. —Le lancé una mirada. Podría habérmelo dicho.

Pero Summer se limitó a agitar una mano en el aire y, por fin, soltó a Seth. —Oh, ya sabes. Yo conozco a todo el mundo. Seth también. El mundo es un pañuelo. —Rodeó la sala, ojeando las guitarras de Seth—. ¿Vamos a hacer ruido, o qué? —Entonces me miró. Y me guiñó un ojo.

Sabía lo que estaba haciendo. Tantearme para ver cuánto me gustaba el tío.

Porque ya se daba cuenta de lo que yo no estaba del todo lista para admitirle, ni a ella ni a mí misma. Que me gustaba Seth Brothers —mogollón.

Lo suficiente como para arrepentirme de haberla invitado, si iba to tirarse toda la noche flirteando con él.

Fue nuestra mejor sesión hasta la fecha.

Summer tenía un montón de ideas, como siempre. La mujer era capaz de añadir todo tipo de capas de sonido disparatadas con su equipo. Yo tenía un plato en el estudio solo para ella, y todo tipo de movidas de DJ de última generación y de mejora de sonido, todo un sistema informático que tenía a una empresa de informática de guardia para mantenerlo y gestionarlo. Todo para que Summer pudiera venir a tocar conmigo.

A veces simplemente trasteábamos, por el mero placer de hacerlo. A veces componíamos canciones. A veces las grabábamos. Entre las dos, probablemente teníamos material para unos dos álbumes potenciales, materia prima para algún futuro proyecto colaborativo.

También iba a unirse a Dirty en el estudio —por primera vez— para el nuevo álbum, y yo no podía esperar, joder.

Y ahora, Seth y yo la incorporamos a un par de las canciones en las que habíamos estado trabajando. Y ella llevó la música a nuevos lugares, como hacía siempre. Seth y ella nunca habían trabajado juntos, pero conectaban bien. Musicalmente. Personalmente.

Para cuando se fue a casa, cerca de las tres de la madrugada, no sabía qué sentir. Estaba medio flipada con que quizá teníamos a una tercera integrante que podía llegar hasta el final con nosotros —grabar un álbum de verdad. Estaba cautelosamente optimista con que algo serio podía pasar aquí. Que quizá podía salirme con la mía y sacar un álbum con Seth Brothers, y nadie me odiaría por ello.

¿Cómo iban a hacerlo, cuando oyeran lo bueno que era? Entonces tendrían que entenderlo, ¿no?

—No le menciones esto a Ash, ¿vale? —le pedí a Summer mientras la acompañaba a su coche y nos abrazábamos. Me sentía mal pidiéndoselo, pero tenía que hacerlo.

—Ni en broma —dijo. Al arrancar el coche, bajó la ventanilla y me dijo—: Pero de verdad que tienes que tirarte a ese tío. Si no lo haces tú, igual lo hago yo. —Luego me sonrió, su sonrisa letal de reina de la fiesta, y salió disparada de mi entrada.

Sabía que solo me estaba vacilando. Quizá se daba cuenta de que ya me lo estaba tirando, y solo quería que lo confesara.

Cuando volví a entrar en la casa, Seth me estaba sirviendo una copa de vino tinto. La cocina olía a café recién hecho.

—¿Cómo puedes tomar café a cualquier hora de la noche y aun así dormir? —le pregunté.

—Cánsame —dijo, mirándome bajo los párpados entornados—, y dormiré. —Me deslizó las manos por la cintura y me atrajo hacia él.

Pero en vez de derretirme entre sus brazos como quería, me tensé un poco.

—Tengo que estar en el bar a las siete de la mañana —le informé —. Las audiciones no van a esperarme. —En realidad, sí. Si no llegaba puntual, las audiciones no podían empezar, y un montón de gente estaría molesta conmigo.

Era la primera vez que mencionaba las audiciones a Seth desde que se habían reanudado, pero él pareció imperturbable. —Entonces probablemente deberías echarme.

Nos quedamos allí de pie, sin que ninguno de los dos hiciera ningún movimiento para que eso ocurriera. Sus ojos nublados de deseo me retaron con la mirada; el cabrón chulito sabía que no quería que se fuera. Por eso se había hecho café.

Di un sorbo a mi vino y dije, con frialdad: —Creo que a Summer le ha gustado hacer música contigo.

Su mirada recorrió mi cara, leyéndome como un libro abierto. —Estás… ¿celosa?

Bufé con demasiada vehemencia, delatándome por completo. —¿De qué?

—¿Crees que me gusta ella?

—No pasa nada si es así —mentí—. Está buena, y parecíais bastante cómodos el uno con el otro. Y la conozco. Normalmente, cuando Summer le sonríe tanto a un tío, tiene previsto follárselo… o ya se lo ha follado.

—Bueno… no puedo decirte cuáles son sus planes. Pero nunca se ha acostado conmigo.

Entrecerré los ojos. Ahora simplemente sospechaba. —¿Por qué no?

—¿Es totalmente imposible imaginar que puedo estar en la misma habitación con una mujer y no acostarme con ella?

—No sé —dije—. ¿Puedes?

—Llevas demasiado tiempo en el mundo del rock and roll —dijo, haciéndome retroceder hasta tenerme contra la pared—. No todos los hombres piensan exclusivamente con la polla, Elle.

Era consciente de eso. Brody, por ejemplo, nunca había sido de esos de meter-primero-la-polla-y-preguntar-después, y siempre lo había agradecido —que *alguien* tuviera autocontrol en las giras. Me daba esperanza continua en la mitad masculina de la especie. Pero Brody era un hombre de negocios, ante todo. Otro animal. Uno que lideraba con la cabeza.

Mis amigos estrellas del rock eran otra historia.

—Tienes razón —reflexioné—. Estoy bastante segura de que Dylan ha tomado una decisión, o quizá dos, a lo largo de los años, que no implicaba su polla.

—Ahí lo tienes —dijo, besándome el cuello—. Has demostrado lo que digo.

Suspiré mientras me lamía y mordisqueaba bajando por la garganta. —¿Podemos dejar de hablar de Dylan…?

—Sin problema. ¿De qué prefieres hablar?

Abrí la boca para contestar, pero no salieron palabras. Seth ya iba camino abajo, levantándome la camiseta para besarme el estómago, luego deslizando las manos bajo mi falda corta…

Antes de darme cuenta, estábamos en el suelo de la cocina, medio desnudos.

Sus manos estaban por todas partes, acariciando, recorriendo, amasando. Su boca, su lengua, estaban en todos lados. Si cerraba los ojos, era un poco como si tres hombres distintos estuvieran adorando mi cuerpo, besando, mordisqueando, lamiendo… Su boca estaba en mi pezón, chupando. Luego en mi cuello, lamiendo, provocando, haciéndome temblar. Una mano en mi pelo, tirando un poco. Una mano en mi estómago, la yema de su dedo acariciándome el clítoris.

Luego sacó un condón de algún sitio, y me metió la polla hasta el fondo. Le rodeé la cintura con las piernas.

Su lengua estaba dentro de mi boca, penetrando profundamente. Sus dedos se hundían entre mis piernas mientras embestía dentro de mí, las caderas trabajando en un ritmo lento y profundo, girando contra mí. Estaba tan concentrada en devolverle el beso, en acariciar y chupar su lengua y querer excitarle, y simplemente disolverme en aquel placer absoluto, que ni siquiera supe que estaba ahí —hasta que me corrí, y mi cuerpo entero pareció hacerse pedazos debajo de él.

Jadeé dentro de su boca y me retorcí contra él, atrapada entre su cuerpo caliente y el suelo duro y frío.

La cabeza me daba vueltas.

Cada vez… era como si me estuviera venerando. Como si estuviera empeñado, totalmente centrado, en mi orgasmo… en chupármelo y follármelo y acariciármelo y estrujármelo hasta sacármelo… Como si no pudiera correrse hasta haberme llevado a mí primero.

Y cuando lo hacía…

Perdía el control. Perdía el ritmo. Sus embestidas se aceleraban. Su respiración se volvía entrecortada, pesada, y se deshacía. Se clavó en mí y sentí cómo su polla palpitaba unas cuantas veces mientras se vaciaba dentro de mí.

Le abracé mientras jadeaba, besándome la garganta, el pecho.

Cuando se recuperó, se incorporó un poco. —Eres tan jodidamente guapa… —Había asombro en su voz, y en sus ojos mientras me miraba desde arriba.

—Tú eres… eh… —Intenté que me salieran las palabras, pero tenía muy poca sangre en el cerebro—. Estás en mi frecuencia.

Una sonrisa tembló en sus labios carnosos.

—O sea… *mierda*, eso ha sido un sex talk horrible. Solo quería decir… eres tan intenso en mis, eh, puntos sensibles. Pierdo un poco el control. Nunca me había pasado eso.

—¿Qué te ha pasado?

—No sé… ¿Perder la noción de mí misma así? Normalmente controlo mi propio orgasmo. No te rías. —Me estaba sonriendo de oreja a oreja, y le di un golpecito en el pecho—. O sea, normalmente depende de *mí* cuándo me corro. Puedo hacer que pase cuando quiero, o frenarlo. Pero contigo… no sé. Me estoy corriendo y ni siquiera sé cómo he llegado ahí. No tengo control. Los sonidos que hago o lo que hace mi cuerpo… Tú llevas mi cuerpo ahí antes de que mi mente pueda alcanzarlo.

Su sonrisa flaqueó un poco. —¿Eso es malo?

—No. —¿Sonaba mal, por cómo lo había descrito? No estaba segura… apenas recordaba lo que había dicho. Mi mente no estaba exactamente afilada en ese momento—. Es solo… intenso. Diferente.

Era diferente.

También era algo a lo que podría acostumbrarme increíblemente bien.

Pero no dije eso. En cambio, dije: —Es que nunca había tenido un hombre que tomara así el control de mi cuerpo.

Él lo consideró mientras se subía los vaqueros. —¿No te gusta?

—Creo que sí —admití. Era quedarme cortísima.

—Bien. —Se inclinó y me besó, todo caliente y húmedo y agotado—. Porque hacerte correr es una especie de pasión mía.

Una oleada de calor me recorrió al oír sus palabras. Sí… podía acostumbrarme totalmente a eso.

—Ah, mierda… casi se me olvida —dije, mientras intentaba volver a ponerme las bragas, temblorosa y débil—. Mi padre ha llamado

esta mañana.

Seth me miró; había estado abrochándose los vaqueros, con cierta dificultad, sobre su polla medio empalmada.

—Mañana cenamos tarde con mi familia, después de las audiciones. Bueno, a no ser que tengas otros planes.

Se quedó completamente quieto, y la boca se le abrió un poco. Pero no salieron palabras.

—Quieren conocerte. Ya sabes, otra vez. —Sonreí, mientras sus ojos se abrían de par en par con una expresión de puro terror—. Tranquilo —le dije, poniéndome el sujetador—. Son fans.

CAPÍTULO 23

ELLE

ERAN FANS. Todos. Mi madre, mi padre e incluso mi loca hermana pequeña.

Para cuando terminamos de cenar, eran fans aún más rendidos.

Y se sentía bien, estar fuera con Seth, aunque solo fuera en el comedor de mis padres. Como si por una vez no tuviéramos que escondernos del mundo.

Les había dicho simplemente que traía a un amigo a cenar, y como cualquier amigo mío era siempre bienvenido a su mesa, no hicieron preguntas. Por supuesto, sabían quién era Seth. Le habían conocido años atrás, muchas veces. Pero si les sorprendió verle cuando llegamos, no lo demostraron. Le recibieron como si viniera a cenar todas las semanas.

Mientras comíamos, mis padres le acribillaron a preguntas amables, con toda la inocencia, como habrían hecho con cualquier invitado. En realidad, ayudó que fuera otra persona quien llevara la conversación, manteniendo a Seth hablando, para que yo pudiera limitarme a escuchar y empaparme de él.

Estaba increíble, con esos labios carnosos y esos ojos ahumados, reflexivos, y su voz de cantante, suave pero ruda, varonil. Sus manos fuertes y hábiles de guitarrista y su piel morena, de tono aceitunado.

Sobre todo cuando toleró el millón de preguntas de mi hermana pequeña durante el postre con gracia y encanto. Al menos ella había aguantado los entrantes y el plato principal, dejando que los demás

pudiéramos conversar un poco antes de desatarse, pero yo sabía que le había costado morderse la lengua. Angie tenía veintitrés años, pero al oírla hablar pensarías que tenía trece.

De hecho, para cuando mamá sirvió su famoso *cobbler* de melocotón, me quedó bastante claro lo que estaba pasando: mi hermana estaba un poco deslumbrada.

Nunca la había visto deslumbrada por Jesse o Zane. Los conocía de media vida. Dylan, por lo que fuera, era otro cantar. Angie siempre había estado locamente enamorada de Dylan. Era desternillante, para mí, y algunos días *vivía* para verla quedarse tartamudeando y con las piernas temblando cuando él se quitaba la camiseta o se agachaba, ajeno a todo, delante de ella. Podía reírme porque sabía que nunca actuaría en consecuencia.

En la cabeza de mi hermana pequeña, Dylan era una especie de perfección inalcanzable contra la que medir a todos los tíos normales; ni siquiera quería tocarle y arriesgarse a que la fantasía se desvaneciera. Me lo había dicho tal cual. Sus palabras exactas fueron: *Dylan Cope es mi estándar*.

Estaba contenta con su enamoramiento no correspondido, adorándole desde una distancia segura.

Pero con Seth, de algún modo, podía estar enamoradita *y* hablarle, por lo visto —incluso mientras los diminutos corazoncitos de dibujos animados le palpitaban en los ojos.

—¿En cuántos álbumes has tocado? —le preguntó, viéndole beber el café. Su mirada de ojos azules se le iba continuamente a los labios.

Lo entendía; Seth tenía unos labios increíbles.

—Contando el que hice con Dirty —respondió—, cuatro.

—¿Cuál es tu canción favorita? —preguntó.

—¿De todos los tiempos?

—Sí.

—Si tuviera que elegir… *Carry On Wayward Son*.

—No la conozco.

—Gran canción —intervino mi padre.

—Es de Kansas —le informó Seth a mi hermana—. De mil novecientos setenta y seis.

Angie arrugó un poco la nariz. —¿Has conocido alguna vez a Lady Gaga?

—No.

—¿Katy Perry?

—La vi al otro lado de una sala una vez. ¿Eso cuenta?

—¿Y no te acercaste a ella?

—No. ¿Gran error?

—Eh, sí. ¿Has visto sus tetas?

—Angeline, estamos en la mesa. —Esa fue mi madre. Le sonrió a Seth a modo de disculpa, como diciendo: *Perdona que mi hija sea así de salida.*

—¿Qué tipo de chicas te gustan? —insistió Angie.

—Las listas.

—¿Te gustan las rubias? —Angie no era rubia; tenía el pelo castaño claro. Yo era la única rubia en la habitación.

Le lancé una mirada de advertencia.

—Alguna que otra vez —dijo Seth.

—¿Cuánto tiempo fuiste adicto a la heroína?

—Angeline —la avisé.

—¿Qué? —protestó—. Está en internet.

—¿O sea que has estado investigando a nuestro invitado?

—No mucho —le respondió Seth—. No tardé mucho en darme cuenta de que era mala idea.

—¿Qué otras drogas te metiste?

—Angeline, basta. —Ese fue mi padre.

—No pasa nada —dijo Seth—. Me metí un montón de cosas. Ni siquiera sé todas las que probé. Y no recomendaría ninguna.

—¿En serio? —dijo Angie—. Yo he probado marihuana, setas, éxtasis y ketamina. —Le lanzó una mirada a mi padre. Mi padre se la devolvió—. Mi padre odia eso. Que tomara ketamina.

—Es un tranquilizante para caballos, hija.

—De verdad, Angie —añadió mi madre—, ¿en qué estabas pensando?

Angie se encogió de hombros. —Fue solo una vez. Una chica tiene que experimentar, ¿sabes?

—¿Más café? —Levanté la cafetera en dirección a Seth. Sus ojos encontraron los míos y asintió. Parecía divertido; su leve sonrisa parecía decir: *Tu familia es adorable de cojones*. Quizá para él, lo eran.

Para algunas familias, podrían parecer un poco excéntricos o raros. Pero eran bastante normales de cojones en mi mundo, ya que la mayoría de las personas que yo conocía, en comparación —Seth incluido— venían de familias muy disfuncionales. Mis padres seguían enamorados tras treinta y tantos años de matrimonio. Papá era un agente inmobiliario de éxito. Mamá llevaba la casa y nunca había trabajado fuera, aparte de su trabajo benéfico. Hacía *cobbler* de melocotón con un delantal con volantes y llevaba perlas, y podíamos hablar abiertamente de drogas ilegales alrededor de la mesa. Éramos la estampa perfecta, en un plan moderno de *buen rollito familiar*, y lo sabía. Incluso nos llevábamos bien, la mayoría de los días.

Le rellené el café a Seth e intenté lanzarle una mirada que dijera: *Manda callar a Angie si hace falta.*

—¿Has estado alguna vez en Japón? —le preguntó mi hermana.

—Sí.

—¿Las chicas son más guapas allí?

—Las chicas son guapas en todas partes.

—¿Tú crees que mi hermana es guapa?

—Tu hermana es espectacular.

Seth ya había contestado antes de que yo tuviera oportunidad de pinchar a Angie con un tenedor por debajo de la mesa. Por desgracia, llevaba vaqueros, así que apenas le hizo efecto.

—¿Sigues teniendo groupies tirándosete encima? O sea, desde que dejaste Dirty.

—A veces.

—¿Cómo es eso?

Seth pareció pensárselo. —Incómodo, normalmente.

—¿Por qué?

—Porque algunas chicas son agresivas con eso. Y no les gusta que las rechacen. Y si son fans, la verdad es que no quieres cabrearlas, pero a veces no queda otra.

—Ya. ¿Con cuántas chicas te has acostado?

—¡Angeline! Por el amor de Dios. —La pinché otra vez. Me arrancó el tenedor de la mano por debajo de la mesa.

—Ay, por favor. —Mi madre levantó las manos.

—Nena —advirtió mi padre.

—¿Qué sería una buena respuesta a esa pregunta? —le preguntó Seth a mi hermana.

Angie usó mi tenedor para meterse un trozo de *cobbler* de melocotón en la boca y lo consideró. —¿Cuántos años tienes?

—Veintinueve —dijo Seth.

—¿Has estado casado alguna vez?

—No.

—Cinco —dijo mi hermana—. Cinco es una buena respuesta. No tantas como para parecer un putón, pero no tan pocas como para parecer un fracasado.

—Pues cinco entonces —dijo Seth.

—Perdona por Angie —dije, cerrando la puerta del dormitorio tras de mí—. Mis padres la han malcriado un poco. El último bebé en abandonar el nido y todo eso. No oye la palabra «no» muy a menudo.

—No pasa nada —dijo Seth—. Es graciosa. —Estaba mirando alrededor, empapándose de todo. Estábamos de pie en mi dormitorio de la infancia, el que había ocupado desde que nací hasta los diecinueve años—. Me recuerda a ti cuando eras más joven.

—Dios. ¿En serio?

Me sonrió. —Tú eras un poco más… respondona. Ya por aquel entonces.

—Tío. Debía de ser insoportable.

—Qué va. —Estaba mirando la cama, donde un montón de peluches descansaban sobre las almohadas, como si alguna niña pequeña siguiera viviendo aquí—. Según lo recuerdo yo, eras jodidamente encantadora. Ingeniosa. Sarcástica hasta decir basta.

Divertida. Tenías una risa genial. Y un culo genial, también. —Me echó una mirada, y sentí la oleada de calor entre las piernas. Solo tenía que mirarme—. Pequeña rubia explosiva…

Le observé acariciar la colcha con volantes, y me di cuenta de cómo debía de verse todo, para él. Un huérfano y un niño de acogida; un chaval de la calle. Las paredes amarillo mantequilla y los pósters de estrellas del rock, los muebles a medida y el vestidor. Las almohadas con volantes y las cortinas de encaje y todas aquellas cosas brillantes de niña amontonadas en las estanterías.

Insoportable era definitivamente la palabra.

—Así que esto es, ¿eh? Donde pasaba la magia… —Giró sobre sí mismo, mirando la habitación—. No me puedo creer que sea la primera vez que entro en tu dormitorio.

—Has estado en mi dormitorio —dije.

—No en este dormitorio. El dormitorio de Elle Delacroix, sueño adolescente. —Me miró, enarcando una ceja—. ¿Tienes idea de cuántos chicos de tu instituto habrían matado por estar aquí ahora mismo?

—Ya… —dije—. Bastante loco que nunca echara un polvo aquí, ¿no?

Pareció genuinamente sorprendido. —Me estás tomando el pelo.

—No.

—Eso es una puta tragedia —dijo, acercándose a mí.

—Desde luego que sí.

Me levantó en sus brazos y me atrajo para besarme. Como siempre, no tardó mucho antes de que estuviéramos enredados el uno en el otro. Antes de que estuviéramos rodando por mi cama rosa con volantes y quitándonos la ropa.

—Rápido —logré decir, entre besos con lengua—. Angie es un sabueso. Si sospecha que nos lo estamos montando aquí, vendrá a llamar a la puerta.

—Tranquila —dijo—, vengo preparado. —Ya había sacado un condón del bolsillo de sus vaqueros.

—Qué previsor —le pinché, pero me alegraba de que hubiera pensado con antelación. Si no, saldría de aquí tambaleándome, increíblemente insatisfecha.

—¿Qué quieres que te diga? Esperaba que pasara esto. Una especie de fantasía mía… —Ya tenía la polla fuera, gracias a que yo le había arrancado los vaqueros, y se estaba poniendo el condón.

—¿Qué? ¿Hacérmelo en mi dormitorio de adolescente?

—Sí. —Me dedicó una sonrisa, quizá un poco cohibido—. ¿Es raro?

—No. Es caliente. —Se dejó caer encima de mí y empezó a hacer lo suyo, bajando a besos por mi cuerpo y convirtiéndome en una masa palpitante de deseo—. ¿Fantaseabas… con follarme aquí? —Su lengua encontró mi clítoris y lo recorrió. Me dejé caer en la cama y me derretí mientras él se sumergía…

—Elle —dijo, deteniéndose apenas en medio de comerme el coño para encontrar mis ojos—, si me hubieras dado luz verde, en aquella época, te habría follado sin pensármelo dos veces.

Vale. Eso me estaba poniendo cachonda…

—¿En serio?

—Sí —murmuró, volviendo a subir a besos por mi cuerpo, quizá consciente de que le había dicho que se diera prisa—. Y habría durado dos segundos, también. Menos mal que me esperaste… —Me besó los pechos deprisa, metiéndose cada pezón en la boca, rodeándolo con la lengua, haciéndome jadear y prácticamente ronronear.

—Sí —dije atropelladamente—, …menos mal que aprendiste unos cuantos trucos con los años.

—¿Estás diciendo que soy bueno en la cama? —Se pasó la lengua por el labio, mirándome desde arriba. Mientras se apoyaba sobre mí, deslizó su polla por mi coño, haciéndome estremecer.

—No estás mal —mentí.

Embistió dentro de mí y grité, un sonido extático, rasgado, salvaje. Me tapó la boca con la mano. —*Shh* —susurró—. No queremos que tus padres oigan lo malo que soy en la cama.

Y entonces se puso serio, abriéndome los muslos y embistiéndome con fuerza. Y su cara cambió. Se volvió todo concentración y hambre y sexy de cojones… esos ojos ahumados… esos labios suaves, mordibles…

No siempre me había encantado que me embistieran fuerte. Dependía del tío. Dependía del sexo. Dependía de mi humor. Pero Seth… Seth era diferente. Quería que me diera duro. Quería sentir su deseo por mí, sin contención.

Pero era difícil conseguir que se soltara así, por muy caliente y alterado que estuviera. Le preocupaba hacerme daño; se le notaba.

Incluso ahora, mientras me clavaba en la cama, mientras representábamos esta fantasía suya, no se perdía del todo en ella. Seguía imprimiendo ese vaivén de caderas jodidamente delicioso al final, frotando cada parte de él que yo necesitaba contra cada parte de mí que lo necesitaba, haciéndome contraer y temblar y gemir, todo el rato llevándome más cerca del punto exacto donde él me quería…

En éxtasis.

—¿Quieres correrte…? —me preguntó cuando estaba casi ahí, con los ojos clavados en los míos. Quizá recordaba lo que le había dicho ayer, sobre cómo tomaba el control de mis orgasmos…

—Hazme —le dije sin aliento.

Y eso hizo. Me cogió las manos y las levantó bien arriba por encima de mi cabeza, inmovilizándome en la cama. Y sus caderas… Las giró hacia arriba dentro de mí, fuerte, y yo no pude hacer nada por evitarlo. Me dio en cada punto sensible por dentro… fuerte, lento, una y otra vez… Hasta que estaba gritando, mordiéndole el cuello para ahogar mi propia voz. Me corrí, mi cuerpo convulsionando, sacudiéndome contra él mientras me sujetaba.

Me besó, metiéndome la lengua en la boca para amortiguar mis gritos.

Y entonces se corrió conmigo. Sentí cómo se tensaba, los músculos contraídos mientras se enterraba en mí, y lo saboreé. Las oleadas de su éxtasis; cuando cerré los ojos, prácticamente las sentía, rompiéndose a través de él, mientras se estremecía contra mí.

Después, me aparté, temblorosa, fingiendo que necesitaba el espacio para arreglarme la ropa. Para levantarme y arreglarme el pelo y el maquillaje en el tocador para que nadie supiera lo que acabábamos de hacer aquí. Éramos invitados a cenar, al fin y al

cabo. Sería una falta de educación alargarnos más de lo que ya lo habíamos hecho.

Seth me siguió en silencio al pasillo. No intentó tocarme de nuevo. Quizá sabía que yo no querría que lo hiciera delante de nadie. Que aún no podía permitir que nadie supiera lo nuestro.

Que aunque estaba formándose una conexión poderosa e innegable entre nosotros, aún había resistencia en mí. Un reloj, haciendo tictac sin fin en el fondo de mi mente.

Cuando nos despedimos de mi familia, Angie me acusó en voz baja: —¿Estás otra vez enamorada?

Le respondí atrayéndola hacia mí y abrazándola con fuerza.

Me lanzó una mirada de leve desaprobación —no estaba segura de por qué. ¿Desaprobación de que me estuviera enamorando de alguien otra vez? ¿Desaprobación de que intentara engañarme a mí misma —y a ella— sobre el hecho? Pero no la dejé decir ni una palabra más. Cogí a Seth de la mano y me lo llevé, hacia nuestro coche, donde Flynn nos esperaba.

Mientras nos alejábamos, seguí sin decirle una palabra a Seth. Sabía que estaba haciéndome la fría; demasiado fría. Estaba tratando esto como si fuera algo temporal. Como si cuando el álbum, o lo que cojones estuviéramos haciendo realmente en mi estudio, acabara, cada uno se iría por su lado —yo entraría en el estudio de grabación con Dirty y nuestro nuevo guitarrista, y luego de gira con mi banda.

Y esto se habría acabado.

—Tu familia es… genial.

Miré la cara de Seth; sus palabras habían sido profundamente sinceras. Los ojos le brillaban con alguna emoción que no pude identificar.

Aparté la mirada antes de que pudiera leer las emociones en los míos. Ninguna de ellas. Porque cuando estábamos solos, me daba miedo estar dejándolas ver.

Peor aún, cuando nos quitábamos la ropa… cuando Seth me tocaba, me besaba, me abrazaba… cuando estaba dentro de mí… mi cuerpo nos decía a los dos la verdad.

Que esto era mucho más que música.

CAPÍTULO 24

ELLE

NO PODÍA CONTENER a Summer más tiempo.

Desde que había vuelto de Hawái, llevaba amenazando con organizarme esa fiesta que había mencionado —la que estaría plagada de hombres disponibles, para mí. Y cada vez que me negaba a admitir que hubiera algo entre Seth y yo, amenazaba con mandar a alguien —musculoso y atractivo, por supuesto— a sacarme de mi casa a rastras y llevarme al cuartel general de la fiesta, es decir, a su casa.

Pero nunca llegó a hacerlo.

También me había mandado mensajes del tipo *¿A qué esperas?* Acompañados, normalmente, de fotos para babear de un Seth soñador, atormentado, con cara de niño, de veinte años, mirando a cámara con el alma en los ojos; fotos promocionales de los primeros tiempos de Dirty, rescatadas de internet. Junto con *hashtags* como *#cockgoals*.

De algún modo, había logrado aplacarla diciéndole que Seth y yo estábamos «hablando las cosas» y «aclarando las cosas». Por supuesto, había querido saber a qué clase de «cosas» me refería, pero fue justo lo suficiente para convencerla de que *algo* estaba pasando, aunque yo no quisiera hablar de ello todavía.

Cuando llamó hoy —mi día libre, entre audiciones— finalmente acepté su invitación. En parte, para no tener que estar a solas con Seth, ni con mis pensamientos.

Una fiesta sería la distracción perfecta, ¿no?

Estaba tan empeñada en distraerme de mi aturdimiento de *no-sé-qué-cojones-hacer-con-estos-sentimientos* que ni se me pasó por la cabeza que Ash también pudiera estar en la fiesta.

Por supuesto, estaba. Le vi en cuanto Seth y yo cruzamos la puerta.

De camino, me había preocupado cómo recibirían a Seth. Lo que la gente pudiera pensar de él, y de que estuviéramos juntos. Si los amigos de Summer le darían una buena acogida.

Pero resultó que no tenía de qué preocuparme.

Al entrar en la casa de Summer en Arbutus Ridge, moderna y enorme, con sus vistas épicas de la ciudad —una casa de fiestas por excelencia, que funcionaba como una especie de alojamiento gratuito para todos sus amigos, y actualmente poblada por unas cuantas docenas de invitados cuidadosamente seleccionados, muchos de ellos hombres guapísimos— enseguida quedó claro que Seth conocía a tanta gente allí como yo.

Probablemente, Summer sabía que así sería.

Sabía que la gente de Dirty no estaría allí. Summer conocía a los chicos de la banda, pero simplemente no era ese tipo de fiesta. Era una fiesta para mí; una excusa para sacarme de casa y supuestamente presentarme hombres. Summer me conocía lo bastante bien como para saber que traería a Seth si iba en serio con él, para darle el mensaje de que no buscaba que me emparejaran. Que no buscaba liarme con nadie, porque sí, estaba —extraoficialmente— liada con Seth… aunque aún no quisiera decirlo.

Pero nada de eso le impediría invitar a Ash.

En realidad, no se me ocurría una sola cosa en el mundo que impidiera a Summer darle la bienvenida a Ash en cualquiera de sus fiestas, si estaba en la ciudad. Y, por lo visto, lo estaba.

Fulminándome con la mirada desde el otro lado del salón de Summer, para ser exactos.

Era temprano aún, la fiesta deliciosamente relajada mientras la gente se sentaba en pequeños grupos en los conjuntos de muebles preparados para la ocasión o circulaba, dando sorbos a cócteles, charlando y riendo. Sonaba un suntuoso *remix* de *Wait till You See Him* de Ella Fitzgerald; con clase, sexy, y tan acertado que tuve que

preguntarme si Summer habría puesto la canción justo para mi entrada con Seth. Desde luego no me extrañaría nada de ella.

Se apresuró a abalanzarse sobre mí y besarme en la mejilla —y robarme a Seth con un guiño travieso, llevándoselo hacia la multitud para presumir de él.

En cuanto lo perdí de vista, Ash se acercó con paso decidido; la popularidad de Seth era justo la oportunidad que necesitaba para llevarme aparte. Me empujó hacia un pasillo vacío y fue directo al grano.

—¿Qué coño estás haciendo?

—Eso no es asunto tuyo —le dije, con calma. Estaba claro que nos había visto a Seth y a mí llegar juntos. Quizá incluso me había visto cogerle de la mano al entrar.

—Llevamos mucho tiempo siendo amigos, Elle. ¿Así quieres llevar esto?

No dije nada, pero habría dado igual; de todas formas, ya estaba hablando otra vez.

—¿Y tu banda? ¿Saben que estás aquí ahora mismo, con él?

—Tampoco es asunto suyo —le dije—. Dirty no es mi dueño. —Pero la verdad era que tenía miedo. Miedo de que se enteraran y se cabrearan. Miré directamente a los ojos azules de Ash—. Y como digas algo, Ash…

—No voy a decir una mierda. Pero sabes que tienes que hablar con Dylan. Él te lo diría.

Tenía razón, y odiaba que tuviera razón en esto.

—Sí, y se lo diré cuando esté lista.

Ash se me quedó mirando. —Esto es una mierda. —Me repasó, despacio, de la cabeza a los pies. Llevaba un vestido corto, ceñido, azul eléctrico, un vestido de cita, y sus ojos no se lo perdían. Negó con la cabeza.

Luego se giró de repente y empezó a alejarse con grandes zancadas.

—Somos amigos, Ash —le llamé.

Se paró y se giró para mirarme.

Suspiré. —Por favor, no te cabrees conmigo.

Después de todo el estrés con Jesse durante el último año y medio, no podía más. Una cosa era pasar de Ash por teléfono, a kilómetros de distancia. Otra era verle esa expresión en la cara.

Sus ojos sostuvieron los míos un latido, las cejas oscuras frunciéndose. —No estoy cabreado, Elle —dijo, con la voz baja y ronca. Luego se marchó.

Ni siquiera había salido del pasillo cuando Summer me arrolló. Me agarró y me metió a tirones en un dormitorio, cerrando la puerta.

—Joder —dijo—. Lo has hecho. Te has acostado con él. —Me miraba fijamente a la cara, esperando una respuesta. Apenas la necesitaba. Sabía que podía leer la verdad en mis ojos.

—Sí. Me he acostado con él. Repetidamente, ¿vale?

Se echó un poco hacia atrás, asimilándolo. —Guau.

—Guau, ¿qué?

—Es que estoy… sorprendida. —Seguía estudiándome, leyéndome la cara, el lenguaje corporal. Era inquietante.

—¿De qué? Sabías que me iba a acostar con él. Lo viste venir desde el primer día.

—Ya, pero… no esperaba *esto*.

—¿No esperabas *qué*?

Sus ojos azul pálido se entrecerraron mientras examinaba mis piernas desnudas. Cruzó los brazos bajo el pecho; esa noche llevaba un mono negro sin mangas, con una abertura delante que revelaba un escote perfecto. Se había cortado un flequillo largo que le enmarcaba la cara, ladeado, con ondas sueltas; algo así como Jaclyn Smith en *Los Ángeles de Charlie*. Estaba asombrosamente perfecta, y yo me sentía extrañamente como un puto desastre allí de pie, bajo su mirada.

¿Para qué cojones había salido esta noche?

—Estás muy a la defensiva con él —observó—. Y te pones faldas más cortas de lo normal cuando él anda cerca. Como… *muy* cortas.

—¿Cómo no voy a estar a la defensiva? Algunos de mis amigos más cercanos piensan que es un gilipollas, y yo no lo creo, ¿vale?

—Vale. —Se me quedó mirando.

Le devolví la mirada. —¿Qué? Suéltalo, ¿vale? Lo que sea que estés pensando.

—Es que estoy pensando… —Su cara bonita se arrugó un poco al fruncir el ceño—. Estoy un poco preocupada.

—¿Por qué?

—Elle. Estás loca perdida por él.

—¿Y? —Casi grité—. ¿Y qué si lo estoy?

—Es que es… tan *rápido*. O sea, ¿de verdad quieres hacer saltar por los aires toda tu vida por esto?

—No, pero…

—Ash está herido, ¿sabes?

Y ahí fue cuando realmente me caló. Que Ash de verdad no estaba cabreado.

Estaba dolido.

—Es que… no me di cuenta de que sus sentimientos por mí fueran tan… serios —dije. Era patético. Lo supe en cuanto las palabras me salieron de la boca. Pero de verdad no me había dado cuenta—. Haré lo que pueda para suavizar el golpe, ¿vale? Quizá no fui tan… empática. O sea, sé lo que se siente al ser rechazada. Solo me cuesta mucho creer que *Ash* se sienta así por mí.

—Quizá simplemente no quieres creerlo —dijo Summer.

Crucé los brazos, imitando su postura. Pero tenía razón, quizá.

—Sé que no quieres hacer daño a nadie —y mucho menos a un amigo— de esa manera —dijo—. Y puede que por fuera sea todo pinchos, con los *piercings* y los tatuajes y esos ojos ardientes, pero créeme, Ashley tiene sentimientos.

Dios. Esto era una *mierda*.

Nunca pretendí hacerle daño a Ash. Se suponía que nunca iba a *enamorarse* de mí de verdad.

¿A quién se le ocurría a Ashley Player enamorarse de mí?

—Vale —dije—. Lo pillo. Tiene sentimientos, y se los he herido. Le besaré las heridas para que se mejore. No pretendía hacerle daño.

—Vale. Genial. ¿Y ahora qué pasa con Dirty?

—¿Qué pasa con Dirty? —repliqué.

—Elle. No es posible que no te hayas dado cuenta de que estás haciendo daño a tu banda. A Dylan. A Jesse…

—Sí. No vaya a ser que haga daño a Jesse —dije, exasperada—. ¿Qué cojones tiene que ver Jesse con esto?

Levantó las manos cuidadas en señal de rendición. —Eh, no dispares a la mensajera, ¿vale? Lo único que digo es que… te quieren. Te necesitan. Y los estás dejando fuera un poco. Igual que hiciste con Ash. Dejándolos a todos en el limbo, preocupados por si te van a perder.

—¿Qué? ¿Quién ha dicho eso?

—Dylan. Eso es lo que le dijo a Ash, y Ash me lo contó a mí.

Mierda.

Nada bueno.

No quería dejarlos a todos preocupados por eso. Entre todas las cosas… yo no tenía planeado dejar Dirty.

—Es que… no sé —le dije, negando con la cabeza. No sabía cómo lidiar con todo esto. Seth. La banda. Brody. Ash—. Es que no sé cómo hablar con ellos. Le *odian*, y no sé cómo hacerles ver la verdad.

—¿Cuál es la verdad?

—Que él es… que no es lo que ellos creen.

Sentí las lágrimas inundarme los ojos, y Summer las vio. Pareció un poco atónita, la verdad, con los ojos azules abriéndose de par en par. Rara vez lloraba, y nunca me había derrumbado en lágrimas por un hombre delante de ella… aparte de cuando Jesse rompió conmigo.

—Tu pelo está increíble, por cierto —ofrecí con un sorbido.

—Elle…

—Es como si me estuviera partiendo justo por la mitad —le dije —. Yo en un lado, con Seth, pero nadie sabe que estoy con él, y si lo supieran… Dios, ni me lo puedo imaginar. Jesse en el otro lado con Brody, y Jessa… ni siquiera sé. Probablemente está atrapada en medio, si se lo preguntas a ella, pero los tíos la tienen firmemente empujada detrás de ellos como un muro de cabezonería. Dylan está en medio seguro… o quizá en algún lugar de mi lado. O sea, normalmente está de mi lado, pero no sé. Ni siquiera he hablado con

él de esto todavía. Lo va a odiar, seguro, porque se sentirá atrapado en medio. Y luego está Zane, en algún lugar fuera de campo. Nunca sabes qué coño va a decir o hacer ese tío. Podría decir que quiere a Seth de vuelta ahora mismo, pero no sé si es porque realmente quiere a Seth o solo quiere ser una espina clavada en el culo de Jesse.

—¿De verdad crees que Zane haría eso? ¿Con algo tan importante como la banda?

—No sé… simplemente no lo sé. Solo han pasado un par de semanas y ya estoy superestresada con esto. No me gusta esconderles cosas a los chicos y mentirles.

—No les estás mintiendo. Solo no les has dicho que estás haciendo música con Seth o que te estás acostando con él. Y la verdad, ¿cuánto de eso es asunto suyo? —Podía sentir que se ponía de mi parte, que ahora quería protegerme, defenderme. Pero solo me hacía sentir peor.

Las lágrimas me temblaban en los ojos, amenazando con caer, y me las limpié. —Tienen derecho a saber lo que estoy haciendo, musicalmente. Ellos me contarían lo que están haciendo.

—Pues díselo.

—No puedo.

—¿Has hablado con Jesse? Si las cosas están tan mal entre vosotros, quizá deberías…

—No lo están —dije—. Ni siquiera se trata de él y de mí.

—Vale… —dijo Summer, procesándolo todo—. Entonces… ¿de verdad te preocupa hacer daño a Dirty? ¿O hacer daño a Seth?

Ni siquiera quería contestar a eso. La verdad era que tenía miedo de hacerles daño a los dos, y lo odiaba con toda mi alma.

—Sé que quiere recuperar a Dirty —dije—. Ni siquiera me admite lo mucho que lo quiere, porque sé que le da miedo no tenerlo nunca. Finge que está bien con ello, pero sé que no lo está.

—Quizá siente lo mismo por ti.

—Dios. Tengo que sentarme. —Me dejé caer en la cama.

Summer vino a sentarse a mi lado. Estábamos en uno de sus dormitorios de invitados, donde probablemente se quedarían a dormir algunos de los invitados esta noche. Quizá Ash dormiría aquí

esta noche, y si era así, probablemente no estaría solo. Y no me importaba lo más mínimo.

Pero la idea de Seth liándose con otra persona… me mataba.

Ni siquiera podía imaginarme dejándole marchar. Perderle de mi vida otra vez. No saber dónde estaba o qué hacía. No *conocerle*.

La triste verdad era que volver a conocerle me había hecho más feliz de lo que me había sentido en casi dos años.

—Es buen tío, Elle —dijo Summer—. Siempre lo he sabido de Seth. Pero bueno no es suficiente, ¿vale?

La miré.

—Tú eres oro puro, nena —dijo—. Platino. Y te he visto aguantar mucha mierda de segunda. Si Seth te quiere de verdad, pase lo que pase con la banda, más le vale dejarse la piel.

Sonreí ante la expresión. —Suenas como esa canción.

—Siempre sueno como una canción —dijo, pasándome un brazo por encima—. Elle, cielo. Es sencillo. Lo único que necesitas es un hombre que quiera ser *tu* hombre, y que lo quiera con ganas. No un hombre que quiera que seas algo que no eres. No un hombre que te quiera colgada del hilo, adorándole, para divertirse. Necesitas un hombre que quiera ser el hombre de Elle, punto. Que haga lo que haga falta para ser tu hombre. Se acabaron los juegos. Se acabó la mierda. Es hora de ir en serio.

—Lo sé.

—Así que quizá necesitas preguntarte si Seth Brothers es ese hombre. Y si de verdad merece la pena perder a tu banda por él.

—No lo merece —le dije—. Nadie lo merece.

Pero había una semillita de duda, una pequeña raíz desplegándose y arraigando en lo más profundo de mí… de que quizá me equivocaba en eso.

—Joder —dije, doblándome hacia delante sobre mis rodillas.

—Sí —coincidió, frotándome la espalda en círculos compasivos—. Supongo que eso lo resume todo.

Después de que Summer se fuera, me quedé en el dormitorio sola. Ya no me apetecía socializar —en absoluto. ¿En qué estaba pensando, viniendo a una fiesta esta noche?

Estaba considerando mandarle un mensaje a Seth y a Flynn y pedirles que me llevaran a casa, cuando Seth se coló en la habitación.

—Summer me ha dicho que estabas aquí… —Vino directo a mí, pero en vez de sentarse en la cama, se dejó caer de rodillas en la moqueta frente a mí y me rodeó la cintura con los brazos.

Y quería llorar, allí mismo, en sus brazos. Pero no lo hice. Mantuve la compostura, por los pelos. Incluso esbocé una sonrisa. Le rodeé con mis brazos también.

—Eh —dijo, estudiándome—, ¿qué pasa?

—Nada. —Negué con la cabeza—. Solo estoy más cansada de lo que pensaba. Creo que no quiero quedarme mucho. ¿Quizá irnos pronto a casa?

—Vale —dijo, deslizando una mano por mi muslo desnudo—. Podemos hacer eso. —Su mirada bajó al dobladillo de mi vestido corto, que se había subido al sentarme. Mucho. Mis bragas de encaje negro estaban completamente a la vista—. Pero quizá primero debería ayudarte con este vestido…

En vez de bajarme el vestido para taparme más, me lo subió, con las dos manos. Y suspiré mientras la excitación me recorría el cuerpo.

No había ninguna duda: Seth, excitado, me excitaba a *mí*.

Como, instantáneamente.

Sus pulgares me recorrieron las bragas y abrí los muslos, dejando escapar un gemido entrecortado de anticipación. Su cara se nubló de deseo y me eché hacia atrás sobre las manos para darle mejor acceso.

Le observé apartarme las bragas con un dedo y deslizar el pulgar por mi clítoris. Mi coño se contrajo y palpitó.

Dios… le necesitaba ahora mismo.

Necesitaba que borrase todas las sensaciones de mierda por las que acababa de pasar, la montaña rusa emocional de este día… y de cada día de las últimas semanas. Y quizá lo percibió, cuando me

miró a los ojos… justo antes de que su boca se presionara entre mis piernas. Su lengua… esos putos labios suyos…

Me comió despacio, con cariño… con hambre. Como si tuviera todo el tiempo del mundo. Una mano me agarraba las bragas, apartándolas. La otra me acariciaba la cara interna del muslo, suavemente. Me provocaba la entrada con la yema de un dedo, esparciendo la humedad resbaladiza de mi excitación por mi carne sensible. Tocándome con tanta suavidad que me estaba prendiendo fuego.

Necesitaba más, pero él se contenía. Tomándose su tiempo…

Me chupó el clítoris, suavemente, explorando con la lengua. Depositó besos suaves por todo mi coño, chupando y provocando a su paso. Lamió con un ritmo suave, saboreándome, deteniéndose de vez en cuando para lamerse los labios, como si estuviera paladeando el sabor.

—Fóllame, por favor —supliqué—. Necesito que me folles, Seth.

Sus ojos ahumados encontraron los míos. —Quiero saborear cómo te corres —dijo, acariciándome la entrada, ligeramente, con un dedo—. Y luego te voy a follar…

Gemí mientras me besaba el clítoris suavemente, despacio, varias veces, hasta que me retorcía de necesidad contenida. Entonces se lanzó a fondo con la lengua… y el orgasmo me sacudió y me deshizo de repente. Me chupó el clítoris mientras me corría, y me mordí la lengua para no gritar y que se enterara toda la casa, aunque el bajo vibraba a través de la pared —la música estaba tan alta que me di cuenta de que nadie me oiría. Era un *remix* al estilo Summer de Ice Cube, *You Can Do It*.

Una risa sin aliento me burbujeó en la garganta, porque sabía que Summer estaba poniendo la canción solo para mí…

Más le vale dejarse la piel.

Y es que… Seth se dejaba la piel. Cada vez.

Cuando la avalancha de placer remitió a un nivel razonable y pude volver a ver con claridad, le miré, ahogando mis risitas extáticas. Esa noche había llevado una americana con su camiseta y vaqueros, una de tweed, roquera, gris con los bordes deshilachados, y le quedaba tan increíblemente bien que solo quería abrazarle y

llevármelo a casa mientras se la quitaba. Tenía las pupilas dilatadas cuando me miró, colocado de sexo. Se estaba desabrochando los vaqueros, sacando la polla.

Nunca había deseado a un hombre dentro de mí como le deseaba a él en ese momento.

Se puso de pie sobre mí, y observé cómo se ponía un condón. Los ojos se le cerraron por la intensidad; estaba duro como una piedra. Se pasó la mano por la polla un par de veces mientras se ajustaba el condón hasta el final, luego me miró.

Yo seguía tumbada hacia atrás en la cama, esperándole.

Pero no vino a mí. Sus ojos, en cambio, recorrieron lentamente mi cuerpo.

Ahora me tocaba a mí preguntar. —¿Qué pasa?

—Necesito un minuto —dijo con voz ronca—, o voy a acabar. Literalmente.

—Oh —respiré—. Bueno… no me hagas esperar mucho…

Le observé quitarse la camiseta; tan guapo. Su cuerpo duro y fibroso. Su polla en la mano.

Vino a mí, por fin, y me quitó las bragas, luego se dejó caer despacio sobre mí. Acababa de tener un orgasmo que me había fundido el cerebro, y aun así estaba sin aliento de necesidad. —¿Qué coño está pasando…? —logré decir. Ni siquiera hablaba del sexo, exactamente.

—¿Qué? ¿*Esto*…? —preguntó, subiendo a besos por mi cuello—. Esto está pasando… —Mordisqueó hasta mi oreja—. Esto va *en serio*. —Me lamió el punto sensible bajo la oreja y susurró—: Te deseo.

Sí. Yo también le deseaba a él… Y me ponía locamente cachonda su certeza.

—He pasado por mucha mierda, Elle —me susurró con voz ronca al oído mientras alineaba su polla con mi coño—, y sé reconocer algo bueno.

Yo también.

Le rodeé la cintura con las piernas mientras empujaba dentro de mí, llenándome. Cerré los ojos, saboreando la sensación mientras mi cuerpo vibraba de placer. Quería más. Quería más de él.

—¿Estás bien? —preguntó, rozándome el labio inferior con la boca.

—Sí. —Abrí los ojos, encontrando su mirada. Luego le besé suavemente—. Dámelo.

Y lo hizo. Me lo dio profundo… a fondo y despacio. Me observaba la cara, los labios, separados y temblorosos mientras respiraba… los ojos, cerrándose y abriéndose mientras cabalgaba las sensaciones… llenándome de él, una y otra vez…

—¿Así está bien, nena? —murmuró.

—Muy bien… —respiré.

Nunca me había llamado *nena* antes. Me gustó.

Me gustaba *él*.

Le agarré del culo e intenté atraerle más adentro. Le quería lo más profundo posible. Quería que se corriera más fuerte de lo que se había corrido en su vida. Quería que olvidara a todas las chicas que hubiera tenido.

Quería que fuera *mío*.

Y cuando de repente perdió el control, abandonando la lucha por contenerse y dejándose ir, su polla sacudiéndose dentro de mí… me detonó. Me corrí con él, rodando sobre las olas de éxtasis con él.

Sus ojos encontraron los míos mientras jadeaba por encima de mí. Tenía la boca abierta, los labios hinchados. Los ojos oscuros y ahumados.

Estaba tan guapo… fuerte y vulnerable, después del sexo.

Parecía un hombre enamorado.

Apoyó su frente contra la mía… y se sintió tan correcto. Simplemente respirar con él. Tenerle cerca.

Sabía que esto no se suponía que pasara. Los dos lo sabíamos.

No se suponía que nos enamoráramos… pero lo estábamos haciendo. Los dos sabíamos que sí.

Me estaba enamorando de Seth Brothers, y él se estaba enamorando de mí… fuerte y rápido.

CAPÍTULO 25

SETH

LAS AUDICIONES HABÍAN TERMINADO. Seis días enteros, y Dirty había terminado de escuchar a guitarristas en Vancouver.

La siguiente fase del proceso, me había informado Elle, implicaría más audiciones, si decidían seguir por ese camino. Pero al parecer tenían a dos candidatos que se estaban planteando seriamente.

—Hay un tío que vino desde Atlanta, y otro de Toronto —me explicó—. Ninguno de los dos es perfecto, pero ya hemos dejado de buscar eso. —Me miró desde el otro lado de la habitación, la culpa evidente en sus ojos gris acero. Estábamos en su estudio, preparándonos para tocar—. Brody y Liv están negociando ahora con los productores de la serie, decidiendo si queremos continuar con las audiciones o empezar a reducir candidatos con lo que tenemos. Es todo un puto proceso.

Parecía agotada de todo aquel proceso mientras se dejaba caer en el gran sillón blanco y mullido de la esquina junto a las ventanas. Parecía un ángel sentada en él, la suave luz de la mañana filtrándose por las ventanas a su espalda. Sujetaba una taza de café entre las manos y me observaba cambiar una cuerda rota en mi Fender favorita.

—Tenéis que hacer lo que sea mejor para la banda, ¿no? —dije, sin comprometerme.

—Sí —respondió—, supongo. —Y yo sabía lo que estaba pensando. Estaba pensando que *yo* era lo mejor para la banda.

Pero no tenía sentido que ninguno de los dos lo dijera.

Estaba de acuerdo con ella, pero, al final, era demasiado jodidamente deprimente seguir hablando de eso.

Un timbre lejano sonó en la parte delantera de la casa, y Elle frunció un poco el ceño, levantándose. —El timbre —dijo—. Voy a abrir.

Cuando volvió unos minutos después, venía seguida de un pelirrojo gigante. El metro noventa y tantos de Dylan Cope entró en el estudio detrás de ella, clavando sus ojos verdes en mí.

Me quedé paralizado, guitarra en mano. Tenía la Fender enchufada y había estado tocando el solo de saxofón de *Touch Me* de The Doors en la guitarra, básicamente matando el rato mientras esperaba a Elle.

—Seth —dijo, saludándome con un gesto de cabeza.

—Dylan —logré articular—. Me alegro de verte, tío.

No se acercó a darme la mano ni un abrazo ni un puto beso, así que yo tampoco fui a por ello.

Elle me lanzó una mirada rápida que estaba a medio camino entre la disculpa y la resignación. Se sentó con cuidado en su sillón mullido y dijo: —Dylan ha pasado a verme. Le he dicho que tenemos algo que ponerle.

Dejé la guitarra. —Vale. De acuerdo. —Me sequé las palmas, ahora sudorosas, en los vaqueros.

Cuando Dylan se sentó en el sofá, puse la pista en la que habíamos estado trabajando la noche anterior, la que Elle me había dicho que le pusiera. Era una balada, muy acústica, la primera canción que le había tocado a Elle en este estudio. La habíamos llamado *Somewhere*.

Dylan escuchó con atención, la mirada clavada en la alfombra, la mente sumergida en la música. Cuando terminó, sentí la necesidad de decir: —Está en bruto.

Dylan levantó la vista, directamente hacia mí. —Está bien —dijo.

Miré a Elle, que estaba sentada en silencio en su sillón de ángel. —¿Quieres oír más? —le preguntó ella.

Las cejas de Dylan se alzaron. —¿Hay más?

—Sí. Unas cuantas más.

—¿Cuántas?

—Tres.

—Tres… —repitió, mirando de Elle a mí y vuelta—. ¿Tres como la que acabo de oír? —Parecía bastante alucinado—. ¿Habéis grabado cuatro canciones ya?

—Sí. —Me encogí de hombros, incómodo—. Bueno, una de ellas es seguramente mejor. Es la favorita de Elle, por lo menos. Summer se pasó y tocó en ella… —Miré a Elle otra vez, preguntándome si estaba bien decir eso.

—¿Quieres oír las canciones o qué? —le pinchó Elle a Dylan.

—Sí —dijo, repasándome con la mirada mientras se reclinaba y ponía los pies sobre la mesa de centro—. Venga, ponédmelas.

Así que le puse todas las canciones que habíamos grabado hasta ahora, y después de que terminara la última, Dylan asintió y dijo: —Está bien —otra vez.

Los ojos de Elle encontraron los míos. Estaba conteniendo una sonrisa, lo cual interpreté como que el «bien» de Dylan era bastante genial.

Después de un momento, dijo, pensativo: —Summer ha metido unos ritmos decentes ahí. Pero deberíais buscar un batería de verdad que os toque la batería. —Miró a Elle—. Una pena que no conozcáis a nadie así.

La sonrisa se extendió por la cara de Elle; se le iluminó entera.

Luego salió disparada de su sillón y le dio a Dylan un abrazo tan fuerte y tan largo que podría haberme puesto celoso si no supiera que no había motivo.

El día siguiente fue jodidamente surrealista.

Por la mañana, Flynn nos llevó a Elle y a mí a Left Coast Studios, donde ella había reservado tiempo para nosotros. Era uno de los estudios de grabación más conocidos de Vancouver, pero yo nunca había estado dentro.

El ingeniero que nos recibió, me dijo Elle, era un viejo amigo de Dirty. Se llamaba Cody, un tío grandote, corpulento, como un oso de

peluche, y sorprendentemente joven. Me dio la bienvenida y nos enseñó el lugar.

El espacio era enorme, incluso más grande por dentro de lo que parecía por fuera, y de última generación. Fotos de docenas de músicos y bandas famosos que habían grabado allí adornaban las paredes de las oficinas de la entrada, y discos de oro y platino decoraban las paredes del salón de lujo.

No estaba seguro de cómo Elle había conseguido tiempo de estudio de ese nivel con tan poca antelación, pero, bueno, era Elle. Cody parecía encantado de tenerla allí.

Cuando entramos en el estudio que íbamos a usar, unos cuantos tíos estaban preparándolo todo para nosotros, con una batería enorme ya montada en la sala de batería para Dylan. Dylan estaba allí, detrás de la batería, haciendo algunos ajustes y hablando de baterías con el personal del estudio.

Esto estaba pasando de verdad, joder…

Dylan vino a recibirnos, abrazó a Elle y me tendió la mano, que estreché en silencio. Estaba demasiado impresionado para hablar. Me daba miedo que, si lo hacía, rompiera el hechizo y me despertara de este sueño.

Estuvimos un rato hablando con Cody, sobre las canciones, sobre por qué estábamos allí aquel día. Al parecer, Dylan se había pasado media noche con las grabaciones que le habíamos dado, trasteando con algunos ritmos.

Pero no fue hasta después de unas cuantas horas tocando las canciones con el batería de Dirty cuando todo me caló de verdad… Que estaba allí, tocando con Elle y Dylan, y estábamos grabando música.

Era solo por diversión, le había dicho Elle a Cody. Solo juguetear con material nuevo para ver cómo sonaba todo. Pero a medida que avanzaba el día, supe que era mucho más que eso.

Tuve la sensación de que estábamos documentando nuestro caso, algo formal que presentar al resto de Dirty. Elle y Dylan no lo habían dicho, pero estaba bastante seguro de que si Dylan sabía de esto, no tardaría mucho en enterarse el resto de la banda. Elle probablemente sentía que tenía algo que demostrarles cuando

vinieran a pedirle cuentas, y quizá esta era su forma de hacerlo. Su forma de decir: *Aquí lo tenéis, escuchad y juzgad, si os atrevéis.*

No estaba seguro de que fuera la mejor manera de abordarlo, pero le seguí el juego.

En algún rincón de mi mente, no podía evitar preguntarme cuándo se iba a desmoronar todo esto.

También me preguntaba en qué momento Dylan se daría cuenta de las miradas que Elle y yo no dejábamos de lanzarnos mientras tocábamos. Las sonrisas privadas y los vistazos robados. Era más consciente de ellos que nunca, con él en la sala, y Cody observando a través de la ventana desde la cabina de control.

Pero si se dio cuenta, Dylan no dijo ni una palabra al respecto.

No fue hasta la mitad de la tarde, cuando volvió al estudio con los cafés que Joanie había ido a buscar, y encontró a Elle en mis brazos, que supe que nos habían pillado.

Era un abrazo inocente. Ya había terminado de meterle mano y de besarla hasta perder la cabeza. En realidad, ya la había arrastrado al baño para follármela. No fue el movimiento más elegante de mi vida, pero en cuanto Dylan había salido, Elle me había agarrado la polla y me había lanzado esa mirada suya de tormenta-a-punto-de-estallar, y o la arrastraba al baño de mujeres o me la follaba allí mismo, delante de Cody.

¿Qué otra cosa iba a hacer? ¿Rechazarla?

Ni de coña.

Nos habíamos recompuesto del todo, y estaba bastante seguro de que toda la ropa estaba bien puesta, pero Dylan se paró en seco para mirarnos. Y estaba claro, cuando Elle se apartó de mí, que era demasiado tarde. Nuestra mutua satisfacción post-sexo estaba escrita en nuestras caras.

Dylan cogió su café y le pasó la bandeja con los demás a Elle.

—Bueno —dijo mientras veía a Elle darme el mío—, ¿qué pasa de verdad entre vosotros dos?

—¿Es tan obvio? —preguntó Elle, demasiado inocente.

—Para mí, sí —dijo Dylan.

Elle dio un sorbo a su café. —Somos amigos. —Me sostuvo la mirada, y la forma en que me miró era mucho más que amistosa.

—Ya —dijo Dylan, pero ahí lo dejó.

En el segundo día en Left Coast, Joanie asomó la cabeza en el estudio, con una expresión agobiada y de disculpa en su cara pecosa, mientras estábamos grabando. Segundos después, el cantante principal de Dirty entró pavoneándose, todo cresta falsa rubia, ojos azul hielo y una seguridad arrolladora.

La presencia de Zane cambió al instante la energía de la sala.

Lo sentí en el segundo en que entró. Como si la corriente eléctrica que vibraba entre nosotros mientras tocábamos se hubiera cortado de golpe, y todos se quedaron como congelados.

Elle dejó de tocar el bajo inmediatamente y se volvió hacia Dylan, que estaba despatarrado en el sofá. Había estado escuchándonos a los dos grabar guitarras. —¿Se lo has dicho? —le exigió.

—Eh —dijo Zane, fingiendo ofenderse mientras tiraba su chaleco de cuero a un lado—. ¿Qué clase de recibimiento es ese? Sabéis, normalmente cuando entro en un estudio de grabación, la gente se alegra bastante de verme.

Dylan simplemente se encogió de hombros. —No sabía que esto fuera una sesión privada —le dijo a Elle, y los dos mantuvieron una breve discusión sin palabras que terminó con Elle soltando un suspiro cabreado.

—Ponedme al día, chicos —dijo Zane con naturalidad, estirándose en el sofá junto a Dylan—. Quiero oírlo.

Elle me miró con impotencia, y yo me encogí de hombros. Esto no era decisión mía. No quería hacer ni decir nada que causara problemas entre Elle y Zane.

Así que mantuve la boca cerrada mientras ella se giraba hacia la ventana y le decía a Cody: —Adelante. —Luego se quitó el bajo y se resignó a dejarse caer en el otro sofá.

Dejé mi guitarra y me senté a su lado, los ojos azules de Zane clavados en mí mientras lo hacía.

Cody reprodujo lo que acabábamos de grabar; era la mejor canción que teníamos hasta ahora. Elle y yo habíamos metido unas voces provisionales, pero estaba claro que la canción necesitaba una voz principal más potente. Aún no teníamos claro qué dirección tomar con las voces, pero me sentí un poco avergonzado escuchándolas con Zane en la sala. Elle tenía una voz preciosa, pero realmente no nos habíamos comprometido aún con lo que estábamos haciendo.

Cuando la canción terminó, Zane dijo: —¿Tenéis la letra apuntada?

Yo la tenía, en el móvil. Pero a Elle le gustaba escribirlo todo a mano, en un montón de cuadernitos rosas que guardaba en una de sus fundas de guitarra. Sacó uno de ellos y lo hojeó, luego se lo pasó.

Zane lo examinó. Parecía estar procesando lo que acababa de oír, tamborileando un ritmo en su rodilla con los nudillos.

Luego se puso de pie.

—Dejad que le dé un tiento —dijo. Y nadie iba exactamente a pararle cuando se acercó al micrófono.

Me recliné y escuché mientras Cody reproducía la canción, sin voces, y Zane le ponía su voz a nuestra canción.

Mientras cantaba, se me puso la piel de gallina. Y un puto nudo en la garganta.

Varias veces paró, y le indicó a Cody que parara y volviera a empezar. La cantó de forma diferente a como la habíamos cantado nosotros, más agresiva… y jodidamente mejor.

Después de varias tomas, paró. Se quedó allí de pie, mirando las palabras en la página del cuaderno de Elle. Luego se giró y nos miró.

Apenas podía procesar la magnitud de aquel momento. Zane Traynor, cantando una de mis canciones nuevas otra vez.

No tenía ni idea de si alguien en la sala sabía realmente lo que esto significaba para mí.

Zane era el cantante principal de Dirty, y por mucho que todos chocaran con él a veces, yo sabía que la banda nunca aceptaría nada a lo que él se opusiera frontalmente. Pero Zane nunca se había opuesto frontalmente a mí. A estas alturas estaba bastante seguro.

Sabía que me había querido como a un hermano, en su día; me lo había dicho muchas veces. Me metió en la banda, siempre me cubrió las espaldas. Fue el último en volverse contra mí cuando las cosas se torcieron, y el primero en darme la bienvenida cuando volví.

De verdad, me importaba —una barbaridad— lo que Zane pensara de todo esto. Lo que pensara de mí.

Sus ojos azul hielo se clavaron en los míos. —¿Quién ha escrito esta mierda?

—Seth —dijo Elle.

—Es jodidamente buena —dijo Zane.

—Gracias, tío —logré decir. Estaba increíblemente agradecido; aunque nunca volviera a tocar con Zane, aquel momento era una especie de reivindicación.

Joanie apareció en la cabina de control, le susurró algo a Cody, y Cody nos informó por su micrófono: —Maggie está fuera.

Y el corazón me latió un poco más fuerte; ya me estaba martilleando con furia.

¿Cuánto peor, o mejor, se iba a poner esto?

—Que pase —dijo Zane.

Miré a Elle. Sus ojos grises encontraron los míos; parecía que a ella también le latía a mil. Su mano rozó la mía en el sofá, entre los dos, y yo deslicé mi meñique sobre el suyo.

Cuando Maggie entró, nos echó un vistazo a los cuatro en el estudio y se le descompuso la cara. —¿Qué coño estáis haciendo? —preguntó, en un tono bajo y fiero. Parecía estar mirando sobre todo a Zane cuando lo dijo.

Zane seguía de pie junto al micrófono; los demás seguíamos tirados en los sofás, donde nos habíamos quedado hipnotizados viéndole hacer lo suyo.

—Depende —dijo Elle—. ¿Estás aquí espiando para Brody?

Maggie pareció desconcertada cuando su mirada giró hacia Elle. —No —dijo con cuidado—. Solo estaba por la zona, y Zane me dijo que estabais aquí.

Elle le lanzó una mirada a Zane y Zane simplemente sonrió.

—No me has devuelto las llamadas —dijo Maggie, aún dirigiéndose a Elle.

—Os dije que necesitaba tiempo —fue la respuesta de Elle.

—Ya, bueno —dijo Maggie—. He estado preocupada por ti. Primero, te vas a Hawái con Seth. —Me dedicó una mirada—. Y ahora estás sola todo el tiempo, aislándote de todos. Aunque, claramente… *no* estás sola. —Nos miró al resto con acusación.

Me sentí un poco como un crío al que pillan fumando en el baño del instituto. No sabía qué decir. Ni si debía decir algo.

—Lo que estamos haciendo —le dijo Zane— es lo que mejor sabemos hacer. —Y cuando Maggie se giró hacia él de nuevo, le dijo a Cody—: Ponle la canción.

Cody puso la canción, y todos escuchamos lo que habíamos montado, Maggie con los brazos cruzados con fuerza sobre el pecho. Con Dylan a la batería, Elle al bajo, y ahora la voz de Zane… la canción era una puta pasada.

Cuando terminó, Zane dijo: —Es jodidamente buena, ¿verdad?

Pero Maggie no parecía impresionada.

—¿Os dais cuenta de lo que estáis haciendo? —Nos miró a cada uno. Los tres miembros de Dirty se llevaron la primera ráfaga: Dylan, Elle, Zane. Luego yo. Hasta Cody recibió una mirada fulminante—. Estáis trabajando en un álbum de Dirty sin Jesse. Sin Jessa. Sin hablar con Brody.

Nadie dijo nada. ¿Qué podían decir?

Tenía razón.

Y yo desde luego no iba a ser el primero en abrir la boca.

Maggie se dio la vuelta y se fue, y no conocía a aquella mujer, pero podía afirmar con total certeza que estaba increíblemente cabreada. Dolida, incluso.

Zane fue detrás de ella.

Nadie más dijo nada durante un minuto entero. Luego Cody anunció: —Yo, eh, me tomo un descanso para comer. Nos vemos en un rato. —Y se fue.

No sabía qué decir. Pero dijera lo que dijera, este no era mi problema.

Yo no era parte de Dirty. Maggie no era mi *manager*. Esto era algo que tenían que resolver entre ellos, y aunque de alguna manera

yo había causado el problema, pensé que lo mejor era quitarme de en medio ahora mismo.

—Voy a por un café —dije, con cautela—. ¿Alguien quiere algo?

—No —dijo Dylan.

Elle negó con la cabeza, así que los dejé allí a los dos. Elle no hizo ademán de acompañarme cuando salí.

El sol y el aire fresco fueron un alivio después de horas en el estudio. Después de toda aquella tensión…

Vi de refilón a Zane y a Maggie en el pequeño aparcamiento, de pie junto a la puerta abierta del conductor de un coche que debía de ser el de ella. Hablaban en voz baja y acalorada, y me di la vuelta, dirigiéndome a la pequeña cafetería de enfrente.

Flynn también estaba allí, al otro lado del aparcamiento, fumando con otro tío de seguridad que debía de haber venido con Zane.

Cuando volví, café en mano, todos seguían allí. Zane y Maggie seguían allí; estaban de pie muy cerca el uno del otro, y la cosa seguía acalorada. Observé cómo Zane le cogía la cara con las manos, acercándose. Estaban casi nariz con nariz. Ella le puso las manos sobre las suyas, pero no le apartó. Siguieron hablando, con la mirada clavada el uno en el otro.

Entonces ella se zafó y se giró para meterse en su coche.

Aparté la mirada antes de que me viera observando, y fui a sentarme en el bordillo junto a la puerta del estudio. Maggie se marchó, y Zane volvió hacia el estudio.

Cuando me vio sentado ahí, se paró.

Me miró durante un largo momento mientras yo bebía mi café. Quizá preguntándose cuánto de aquella escena había presenciado.

Luego se acercó a sentarse a mi lado en el bordillo. Sacó un porro y empezó a fumar.

—Antes de que vayas pensando que soy un gilipollas por lo que acabas de ver —dijo—, me casé con ella. El año pasado, en Las Vegas. —Habría dado por hecho que me estaba vacilando, pero sus fríos ojos azules iban completamente en serio—. Eso sí, nadie lo sabe.

—¿Y eso te hace menos gilipollas? —dije.

Zane se echó a reír.

Le dio unas cuantas caladas más a su porro en silencio, luego lo tiró a la cuneta y se levantó para entrar. Me levanté con él. Me miró una vez. No dijo nada más sobre el asunto de su matrimonio, pero yo sabía por qué acababa de contarme lo que me había contado.

No me estaba haciendo esa confidencia porque confiara en mí, exactamente. Me la estaba haciendo para ponerme a prueba.

Lo cual me parecía bien.

No pensaba ir contándole esa mierda a nadie.

Seguí a Zane de vuelta al estudio. Cody aún no había vuelto, y lo que fuera que Elle y Dylan estuvieran hablando mientras estábamos fuera, se callaron cuando entramos.

Los cuatro nos miramos, y estaba bastante seguro de que todos oíamos las palabras de Maggie en la cabeza. Viendo esa cara de *la-habéis-cagado-pero-bien* que había puesto.

Todos sabíamos que éramos jodidamente culpables: de alguna manera, sin pretenderlo, habíamos reunido básicamente a Dirty y estábamos empezando a grabar un álbum, sin Jesse, Jessa ni Brody. A espaldas de todos ellos.

—Maggie tiene razón. —Zane fue el primero en decirlo—. Tenemos que hablar de esto con Jesse y Brody.

—Y con Jessa —dijo Elle.

—Y con Jessa —repitió Zane, mirándome directamente.

Asentí. Si ellos estaban dispuestos, yo me apuntaba.

Tener a tres miembros de Dirty en una sala conmigo, haciendo música, y sin odiarme. Era más de lo que me había atrevido a esperar estas últimas semanas. Si tenía alguna oportunidad de que Dirty hablara de mí en una conversación que no incluyera planear mi muerte, la cogería. Lo que saliera de ahí, lo cogería.

Aunque fuera solo una puta tregua.

—¿Cómo creéis que se lo tomarán? —preguntó Dylan.

—Y yo qué coño sé —dijo Zane—. Pero somos cuatro aquí. Jesse lo va a tener difícil para discutir eso.

—Quizá nos una —dijo Elle, pero no había mucha esperanza detrás, quizá solo un poco de sarcasmo.

—O nos destroce del todo —dijo Dylan.

En el silencio que siguió, encontré mi voz. —No tenéis que hacer esto. Podemos dejarlo aquí, ahora mismo. Elle y yo podemos seguir con lo nuestro, solos, o podemos dejarlo también. Haré lo que ella quiera.

Y con esas palabras, los dos tíos me miraron, fijamente.

Luego miraron a Elle.

Prácticamente acababa de admitir lo que sentía por ella. Estaba bastante seguro de que se les notaba en mis palabras.

Elle solo miró a Zane. —¿Quieres que Seth vuelva a la banda? —le preguntó, a bocajarro.

—Sí —dijo, devolviéndole la mirada, sin rodeos—. Si Jesse y Brody aceptan. —Luego me miró, y yo asentí. Quería darle las gracias, de verdad, pero las palabras se me quedaron atascadas en la garganta.

Elle se giró hacia Dylan. —¿Y tú?

Dylan se encogió de hombros. —Ya sabes que soy fácil de convencer.

—No —dijo Elle, negando con la cabeza—. Eso no es suficiente aquí. En esto, tienes una puta opinión, y tienes que expresarla ahora, Dylan.

Dylan suspiró para sus adentros y me miró. Me observó un momento, luego dijo: —Tocaré contigo. Si Jesse está de acuerdo… tocaré contigo cuando quieras, Seth.

Y de verdad podría haberme echado a llorar de alivio. Significaba una barbaridad oír esas palabras de boca de Dylan.

Pero Zane… Zane tenía un peso enorme, con todos —desde la banda hasta la dirección, desde los fans hasta la discográfica— y sabía que su apoyo era probablemente lo que más necesitaba.

También sabía que si se enfrentaba con Jesse y/o Brody, no iba a ser bueno. Para nadie. Solo con Jesse ya sería bastante malo, aunque Brody probablemente podría mediar. Estaba bastante seguro de que Brody normalmente no iría en contra de Zane, pero cuando se trataba de Jessa, era otra historia.

Siempre lo había sido.

—Entonces hablemos con ellos —dijo Zane, en un tono decidido —. Contémosles lo que está pasando aquí.

—Sí —dijo Elle, y me miró, con una mirada suave y orgullosa en sus ojos grises—. Hagámoslo.

CAPÍTULO 26

ELLE

A LA MAÑANA SIGUIENTE, me desperté sintiéndome como una mierda. Tenía náuseas, y no sabía si eran náuseas de verdad o si me las estaba provocando yo misma.

La noche anterior, tarde, después de irnos del estudio, le había pedido a Flynn que dejara a Seth en su hotel. Era la primera noche en una semana y media, más o menos, que no se había quedado en mi casa, pero le había dicho que me encontraba fatal y que necesitaba dormir.

No insistió, me dio un beso dulce en la mejilla y me dijo que le llamara por la mañana cuando me encontrara mejor.

Pero ya era por la mañana, y no me encontraba mejor.

Después de dejarlo, le había pedido a Flynn que parara en una farmacia de guardia para comprar un puñado de tests de embarazo. Porque en algún momento entre la llegada de Maggie al estudio y la decisión del resto de hablar con Jesse y Brody sobre lo que estábamos haciendo, se me había ocurrido, de la nada, que no me había venido la regla en bastante tiempo.

En el coche de camino a casa desde la farmacia, abrí la aplicación del calendario en el móvil y lo calculé. Normalmente era meticulosa controlando mi ciclo —estuviera acostándome con alguien o no— aunque a veces se me escapaba si estaba hasta arriba de trabajo. Normalmente, marcaba con una X en el calendario el día en que esperaba que me bajara la siguiente regla.

Pero este último mes, me había olvidado de apuntarlo.

Mientras entraba en pánico total, intentando recordar cuándo fue mi última regla, me vino a la cabeza. A mitad de la primera semana de audiciones en Vancouver, antes de irnos a L.A.; ahí fue cuando empezó mi última regla. Me acordaba solo porque había estado tan absorta con las audiciones que me había olvidado por completo, me pilló desprevenida, y tuve que pedirle un tampón a Maggie.

El alivio me recorrió entera al darme cuenta de lo que significaba. No me había acostado con Ash desde la semana antes de que empezaran las audiciones.

Si me había quedado embarazada, había sido de Seth.

Mientras Flynn me llevaba a casa, dejé que aquello calara.

Conté los días en el calendario tres veces para asegurarme. Estaba bastante segura de que era el día treinta y cinco de mi ciclo, y normalmente mi regla empezaba como un reloj el día veintisiete. Un día o dos antes o después era normal.

Ocho días de retraso no lo era.

En cuanto llegué a casa, abrí la primera caja de tests de embarazo, me hice pis en un palito sin más ceremonia… y casi vomité cuando la rayita rosa apareció en la ventanilla. La comparé con las instrucciones y acepté racionalmente el hecho de que el test me estaba diciendo que estaba embarazada.

Sin embargo. Estas cosas podían fallar.

Las instrucciones también decían que la primera orina de la mañana era la mejor. Así que me fui a la cama, me dormí, y en cuanto me desperté, fui dando tumbos al baño y me hice pis en otro palito.

Este coincidió rotundamente con el primero.

Comprobé las fechas de caducidad de las cajas, aunque ya lo había hecho. Los tests no estaban caducados. Había seguido las instrucciones. Las líneas rosas me miraban a la cara.

Esta vez, sí que vomité.

Luego tiré los palitos a la basura y seguí con mi día.

Fui la última en llegar a la iglesia.

Brody nos había avisado a todos de que esperáramos este día; que Liv y los productores planeaban rodar una jornada de entrevistas y seguimiento con la banda, discutiendo en qué punto estábamos y tomando algunas decisiones casi definitivas sobre lo que estaba pasando aquí. La cadena parecía estar impacientándose, presionando para que cerráramos el trato con un guitarrista.

Mientras tanto, Zane, Dylan y yo sabíamos que teníamos otro plan en mente.

Cuando lo habíamos hablado en el estudio, Zane había parecido completamente impasible ante la idea de tener esta conversación —la conversación sobre Seth— hoy, ante las cámaras. Dylan había sugerido que era mala idea, y Seth había estado de acuerdo. Yo aún no había decidido si las cámaras nos jugarían a favor o no.

Pero, de todas formas, cuando llegué a la iglesia, después de los cuarenta minutos de trayecto hasta allí… no podía con nada de esto.

Entré en la preciosa iglesia antigua, el local de ensayo de Dirty, nuestro sagrado espacio de ensayo, ahora invadido por el equipo de rodaje, y casi me derrumbé.

No podía hacer esto. No con aquellas líneas rosas flotándome en la cabeza.

Me sentía al borde de la histeria y me pregunté si habría algún tipo de subida hormonal en marcha. No sabía si reír o llorar primero.

En vez de eso, fui directa a la primera persona que me encontré, que resultó ser Jesse, y dije: —No podemos filmar esto.

Se giró hacia mí, y la mirada que me dedicó reflejó más o menos la energía desquiciada que yo estaba proyectando. Me agarró del brazo, como si pensara que me iba a caer si no lo hacía, y dijo: —Vale. ¿Qué pasa?

—Nada. No pasa nada. Tenemos que hablar contigo.

Sus cejas oscuras se fruncieron. —¿Quiénes?

—Zane —dije—. ¿Dónde está Zane? —Empecé a mirar alrededor, pero la sala era un borrón de caras que no lograba identificar.

Se me ocurrió, cuando Jesse de repente me condujo hasta un banco y me sentó de culo, que muy posiblemente estaba teniendo un ataque de pánico.

Fui vagamente consciente de que Maggie se arrodillaba delante de mí y me decía que bajara la cabeza. Eso hice. Me doblé sobre las rodillas, tragándome una oleada de náuseas. Literalmente la reprimí a mordiscos. Cerré los ojos con fuerza. Durante un segundo aterrador, pensé que iba a vomitar en plan proyectil sobre todos ellos.

También fui consciente de que sacaron a un montón de gente de la sala. Oí las grandes puertas de la entrada principal cerrarse y a alguien echar el cerrojo. Hubo silencio, un silencio sepulcral cuando se me despejó la cabeza. Me di cuenta de que la habitación había estado dando vueltas un poco, y abrí los ojos.

Seguía doblada sobre las rodillas, mirando mis sandalias. Eran doradas. El esmalte de las uñas de los pies era turquesa con purpurina. Junto a mis pies, vi las Converse de Jesse, negras, con suelas y cordones blancos. Estaban limpias y nuevas. Nunca había llevado Chucks antes. No hasta que conoció a Katie.

Me quedé mirando sus zapatillas.

Les oí hablar por encima de mí. Zane y Dylan, explicando lo que habíamos estado haciendo.

Haciendo música con Seth. Las canciones que él y yo habíamos escrito.

Las canciones que habíamos estado grabando.

Oí a Maggie, y parecía estar defendiéndonos.

Oí a Brody y oí a Jesse, pero estaba tan desconectada de lo que pasaba en la sala que ni siquiera me molestó que claramente no se lo estuvieran tomando bien. Por lo menos, no me molestó más que todo lo demás que estaba sintiendo. Las tripas me hervían; me venía constantemente esa oleada salada de saliva a la boca y me la tragaba, mientras respiraba dentro y fuera, despacio, por la nariz, con un ritmo acompasado y cuidadoso.

No iba a vomitar.

Era demasiado cliché.

Vomitar en casa esa mañana… eso habían sido nervios. Una reacción al estrés por los resultados de los tests de embarazo.

Hasta que mi médica me dijera que estaba embarazada, esos tests todavía podían estar equivocados.

Pero si vomitaba ahora, a mitad del día, en público… ¿cómo iba siquiera a intentar engañarme a mí misma pensando que quizá no estaba preñada?

Lo único en lo que podía pensar, mientras discutían por encima de mí, eran los días de mi calendario. Contándolos uno a uno…

Cinco semanas. Habían pasado cinco semanas desde el inicio de mi última regla. Técnicamente, eso significaba que estaba embarazada de cinco semanas.

Eso era lo que mi médica me iba a decir.

Estás embarazada de cinco semanas, Elle.

Enhorabuena.

¿Reservamos una ecografía para confirmar la fecha de concepción y puedes conocer a tu bebé?

Las voces a mi alrededor estaban subiendo de tono. Oí a Zane y a Jesse gritando, y luego a Brody. Sentí una mano sobre mí; alguien me estaba frotando la espalda. Era Maggie, probablemente. La mano se sentía pequeña y delicada, cálida y llena de fuerza.

En ese momento, empecé a llorar. Me levanté de un salto y corrí al baño para disimularlo.

Llorar delante de todos en mitad de toda esta mierda era probablemente peor que vomitar. Vomitar se podía atribuir a una intoxicación alimentaria o a cualquier otra cosa. Llorar, en cambio, era la prueba inequívoca de que mi vida estaba girando, de repente y descontroladamente, fuera de mi control.

Así que me metí de cabeza en el baño de la parte de atrás de la iglesia y me vacié las tripas en privado.

Nunca me había encontrado tan jodidamente mal en mi vida.

Quizá era solo una puta gripe feroz, me dije, o todo esto era una alucinación absurda. Los tests de embarazo habían sido solo un sueño.

Pero durante todo ese rato, sabía que me estaba engañando a mí misma.

CAPÍTULO 27

ELLE

ESA TARDE, entré en un bar de blues-rock a las afueras donde no había puesto un pie en mucho, mucho tiempo. Era sábado, pero aún era temprano. Una banda estaba montando en el pequeño escenario de la esquina, solo unos pocos clientes —la mayoría hombres de aspecto duro— bebiendo en las mesas desperdigadas. Una camarera limpiaba vasos y el camarero estaba preparándolo todo detrás de la barra.

Me senté en la barra, sola, notando miradas clavadas en mí.

Flynn se sentó en una mesa cercana.

Cuando el camarero se acercó, pedí un agua, y luego esperé. Ya me estaba preguntando si esto era una idea pésima. Pero a estas alturas, básicamente me había quedado sin ideas.

—Has tardado lo tuyo, cielo. —Una voz familiar llegó desde detrás de mí, y me giré para encontrarme a Jude acercándose—. Me preguntaba cuándo ibas a venir a llamar a mi puerta.

Se sentó en el taburete de al lado y le hizo una seña al camarero para que le pusiera una copa, mientras se limpiaba las manos manchadas de aceite de motor con un trapo. Había entrado por la puerta lateral, desde el taller de al lado, donde me había dicho que estaba trabajando en una de sus motos.

No me había pedido expresamente que viniera a verle aquí cuando le llamé, y yo no le dije que iba. Pero tampoco es que necesitara una invitación formal.

Me miró mientras yo bebía mi agua. Estaba nerviosa, recomponiéndome. Con miedo de tener otro ataque como el de la iglesia, que él había presenciado, junto con todos los demás. Estaba decidida a aguantar esta conversación sin echarme a llorar ni vomitar otra vez. El resultado fue que me había ido completamente al otro extremo… y me había puesto en modo reina de hielo.

Quizá Jude lo notó, porque se rio por lo bajo.

Rechacé la copa que me ofreció cuando el camarero le trajo la suya. Estaba bastante segura de que estaba embarazada, y solo pensar en alcohol me revolvía las tripas. El olor del sitio no ayudaba.

—Siempre te has llevado bien con Seth —dije, una vez que el camarero nos dejó solos, en un tono ligeramente acusatorio—. ¿No puedes hablar con Jesse y Brody?

—No —dijo simplemente, y cogió su copa—. Seth te mola, ¿es eso? —Dio un sorbo a su whisky y añadió—: ¿Confías en que está limpio? ¿Y en que va a seguir así?

—Sí —dije—. ¿Y tú?

—Sí —dijo—. Pero los adictos pueden decepcionarte.

Se me revolvió el estómago. Eran las náuseas del embarazo, las náuseas de *todo el puto día*, me dije, mientras intentaba ignorar la advertencia en sus palabras.

—Sé que hubo más de lo que tú crees que yo sé —presioné, y eso pareció captar toda su atención. Dejó la copa y clavó sus ojos oscuros en mí—. Cuando Seth fue echado de la banda, tú y Brody ibais con el «dejad que nos encarguemos nosotros». Yo era joven e ingenua y todo me superaba. La fama repentina, los medios, las giras. Apenas podía mantener la cabeza en su sitio, así que confié en vosotros para que os ocuparais. Y quizá no debería haberlo hecho.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que todos le jodisteis desde el principio. Los contratos eran injustos, y lo sabéis todos. Todos nos llevamos nuestra parte del pastel menos Seth.

Era verdad. Y sabía que Jude estuvo muy metido en esas decisiones.

Brody siempre había sido el *manager* de Dirty, pero cuando se trataba de proteger a la banda, Brody no daba un paso sin consultar

con Jude. Y a Seth siempre le habían tratado como una especie de riesgo para la seguridad.

—Seth entró en la banda el último —dijo Jude despacio—, y todos acordasteis que era un contratado. Sabíais lo que ponía en los contratos cuando los firmasteis.

—Sí, pero…

—Seth tenía problemas desde el principio y los tíos lo veían. Brody lo veía. Estaba protegiendo a la banda, protegiendo a Dirty, y esos erais tú, Jesse, Zane y Dylan. Seth no era miembro fundador.

—Ya, y cuando le echaron, yo también lo acepté. Brody emitió nuestro comunicado oficial de que Seth había sido despedido por sus «problemas con las drogas». Pero Zane estaba metido hasta el cuello en la botella por aquel entonces y nadie dijo ni una palabra de echarle. A Seth le largaron, y a Zane le mandaron a rehabilitación. ¿Por qué? Y no me vengas con la mierda del «miembro fundador».

Jude no dijo nada, así que seguí.

—Asuntos de la banda, ¿no? No quisisteis explicármelo entonces, ¿por qué ibais a hacerlo ahora? —Negué con la cabeza, incrédula, cuando siguió sin darme nada—. Sabes que puedo poner a mis abogados con esto, ¿no? A escarbar. Puedo averiguar lo que sea que no queréis que yo —o Seth— sepa.

—Seth lo sabe —dijo Jude, atravesándome con su mirada oscura —. Seth sabe exactamente por qué le echaron de la banda. Y te lo diré una vez, Elle, tiene tanto que ver con asuntos del MC como con asuntos de la banda, lo que significa que no vamos a tener esta conversación.

Asuntos del MC; sabía lo que eso significaba.

Asuntos del *motorcycle club*.

O sea… ¿del club de moteros al que pertenecía Jude?

—¿Los Kings? —Me sorprendió la revelación, pero no me eché atrás—. Sí, vamos a tener esta conversación, sin ninguna duda, Jude.

Jude se limitó a reírse otra vez. —Cielo —dijo—. Sabes que no puedo hablar de asuntos del MC con nadie de fuera del MC, y tú no estás en el MC. Si quieres el parche, adelante, inténtalo, pero sin polla lo vas a tener jodidamente difícil.

—Puedo ir a Piper si tú no quieres hablar conmigo —dije.

La media sonrisa se le borró de la cara. —Si quieres amenazarme con mi propio hermano, pasar por encima de mí e ir a hablar con el vicepresidente de los putos West Coast Kings, cielo, adelante, inténtalo, a ver cómo te sale.

Podía verlo en sus ojos; no iba a dejar que lo intentara. Pero me estaba retando. Sabía que nunca lo haría.

Conocía a Piper, y Piper siempre había sido bastante majo conmigo, pero siendo totalmente sincera, el hermano mayor de Jude daba un miedo de la hostia. No querría cabrear a ese tío.

—Entonces dame algo, Jude. Por favor. —No estaba por encima de suplicarle en esto, y quizá se daba cuenta.

Quizá veía cuánto me importaba.

Aunque parecía impasible, finalmente ofreció: —Te diré esto. Seth Brothers es de los buenos.

—Entonces, ¿por qué no se lo dices a *ellos*? ¿Por qué no das la cara por él ante la banda?

—Porque no puedo. Y de todas formas no me corresponde a mí contar la historia.

¿Historia? ¿Qué puta historia?

—No necesito detalles, Jude. —Ahora estaba suplicando de verdad—. Solo necesito saber por qué es todo un puto secreto.

—Ya te he dicho por qué.

—El MC. —Me levanté para irme, asqueada de toda la puta mierda de club de tíos.

La banda. Y ahora el club de moteros.

Los tíos me habían dicho todos, a su manera, en alguna noche loca de gira u otra cuando se había liado parda y yo les había montado un numerito, que las mujeres estaban locas. Y quizá tenían razón. Yo desde luego era capaz de enajenación mental transitoria.

Pero los hombres… los hombres eran jodidamente ridículos. Cabezotas.

Tercos de cojones.

—Si no quieres hablar conmigo —le dije, con toda la calma que pude—, entonces voy a ir a Jesse. ¿Qué crees que va a decir cuando

se entere de que estás ocultando mierda sobre Seth, y quizá también sobre Jessa, por tu puta lealtad a tu club de moteros?

—Elle. —Jude me agarró, su mano enorme apretada en mi antebrazo, y me apartó hacia un pasillo oscuro detrás de la barra. Flynn, mi guardaespaldas siempre alerta, por supuesto, no nos siguió; Jude era el jefe de Flynn. Cuando estuvimos solos, dijo—: No te conviene ir diciendo esas cosas aquí.

—¿Eso es una amenaza?

—Es una advertencia.

—Suéltame. —El corazón me iba a mil. No le tenía miedo a Jude, pero toda esta mierda de su club de moteros empezaba a acojonarme. Me sentía más vulnerable de lo normal, quizá, con este repentino e inesperado conocimiento de que muy posiblemente estaba embarazada, y no me gustaba sentirme así.

Quería largarme de allí.

—Eres una mujer lista, Elle —dijo Jude—. No hagas el imbécil. — Me soltó el brazo, con suavidad. Luego suspiró, profundamente irritado conmigo, y quizá un poco arrepentido—. Y tienes razón. A Seth no le echaron exactamente de la banda por su adicción. Sí y no. Lo único que puedo decirte aparte de eso es que la situación no fue exactamente lo que Jessa creyó ni lo que Brody y Jesse creen.

No me contó nada más, pero fue suficiente.

Suficiente para aferrarme a ello; la prueba de que tenía razón sobre Seth.

—Gracias —dije, con la voz suave y agradecida, y Jude asintió. Podía ver que le daba un poco de pena, y era obvio por qué.

Todos creían que conocían a Seth… pero yo conocía la verdad.

Conocía su *corazón*.

Y Jude también lo sabía.

Tenía razón; Seth era de los buenos.

Siempre lo había sido.

Seth quedó conmigo en mi casa, más tarde esa noche. Cuando le abrí la puerta, pasada la medianoche, me bastó una mirada a su cara para saber que no tenía que contarle lo que había pasado en la iglesia.

Ya lo sabía.

Quizá Zane o Jude o Dylan se lo habían contado. No lo sabía.

Daba igual.

Yo seguía sintiéndome fatal por todo. Fatal por mi conversación con Jude. O quizá eran solo las náuseas del embarazo que habían durado todo el puto día, aún llegando en oleadas paralizantes.

No quería hablar de ello, de nada de ello. Solo necesitaba sentir a Seth cerca.

Le cogí de la mano y le llevé arriba, a mi cama.

—Elle… —dijo una vez, dos veces, intentando hablar conmigo, pero le besé, desnudándole mientras le chupaba la boca sugerentemente, la lengua, hasta que se rindió.

No tardó mucho.

En cuestión de minutos estábamos desnudos en la cama.

Pero una vez que estuvo encima de mí y yo estaba más que lista para recibirle, se apartó, jadeando. —He oído lo que pasó en la iglesia. Los tíos… sé que no fue bien, Elle.

—No fue bien —admití—. Pero eso no significa que se haya acabado.

—Elle —dijo en voz baja pero con fuerza—, se ha acabado.

—*No*. Voy a hablar con los tíos otra vez, te lo prometo.

Empezó a apartarse, y yo me aferré a él, a su cintura, su brazo, intentando retenerle allí, conmigo. El pánico me atravesó. —Lo digo en serio, Seth. Voy a dar la cara por ti, y que les jodan si no les gusta. Tienen que escucharme. —La voz se me puso un poco chillona y desesperada al final, y me di cuenta de que sonaba más desesperada por creerlo que por otra cosa.

Estaba intentando convencerme a mí misma tanto como intentaba convencerle a él.

—Elle —dijo con calma—, no puedo dejar que hagas eso. —Ni siquiera me miraba; me había dado la espalda.

—¿Por qué no? —Me puse de rodillas y le besé en la nuca. Intenté rodearle con los brazos, pero se apartó y se levantó de la cama.

Lo siguiente que supe es que se estaba vistiendo, poniéndose los vaqueros.

—¿Adónde vas? ¿No te quedas? —El pánico se transformó en puro terror.

—Elle —dijo otra vez—. No puedo. —Le vi ponerse la camiseta. Se quedó allí de pie, completamente vestido, y simplemente me miró.

—¿Por qué no quieres que hable con ellos? —Me estaba cabreando, una manifestación retorcida del miedo que me recorría por dentro—. Es para lo que volviste, ¿no? ¿La banda? —Sonó frío y borde, y sí, retorcido de amargura y desesperación—. ¿La serie documental? ¿Las sesiones de fotos conmigo en la playa? Quieres recuperar tu antigua vida, y yo soy la chica perfecta para ayudarte a conseguirlo, ¿verdad?

Quería que lo negara.

Necesitaba que lo negara.

Y lo hizo, con una sacudida de cabeza. —No va de la banda —dijo en voz baja, la voz ronca y áspera, pero no sonaba enfadado conmigo—. No necesito que Dirty me diga que valgo como músico. Sé lo que puedo hacer con una guitarra. A estas alturas… va de redención. —Se pasó las manos por el pelo con fuerza—. Quizá siempre ha ido de eso. Y quizá es algo que simplemente no voy a conseguir nunca.

—Seth…

—Me vuelvo al hotel. Creo que debería apartarme un tiempo. Dar un paso atrás. Daros espacio a todos.

—¿Espacio? No necesito ningún puto espacio.

Algo parecido a la rabia, pero más desesperado, más aterrador… más jodidamente *aterrado*… centelleó en sus ojos. —Maggie ha dicho que casi te *desmayas* hoy en la iglesia.

¿Maggie? ¿Había hablado con Maggie hoy?

—¿Y? ¿Y… *qué*? —balbuceé.

—Ha dicho que *vomitaste*, Elle.

—¿Y? ¿Así que eso es todo lo que querías, todo este tiempo? ¿*Redención*? ¿El puto perdón de la banda?

Me miró directamente a los ojos cuando gruñó: —*Que le jodan a la banda.*

Y algo pasó…

Como si se encendiera una mecha dentro de mí. Ya ni siquiera quería la banda… no tanto como me quería a mí. Lo supe por cómo me miraba.

Salí de la cama y corrí hacia él. Me apreté contra él, desnuda, y susurré: —Repítelo.

—*Que le jodan a la banda* —dijo, los ojos incendiándose mientras me miraban.

Le agarré y le besé, y luego estaba arrancándole la ropa otra vez. Le quería desnudo, le *necesitaba* desnudo, y encima de mí, dentro de mí. Me empujó sobre la cama y yo tiré de él conmigo, agarrando la longitud dura de su polla con la mano y apretando, haciéndole gemir. Le rodeé con las piernas y le metí dentro de mí, empujándole con las caderas hasta que me estaba follando.

No paramos a usar condón. Estaba embarazada, de todas formas, así que daba bastante igual. Seth no lo sabía, pero tampoco lo paró.

Me folló, fuerte y rápido, contra la cama, mientras yo gritaba y le suplicaba más. Lo quería duro y salvaje y sin sentido. Quería perderme en él. En esto…

Siguió embistiéndome mientras le arañaba, y cuando me corrí, fue una explosión a gritos, arqueándome la espalda, que me atravesó desde el centro hasta la punta de los dedos. Él se corrió con un gruñido animal, y momentos después, mientras temblaba y gemía con los espasmos finales, se retiró de mí con cuidado.

Ninguno de los dos dijo nada sobre la falta de condón mientras nos dejábamos caer en la cama, destrozados. Pero sabía que tenía que estar pensando en ello. Preguntándose por qué coño había dejado que pasara.

Por qué *quise* que pasara.

Mientras yacía allí jadeando hacia el techo, susurré: —¿Cómo ha pasado esto? —La pregunta estaba tan cargada que ni siquiera sabía

cómo empezar a responderla yo misma. Ni siquiera estaba hablando de la situación del condón.

—No lo sé —dijo él, en voz baja, la voz rota—. Lo único que sé es que en algún momento del camino, tenerte a ti se volvió más importante para mí que recuperar la banda. —Se giró para mirarme —. Pero no voy a joderte la vida solo para poder tenerte, Elle. Se lo hice una vez a una chica, y estuvo mal. Tan mal que todavía estoy pagando por ello.

Se levantó de la cama y empezó a vestirse otra vez. Sabía que estaba hablando de Jessa, y me destrozó que lo que estaba pasando aquí le resultara *tan* terrible.

—Te vas igual —dije, y me salió como un medio sollozo. Las lágrimas empezaron a escocerme en los ojos.

—Sí —dijo, sin mirarme—. Me voy. Es lo mejor.

Me quedé allí sentada, sintiéndome impotente, mientras se vestía.

Finalmente, me miró, de reojo, como si le doliera hacerlo. —¿Vas a estar bien? —Tenía un nudo en la garganta, y yo sabía lo que necesitaba que dijera.

Pero no podía decirlo, ni siquiera por él.

—No, no voy a estar bien. ¿Cómo voy a estar bien?

Los ojos se le llenaron de lágrimas. —Me odian, Elle. Me odian a muerte y eso no va a cambiar nunca. Tienes que aceptarlo de una puta vez.

—No te odian —dije con calma—. Zane no te odia. Dylan no te odia. Ni siquiera creo que Jessa te odie. Y Jesse solo está siendo protector con su hermana. Si ella está bien contigo, él cederá.

—Aunque ocurriera un puto milagro y fuera así —dijo Seth—, Brody no me va a perdonar jamás. Tú y yo lo sabemos.

—No —dije, sintiendo el final acercarse, rápido y doloroso—. No te vayas.

—No te estoy dejando, Elle.

—Sí, me estás dejando.

Respiró hondo y dijo: —Te estoy haciendo daño. Si me voy, te hago daño. Si me quedo, te hago daño. Pero si me quedo, también

hago daño a todos los demás. No puedo. No puedo seguir haciéndoos daño a todos.

Le vi marcharse, pero no le seguí.

No salí gritando y llorando y suplicándole que se quedara. Tenía la decisión claramente tomada. Creía que estaba haciendo lo correcto.

Y por mucho que quisiera estar furiosa, estar destrozada, le respetaba por ello.

Eso no significaba que aceptara que se fuera.

No significaba que hubiera acabado con él, de ninguna manera. Ni musicalmente ni personalmente.

Y sabía, *sabía* que él tampoco había acabado conmigo.

Me dejé caer en la cama mientras las lágrimas me resbalaban en silencio por la cara. Me puse las manos en el estómago y cerré los ojos cuando oí la puerta de abajo cerrarse.

Mi cuerpo aún vibraba con su tacto. El corazón me latía demasiado rápido, y tomé una respiración profunda y calmada para frenarlo.

Seth era *mío*. No había más.

Era mío ahora, y no iba a dejarle ir jamás.

CAPÍTULO 28

ELLE

AL DÍA SIGUIENTE, Flynn aparcó junto a la iglesia y me dejó bajar. No entró conmigo; ya le había dicho que quería que esperase fuera.

Le había pedido a la banda que se reuniera para una reunión de emergencia. Sin equipo de rodaje. Le había dicho a Dylan, expresamente, *Solo Dirty*. Y él sabía perfectamente qué significaba eso.

Si te importo, por favor haz esto por mí, le había dicho llorando por teléfono, la noche anterior, después de que Seth se fuera. Porque había una parte de mí que temía que no lo hicieran por mí. *Haz que vengan*, prácticamente le había suplicado. *Necesito que estéis todos allí.*

Y Dylan me dijo: *Allí estarán, Elle.*

Por los coches del aparcamiento, veía que así era. Cuando entré en la iglesia, todos me estaban esperando: el círculo más íntimo del círculo íntimo.

Jesse, Dylan y Zane, junto con Brody, Maggie y Jude.

Jessa aún no había llegado, pero me había mandado un mensaje para avisarme de que estaba de camino.

Seth tampoco había llegado aún. Le había pedido que viniera un poco más tarde que los demás. Le había suplicado que viniera y, tras una negativa inicial, había accedido. Pero necesitaba hablar primero con Dirty. Necesitaba hacerme una idea de cómo iban a gestionar esto todos, sin que él estuviera allí para llevarse la peor parte si la cosa salía muy mal.

Maggie reunió a todos en los viejos bancos y sillas que teníamos desperdigados por allí. Repartió cafés. Me dio un abrazo. Aunque no podía saber lo que estaba a punto de decir, me sentó bien.

Se sentaron todos, en silencio absoluto, mirándome. Respiré hondo, tragándome las náuseas que no dejaban de intentar treparme por la garganta, y les dije lo que había venido a decir.

—Seth está en mi vida. Y se queda.

Silencio.

Todos se quedaron allí sentados, mirándome.

Maggie miró a Brody. Nadie más se movió, y mucho menos habló.

Finalmente, Jesse cruzó los brazos sobre el pecho. —¿Qué significa eso?

—Significa que le quiere en la banda —tradujo Zane. Y no se equivocaba.

—Estoy más que dispuesta a trabajar con él por mi cuenta si eso no puede pasar —les dije—. No es una amenaza. No me voy de Dirty. Solo quiero que sepáis lo en serio que voy con esto. Con él. —Encontré los ojos de Jesse, brevemente. Me sostuvo la mirada, con una expresión oscura, inescrutable—. No sé todo lo que pasó entre Seth y Jessa… —Miré a Brody—. Pero sé que no es lo que todos parecéis creer. Eso sí lo sé. Y le conozco a *él*.

Silencio otra vez.

Al menos todos parecían estar asimilando lo que había dicho.

No estaba segura de si alguno de ellos, aparte de Dylan y Jude, se había dado cuenta de que mis sentimientos por Seth iban más allá de lo profesional y de la amistad. Pero tampoco estaba exactamente preparada para decir: *Me he enamorado de él, y me ha dejado preñada, así que apañáoslas.*

—Bueno, yo *sí* sé lo que pasó —dijo Brody, rompiendo por fin el silencio—. Y quizá no conozcas a Seth tan bien como crees, Elle.

Abrí la boca para responder a eso, sin saber siquiera qué iba a decir, cuando Jude intervino. —No lo sabes todo. —Le estaba hablando a Brody, no a mí, y todos se giraron para mirarle.

Jude suspiró.

Luego se quedó mirando largamente al techo, como si de verdad no quisiera decir lo que iba a decir a continuación. Como si no pudiera creerse que fuera a decirlo.

—Seth debía mucho dinero al MC —soltó con un gruñido—. Y no se le debe dinero al MC. —Nos miró a cada uno por turnos, mientras dejaba que sus palabras calaran—. Al final, tuve que sacarle de la banda por la mierda que se le venía encima.

Joder. No era lo que quería oír.

—¿Dinero de drogas? —preguntó Dylan, y no sonó sorprendido. Ninguno de nosotros podía estarlo del todo.

En realidad, tenía sentido.

—Estamos hablando de los Kings —dijo Zane—. ¿De qué otro tipo iba a ser?

Jude le lanzó una mirada a Zane. —No estamos hablando de los Kings. Al menos, no *solo* de los Kings. Seth les debía dinero a otros tíos, tíos muy malos de verdad, una cantidad seria. No tengo que explicaros lo que eso significa. Es de puto sentido común que no quieres deberles nada a hombres así. Y todos *sabéis* que eso es todo lo que voy a decir al respecto.

—¿Cuánto dinero? —insistió Zane.

Jude volvió a suspirar. —Se lo metía por la nariz más rápido de lo que lo ganaba. Le cubrí las deudas durante un tiempo, y a cambio él vigilaba a Jessa por mí. Porque se lo pedí. Se lo ordené, en realidad.

—¿Que hiciste *qué*? —Claramente, eso sí sorprendió a Jesse. De hecho, parecía cabreado de cojones.

A mí también me sorprendió.

—Le avisé —dijo Jude—. Le amenacé con cortarle el grifo, se lo corté, y buscó sus drogas en otro sitio. Luego me enteré de cuánto debía por ahí, y supe que no iba a devolverme la pasta a *mí* en una buena temporada. Así que acudí a mi hermano. Piper se encargó. Eso es todo lo que tenéis que saber. —Negó con la cabeza, como si se arrepintiera un poco de haber dicho tanto—. Joder, *mientras tanto*, Seth me contaba lo que veía: Jessa y sus amigas en fiestas, con algunos de esos tíos de mierda.

—Los Sinners —dijo Brody, atando cabos, igual que yo.

Los Sinners eran un club rival de los Kings, notoriamente peligrosos, y si Seth estaba consiguiendo drogas de moteros en Vancouver que no eran Kings… Jude no lo diría, pero tenía que ser eso. Cualquiera que leyera las noticias sabía que los Sinners estaban metidos hasta el cuello en el tráfico de drogas en la costa oeste.

—La puta *Roni* —gruñó Brody por lo bajo.

—Esto no tiene nada que ver con Roni —le replicó Jude al instante.

Vaya, *mierda*… Incluso Jesse pareció desconcertado por el tono de Jude.

No tenía ni idea de qué tenía que ver Roni, una amiga de Jessa, con todo esto, aparte del hecho de que todos sabíamos que le iban los moteros y que había salido con el hermano de Jude, Piper, hacía mucho tiempo. Pero por qué Jude le arrancaría la cabeza a Brody por mencionarla, no sabría decirlo.

¿A no ser que Jude estuviera colado por ella o algo?

Dios, ¿hasta dónde llegaba *esta* madriguera…?

Ni siquiera quería saberlo.

—Por favor, decidme que no hay moteros detrás de Seth *ahora* —dije.

—No —dijo Jude—. Por suerte para él, a día de hoy está en la lista de amigos de Piper.

Menos mal, joder.

—No me puedo creer que no me hayas contado una puta mierda de esto —dijo Jesse. Estaba negando con la cabeza mientras miraba a Jude, y claramente, no estaba contento.

—Jessa empezó a venir a *nuestras* fiestas —respondió Jude—, y no podíamos impedírselo. Pero sabía que, cuando lo hiciera, la echarían. No era bienvenida. Eso significaba que iba a buscar otro sitio para conseguir lo que quería. Y lo hizo. Empezó a ir con sus amigas a otras fiestas, a juntarse con otra gente, a sitios donde yo no podía estar para echarle un ojo. No podía hacer de niñera de tu hermana pequeña. ¿Y vosotros dónde estabais? —Nos miró a cada uno.

Nadie habló.

—Todos teníamos otra mierda que hacer —dijo Jude—. Pero Seth *estaba allí*. Estuvo ahí para Jessa de una forma en que ninguno de nosotros podía estarlo. Así que le dije que la vigilara. No digo que acabara bien. No digo que fuera lo mejor. Pero en ese momento era lo mejor que podía hacer. Iba a esas fiestas y se colocaba nos gustara o no, a ti o a mí. Mientras estuviera allí con Seth, yo al menos sabía que estaba a salvo. Le mantenía abastecido, y ella conseguía su mierda de él, de los Kings, así que sabía que era limpia. Estaba más segura que cualquier otra chica en cualquiera de esas fiestas.

—Ya —gruñó Brody—. A salvo de todos menos de *Seth*.

Brody y Jude se miraron de un extremo al otro de la sala, y pude sentir la tensión chocando entre ellos.

—¿Quién coño os creéis que es Seth Brothers? —exigió Jude—. Lo habéis demonizado por completo porque Jessa vino llorando a ti con una historia triste que tiene menos que ver con él que con ella, y tú estabas tan cegado por tu encaprichamiento con ella que ni siquiera lo veías.

Brody se puso de pie. Al principio, parecía herido… Pero luego se cabreó, rápido. —¿Así es como lo ves, joder?

Jude respiró hondo y pareció morderse la lengua. Quizá sabía que había cruzado una línea.

Quizá *encaprichamiento* era una palabra justa para describir el vínculo de Brody con Jessa en aquel entonces. Pero ahora ella estaba esperando un hijo suyo. Su relación iba mucho más allá del encaprichamiento. Jude se estaba arriesgando mucho al retar a Brody en ese tema.

Y quizá Brody lo sabía.

Quizá estaba encajando las piezas; que si Jude estaba jugándose el cuello por Seth, tenía que haber una maldita buena razón.

—Mirad —dijo Jude, cediendo un poco y con aspecto de estar harto de todo—, sabía que, con el tiempo, Seth se estaba pillando por Jessa, y el hecho de que yo no hiciera una mierda al respecto fue mi mayor error. Lo entiendo. Pero tenéis que superarlo. Ella lo ha superado. Lleva a tu hijo en el vientre. Es hora de pasar página, hermano.

Todos nos quedamos en silencio. La tensión en la sala era jodidamente asfixiante.

Mis ojos encontraron los de Dylan, luego los de Zane. No dijeron nada, pero podía ver lo que estaban pensando. Estaba ahí mismo, en sus caras.

Estaban pensando que Jude tenía razón.

CAPÍTULO 29

SETH

ENTRÉ EN EL aparcamiento de la iglesia justo detrás de un Escalade negro que sabía que era de Brody. Eché un vistazo al aparcamiento; dos Harleys. Serían de Brody y Jude. Lo que significaba…

Aparqué junto al Escalade y, cuando se abrió la puerta del conductor, salió un tío de seguridad. Mientras yo salía de mi coche de alquiler, él abrió la puerta trasera del todoterreno, y Jessa Mayes bajó. O más bien, se descolgó.

Su barriga de embarazada la hacía tambalearse, un poco desequilibrada por el peso que llevaba delante. Me lancé a sujetarla, pero su conductor me detuvo, agarrándola él mismo del brazo.

—Gracias —dijo ella, abriendo mucho los ojos al verme.

—¿Señora? —preguntó el tío, evaluándome. Tenía la mano plana contra mi pecho, y decidí que era buena idea dar un paso atrás.

—Estoy bien —dijo Jessa, y el conductor se apartó, soltándole el brazo—. ¿Nos das un momento?

El tío volvió a repasarme. Intenté parecer tan inofensivo como me sentía, y me metí las manos en los bolsillos de los vaqueros por si acaso, para que supiera que no pensaba tocar a nadie. Finalmente, asintió y se apartó.

Jessa me miró; nuestros ojos se encontraron.

Estaba guapísima.

Había engordado, obviamente, y de alguna manera eso la hacía aún más atractiva. Estaba más curvilínea y tenía las mejillas

redondas y sonrosadas, como manzanas. Tenía ese brillo de mujer embarazada; el embarazo le sentaba bien.

Me quedé sin palabras.

Sonrió, tímidamente, y se alisó la barriga con la mano. —Brody —dijo, aunque era innecesario. No tenía la menor duda de quién era el padre.

—Jessa… —dije en voz baja—. Estoy… me alegro mucho por ti.

Y era verdad.

Asintió. —Yo también. —Luego la sonrisa se le quebró—. No sabía que ibas a estar aquí. Pero… me alegro mucho de que estés. —Echó un vistazo a la puerta cerrada de la iglesia, a los tres tíos de seguridad que pasaban el rato en la entrada, fumando y lanzándonos miradas de vez en cuando. Luego me miró y susurró—: ¿Tú… tú crees… que podrías perdonarme algún día? —Sus grandes ojos marrones parpadearon mirándome con esperanza y una ternura que tenía que deberse al embarazo, porque era mucho más de lo que me merecía.

—Perdonarte… ¿de qué?

Se le sonrojaron aún más las mejillas. ¿Se estaba poniendo colorada? —Bueno… estabas bastante cabreado conmigo la última vez que hablamos. Ya sabes, ¿en aquella cafetería? ¿En febrero? Dije cosas que fueron… fuera de lugar.

—Sí —dije despacio—, estaba un poco cabreado. Pero tú no estuviste fuera de lugar. Estaba cabreado conmigo mismo. Tal como yo lo recuerdo, tú también estabas cabreada conmigo.

—Sí —admitió, pero no parecía orgullosa de ello, ni contenta.

¿Y ahora quería que la perdonara?

—No te culpo, Jessa —dije, con cuidado—. De nada. Supongo que podría decirse que… mi perspectiva ha cambiado, con el tiempo. —Me encogí de hombros—. Una nariz rota, y que te echen de la banda que quieres, por segunda vez, pueden provocar eso.

—Lo… siento mucho —dijo, y le creí—. No sabía que Brody te había pegado. Pero… no le devolviste el golpe. —Me miró buscando algo, negando suavemente con la cabeza—. En cierto modo deseé que lo hubieras hecho. O sea, no que te pelearas con Brody, solo… que lucharas por quedarte en la banda. Un poco. —Se mordió el

labio y se encogió ligeramente de hombros—. Quizá eso me habría ayudado a aceptar, antes, que tú perteneces aquí tanto como yo.

Me balanceé sobre los talones, aturdido. La miré fijamente, pero no parecía capaz de formular una respuesta.

Tú perteneces aquí tanto como yo…

—He oído que… ¿has estado tocando con Elle? —me preguntó.

—Sí.

—Y… ¿estáis juntos? Maggie como que mencionó…

—La quiero —dije. Simplemente salió.

Era la verdad.

De repente, a Jessa le brillaron los ojos con lágrimas. Parecían lágrimas de alegría. —Me alegro por ti también, Seth. —Luego me abrazó, tan de repente que me pilló por sorpresa.

La rodeé con los brazos, con suavidad, mientras su barriga se apretaba contra mí, sorprendentemente firme.

Cuando nos separamos, se rio un poco, sorbiendo por la nariz. —Perdona. No quiero llorar. Ya era llorona de antes, y ahora con el embarazo…

—No pasa nada, Jessa. —No iba a juzgarla precisamente. Estaba embarazada; las hormonas iban a lo suyo.

—Creo que sé a qué te refieres con lo del cambio de perspectiva… —Se puso las manos en la barriga—. Este bebé me ha dado mucha claridad. —Respiró hondo y continuó—. La cosa era que… enfrentarme a ti significaba enfrentarme a mí misma. A mis arrepentimientos. A todas las cosas que había jodido. Tenía miedo… miedo de que Brody me rechazara, y no podía soportar eso. Quería culparte a ti, pero no eras tú. —Se mordió el labio, pensativa—. Sé que te dije que no era culpa mía; tu adicción a las drogas, y cómo te echaron de la banda… Pero siempre sentí que en parte era culpa mía.

—No tienes la culpa, Jessa. Nunca la tuviste.

Parpadeó conteniendo las lágrimas y se le iluminó un poco la cara. —Entonces me has perdonado.

—Sí —dije, dándome cuenta de que era verdad—. Supongo que sí.

Quizá me había dicho a mí mismo, a lo largo de los años, que no había nada que perdonarle. Quizá había querido creer que era cierto. Pero la verdad era que había estado enfadado con ella, fuera justo o no. Y ya no quería seguir enfadado.

Asintió, procesándolo. Luego dijo: —¿Te apetece escoltar a una embarazada gigante dentro de la iglesia? Necesito sentarme de verdad. Siento los pies como si fueran el doble que mis zapatos.

—Será un honor.

Le ofrecí el codo y ella se agarró, con suavidad. La guié escaleras arriba hasta la iglesia, pasando junto a su conductor, que nos observó en silencio.

Cuando entramos en la iglesia, Brody se puso de pie de inmediato.

La mano de Jessa se soltó de mi codo, pero todos lo habían visto ya. Miré directamente por el pasillo hacia Elle, sentada allí en el centro del grupo.

—No deberías estar aquí. —Brody se acercó a grandes zancadas para alejar a Jessa de mí. Para mi sorpresa, se lo decía a Jessa, no a mí.

—Y una mierda que no —dijo Jessa—. Elle me ha invitado.

—Brody —dijo Maggie—, tiene que oír esto. —Maggie cogió a Jessa de la mano y la llevó hasta una silla, arreglándole el vestido, ayudándola a ponerse cómoda.

—Gracias. Estoy bien —dijo Jessa, mientras Brody se sumaba al ajetreo. Acercó una silla justo al lado de la suya y se sentó—. ¿Oír qué? —le preguntó a Maggie.

—Les estaba contando a todos —dijo Jude, mirándome directamente— cómo pasabas tiempo con Jessa cuando ella tenía dieciséis años, cuidándola, porque yo te lo pedí.

Jessa se giró a mirarme. Claramente, no sabía nada de esto. Quizá nadie más lo sabía tampoco, hasta hacía unos momentos.

—No fue por eso —dije, mientras todos me miraban fijamente. Mi voz sonó pequeña en la iglesia cavernosa. Seguía de pie cerca de la entrada. Pero Elle me observaba, y me obligué a caminar pasillo arriba hacia donde estaban todos sentados, agrupados sin mucho

orden frente al escenario. El escenario donde toqué por última vez con Dirty. Donde Brody me rompió la nariz y me llamó violador.

Él también me observaba. Y quizá no iba a romperme la nariz otra vez; no delante de Jessa. Pero estaba bastante seguro de que podía adivinar lo que pensaba que iba a decir a continuación.

—Creéis que voy a decir que fue porque estaba enamorado de ella —dije—. No lo estaba. —Me planté allí delante de todos y dije la verdad. Solo podía esperar que la creyeran—. Un motero se había fijado en ella. Uno de los Sinners. Un tío muy chungo. Y temí por ella. —Suspiré y decidí decirlo, con toda la delicadeza que pude—. Sabía que andaba buscando drogas. Me había estado pidiendo hierba. Y sabía que ese tío se la habría dado sin pensárselo. —No solo eso, sino que quién coño sabía qué más le habría dado aquel tío, qué le habría hecho—. Así que fui a Jude y le dejé creer que la idea era suya.

Jude cruzó los brazos, enormes como troncos, sobre el pecho. No le gustó eso; que le hubiera manipulado.

—Jude me suministraba hierba —dije—. Todo lo que le pidiera. Y yo sabía que podía confiar en eso. Me pegué a Jessa desde entonces. Le daba mierda que sabía que era limpia, y la vigilaba.

—Deberías haberme contado lo del tío que la estaba acosando —dijo Jude.

—¿Para qué? —pregunté—. ¿Para que se metieran los Kings? Pensé que lo último que necesitaba era que más moteros se fijaran en ella. Tenía dieciséis años.

Nadie dijo nada durante un buen rato.

—Así que… diste la cara para intentar protegerla, y nunca se lo contaste a nadie. —Esa fue Maggie, intentando mantener la paz—. Ni siquiera Jessa lo sabía. —Estaba de pie junto a la silla de Zane, y le dio un golpecito en el hombro.

—Lo que dices es… —intervino Zane, a instancias de Maggie— que solo intentabas cubrirle las espaldas, ¿todo el tiempo?

—Así empezó —dije.

—Ya —gruñó Brody—. Y fue algo totalmente altruista por tu parte.

—Al principio, sí. Nunca pretendí acabar en la cama con ella… pero éramos amigos. Pasé mucho tiempo con ella. Y acabé pillándome. —Miré a Brody directamente a los ojos y dije—: ¿Puedes culparme?

Brody se levantó y dio unos pasos hacia mí. —Brody… —dijo Jessa, pero no se detuvo. Se acercó. No exactamente lo bastante para soltarme un puñetazo, pero la mirada sombría de su cara me puso en tensión. Los músculos se me contrajeron, con la adrenalina disparándose, mientras mi cuerpo se preparaba para pelear o salir corriendo. Sentí a Jude removerse, probablemente preparándose para lanzarse si Brody me atacaba otra vez.

—Sí —dijo Brody, con la mirada clavada en la mía—. Puedo culparte.

Negué con la cabeza. —Daba igual, Brody. Ella estaba enamorada de ti. Todos lo sabíamos. Yo lo sabía. Me lo dijo a la cara, cuando le supliqué que volviera conmigo.

Brody no se inmutó. —¿Y engancharla a las pastillas no te molestó?

—Me molestó. Pero todos los que conocía se drogaban de una forma u otra. Para mí era normal. Sé lo jodido que es eso ahora. No lo sabía entonces. De verdad creía que la estaba protegiendo. Nunca le habría hecho daño. Y ella no era como yo. —Miré hacia Jessa. Nos observaba, acariciándose despacio la enorme barriga—. Incluso yo podía verlo, por muy destrozado que estuviera. Sabía que saldría adelante, y lo hizo. O al menos, eso parecía. Ya no quería las drogas. Tenía épocas en las que desaparecía y no iba de fiesta, y no quería estar cerca de mí. Pero luego volvía. —Negué con la cabeza, recordando…—. Siempre volvía. Y cada vez que lo hacía, yo sentía tanto alivio, y tanta… decepción.

Jessa respiró hondo, pero no dijo nada.

—No dejaba de esperar a que se diera cuenta de que era demasiado buena para aquello. Demasiado buena para mí. —Miré a Brody. Seguía mirándome fijamente, la mandíbula apretada moviéndose mientras me escuchaba hablar—. Quería que lo supiera… Y quería que se quedara. —Aparté la mirada, y mis ojos

chocaron con los de Jesse. El hermano de Jessa no había dicho una palabra todavía—. Como he dicho, estaba destrozado.

—¿Y qué pasó? —me preguntó Jesse. Y no podía adivinar por dónde iba. Sus ojos oscuros no revelaban mucho, pero sabía que nada de lo que había oído hoy podía haberle hecho gracia.

—Dejó de volver —dije.

—Y te hundiste en un puto pozo —concluyó Zane.

—Sí —dije—. Algo así.

—Y tú le cubriste —dijo Jesse, a Jude.

—Joder, claro que sí —dijo Jude—. Le cubrí las espaldas para que la banda no supiera lo gordas que eran sus deudas. Y al final, cuando estuvisteis todos hasta las narices de las drogas y empezasteis a hablar de echarle, lo apoyé, para que ninguna de su mierda con los clubs pudiera salpicar a la banda.

—Jude cuidó de mí —dije, en su defensa—. Me metió en rehabilitación varias veces. Pero siempre la cagaba yo. Me ayudó más de lo que me merecía.

Nadie dijo nada al respecto.

—¿Sabéis qué es lo verdaderamente jodido? —habló Elle, y todos la miramos. Había estado sentada atrás, en silencio, solo escuchando y observándonos. Observándome a mí. Y se me retorcieron las tripas de miedo. No tenía ni idea de cómo iba a sentarle oír todo esto—. Estáis todos teniendo una conversación sobre Jessa —dijo— como si ella no estuviera aquí. Igual que hacíais entonces. Atención, chicos: *ya no es una niña pequeña.*

—Amén —murmuró Maggie.

Entonces Elle se levantó y se encaró con Jessa. —Seth lo perdió todo, pero intentó protegerte. Fue un amigo para ti. Le importabas. ¿No tienes nada que decir?

Los ojos marrones de Jessa se abrieron de par en par mientras se sujetaba la barriga.

—*Elle* —advirtió Brody.

—Seth ya me ha perdonado, Elle —dijo Jessa en voz baja.

—¿Perdonado a *ti*? —Brody se giró hacia Jessa.

—Sí —dijo, mirando a Brody con un amor tan putamente absoluto que no entendía cómo el tío no se derretía en un charco allí

mismo—. Y yo le perdono a él, ¿vale?

Silencio.

—Bueno, entonces… no queda realmente nada más que decir —dijo Dylan, con cautela. Era la primera vez que abría la boca—. Espero. —Parecía jodidamente harto de todo esto. Algo parecido a lo que sentía yo.

Pero tenía adrenalina corriendo por las venas, aún manteniéndome en tensión.

—¿Vamos a poner esta mierda a votación? —preguntó Zane—. ¿De una puta vez? Necesitamos unanimidad, ¿verdad?

—¿Una votación sobre *qué*? —dijo Brody. Claramente, no estaba listo para nada de eso.

Yo tampoco creía estarlo. Independientemente de lo que se hubiera aclarado hoy, no estaba en absoluto preparado para que la banda votara, aquí y ahora, sobre mi destino.

—No —dijo Jesse—. Ahora no. Primero necesito hablar con mi hermana.

—Sí —dijo Elle en voz baja, acercándose a mí. Entrelazó sus dedos con los míos, y nadie en la sala podía habérselo perdido—. Y yo necesito hablar con Seth.

CAPÍTULO 30

ELLE

JESSE HABLÓ CON JESSA. Después, él y Brody la acompañaron de vuelta al todoterreno de Brody con su conductor, y ella se fue a casa. Brody la siguió en su Harley.

Hablé con Seth fuera, brevemente, pero al final le pedí que se fuera a casa sin mí, que yo iría después.

Casa…

Seth era, sin duda, parte de lo que yo consideraba *casa* ahora. Sabía que mi casa dejaría de sentirse como un hogar si llegaba y él no estaba en ella.

Me besó y, le gustara o no, se fue, como le pedí.

Maggie también se fue a casa.

Jude se quedó fuera un rato. Sin duda, él y Jesse tenían unas cuantas cosas de las que hablar. Pero cuando Jesse volvió a entrar en la iglesia, Zane, Dylan y yo estábamos sentados en el borde del escenario. Éramos solo nosotros cuatro, y la iglesia nunca se había sentido tan silenciosa como cuando Jesse recorrió el pasillo hacia nosotros. Arrastró una silla y se sentó.

—Así que queréis darle una oportunidad a Seth —dijo. No era una pregunta, y estaba mirando a Zane, no a mí, cuando lo dijo.

—No, no quiero darle una oportunidad —respondió Zane—. Quiero darle un puesto permanente en esta banda. —Y esta vez no estaba intentando tocarle las narices a Jesse. Iba completamente en serio—. Todos sabéis que el tío me cae bien. Y tiene un puto talento increíble. O sea, me mata de cojones que hayamos perdido tanto

tiempo sin él. Tal como yo lo veo, solo hay tres cosas que importan. Mientras… —Fue contando los puntos con los dedos—. Número uno: se mantenga limpio. Número dos: quiera estar aquí. Y número tres: él y Jessa hayan arreglado sus mierdas… no veo ninguna razón por la que no podamos volver a tocar con él.

—Número cuatro —dijo Dylan, cruzándose de brazos—. Que trate bien a Elle.

Todos me miraron.

Encontré mi voz.

—Lo hace —les dije—. Me trata bien.

—Espera —dijo Zane—. ¿Qué?

Le miré.

—Seth y yo estamos… juntos.

A Zane se le cayó la mandíbula al suelo, mientras todas las piezas encajaban en su cabeza… Y dejar a Zane Traynor sin palabras era una puta hazaña.

Suspiré un poco y miré a Jesse. Sus ojos oscuros estaban clavados en mí.

—¿Tú quieres esto? —me preguntó—. ¿Seth en la banda? —No dijo ni una palabra sobre lo demás.

—*Sí*.

No había nada más que decir. Para mí, era un sí rotundo. Lo gritaría desde lo alto de las montañas si hacía falta.

—¿Y si rompéis? —preguntó Dylan.

—Uy, *toma ya* —dijo Zane, recuperándose de la impresión—. Sí. ¿Qué cojones pasa entonces?

Pero no era como si no hubiera pensado en ese escenario.

—Ya he pasado por una ruptura en esta banda —dije con sequedad—, puedo sobrevivir a otra.

Jesse negó con la cabeza.

—Nadie quiere eso para ti, Elle. Que tengas que pasar por eso.

—Ya, bueno… es un riesgo que estoy dispuesta a correr.

Todos se quedaron en silencio.

Entonces Dylan se puso de pie, se inclinó y me dio un abrazo.

—Hablaremos con Brody —dijo, y esta vez, aquello lo fue todo para mí.

—Gracias. —Contuve las lágrimas mientras Zane me abrazaba también.

—Gracias a *ti* —me susurró Zane al oído.

—¿Por qué?

—Por traernos de vuelta a nuestro chico. —Me dio una palmada en la espalda, una especie de palmada de tío, pero yo ya estaba acostumbrada a esas cosas de Zane, un tipo que no sabía exactamente cómo relacionarse con mujeres que no quisieran follárselo.

—De nada —dije, apartándole con suavidad.

—Entonces… —dijo, estudiándome, todavía intentando asimilarlo — ¿te estás follando a Seth?

—Zane. Joder… —Dylan le agarró del cuello y se lo llevó a rastras.

Jesse se puso de pie frente a mí, llenando mi campo de visión, mientras oía a los otros salir de la iglesia. Estábamos solos, por primera vez en mucho tiempo.

Todavía no se había cortado el pelo y los rizos oscuros casi le rozaban los ojos, aún más oscuros. Estaba para morirse de guapo, como siempre, y sin embargo, no me revolvió el estómago como solía hacerlo.

Tenía las manos hundidas en los bolsillos de los vaqueros. Eran negros desgastados, con rotos en los muslos, y en los pies llevaba otra vez unas Converse en blanco y negro.

No pude evitar sonreír con sorna.

—¿Y qué pasa con las Converse?

—¿Eh? —Se miró los pies y se balanceó sobre los talones, un poco como solía hacer Seth—. Ah. Me las regaló Katie.

—Ajá. Ella te sienta bien —dije, a regañadientes. Era verdad; el hombre tenía un brillo asqueroso desde que conoció a esa chica.

Le tembló un poco la comisura de la boca, como si fuera a sonreír, pero no lo hizo.

—Estás segura —dijo— de que esto es lo que quieres.

—Sí.

—Segura.

—*Sí*.

Asimiló aquello, asintió una vez y luego alzó la vista hacia el escenario que quedaba detrás de mí. Cuando sus ojos oscuros encontraron los míos de nuevo, dijo:

—Vale. Hablaré con Brody. Podemos convocar otra reunión de la banda pronto. Hablar con él todos juntos. Pero necesito hablar con él primero. Va a ser difícil para él, y creo que necesita oírlo de mí. Soy el único en quien confiará para tomar la decisión correcta en lo que respecta a Jessa.

Sabía que probablemente era cierto. Pero aun así…

—¿Y si no cede?

—Cederá —dijo Jesse—. En última instancia, es nuestra decisión. De los cuatro. Decidimos nosotros, y le decimos a Brody cómo van a ser las cosas.

Sí. Eso lo sabía.

No me encantaba que todo el peso fuera a caerle a Brody de esa manera, pero después de lo que había pasado esa noche… después de haber visto a Jessa y a Seth juntos —del brazo, por el amor de Dios— y haber oído las cosas que habían dicho el uno del otro… el perdón mutuo que habían encontrado… tenía que saber que era hora de ceder. Enterrar el hacha de guerra, aunque él mismo no estuviera del todo preparado para perdonar.

Si nosotros cuatro, y Jessa, podíamos aceptar que Seth volviera a la banda, Brody también tendría que hacerlo. Por muy difícil que le resultara.

Jesse dio un paso hacia mí y me atrajo para un abrazo breve. Cuando nos separamos, dijo:

—También hablaré con Seth. Tenemos que pasar tiempo juntos. Volver a conocernos.

—Le gustará —dije, porque estaba segura de que así sería.

Cuando pareció que no quedaba nada más que decir, Jesse simplemente dijo:

—Nos vemos luego. —Y se dio la vuelta para irse. A mitad del pasillo, se detuvo y me miró—. Seth, ¿eh?

—Sí —dije, sintiéndome un poco radiante yo también—. Seth.

—Espero que seas feliz, Elle.

—Lo soy.

—Sabes… podrías habérmelo contado.

—¿Contarte qué?

—Lo de Seth. —Se encogió de hombros, un poco incómodo—. Podrías haber hablado conmigo.

—Claro. Como cuando tú viniste a contarme todo lo de Katie.

Eso pareció pillarle desprevenido.

—No sabía que quisieras que lo hiciera.

—No quería. Y aunque hubiera querido, ¿qué me habrías dicho?

—Bueno…

—Me habrías dicho que estabas enamorado de ella y que no era de mi puta incumbencia.

Se cruzó de brazos.

—Vale. Puede que dijera algo por el estilo.

—Ya.

Lo meditó un momento.

—¿Y estás segura…? ¿Estás segura de que está limpio?

—Estoy segura. Jamás os habría pedido que le aceptarais de vuelta si…

—Ya —dijo—. Eso lo sabemos. Pero ya sabes… —Se quedó a medias, como buscando las palabras adecuadas—. Que esté limpio ahora… no significa que siempre vaya a estarlo, Elle.

—Ya. Eso también lo sé.

Lo sabía.

Había llegado al punto de hacer una llamada desesperada, anoche a última hora, a Rudy Baker, el legendario músico de blues y alcohólico recuperado que había sido amigo de Dirty desde hacía mucho tiempo, y el padrino de Zane en Alcohólicos Anónimos. Yo no era precisamente una experta en adicciones, y Rudy era lo más parecido a eso que conocía; un hombre cuya adicción casi le había matado, pero que ahora llevaba más de veinte años de sobriedad a sus espaldas, y seguía de gira, seguía viviendo su vida entrando y saliendo de bares, tocando en conciertos y yendo de fiesta sin recaer. Salí de esa conversación con muchas más preguntas que respuestas, pero Rudy y yo habíamos quedado en vernos para tomar un café en cuanto volviera a L.A..

Me dijo de entrada que no era ningún experto en drogadicción, que era un animal completamente distinto a la adicción al alcohol. Pero una cosa tenían en común las dos: la capacidad del adicto para mantenerse limpio dependía casi por completo de su motivación para hacerlo.

Sabía que Seth tenía una motivación enorme. Ahora, quizá más que nunca. Estaba a punto de recuperar a Dirty. Y me tenía a mí.

Pronto, tendría un bebé.

Pero ninguna de esas cosas le mantendría limpio; eso lo entendía.

Tenía que querer mantenerse limpio por sí mismo. De lo contrario, cualquier momento difícil, cualquier estrés —y habría estrés— podía ser un detonante. Podía colocarse una vez, en un momento de debilidad… y empezar la espiral descendente de nuevo.

Lo único que podía hacer yo era apoyarle, confiar en él y tener fe en él. Pero ya tenía fe en él. De eso no me cabía ninguna duda.

Creía en Seth.

Jesse me miraba fijamente, sin parpadear.

—¿Estás enamorada de él?

—Jesse…

—Ya lo sé. —Se dio la vuelta y siguió por el pasillo—. No es de mi puta incumbencia…

Le vi marcharse, y una sonrisa se fue dibujando en mi cara.

Era prácticamente la primera vez en un año y medio que había tenido una conversación con Jesse sin tener que fingir que estaba bien, cuando por dentro me sentía como una mierda.

Sí que me sentía bien. Me sentía feliz. Aliviada.

Pero por otra parte… también estaba aterrorizada. Porque aunque parecía que la banda estaba dispuesta a hablar con Seth sobre volver con nosotros, no estaba nada segura de cómo se iba a tomar Seth la *otra* noticia.

Por mucho que le importara yo, oír esas palabras —*estoy embarazada*— a algunos tíos les daba un susto de muerte, sin más.

Hará lo correcto.

Eso era lo que no paraba de repetirme. Pero era un consuelo frío.

No quería que hiciera lo correcto, que era apoyarme y estar a mi lado.

Quería que se enamorara perdidamente de nuestro bebé… como yo ya sentía que me estaba pasando, gradual e irreversiblemente, latido a latido.

Cuando llegué a casa, Seth me estaba esperando en la terraza de atrás. Tenía un café y miraba el agua. El sol acababa de esconderse tras las islas, y el horizonte era una erupción volcánica de violeta, escarlata y dorado.

—Precioso —dije mientras me sentaba a su lado—. ¿Sabes?, nunca me canso de estas vistas.

Me miró, sus ojos verde-grisáceos fundidos al reflejar la puesta de sol. Su mirada recorrió mi cara.

—Sé a qué te refieres.

Sonreí.

—¿Café? —me ofreció.

—No, gracias. —Sentí que la sonrisa se me desvanecía. La cafeína; otra cosa más a la que iba a tener que renunciar, con un bebé creciendo dentro de mí—. ¿Cómo te sientes? —le pregunté.

—Cansado. Le he metido un chupito doble a este, con la esperanza de que me espabilara. —Levantó la taza para dar un sorbo y se encogió de hombros—. Nada.

Podía entender la sensación. Yo estaba muerta de cansancio. No sabía si era el embarazo o simplemente la tensión de guardármelo para mí, cuando me moría por contárselo a alguien… junto con la tensión de todo lo demás —el torbellino de caer por él, a lo bestia, y las largas horas de audiciones, las sesiones nocturnas en el estudio — pero se me estaba viniendo todo encima, justo ahora. Podía desplomarme ahí mismo.

En vez de eso, me levanté y le saqué de la silla, rodeándole con los brazos. Le miré a esos ojos ahumados y profundos mientras nos apoyábamos juntos contra la barandilla de la terraza, abrazados.

—Tengo que contarte algo.

Vi la inquietud, la duda, cruzarle los rasgos, antes de que intentara disimularlo. Probablemente pensaba que estaba a punto de decirle que la banda no le iba a aceptar de vuelta. Que simplemente no iba a pasar.

—No es eso —dije—. La banda… Hemos acordado que todos queremos que vuelvas con nosotros.

Se me quedó mirando, claramente inseguro.

—¿Incluso Jesse?

—Incluso Jesse. Sabes que no ha sido fácil… pero creo que escuchará a Jessa. Y está claro que ella está dispuesta a intentarlo.

—¿Y Brody?

—Brody cederá —dije, repitiendo las palabras de Jesse; confiando en ellas—. Jesse va a hablar con él. —Le atraje más hacia mí y dije—: Va a salir bien, Seth. Saldremos de esta. De hecho, creo que nos hará más fuertes como banda. Llevábamos un tiempo necesitando algo, este último año… desde que Jesse y yo rompimos. Algo que cortara de raíz toda la tensión y las gilipolleces y nos obligara a valorarnos de nuevo. De una forma extraña, creo que eso está pasando. Por ti.

—Bueno, me alegra haber sido de ayuda. —Sus palabras destilaban sarcasmo, y suspiró—. Siento haberlo hecho de una forma tan cutre, pero supongo que al final todos habéis descubierto que ese era mi plan desde el principio. Ya sabes, liarme con Jessa cuando éramos unos críos y sufrir una sobredosis. Todo formaba parte de mi plan maestro para fortalecer la banda.

Sonreí.

—Anda. ¿Quién lo iba a decir? —Me acerqué y le besé, y justo entonces, me subió una oleada de náuseas.

Me eché hacia atrás y Seth frunció el ceño. Sus brazos se tensaron a mi alrededor.

—Hay algo más.

—Sí. Es que… —No sabía *cómo* decirlo, así que me fui por las ramas y dije—: Parece que el pequeño de Jessa y Brody… va a tener un pequeño compañero de travesuras, para sembrar el caos entre

bastidores. —Me puse las manos en el estómago automáticamente; de forma protectora, quizá.

Seth bajó la mirada, observando cómo mis manos se deslizaban sobre mi estómago.

Cuando sus ojos encontraron los míos de nuevo, estaban muy abiertos y oscuros.

—Estás… embarazada.

No supe si era una pregunta o no, ni si estaba en shock, ni qué. Nunca le había visto esa mirada.

—Sí —dije, forzándome a sacarlo—. O sea, estoy bastante segura, joder. Mi regla lleva más de una semana de retraso, y me he hecho unas cuantas pruebas de embarazo.

Arqueó ligeramente la ceja.

—¿Unas cuantas?

—Sí. Como… cinco. —Esta mañana, había meado en el resto de los palitos, todas las pruebas que me había traído a casa el otro día. Y todas decían lo mismo.

Los ojos de Seth se abrieron aún más. Asintió lentamente, como si estuviera procesando todo aquello, con dificultad.

—Cinco —repitió.

—Iré al médico mañana —le expliqué—. Tengo cita. —Mis manos estaban extendidas sobre mi vientre plano. Todavía no se me notaba. El bebé tenía el tamaño de una semilla de sésamo ahora mismo; ya lo había buscado. Pero era mi bebé. Ya me sentía ferozmente protectora… de él o de ella—. Y voy a tenerlo —solté—, así que, por favor, ni se te ocurra preguntar. Y sí, es tuyo sin ninguna duda, así que eso tampoco lo preguntes.

Seth negó con la cabeza, despacio.

—No iba a preguntar.

—Solo quiero que sepas —continué— que esto va a pasar. Pase lo que pase con la banda. —*Pase lo que pase contigo*, quise decir, pero no lo hice.

Quería decirle que no quería, ni necesitaba, nada de él. Tenía dinero. Recursos. Técnicamente, no *necesitaba* una pareja para criar a este hijo.

Pero eso no era del todo cierto. Le necesitaba a *él*. Y quería mucho de él. Cosas que me daba miedo pedir.

Miedo, porque después de verle con Jessa, la mano de ella en su brazo cuando entraron juntos en la iglesia… me di cuenta de que nunca me había dicho lo que sentía por ella *ahora*.

Respiré hondo, y encontré el valor, de alguna manera, para preguntar.

—¿Sigues queriendo a Jessa?

Se le abrió un poco la boca, esos labios carnosos y preciosos se separaron, y tomó aire entrecortadamente.

—Elle —dijo, acercándose más a mí, de modo que sus caderas se pegaron a las mías. Parecía estar buscando las palabras adecuadas para expresar lo que estaba pasando en su cabeza, detrás de sus ojos—. No la *recuerdo*.

Fruncí el ceño profundamente.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir… Sé que te conté mucho sobre lo que pasó en aquella época. Lo que recuerdo. Pero cuando pienso en ello… aparte de escribir las canciones, no me acuerdo de qué hablábamos Jessa y yo cuando estábamos solos. Solía pensar en eso, mucho, cuando estaba en rehabilitación. *Intentaba* acordarme, pero era como… no había nada. Solo esos recuerdos extraños y mudos, como fotos, congeladas. Su sonrisa, o su cara arrugada cuando estaba enfadada conmigo. Pero no había sonido en esos recuerdos aparte de la música. Ni palabras entre nosotros aparte de las de las canciones. Teníamos las canciones y teníamos las drogas. Sé que hubo discusiones. Sé que ella quería que dejara las drogas. Y yo intenté con todas mis fuerzas recordar exactamente qué era lo que amaba de ella. Sabía que la quise, en algún momento. Debí de quererla. Pero no podría decirte por qué.

Dios.

Era tan… *triste*. Quizá debería haberme sentido aliviada de que no pudiera recordar lo que había amado de ella, pero no fue así.

A pesar de todo el dolor que sentí después de la ruptura con Jesse, si alguien me dijera que iba a olvidarlo todo sobre nuestra

relación excepto la música que habíamos hecho juntos y el dolor de la ruptura… habría sido mucho peor.

Al menos yo tenía los recuerdos de los buenos momentos que habíamos pasado.

—Quizá no necesitas una razón para querer a alguien —ofrecí.

—Sí la necesitas.

—¿Por qué me quieres a mí? —Incluso mientras las palabras salían de mi boca, me daba miedo preguntar. Seth todavía no me había dicho que me quería.

Simplemente lo sabía.

—Porque —dijo, deslizando las manos hasta acunar mi cara— cuando estoy contigo, me siento yo mismo. Y de alguna manera, cuando me miras, sé que ese hombre es suficiente.

Le rodeé la cintura con los brazos y le abracé con fuerza contra mí.

—Es porque te quiero, Seth.

Las lágrimas brillaron en sus ojos gris-verdosos.

—¿Por qué?

—Porque… cuando estoy contigo… siento que todo va a salir bien. Incluso cuando no es así.

—No sé cómo te he hecho sentir eso —dijo—. Yo nunca lo sentí, hasta ahora mismo.

—¿Ahora?

—Sí —dijo, rozando mis labios con los suyos—. Ahora mismo.

Entonces deslizó una mano hacia abajo, sobre mi corazón y directo a mi vientre, donde la apoyó con suavidad. Sentí su calor empapándome, en lo más profundo, y me inundó de alivio.

Podía sentir lo que iba a decir, antes de que lo dijera siquiera.

—Estoy aquí, Elle —murmuró contra mi piel—. Aquí mismo. Necesitas saberlo… Pase lo que pase con Dirty.

CAPÍTULO 31

ELLE

TARDÓ UNOS DÍAS. Cuatro, en realidad. A mí se me hicieron eternos, pero al final conseguimos cerrar los detalles.

A Seth se le iba a ofrecer un nuevo contrato con Dirty.

Y Brody iba a ser quien le ofreciera ese contrato.

Brody mandó redactarlo a los abogados, según nuestras condiciones. Y el jueves por la tarde, invitó a Seth a su casa para que le echara un vistazo.

No era la primera reunión que habían tenido. Seth ya se había reunido con Brody una vez, en persona, y había hablado con él varias veces por teléfono desde la reunión en la iglesia. Pero fui con él a casa de Brody; necesitaba asegurarme de que todo saliera sobre ruedas.

Maggie estaba allí cuando llegamos. Brody estaba hablando por teléfono, y dejé que Maggie entretuviera a Seth mientras yo iba a buscar a Jessa.

La encontré en el patio trasero, cortando flores de una de las grandes jardineras que había mandado instalar. La casa de Brody había ganado muchas flores y otras tantas cosas bonitas ese año. Incluyendo, por supuesto, a la propia Jessa.

Se giró cuando me oyó, la luz del sol atravesándole el pelo castaño, haciéndole brillar los reflejos dorados. Se la veía… radiante.

Solíamos quedar para tomar algo en L.A. con bastante regularidad, al menos unas cuantas veces al año. Este año no la había visto tanto. Yo había estado ocupada. Ella había tenido un

embarazo algo complicado y se había quedado cerca de casa. Parecía que hacía siglos que no estaba a solas con ella. También parecía que las dos habíamos pasado por mucho.

Las dos habíamos cambiado.

Ella, quizá, de formas más evidentes. Jessa era modelo de biquinis antes de quedarse embarazada, y lo parecía. Ahora parecía una modelo de biquinis con las tetas más grandes, el culo más grande y una enorme barriga de embarazada.

—Madre mía, ¡mira esa barriga! —exclamé—. Creo que se duplica cada vez que te veo. —En serio; parecía más grande que en la iglesia, hacía solo cuatro días. Extendí la mano hacia ella mientras sonreía—. ¿Puedo…? —pregunté, porque personalmente me parecía jodidamente raro que la gente pusiera las manos en la barriga de una embarazada sin preguntar antes.

—Claro. —Jessa me cogió las manos y las presionó contra el lado izquierdo de su barriga—. Está dando patadas ahora mismo. —Nuestras miradas se encontraron mientras yo sentía los pequeños golpecitos; de hecho, noté cómo la barriga se me clavaba en la mano donde los pies del bebé la empujaban—. Le debe de gustar tu voz.

—¿*Le*? ¿Vais a tener un…?

—No lo sé. No quiero saberlo. —Se encogió de hombros—. Brody quiere saberlo, pero yo prefiero esperar y descubrirlo cuando el bebé llegue al mundo. Quizá sea una tontería. A mí me parece más romántico.

—No es ninguna tontería. Pero ¿no te mata no saberlo?

—Un poco. A Brody le mata más, eso sí. Lo está sobrellevando decidiendo que vamos a tener un niño.

—¿Por qué un niño?

—Porque si tenemos una niña —dijo Brody, saliendo al patio— se va a parecer a ti. —Atrajo a Jessa entre sus brazos—. Y todos los mierdecillas del barrio van a empezar a seguirla hasta casa cuando tenga doce putos años, y yo voy a tener que empezar a coleccionar armas. —La besó, a conciencia, en la boca, y ella suspiró un poco, derritiéndose entre sus brazos.

Aparté la mirada. Estaba claro que el embarazo no había frenado su deseo insaciable el uno por el otro.

Cuando Brody por fin la soltó, me dijo:

—Pasa al despacho cuando estés lista.

Asentí, y desapareció dentro de la casa. No quería dejar a Seth ahí dentro demasiado tiempo sin mí, pero por otro lado, si Seth iba a unirse a Dirty, necesitaba ser capaz de estar en una habitación con Brody sin que yo le supervisara.

Pasito a pasito.

—Estarán bien —dijo Jessa, comprensiva. Debía de haberme leído el pensamiento—. Los hombres tienen otra forma de gestionar sus rencores. Ya sabes… las mujeres somos más psicológicas con eso. Podemos guardar rencor en silencio durante años y tener toda una guerra emocional en marcha. Los tíos… se quitan los rencores a puñetazos. Y si a Brody no le cae bien alguien, lo dice sin rodeos. Pero a lo largo de los años, con todo lo que pasó, nunca le oí decir que Seth le cayera mal. —Se encogió de hombros—. Eso me da esperanza. —Bajó la voz y añadió—: De hecho, creo que por eso se lo tomó tan mal. Porque Seth sí le caía bien. Pero esa es la parte que no reconocerá abiertamente.

—Sí —coincidí—. Me cuadra. —Aunque no estaba segura de estar de acuerdo con ella en lo de las diferencias entre hombres y mujeres. Yo, desde luego, no tenía ningún problema en decir lo que pensaba cuando estaba cabreada con alguien—. Jessa… espero no haber sido demasiado dura contigo. Ya sabes, en la iglesia.

—No lo fuiste —dijo.

—Solo quería que todos vieran por fin lo que yo veo, en Seth…

Me fui apagando porque me estaba mirando, especulativa y un poco soñadora, con sus grandes ojos marrones. Se parecían tanto a los de Jesse que a veces resultaba desconcertante.

—¿Qué?

—Estás tan enamorada de él —dijo.

Me encogí de hombros, un poco incómoda.

—Bueno… sí.

Una sonrisa preciosa iluminó la cara de Jessa.

—Madre mía, Elle.

—Ya.

Me abrazó, con cuidado, su enorme barriga rozando la mía, y respiré hondo. Esto era mi futuro. Podía sentirlo entre mis brazos.

Esto era lo que estaba a punto de pasarle a mi cuerpo.

Había ido al médico hacía tres días, y me había confirmado que, efectivamente, estaba embarazada.

Lo que significaba que dentro de unos siete meses yo estaría así de grande. Y en siete meses, se suponía que estaría inmersa en una gira mundial.

Cuando entré en el despacho de Brody, Seth se levantó del sofá de un salto y me ofreció su sitio, moviéndose a un lado. Me senté, y le lancé una mirada silenciosa. Seth era el tipo de hombre que le cedía el asiento a una mujer de todos modos, pero ahora que sabía que estaba embarazada, la velocidad y el entusiasmo con que me abría puertas y me cargaba las cosas se estaban volviendo un poco demasiado evidentes.

El otro día incluso me había preguntado si la guitarra me pesaba mucho, y si quizá debería sentarme para tocar.

Claro… Porque iba a sentarme a darle caña a un bajo eléctrico en un concierto. Casi me muero de risa con esa imagen mental, pero Seth había hablado completamente en serio.

Al menos sabía que quería a este bebé.

Me hacía preguntarme cuándo, y cómo, íbamos a contarles a todos lo del embarazo. O si se iban a dar cuenta solos. ¿Quizá eso sería más fácil? ¿Quizá podía simplemente esperar a que se me empezara a notar…?

¿Cuánto tiempo podía esconder una barriguita de embarazada detrás de un bajo? Quizá si me lo colgaba un poco más arriba…

—… entonces, ¿Maggie ya te ha puesto al día sobre la oferta? — Brody estaba hablando cuando me incorporé a la conversación. Su tono era puramente profesional mientras se reclinaba en la silla tras su escritorio. Tenía los ojos tensos y cautelosos cuando miraba a

Seth, pero al menos le estaba hablando de algo que no fuera el pasado.

Pasito a pasito.

—Todavía no hemos llegado a eso —dijo Seth.

—Te he enviado la oferta de Dirty por correo electrónico —le informó Maggie a Seth. Estaba sentada en el borde del escritorio de Brody—. Y la tengo aquí, en papel.

—No tienes que firmar el contrato hoy —dijo Brody—. Tómate un día o dos. Revísalo.

Seth alargó la mano para coger los papeles que Maggie le ofrecía.

—Gracias. —Mientras se acomodaba de nuevo a mi lado en el sofá, dijo—: Todos sabéis que me alegro de estar aquí. Y consideraré la oferta en serio. Pero… —Me miró—. Creo que tengo que deciros, de entrada, que voy a ser padre.

Ay, *Dios*.

—Así que… —continuó— si el contrato no es justo, no me va a valer.

Así que, por lo visto… se lo estábamos contando *ahora*.

Chispas me estallaron en el estómago; náuseas matutinas combinadas con unos putos nervios de cojones. Me mordí el labio, con fuerza.

Brody se le quedó mirando. Después parpadeó, y clavó sus ojos azul intenso en mí.

Maggie se recuperó primero.

—El… eh… contrato es increíblemente justo, Seth. —Le lanzó una mirada a Brody—. Me he asegurado de ello.

—Vosotros… —consiguió decir Brody, mirándome a mí, luego a Seth, y vuelta. Se detuvo, y lo intentó de nuevo—. ¿Vais a… tener un bebé?

—Sí —dije—. Sí, vamos a tenerlo. —Entonces alargué la mano y cogí la de Seth.

Brody bajó la mirada a nuestras manos, fuertemente entrelazadas… y los hombros le cayeron un poco. Lo vi, claramente, en sus ojos: el momento exacto en que de verdad le caló que Seth y yo éramos realmente una pareja.

Que estábamos en esto, *juntos*… a largo plazo.

—Bueno… ¡enhorabuena! —Maggie esbozó una sonrisa cautelosa. Se acercó para darme un abrazo. Solté la mano de Seth y me levanté. Me cogió por los hombros y me miró a los ojos, con la preocupación grabada en la cara… como si estuviera comprobando que esto *era* una situación de «enhorabuena».

—Gracias —dije, asintiendo para tranquilizarla, y me abrazó.

—Dios mío —me susurró al oído—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —le dije, mientras nos separábamos.

—Si necesitas algo…

—Créeme, te lo haré saber. —Lo haría. Dios sabía que iba a necesitar muchas cosas. Como ayuda para averiguar cómo demonios compaginar mi nueva vida como mamá *rock star*.

Mientras Maggie se giraba para abrazar a Seth también, miré a Brody. Se había puesto de pie; había salido de detrás del escritorio y me estaba observando.

—Lo siento —dije, sintiendo de repente la necesidad de disculparme por haberme metido a mí misma —y, por tanto, a todos los demás— en esto—. Sé que hay una gira. Y sé que voy a estar embarazada y teniendo un bebé en medio de ella. Sé que va a joderlo todo…

—Lo resolveremos —dijo Brody, con firmeza.

—Desde luego —coincidió Maggie—. Ni te preocupes por eso, Elle.

—Estoy preocupada.

—¿Por qué? —Brody se cruzó de brazos—. O sea, fue tan jodidamente fácil encontrar un nuevo guitarrista… No debería ser ningún problema encontrar a alguien que te sustituya un tiempo.

—Joder —gemí.

Brody esbozó una pequeña sonrisa.

—Es broma, Elle. —Luego se puso serio de nuevo, las cejas fruncidas con preocupación—. Lo último que necesitas ahora mismo es preocuparte por la gira. Cuídate. No te estreses con esto.

Asentí y respiré hondo otra vez, mientras luchaba por aceptar rápidamente el nuevo orden de prioridades en mi vida.

Brody dio un paso hacia mí. Echó un vistazo a Seth, pero luego sus ojos azules se posaron de nuevo en mí, y se suavizaron. Parecía… bueno, parecía un padre preocupado. Y me cayó encima de golpe que estaba a punto de serlo.

Y quizá de verdad estaba cediendo.

Quizá Jessa, o su amor absoluto por ella, le había hecho ceder. Quizá era simplemente que vivía con una mujer muy embarazada y sabía lo que nos esperaba a las dos. Pero me abrazó.

—Vas a ser mamá —murmuró en mi oído, la voz un poco rasgada por la emoción.

—Ay, Dios…

Me apretó fuerte, y me dejé caer sobre su hombro, sobre su consuelo sólido.

—No estás sola, Elle —murmuró Brody.

Y sabía que, de verdad, no lo estaba.

CAPÍTULO 32

SETH

—VENGA, Seth —me suplicó Elle—. Fóllame.

La *estaba* follando. Más o menos.

Estábamos en la parte trasera de una limusina, y yo estaba encima de ella, sujetándome para no aplastarla.

Había una fiesta esa noche, una fiesta organizada para la serie documental. Dirty iba a tocar para un local a reventar de invitados VIP, en el bar donde habían celebrado las audiciones de Vancouver: el *nuevo* Dirty, conmigo incluido en la formación. Era la primera vez que se anunciaba, ante las cámaras, la noticia de que yo había vuelto a la banda.

Y seguro que la fiesta organizada se convertiría en una fiesta de verdad después.

Maggie había mandado la limusina a casa de Elle para recogernos. Estábamos aparcados delante del bar, en el aparcamiento lleno y acordonado para mantener a raya a los medios y a los fans que abarrotaban las aceras. Habíamos estado comiéndonos la boca prácticamente todo el trayecto, y en cuanto paramos, Elle no tardó nada en decirles tanto al conductor de la limusina como a Flynn que se largaran, y en abrirme los vaqueros de un tirón.

Ahora estaba dentro de ella, sin condón, y había descubierto que esa era una de las mejores ventajas de que Elle ya estuviera embarazada: ya no tenía que preocuparme de dejarla preñada por accidente. Estábamos piel con piel, y era alucinante estar dentro de

ella así. Sentirla, toda caliente y resbaladiza, apretada y mojada, contra mi polla desnuda.

Jodidamente intenso.

Podía perder la cabeza fácilmente y follármela hasta que le costara caminar al salir de aquí.

Pero iba despacio, con cuidado. Porque otro efecto secundario de que Elle estuviera embarazada era que me daba un miedo de la hostia hacerle daño.

O hacerle daño al bebé.

—Es como una puta pepita de uva —jadeó, clavándome las uñas en el culo mientras intentaba meterme más adentro—. Es diminuto, y no puedes hacerle daño. La doctora lo ha dicho. Es un grano de arroz. Una puta lenteja…

—No me abras el apetito… —bromeé, besándole el cuello mientras ella jadeaba frustrada debajo de mí.

—La otra noche me follaste a lo bestia —se quejó, siseando su impaciencia entre los dientes mientras se la metía despacio—. Puedes hacerlo otra vez.

—No sabía que estabas embarazada cuando lo hice.

—¿Y? Haz como que no estoy embarazada.

—Pero estás embarazada.

—Tu polla no tiene por qué enterarse.

Me reí.

—Seth… me estás cabreando —gimió, moviéndose contra mí, mientras yo empujaba, dentro y fuera, abriéndome camino poco a poco más adentro—. Sí… —exhaló— así…

Joder. Iba a matarme, joder…

Le pasé la mano por el pecho. Llevaba un vestido blanco, corto y ceñido, y un sujetador con relleno. Tiré de la tela elástica hacia abajo, empujándole las tetas hacia arriba; se le salieron del sujetador mientras yo se las sobaba.

—Te están creciendo las tetas —le dije, y le pasé la lengua por un pezón hinchado. Los pezones también le estaban creciendo. Esa era otra ventaja de que Elle estuviera preñada, y pensaba disfrutarla—. Quiero follártelas.

—Sí… háblame sucio… —gimió, restregándose contra mí.

Deslicé la mano entre nosotros y le froté el clítoris. Sabía que no era justo que la estuviera provocando. No pretendía provocarla. Pero que le gustara fuerte —*muy* fuerte… Íbamos a tener que adaptarnos a eso durante un tiempo.

—Esta noche —le dije con voz ronca, hundiendo la lengua entre sus tetas— cuando te lleve a casa, voy a sacarte las tetas de este vestido y me las voy a follar. Meter mi polla entre ellas y correrme encima de tus pezones rosados.

—Sí… —Se estremeció contra mí mientras le trabajaba el clítoris con las yemas de los dedos. Saqué la polla en parte y la froté, adelante y atrás, contra la parte delantera de su interior. Se le abrió la boca y solo hicieron falta unas cuantas embestidas…

Quizá no estaba dispuesto a follármela profundo o fuerte ahora mismo, pero eso no significaba que no fuera a follármela *bien*.

—Hostia… *joder*… —dijo con voz quebrada, y entonces estampó la mano contra la puerta del coche detrás de su cabeza, retorciéndose debajo de mí.

Se corrió, gritando.

Fue un orgasmo total, de cuerpo entero. Se estremeció y se sacudió contra mí mientras su cuerpo convulsionaba. No fue hasta que dejó de gritar que nos dimos cuenta, en el mismo instante, de que había abierto la puerta de un golpe.

Levantamos la vista al mismo tiempo.

Alguien estaba de pie justo fuera, entre los coches aparcados. Alto y rubio, apoyado en una camioneta aparcada junto a la limusina. Sostenía un porro olvidado, a medio camino de los labios, y su larga cresta falsa rubia se le agitaba sobre los ojos con la brisa.

—Eh, chicos —dijo Zane, con total tranquilidad—. ¿Lo estáis pasando bien?

Y entonces sonrió con sorna.

Elle soltó un chillido e intentó esconderse más adentro de la limusina, fuera de la vista de Zane. No llegó muy lejos porque yo estaba encima de ella. Enterró la cara en mi cuello.

Alcancé la puerta y la cerré de un portazo. Elle me empujaba el pecho, así que me eché atrás. Salí de ella. Ella clavó en mí sus ojos grises, jadeando.

No pude evitarlo; me reí. Me tapé la risa con el puño, y ella me dio un manotazo en el hombro.

—¡Qué asco!

—¿Qué?

—¡Me has hecho correrme delante de Zane!

—Eh, te he hecho correrte, punto. Tú eres la que ha abierto la puerta.

Me dio otro manotazo, fulminándome con la mirada.

Y entonces se lanzó sobre mí.

—Dame esa polla —dijo.

Caí de espaldas en el asiento mientras me agarraba la polla. La apretó y se la metió en la boca. Me la chupó con ganas, gimiendo y hambrienta, lamiéndome como una gata callejera muerta de hambre. Me reí, una risa aturdida y eufórica, pero el sonido se cortó, estrangulándose en mi garganta y convirtiéndose en un gemido cuando me pasó los dientes por la punta. Sentí la oleada creciendo, subiendo desde la base de la columna y por los huevos… y cuando volvió a tragársela, exploté con un gruñido, levantando las caderas del asiento.

Me chupó a fondo mientras me corría, descargando en su calor húmedo. Sentí que la polla me palpitaba durante unos diez minutos mientras el cerebro me rebotaba dentro de la cabeza.

Cuando me desplomé en el asiento con otro gemido, jodidamente reventado, ella dijo:

—Casi no te lo merecías.

La miré; se estaba lamiendo los labios, con sus ojos grises entrecerrados clavados en mí.

—¿Eh?

—Por provocarme. Debería haberte castigado.

—Pues castígame la próxima vez —dije, intrigado por cómo sería un «castigo» de Elle.

—Lo haré —prometió—. La próxima vez, me correré *yo sola*, despacio… y tú puedes mirar.

Ay, *joder*. Se me descolgó la mandíbula y sentí que se me vidriaban los ojos, imaginándolo. Todavía no la había visto hacerlo. Las manos esbeltas de Elle, deslizándose entre sus propias piernas…

—¿De verdad tenemos que ir a esta fiesta…? —pregunté, alcanzándola y agarrándola por la cintura.

—Sí —dijo—. Sí, tenemos que ir. Es solo como el momento de tu vida. Ya sabes, el que llevas esperando todos estos años.

—Ah, ¿sí? —dije—. Y yo que pensaba que lo que llevaba esperando todos estos años era *esto*. —La atraje hacia mí y la besé, y ella me rodeó con los brazos. Le fui besando el cuello… Estaba en mi regazo, con las tetas en mi cara, y a medida que iba bajando, gemí—. Todavía tienes las tetas fuera, nena. Si quieres que salga alguna vez de esta limusina, guárdatelas. —Le chupé los pezones hinchados, sin poder evitarlo. Este embarazo me iba a matar, definitivamente.

¿Quién iba a decir que las embarazadas eran tan jodidamente sexis?

Entonces se escurrió. Se inclinó hacia delante y se ajustó el sujetador, y sacudió las tetas para meterlas de nuevo en las copas. La polla me dio un tirón mientras miraba.

Se incorporó y se alisó el vestido sobre las curvas.

—¿Puedes repetir eso? —le pedí—. ¿Un poco más despacio…? —Me froté la polla palpitante con la mano.

Elle se limitó a sonreír mientras se retocaba el pintalabios y dijo:

—Luego. —Entonces me cogió de la mano y me sacó de la limusina mientras yo luchaba por subirme los vaqueros.

—Mierda. Tienes pintalabios en el cuello.

Elle me detuvo en la entrada del bar. Las puertas estaban abiertas de par en par, custodiadas por varios tíos de seguridad. Podía ver a Maggie trajinando justo dentro, y unas cuantas caras conocidas. Técnicos, parte del equipo de Liv. El sitio estaba a tope, lleno de gente, y vi a alguien hacerle una seña a Liv, avisándola de que estábamos a punto de entrar.

Elle me frotó el cuello con el pulgar como una novia atenta. No me molestó la sensación.

—¿Bien? —le pregunté, sonriendo un poco mientras me examinaba. La verdad es que me importaba una mierda si tenía su pintalabios por todas partes.

—Bien —dijo, cogiéndome la mano y dándole un apretón.

Mientras entrábamos en el bar, de la mano, respiré hondo.

Había velas encendidas en candelabros por todo el escenario, y una lámpara de araña enorme colgaba sobre la pista de baile. Las mesas y sillas del bar se habían movido contra las paredes, y la sala estaba llena. El equipo de cámara y luces estaba preparado, y cuando Elle y yo entramos en la sala, supe que nos estaban grabando.

Como nos habíamos retrasado follando en la limusina, todos los demás ya estaban allí. Y por cómo nos recibieron, supe que sabían lo del embarazo. Yo mismo había llamado a Zane para contárselo. Elle se lo había dicho a todos los demás.

Todavía era pronto, eso sí. No íbamos a contárselo a los medios ni al público, ni siquiera a Liv y su equipo, lo del bebé. No hasta que pasáramos el primer trimestre con seguridad. Pero se lo habíamos contado a la banda, a nuestro círculo íntimo.

Jessa parecía genuinamente entusiasmada por nosotros. Quizá era simplemente que nadie quería apartar a codazos a una embarazada, pero fue la primera en abrazarnos a los dos.

Brody me estrechó la mano después. Cuando abrazó a Elle, igual que había hecho el otro día en su despacho, sentí alivio otra vez. Sabía que aceptarme de vuelta iba a ser un proceso con Brody. Pero en lo que respectaba a él y a Elle, no parecía haber daños colaterales en su relación. Si acaso, parecía haberse ablandado con ella desde que se enteró del embarazo.

Hasta Jesse nos felicitó, en voz baja. Su mirada pesaba sobre mí, calculadora, mientras me estrechaba la mano. Era la forma en que un tío te mira cuando piensa vigilarte, y quiere que lo sepas.

Justo.

Katie nos abrazó también a los dos y nos felicitó. Había algo en sus ojos cuando lo hizo. Una alegría cautelosa, con una vulnerabilidad debajo. Habría dicho que era envidia, pero no estaba seguro.

Ash estaba allí, y también me felicitó. No me lo esperaba. Sabía que tenía que estar decepcionado; había perdido a Elle, y no estaba seguro de lo profundos que eran sus sentimientos por ella. Pero conocía su reputación de mujeriego, y ya que Elle no estaba teniendo un bebé *suyo*, al menos ahora era libre de seguir con lo suyo. En cualquier caso, se portó con elegancia. No se quedó cerca mucho rato, pero me estrechó la mano y le dio a Elle un abrazo rápido antes de desaparecer entre la multitud.

Después de saludar a todos, la banda tuvo una charla rápida con Liv que apenas oí. Luego nos dirigieron al escenario. Las cámaras nos enfocaban, y acercaron a la multitud al escenario, anticipando el show que estábamos a punto de dar.

La sala entera estalló en gritos y aplausos cuando Dylan subió las escaleras del escenario. Cruzó y se colocó detrás de su batería. Zane fue el siguiente, luego Jesse, luego Elle.

La seguí escaleras arriba, y los aplausos cuando subí al escenario fueron casi ensordecedores. Todo era bastante surrealista. Estaba un poco en una nube, pero mis pies me llevaron donde tenían que ir.

Elle cogió su bajo, y cuando pasé a su lado, se giró hacia mí y me besó en la mejilla. Me quedé clavado. La gente gritó.

Sabía que todos nos miraban. Sabía que los chicos de la banda nos miraban.

Todavía no habíamos anunciado, ante las cámaras, que Elle y yo éramos pareja. Liv lo sabía, pero habíamos acordado que simplemente lo dejaríamos fluir de forma natural, por ahora. Para cuando terminara esta grabación, estaba bastante seguro de que sería jodidamente obvio. No me imaginaba sin tocar a Elle en toda la noche, y las cámaras iban a estar sobre nosotros durante horas.

Mientras me recuperaba de aquel beso inesperado, Zane se lanzó con un abrazo y una palmada en la espalda.

—Todo empieza ahora, hermano —me dijo al oído.

Dylan se inclinó por encima de su batería para estrecharme la mano.

Entonces Jesse me entregó mi guitarra.

—El pasado se acabó —dijo—. Bienvenido a un nuevo comienzo. —La mirada en sus ojos oscuros era acogedora, aunque todavía un

poco cautelosa.

Asentí y cogí la Gibson. Me la colgué, buscando mi sitio. Era una guitarra nueva; un regalo de Elle.

La miré. A unos metros, estaba preparada, el bajo en las manos, la correa plateada y brillante sobre el hombro. Me sonrió. Y tuve que apartar la vista antes de que se me llenaran los ojos de lágrimas.

Bajé la mirada a mis pies. Mis viejas botas de piel de serpiente, bien plantadas en el escenario.

Y mientras Zane agarraba el micro y empezaba a hablar con el público, dije una breve oración mentalmente, a nadie en particular. ¿A Dios? ¿A los dioses del rock? ¿A mis padres muertos? Daba igual. Simplemente la lancé al universo. Era una de las pocas veces en mi vida que había hecho algo así, y como siempre, la oración no era para mí.

Era para mi banda.

Para Dirty.

Cuando levanté la vista, vi todas las caras del público, mirándome. Vi las cámaras.

Miré a mi alrededor, a mi banda en el escenario, y sentí su energía creciendo, lista para desatarse. El corazón me latía con fuerza, pero despacio, en el pecho. Respiré hondo otra vez.

Todavía tenía mucho que demostrar. Lo sabía.

La puerta se me había abierto. Ahora dependía de mí cruzarla y arrasar.

Pero estaba más que jodidamente preparado para ese desafío.

—Vamos a empezar esta noche con buen pie —anunció Zane—, con un temazo nuevo, escrito por nuestro guitarrista nuevo/viejo. Le conocéis como Seth Brothers. —Zane sonrió y me guiñó un ojo por encima del hombro mientras el público gritaba su aprobación.

Le devolví la sonrisa.

—Nos gusta llamarla *To Hell and Back* —dijo.

Entonces Dylan nos marcó la entrada.

Y cuando la canción arrancó, empecé a tocar.

EPÍLOGO

DYLAN

CON UNA CERVEZA en la mano, me dejé caer en un sofá al fondo del bar. Era plena noche, y sonaba una canción lenta de baile con mucho bajo, retumbando por todo el edificio. Las luces estaban tenues, las velas encendidas, y el alcohol corría.

Dirty había terminado de tocar hacía horas, el equipo de rodaje había acabado de grabar, pero la fiesta privada seguía a tope.

Había estado pensando en liarme con una rubia, una amiga de Maggie, pero luego le había perdido la pista. A propósito. Era mona, pero no me apetecía.

Mirara donde mirara, la gente se estaba comiendo la boca. Sorprendentemente, Zane no era uno de ellos. Estaba sentado en el borde del escenario con Brody y Jude, hablando. Jessa se había ido a casa en algún momento, cansada y quejándose de los pies hinchados. Maggie estaba cerca, charlando con Summer. Y Jesse y Katie estaban escondidos en un rincón, comiéndose a besos.

Elle y Seth estaban en otro rincón. Los observé un rato. Besándose despacio, hablando, y sonriéndose el uno al otro. Él tenía la mano en su barriga.

Qué locura.

Pero tenía que admitir que, si Elle era feliz, si esto era lo que quería… el hecho de que Seth fuera ahora el padre de su bebé iba a anclarle a la familia Dirty para la eternidad. Para bien o para mal, era un hecho.

Y yo, personalmente, me alegraba.

Mientras Elle fuera feliz.

—Oye. Quería darte las gracias —dijo Liv, sentándose a mi lado en el sofá.

—¿Por qué?

—Por conseguirme el trabajo de dirección en la campaña de Underlayer.

Me encogí de hombros. Llevaba un tiempo trabajando con Underlayer como uno de sus modelos «famosos» de ropa interior. Íbamos a rodar un anuncio en un par de semanas, y Underlayer había tenido la amabilidad de adaptarse a mi agenda con la banda, lo que significaba que lo rodábamos aquí, en Vancouver. Yo le había abierto la puerta, claro; necesitaban una directora canadiense de todos modos. Pero el trabajo se lo había ganado ella sola.

—Eres la única persona a la que querría filmándome en calzoncillos —le dije, flirteando, pero sin flirtear en serio.

Liv sabía que no iba en serio y lo ignoró.

—Todavía no estoy segura de que me encante la dirección creativa del asunto. Aunque tampoco parece que tenga mucho que opinar.

Me encogí de hombros otra vez, dando un trago a mi cerveza.

—Solo quieren que me suba al escenario a hacer lo mío.

—¿En calzoncillos? —Arqueó una ceja fina detrás de las gafas—. ¿Cuándo has tocado la batería en calzoncillos?

—Toco con falda escocesa —dije, y ella lo sabía tan bien como cualquiera—. De ahí viene la idea. Es lo de «¿Qué hay debajo de la falda escocesa?».

—Ah, sí —dijo—. La eterna pregunta. Mira, entiendo que ese es el gancho del anuncio, pero luego quieren que te quedes en ropa interior —su ropa interior— en el anuncio. Sin falda escocesa.

—¿No te gusta?

—Podría ser mejor —dijo.

—Por eso Dirty te contrata, Liv —le dije—, y siempre lo haremos. Porque nos dices las cosas claras. Aunque dudo que vayan a cambiar la dirección del anuncio.

—Lo sé —dijo.

Alguien se dejó caer en el sofá, al otro lado de Liv, y eché un vistazo para encontrarme con mi mejor amigo. Ash había sido un terremoto en mi vida últimamente, solo superado por toda la movida con Dirty. Sabía, sin que tuviera que explicármelo, lo infeliz que estaba por lo que había pasado entre él y Elle. Estaba bastante pillado por ella, más de lo que admitiría.

Solíamos salir de fiesta juntos, ligar juntos. Los últimos siete meses, lo había estado haciendo prácticamente solo.

Pero ahora, Ash me devolvió la mirada. Una mirada que conocía bien. Le echó un repaso a Liv, como quien no quiere la cosa. Luego me arqueó una ceja oscura.

Yo tenía el brazo en el respaldo del sofá, detrás de Liv, y le hice una peineta a sus espaldas. Ash se limitó a sonreír y a beber su cerveza.

Ni de coña iba a hacer un dúo con Liv, ni siquiera para beneficio de Ash, para que volviera al juego. Para empezar, ella jamás lo haría. Aparte de eso, no era exactamente mi tipo. Tenía un cuerpecito compacto, pero aunque teníamos edades parecidas, Liv era como una tía mía o algo así.

Le eché un vistazo a su blusa, abrochada hasta el cuello.

Me lanzó una mirada afilada.

—¿Qué?

—Nada.

Ash se carcajeó y Liv puso los ojos en blanco.

—Os dejo con lo vuestro, chicos —dijo, levantándose y marchándose.

Observé a Ash; por la forma en que sus ojos recorrían la sala —con hambre— pude ver que había vuelto.

Ash estaba al acecho.

—Sabes que es lesbiana, ¿verdad? —le ofrecí.

—¿Quién? —Ash me miró, todo inocencia.

—Liv.

—¿Y? —Se agarró el paquete, recolocándose, mientras se echaba hacia atrás, reclinándose en el sofá—. A lo mejor lo único que necesita es una buena y gorda…

—No lo digas. —Le corté, pero tuve que soltar una risilla. Ash era bi, y por alguna razón eso le daba la esperanza de que todos los demás en la Tierra también pudieran serlo.

—Me molan sus gafitas de bibliotecaria —dijo.

—Seguro que le encantaría oír eso.

—¿Tú crees? —Sonrió con sorna, y me relajé, los dos simplemente tirados en el sofá con un hueco del tamaño de una mujer entre nosotros. La sensación era familiar, y hacía una puta eternidad que la esperaba.

Una sonrisa se extendió por mi cara.

Joder. Por. Fin.

Seth por fin había vuelto. Y ahora Ash también.

Lo que significaba que mi vida por fin podía volver a la normalidad. Se acabaron las gilipolleces. Se acabó el drama.

Solo fiestas, tocar la batería y follar.

A diferencia de algunos de mis compañeros de banda, yo no tenía ninguna prisa especial por sentar la cabeza. No cuando había tanto por disfrutar antes. Solo yo y cualquier tía buenísima que se cruzara en mi camino y me llamara la atención.

Y si tenía suerte… quién sabía.

Quizá también le llamaría la atención a Ash.

EPÍLOGO EXTRA

ASH

No es que estuviera intentando evitarla, exactamente. Pero mantener a Elle fuera de mi campo de visión era sin duda una de las razones por las que estaba escondido en un rincón oscuro del bar comiéndome la boca con una tía cualquiera.

¿Carrie? ¿Candy? Quién cojones se acordaba. Había bebido demasiadas cervezas a lo largo de la noche para retener datos tan triviales.

Lo único que sabía seguro era que tenía unas tetas enormes y el pelo negro azabache y un montón de tatuajes femeninos de flores, y medía metro y medio. Así que no se parecía en nada a Elle. No se *sentía* nada como Elle cuando la empujé contra la pared y le enrosqué las piernas alrededor de mi cintura. Llevaba una falda corta, cortísima, y, tras una inspección más detallada, un tanga mínimo. Podría habérmela follado, ahí mismo contra la pared —en teoría. Excepto por un problema.

Mi polla no estaba ni remotamente dura.

Podría haber intentado echarle la culpa al alcohol mientras ella me enroscaba la lengua alrededor de la mía y me apretaba las tetas contra el pecho y se restregaba contra mi hebilla, buscando fricción, pero no estaba *tan* borracho. Había estado borracho de caerme al suelo, al borde del apagón, y aun así se me había levantado.

De hecho… no recordaba ningún momento en mi vida en el que me hubiera estado enrollando con una tía y el aparato no hubiera cobrado vida.

Afortunadamente —o desafortunadamente— deslizó la mano por dentro de mis vaqueros, buscando oro. En ese mismo instante, alguien me tocó suavemente el hombro, y despegué la cara de la suya, extrañamente agradecido por la interrupción.

Elle estaba ahí, justo a mi lado.

Mientras despegaba a la chica de mis caderas y la ponía de pie, ella hizo un puchero, sacando la mano de mis vaqueros. Me recoloqué, quizá por costumbre, aunque realmente no había nada que recolocar. Ahí abajo había actividad cero.

—Dame un minuto —le dije. Hizo otro puchero, pero miró a Elle y le hizo un gesto rápido con la cabeza —¿avergonzada?— y desapareció.

—Ey —forcé—. Menudo concierto. —No había visto a Elle desde que bajó del escenario, pero de cerca seguía igual de espectacular, con su maquillaje brillante de escenario y su vestidito blanco.

—Gracias —dijo.

Aparté la mirada, fingiendo buscar a la tía con la que acababa de estar comiéndome la boca, pero sinceramente no la encontré entre la multitud. No estaba seguro de que pudiera identificar su cara en una rueda de reconocimiento.

La hora tardía y el alcohol y la música parecían haber convertido a todas las mujeres a la vista en animales en celo. Estaban bailando con todos los tíos disponibles, bailando entre ellas… y no me veía a mí mismo con ninguna de ellas.

Elle se quedó allí de pie, mirándome, y me pregunté dónde estaba Seth.

La miré. Me estaba mirando de una forma rara. Muy rara.

¿Como si tuviera algún derecho a juzgar mis rollos? ¿Cuando Seth Brothers volvía a su vida durante dos segundos y medio y ella se largaba a Hawái con él y se quedaba preñada de su hijo?

—Sabes quién es, ¿verdad? —me preguntó.

—¿Eh? —Seguí su mirada cuando echó un vistazo a la tía a la que acababa de comerle la boca —estaba allí, hablando con otras chicas, que me lanzaban miraditas. Le reconocí los tatuajes y las tetas, pero poco más. Así que quizá eso sí podía identificarla en una rueda de reconocimiento.

—¿Candace? —dijo Elle, escrutándome con sus ojos grises—. ¿La prima de Summer? ¿De Nueva York? —Frunció el ceño—. ¿Te suena algo de esto?

No mucho. Aunque eso explicaba por qué me resultaba vagamente familiar.

—¿Y?

—Pues… ¿quizá la recuerdas de eventos como la cena de Acción de Gracias del año pasado?

Me limité a mirar a Elle, con la mente en blanco. Ahora me iba sonando… ¿Pero a quién le importaba? A Summer le iba a importar una mierda que me hubiera enrollado con su prima. Nunca le importaba una mierda con quién me liaba.

—Si no te acuerdas de ella —continuó Elle—, ¿quizá te acuerdas de su marido? ¿O de su hijo?

Ah.

Me encogí de hombros. No era exactamente culpa mía que la tía estuviera casada y le importara una mierda. Yo no tenía por costumbre tirarme a tías casadas, pero ella no me puso precisamente la alianza en la cara cuando tenía la mano dentro de mis pantalones.

Elle suspiró. Tenía una mano, quizá sin darse cuenta, apoyada de plano en el estómago. Sujetando a su bebé; como si lo estuviera calmando. Protegiéndolo de la escena fea que tenía delante.

Cogí el botellín de la repisa, donde lo había dejado para tener las manos libres y poder sobarle las tetas a aquella tía, y lo alcé hacia Elle.

—Que te vaya bien. —Y empecé a alejarme.

—Oye —dijo Elle, cortándome el paso. Me paré en seco, casi chocándome con ella. Me miró desde abajo—. ¿Podemos hablar?

—No. No si me vas a dar un sermón sobre dónde meto la polla.

Hizo una pequeña mueca.

—No voy a hacer eso. Sentémonos, ¿vale?

Parecía cansada; lo noté ahora. Bajo el maquillaje, la piel delicada debajo de los ojos se le veía algo oscura. Parecía frágil, vulnerable.

Embarazada.

—Vale. —Me giré bruscamente y me dejé caer en el banco contra la pared. Aquel en el que brevemente me había planteado tirarme a la prima casada de Summer. Le di un buen trago a la cerveza y me quedé mirando al frente, a los cuerpos retorciéndose en la pista de baile, mientras Elle se sentaba a mi lado.

—Sé que quizá no es el mejor momento para decir esto… —Se quedó a medias, y la miré. Estaba sentada de lado, de cara a mí, su mirada clavada en mi cara. Se le habían juntado un poco las cejas—. Es solo que… con todo lo que está pasando, no sé cuándo voy a tener otra oportunidad. Tengo compromisos en L.A., y después Seth y yo vamos a volver a Hawái un tiempo. Tomarnos un tiempo juntos, ya sabes, sin el circo mediático encima, antes de que Dirty se junte para acabar el álbum.

—Genial —dije, automáticamente—. Parece que lo tenéis todo controlado.

Se le hundieron los hombros.

—Ash. Solo… quiero pedirte perdón. Si te hice daño. Espero que sepas que nunca fue mi intención. De verdad que no quise. Simplemente no pensé…

—No pasa nada —dije—. Somos amigos. Eso es todo lo que hemos sido, ¿no?

—*Somos* amigos —dijo—. Y espero que siempre lo seamos. Me importas, Ash. Lo sabes.

—Sí. —Le di un trago a la cerveza, sosteniéndole la mirada—. «Amigos para siempre», ¿no?

Amigos para siempre.

Eso fue lo que me dijo, con todo su puto sarcasmo, justo antes de que le metiera la polla por primera vez. La noche de la boda de Jesse. Cuando yo —estúpidamente— me ofrecí a follármela para ayudarla a superarle. Cuando insistí en que siguiéramos siendo amigos, y que no jodiéramos la amistad si follábamos.

Estaba claro que ella recordaba aquel momento.

Se le torció un poco la boca mientras se mordía el labio. Podía ver la preocupación en sus ojos, y lo único que quería era huir de ella.

—No te preocupes —le dije—. Unas veces se gana y otras se pierde, ¿no?

—Ash…

—En serio. Me alegro por ti. Ese bebé va a ser mono de narices. Y Seth ha vuelto con Dirty. Todo bien. Tengo una cola de mujeres que da la vuelta a la manzana, ¿no? —Puntualicé aquello con un trago de cerveza y señalé vagamente el bar lleno—. ¿Quién se queja?

—Claro —dijo, sin parecer muy convencida. La mano le fue al estómago otra vez.

—Venga ya —dije, lanzándole esa sonrisa matadora que volvía locas a las fans—. Ya sabes que bromeo, Elle. Estoy bien. Estoy borracho. Solo necesito echar un polvo. —Me incorporé, como si estuviera listo para ir a hacer justo eso en cuanto ella me dejara ir.

Asintió, despacio, y como si no me creyera, con sus ojos grises fijos en los míos. Le sostuve la mirada, tan firme como pude.

Entonces se levantó y me miró desde arriba.

Todavía no se le notaba, pero su cuerpo ya estaba cambiando. Su vestido corto y ceñido mostraba las curvas exageradas, la plenitud de sus pechos hinchados.

Aparté la mirada, tragándome los putos celos que se me clavaron como un piolet en la garganta.

Así que estaba preñada del hijo de Seth Brothers.

¿Por qué cojones me molestaba tanto?

Porque eso significa que nunca va a ser tuya, imbécil.

Nunca.

—Quedamos cuando vuelva —dijo, finalmente, después de mirarme demasiado rato—. Cenamos con Summer.

Sí. Sonaba genial. Quizá podíamos reunir a todas mis exnovias y montar una puta comida.

—Guay. —Me bebí lo que quedaba de cerveza y me puse de pie. Luego le rodeé la nuca con la mano y la besé, con firmeza, en la frente—. Cuídate, Elle.

—Tú también —dijo, ablandándose un poco. Aliviada, quizá, de que me estuviera comportando vagamente como un ser humano. Pero esa pequeña arruga seguía ahí entre sus cejas.

Me puso la mano en el brazo, brevemente, y apretó.

—Nos vemos, Ashley. —Me dedicó una mirada prolongada y compasiva.

Luego se alejó.

Flynn había estado apoyado en la oscuridad cerca de allí y se puso en marcha para seguirla como una sombra a través de la sala. La vi irse, y fue un puto infierno. Había una sensación aplastante en mi pecho que no tenía ningún sentido para mí.

Tenía que ser la cerveza, poniéndome extra jodidamente depresivo e incapaz de lidiar con nada.

No es como si estuviera enamorado de Elle, ¿verdad?

Ya había aprendido, por haber sido una vez un puto idiota enamorado —de Summer—, que el amor era una puta ilusión. Un día estás tan metido que es lo único que ves. El mundo entero se ve diferente. Estás en otro puto planeta, solo tú y esa tía, con el jodido sol y la jodida luna saliendo y poniéndose en sus ojos.

Todas esas mierdas.

Y luego, joder, se desvanece.

Se muere.

Desaparece, y como cuando te despiertas de un sueño, no puedes recuperarlo nunca.

Te das cuenta de que quizá nunca fue ni puto real.

Y ves a la única persona a la que creías que querrías para siempre, sin la que creías que no podrías vivir, pasar a querer a otra —como si tú nunca hubieras importado una mierda.

Me acerqué a la barra más cercana y pedí otro botellín. Me apoyé en la barra, mirando a la gente bailar y comerse la boca.

¿Quién cojones necesitaba el amor?

A partir de ahora, solo seríamos Dylan y yo —y la que me fuera a calentar la cama con el mínimo drama posible. Sexo casual.

Fóllatelas y olvídalas.

No necesitaba nada más.

Mientras me bebía la siguiente cerveza, tomé la decisión, y fue como si me quitaran un puto peso de encima. Lo sentí así, jodidamente liberador, mientras miraba a Elle y Seth salir del bar envueltos el uno en el otro.

Luego me despegué de la barra y me fui a echar un polvo.

No iba a enamorarme *nunca, jamás*.

De hecho, iba a decirle a Dylan que, si lo hacía, podía ir directamente a sacarme de mi puta miseria.

Inmediatamente.

Ya…

Que le den al amor.

FIN

¡Gracias por leer!

¡No te pierdas *Tan canalla como Dylan*, el siguiente libro de la serie Dirty! Ve al final de este libro para leer un avance.

LIBROS DE JAINE DIAMOND

Para consultar la lista más actualizada de los libros publicados por Jaine Diamond, visita su página de Amazon.

Únete a la Newsletter del Diamond Club de Jaine para recibir información sobre nuevos lanzamientos, novedades exclusivas y contenido extra gratuito.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a todos los que habéis acogido a Seth (¡aunque al principio estuvierais cabreados con él!) y habéis abierto vuestro corazón a su historia. Como escritora, creo en asumir riesgos; cada nuevo libro que escribo me desafía de algún modo (y no poco), y escribir la historia de redención de Seth no fue, desde luego, una excepción. Gracias por confiar en mí para llevaros hasta ahí; ¡espero que os hayáis enamorado de Seth tanto como Elle y yo!

Gracias a todos los que participasteis en el concurso *Name A Dirty Character*. Con casi 500 propuestas, ¡la elección fue extremadamente difícil! Al final, Summer fue elegido como nombre ganador para la exnovia de Ash y amiga íntima de Elle, que hace su primera aparición (con mucha actitud) en este libro. Un enorme agradecimiento a Shellcey Germano, que propuso el nombre Summer en el concurso. Es posible que Summer tenga su propio libro en el futuro, si nosotros (y los hombres del universo Dirty) nos enamoramos de ella. (Actualización: ¡el libro de Summer es *Sweet Temptation*!) Además, un agradecimiento especial a Linda Fox y Desiree, que propusieron el nombre Skye, finalista (muy) reñido del concurso.

Gracias, como siempre, a los muchos blogueros increíbles, encantadores y apasionados que han seguido apoyándome a mí y a mis libros, y un gran agradecimiento con mucho cariño a mi fantástico y cada vez más numeroso equipo de lectores ARC.

Son muchas las personas que me han apoyado en mi pasión por la escritura, animándome y alentándome a cada paso del camino. Por nombrar a algunas: mi madre; Gladys y Ron; mi increíble cuñada, Brittany; mi amiga y animadora de toda la vida, Marjorie. Gracias a Brent por ayudarme a entender mejor a ese ser misterioso conocido como bajista. A mis muchos otros amigos que siguen

apoyándome, ¡gracias por todo el cariño! Sin vosotros me sentiría muy sola en mi cueva de escritora.

A las chicas de mi club de lectura: Maureen, Lauren, Christina, Josephine, Catherine, Guinevere, Jenn y Courtney… gracias por todo el cariño, las noches de chicas, las conversaciones estupendas, la camaradería y el apoyo a mis libros.

Guinevere, gracias, como siempre, por ser lectora beta. ¡Prepárate; el siguiente está en camino!

Gracias al Sr. Diamond por ser lector beta, por el calendario de pared gigante, por las mejores reuniones de trabajo del mundo, por compartir un sueño, por ser mi caja de resonancia y mi pilar de fortaleza, por tanto apoyo y tanta fe en mí y en lo que me encanta hacer, y simplemente por entenderlo. Gracias a ti, todo está pasando. Te quiero.

A mis lectores: GRACIAS por leer este libro y acompañarme en este increíble viaje de novela romántica y rock. Si habéis disfrutado de la historia de Seth y Elle, por favor, considerad dejar una reseña y recomendar este libro a vuestros amigos; vuestro apoyo continuado significa el mundo para mí.

Con cariño y gratitud,
Jaine

AVANCE DE TAN CANALLA COMO DYLAN

¡No te pierdas el siguiente libro de la serie Dirty, *Tan canalla como Dylan*: la historia de Dylan, Amber y Ash!

Tan canalla como Dylan es un tórrido romance de triángulo amoroso, con un héroe encantador por el que perder la cabeza, su mejor amigo malote y la mujer que ambos desean, por razones muy distintas.

CAPÍTULO 1

AMBER

Me planté en el bordillo con la mochila de viaje a la espalda, la blusa sudada y pegada al cuerpo por el peso, aunque estábamos en octubre y hacía bastante fresquito. El tío de la caseta de seguridad estaba tardando una barbaridad en dejar pasar al Mercedes que tenía delante. Y no porque hubiera un problema de seguridad. No, ahí me tenía plantada mientras el guardia de seguridad y el conductor del coche charlaban como comadres a la puerta de la iglesia. Siete minutos seguidos.

Podría haber dejado la mochila en el suelo. Podría haber plantado el culo en el bordillo y estar un poco más cómoda. Pero era cuestión

de principios; estaba justo donde el tipo de seguridad podía verme.

Como si fuera invisible.

Por fin, le dio una palmadita en el techo al Mercedes y le hizo señas para que entrara en el aparcamiento vallado. Cuando su mirada cayó sobre mí, me acerqué a él como si pintara algo allí. Por el carril de coches. Supuse que no recibía a muchos peatones; no había acera.

Eché un vistazo al recinto del estudio de cine, a todos esos edificios enormes y sin ventanas y a los coches caros, y me pregunté si el tipo iba a ponerme pegas. Si iba a tener que llamar a mi hermana para que saliera a recogerme.

O peor, si no conseguía localizarla, si iba a faltar a su rodaje, perderme este sueldo que necesitaba desesperadamente y tener que buscar dónde dormir esa noche con aproximadamente cero dólares a mi nombre. En el peor de los casos, tendría que quedarme en casa de mi hermana.

Pero esa opción solo sería el último recurso.

Técnicamente era una sin techo, algo que siempre me resultaba raro de asimilar. Pero eso solo era hasta que pillara mi siguiente vuelo. A partir de ahí, era una viajera por el mundo.

Todo dependía de cómo lo mirases.

—¿Sí? —El guardia de seguridad me repasó con la mirada, fijándose en mi blusa campesina y mis vaqueros desgastados con el parche de la bandera venezolana en un muslo, que tapaba estratégicamente una mancha de sangre (larga historia). Tenía barriga cervecera bajo el uniforme pero, presumiblemente, también tenía un sueldo fijo y un techo, así que quién era yo para juzgar.

Cuando por fin me miró a la cara, hice lo posible por sonreír y recordarme por qué estaba allí: porque este sueldo sería la mitad de lo que necesitaba para mi siguiente billete de ida al otro hemisferio.

—Hola. —Hice lo posible por parecer alegre, incluso animada, pero sonaba increíblemente forzado. Probablemente parecía una caricatura de mí misma: la hippie feliz y atolondrada—. Vengo por el anuncio de Underlayer. ¿Amber Malone?

Mientras hablaba, el guardia de seguridad metió el brazo por la ventanilla de la caseta y sacó un portapapeles. Pasó varias páginas,

recorriéndolas con la mirada. —No tengo a ninguna Amber Malone en mi lista.

Genial.

—Soy la fotógrafa de fijos —le informé.

Cuando me miró con cara de duda, levanté un dedo para indicar *Un momento* y me quité la mochila. La dejé en el suelo y empecé a rebuscar, sacando todas mis cosas para desenterrar mi única credencial: mi cámara profesional más cara. Cuando tuve en la mano la Canon maltrecha de tanto viaje, se la levanté para que la viera. —¿Ve?

No pareció verlo. Siguió repasando sus papeles con desgana. —¿Anna Malone?

—Amber —dije, con toda la educación de la que fui capaz.

—Espere —dijo, metiéndose en su caseta—. Y va a tener que quitar eso de la carretera.

—Gracias. —Ni siquiera sabía por qué dije eso. Pero empecé a meterlo todo a presión en la mochila, a toda prisa, antes de que mis posesiones terrenales acabaran aplastadas por una limusina Hummer o algo así. Le oí murmurar con alguien por el móvil; siempre una bienvenida tan cálida en los rodajes de mi hermana.

Era todo un misterio que no hiciera más de ellos.

La verdad es que no estaba en la mejor disposición para presentarme a un trabajo. Para empezar, hacía menos de veinticuatro horas que había aterrizado en este huso horario y tenía un *jet lag* de muerte. Además, estaba bastante cabreada porque un ex me había metido mano la noche anterior después de dejarme dormir en su sofá; después de un par de cervezas, me había llorado en el hombro por su ruptura reciente y había decidido que era perfectamente aceptable ponerme la mano en una teta. Me quedé a dormir de todos modos, porque no tenía muchas más opciones, pero me largué por la mañana antes de que se despertara.

Había desayunado fatal en una cafetería cutre, me había subido por error al autobús equivocado y había llegado allí tarde.

En resumen, no era precisamente un gran comienzo de día. Pero, siendo sincera, tampoco era peor de lo que esperaba.

Tenía unas expectativas muy, muy bajas para este día.

Justo cuando terminé de meter todas mis cosas de vuelta en la mochila, al estilo Tetris, un carrito de golf tuneado apareció zumbando por el aparcamiento hacia mí. Al verlo venir, se me revolvió el estómago. Probablemente por culpa del desayuno cutre, pero también: nervios.

Así que quizá estaba más nerviosa por esta sesión de lo que había querido admitir.

Había dos hombres en el carrito; aparcaron en el carril de enfrente. Respiré hondo y me levanté para recibirlos cuando se bajaron y vinieron hacia mí. El conductor, un tipo del equipo técnico, iba vestido igual o peor que yo, con sus vaqueros desteñidos y su sudadera vieja, pero al menos llevaba botas de seguridad; tenía un walkie en el cinturón que escupía fragmentos de conversación apenas inteligibles al aire. Me echó un vistazo y su mirada se posó en mis dedos desnudos dentro de mis sandalias endebles.

El otro era claramente de seguridad, aunque no del tipo uniformado y barrigón. Este era alto e imponente y vestía como un motero: botas negras, vaqueros negros, chaleco de cuero negro sobre una camiseta de Harley-Davidson. Tatuaje hortera de calavera en el brazo musculoso. Pelo largo y rubio recogido en un moño despeinado. Era mono, lo cual me irritó.

Por desgracia, tenía un historial increíblemente largo de cometer las mayores gilipolleces cuando había tíos monos de por medio.

—¿Underlayer? —me preguntó, sin preámbulos, como si estuviéramos continuando una conversación ya empezada.

—Sí. Soy la fotógrafa de fijos. ¿Amber Malone? —Por qué seguía diciendo mi propio nombre como si fuera una pregunta, no lo sabría jamás.

Me miró más de cerca, entornando los ojos bajo el sol de la mañana. El repaso fue de la cabeza a los pies, lento e innecesario, como si acabara de darse cuenta de que era mona. —¿Liv Malone…?

—Es mi hermana.

Sacó un móvil y se puso a buscar algo. Después me informó: —No estás en la lista.

Cómo no.

Empecé a reprimir un suspiro, pero entonces se me ocurrió algo. —¿Puedes probar con Amber Paige?

Consultó el móvil de nuevo. —Sí. Eso sí lo tengo.

Menos mal, joder.

—Soy yo. Uso mi segundo nombre profesionalmente. ¿Amber Paige? —Maldita sea. *Deja de decir tu propio nombre como si no supieras quién coño eres.* —Pero suelen poner mi nombre legal en la lista del equipo. Malone.

Siguió repasándome con la mirada, pero no hizo ademán de invitarme al carrito de golf de lujo. —¿Tienes algún documento de identidad, Amber Paige?

Sí, tenía identificación. En algún lugar de las profundidades de mi mochila, probablemente debajo de todo lo que acababa de meter otra vez.

El tío grande arqueó su ceja sexy, expectante. (A decir verdad, tenía cierta debilidad por las cejas). No me había dedicado ni media sonrisa, pero *joder*… ¿era mi imaginación, o acababa de adoptar un tono coqueto conmigo? ¿Había ahí una oportunidad que se me estaba escapando?

Por un instante, mi feminista interior hizo la vista gorda y el resto de mí se preguntó si este tipo sería receptivo a un poco de pestañeo coqueto y/o jugueteo con el pelo.

Lamentablemente, yo no era esa clase de tía que sabía las respuestas a tales preguntas. Ni era la tía capaz de colarse aquí ligando. Sin exagerar, el último tío con el que intenté flirtear conscientemente me preguntó si me encontraba mal. *¿Te encuentras mal?* Esas fueron sus palabras exactas.

Por lo visto, cuando intentaba coquetear con un tío mono, el sonrojo, la torpeza, el balbuceo y la ligera hiperventilación resultantes preocupaban a ciertas personas.

Así que, en vez de eso, me tragué otro suspiro, dejé la bolsa en el suelo otra vez y empecé a sacarlo todo de nuevo. Preguntándome todo el rato por qué me hacía esto a mí misma.

Ah, sí. *El sueldo.*

Mientras buscaba mi pasaporte, escuchaba las voces que crepitaban en el walkie; el conductor se lo descolgó del cinturón y

habló con alguien en jerga de técnicos de rodaje. Parecía que todavía no habían empezado a rodar.

Así que al menos *quizá* Liv no me mataría por llegar tarde.

Encontré mi pasaporte justo cuando un vehículo se detuvo detrás de mí con la música a todo volumen. Levanté la vista; era una pickup negra tuneada, con «Young Lust» de Pink Floyd haciendo vibrar las ventanillas. Casi me cegó el destello del sol en los anillos del conductor cuando levantó la mano para saludar a los de seguridad. El motero le dejó pasar con un pequeño saludo. Y cuando la pickup pasó por delante, el tío al volante me miró directamente.

Pelo negro de surfista, camiseta negra, tatuajes por todos los brazos… y buenorro perdido. De ese tipo de buenorro que, una vez lo has visto, no lo olvidas.

—Yo conozco a ese tío… —dije, poniéndome de pie—. ¡Eh! —le grité—. Te conozco, de aquella fiesta… ya sabes… ¿en casa de aquel tío? —*Mierda*. Lo conocía, seguro, de una fiesta de uno de los de Dirty, hacía unos cuatro años, cuando acababa de volver de Australia. La misma fiesta donde también había conocido a…

Mejor no pensar en eso.

Lo que pasa es que no recordaba mucho más que su cara. Solo sabía que era una estrella del rock u otra. ¿Guitarrista? ¿Cantante? ¿Cómo-se-llamaba?

Fuera como fuese, parecía importarle una mierda que nos hubiéramos conocido. O quizá ni siquiera me oía por encima del bajo vibrando a través de su pickup. Mientras se alejaba hacia el aparcamiento, me hizo una peineta.

La verdad es que no era la primera vez que un hombre me hacía una peineta, pero venga ya.

Putas estrellas del rock.

Le planté mi pasaporte al motero. —¿Ves? Amber Paige Malone.

Lo inspeccionó, lo cerró y me lo devolvió. —Guay. ¿Quieres que te lleve?

—Claro. Gracias.

—Soy Connor —me informó—. Puedes llamarme Con.

—Encantada. —No lo estaba, pero daba igual.

Metí todo de vuelta en la mochila —otra vez— y me apresuré a seguirlo. Cuando llegué al carrito, se apartó para que me subiera al estrecho asiento de atrás, pero no antes de que pudiera echarle un vistazo a la espalda de su chaleco de cuero. Tenía un parche grande en el centro; un rey de picas, como en una baraja de póquer, solo que el rey era un esqueleto de aspecto siniestro. Arriba ponía WEST COAST KINGS, y abajo, VANCOUVER.

O sea, que era un motero *de verdad*.

Estupendo.

Respiré hondo e intenté relajarme; ya estaba *dentro*, y parecía que ni siquiera habían empezado a rodar. Primeros posibles desastres evitados.

—Perdona por el follón. —El carrito se hundió cuando Connor acomodó su corpachón en el asiento delantero junto al técnico—. Es que se trata de Dylan Cope —añadió afablemente, como si eso lo explicara todo.

—Ya —dije.

Como si me importara quién era la estrella de esta sesión.

Por lo visto, era muy difícil de creer que una joven como yo fuera en realidad una fotógrafa profesional que venía a hacer un trabajo, sin el menor interés en Dylan Cope. Ya sabéis, como si pudiera ser alguna *groupie* salvaje empeñada en colarse en el estudio para intentar chuparle la polla de estrella del rock a Dylan Cope, sorteando la seguridad.

Porque eso era lo que probablemente parecían todas las mujeres, a primera vista, para Connor, el motero de seguridad.

—Seguro que Liv te lo menciona —me dijo el técnico mientras dábamos marcha atrás y girábamos—, pero necesitas calzado adecuado para trabajar en el plató.

—Seguro que sí —murmuré, mientras empezábamos a avanzar, despacio, por el aparcamiento. No me había traído botas de seguridad, pero es que no iba a guardar unas botas de seguridad en algún trastero solo para que, cada vez que estuviera —de vez en cuando— de vuelta en Vancouver, pudiera trabajar en los rodajes de mi hermana. Eso sería como admitir que *esto* era algo que

realmente hacía. Que yo, Amber Paige Malone, era una fotógrafa de mierda.

Aunque hoy *sí* era una fotógrafa de mierda.

Y no porque estuviera fotografiando mierda.

Porque me *sentía* como una prostituta, prostituyendo mi talento así. *Solo lo hago por el dinero* parecía una actitud bastante lamentable para una fotógrafa profesional en cualquier sesión. Pero el caso era que mi corazón no estaba ni estaría nunca en fotografiar famosos. Para mí, este era el tipo más rastrero de trabajo fotográfico.

Aparte del sueldo. Con el sueldo no se podía discutir.

Pero con el trabajo sí que se podía discutir…

Sexista, misógino, abusivo. Lo había vivido todo en los rodajes de Liv. La mayoría de los días no entendía cómo mi propia hermana —mi hermana mujer, lesbiana, más lista que el hambre— podía trabajar en este mundo de mierda, dominado por hombres, de chorradas de famosos.

Mientras cogíamos algo de velocidad, Connor se giró para mirarme, con la comisura de la boca alzada. —Por cierto, se llama Ash.

—¿Qué?

—El tío de la pickup —dijo—. Ashley Player. Es el cantante de los Penny Pushers.

—Me alegro por él.

—Parece que no le caes bien —observó, claramente divertido.

Pues claro que no, quise decir. *Es una estrella del rock.*

—Sí —dije en su lugar—. Una auténtica tragedia.

—¿Dónde coño están tus botas de seguridad?

En cuanto Connor el motero me llevó al plató de sonido y me dejó cerca de mi hermana, Liv me recibió con una reprimenda y un abrazo fuerte. El abrazo fue bienvenido, porque en cuanto entré, los nervios me golpearon *de verdad*. Mi fachada de cascarrabias se agrietó, y me di cuenta de lo ansiosa que había estado por este día, por irracional que fuera.

Era una profesional. Podía con esto.

Pero no era el trabajo lo que me ponía nerviosa.

Respiré hondo y me recompuse. El estudio era enorme y bastante oscuro, con las luces de arriba apagadas y los focos de la producción iluminando un escenario grande donde una batería de rock 'n' roll enorme relucía, en primer plano. Era consciente de las cámaras y las luces, y del equipo técnico trajinando por allí, ajustando equipos mientras esperaban a que empezara el rodaje. Pero lo único que quería *sentir* en ese momento era a mi hermana mientras la apretaba contra mí y cerraba los ojos.

Me resultaba tan familiar entre mis brazos, y tan ajena. Más pequeña de lo que recordaba, pero más fuerte. Éramos más o menos del mismo tamaño; yo medía uno sesenta y cinco, y Liv jamás admitiría que era dos centímetros más baja. Era casi cinco años mayor, pero de pequeñas habíamos compartido ropa a menudo. Ahora, ni muertas nos pondríamos algo de la otra.

Quería a mi hermana mayor con locura, y a veces no la soportaba. Llevaba trece meses seguidos fuera del país y la había echado de menos como si me hubieran cortado un brazo. Pero sabía que en cuestión de días —si no de horas— estaría deseando largarme otra vez.

Siempre había sido así.

Cuando por fin nos separamos, había lágrimas brillando en los ojos color avellana de Liv. Y sabía que había unas iguales en los míos mientras me sujetaba a la distancia de un brazo, inspeccionándome.

—Hippie —concluyó, meneando la cabeza.

—Tirana —dije yo. Observé la camisa de cuadros, abotonada hasta el cuello, y los vaqueros rotos, las botas con cordones; la misma ropa de siempre, estuviera de moda o no. Su pelo castaño corto, muy rapado por los lados, más largo por arriba, le quedaba mono, pero no era nada que yo me haría jamás en el mío. Arqueé una ceja—. ¿Tirana *hipster*?

—Llegas tarde —dijo, muy de tirana, y miró de reojo a Connor, que se había instalado entre las sombras—. ¿Has tenido problemas para entrar?

—Qué va. Me han puesto la alfombra roja.

Liv frunció el ceño ante mi sarcasmo y bajó la mirada. —En el plató necesitas botas de seguridad, Amber. O por lo menos botas.

Me encogí de hombros, intentando parecer arrepentida. Era difícil. —Se me olvidaron.

—Madre mía —murmuró mi hermana—. Todas las veces. —Después se puso con el móvil, presumiblemente para solucionar mi problema de calzado. Liv dirigía este anuncio; seguro que podía hacer aparecer unas botas si de verdad quería. ¿Me sentía mal por convertir esto en su problema? Un poco. Pero ya le había avisado de que probablemente no me «acordaría» de las botas.

Liv sabía que este no era mi mundo, que yo en realidad no hacía este tipo de trabajo, y aun así había decidido contratarme.

Me di la vuelta, echando un vistazo al bullicioso plató, comprobando quién había. Pero todavía no reconocía a nadie. Los nervios seguían ahí, pero iba controlándolos poco a poco. Lo único que tenía que hacer era recordarme que daba igual dónde estuviera. Que mientras tuviera mi cámara, estaba en mi elemento.

A quién le importan las estrellas del rock.

Cuando Liv colgó, me informó: —Tienes suerte de que no hayamos empezado a rodar todavía. Puedo enseñarte esto. —Y me llevó en una visita relámpago por las instalaciones. La mesa del catering tenía mejor comida que la cafetería donde había desayunado, así que cogí un puñado de uvas y me las comí, a pesar de la mirada de desaprobación de mi hermana, mientras me enseñaba todo.

Me mostró la disposición de las cámaras: dos cámaras de vídeo HD, una que se deslizaría frente al escenario sobre unas vías de *travelling*, la otra suspendida en lo alto con un brazo de grúa, para filmar a Dylan Cope en toda su gloria de estrella del rock.

Después me presentó a parte del equipo, a los ejecutivos de Underlayer y al director creativo —las personas a las que ella había convencido de contratarme para esta sesión—, y yo hice lo posible por proyectar *agradecida* y *profesional*.

Todo el rato, mantuve un ojo alerta, hasta que tuve ocasión de escudriñar cada última cara de la sala. Y sí, le estaba buscando. No podía evitarlo. Era una especie de tic nervioso.

Johnny O'Reilly.

Porque cruzarme con mi ex estrella del rock no estaba precisamente en mi lista de deseos para hoy.

Lo único que deseaba de verdad, en realidad, era pasar por esto rápido, sin ruido, y con un poco de gracia. Sin caerme de morros ni, ya sabéis, enamorarme.

Fue Liv quien me presentó a Johnny, y cada vez que me codeaba con alguien de este sector particular del mundo de mi hermana —el sector de las estrellas del rock— me descubría buscándolo. No porque quisiera verlo. Porque quería la oportunidad de esfumarme si lo veía, antes de que él me viera a mí.

—No está aquí —dijo Liv, pillando mis ojos errantes. A mi hermana no se le escapaba casi nada—. ¿Por qué iba a estar?

Pues sí. Johnny no tenía ninguna relación particular con Dylan Cope que yo supiera. No estaba en la banda de Dylan Cope.

Pero tampoco lo estaba el tío que acababa de hacerme una peineta.

—No tengo ni idea de quién me hablas —dije.

—Ya.

Cuando volvimos a la zona detrás de las cámaras, donde estaba montado el «Video Village» —los monitores donde Liv y los ejecutivos verían lo que se filmaba—, dejé mi mochila aparte y saqué mi cámara. Justo cuando había cambiado los objetivos, la ayudante de Liv se materializó para llevarse mi mochila a una de las oficinas. Toqueteé los ajustes de exposición, haciendo correcciones para adaptarme a la luz general de la sala. Fotografiar a la estrella de la sesión bajo todos esos focos del escenario sería bastante fácil. Pero para fotografiar al equipo trabajando en las sombras, tendría que combinar la luz disponible con un ISO alto y confiar en captar suficiente detalle sin que todo quedara embarrado.

No eran las mejores condiciones para fotografiar personas, pero había trabajado con peores.

Volví junto a mi hermana después de que hablara con su equipo de cámaras. Todo el mundo empezaba a parecer algo inquieto y molesto. Había mirado la hora en el móvil; llevábamos más de cuarenta y cinco minutos de retraso, y seguía sin haber estrella del

rock en el escenario. La batería estaba ahí, reluciente e intacta, esperando. Y era bastante fácil adivinar lo que pasaba.

La gran estrella del rock estaba haciendo esperar a todo el mundo.

Porque era así de especial, y en realidad, el resto no podíamos hacer nada al respecto. Al fin y al cabo, solo éramos simples mortales.

—Bueno —le pregunté a Liv—, ¿alguna norma ridícula que deba conocer? —Ni siquiera quería saberlo, pero tenía que preguntar. Había estado en suficientes rodajes de mi hermana como para saber que siempre había que preguntar. Porque nadie te contaba las normas no escritas a menos que preguntaras—. Ya sabes, ¿alguien a quien no deba fotografiar? ¿Alguien con quien evitar el contacto visual? ¿Alguien a quien deba dirigirme como *Su Majestad*?

Mi hermana bufó. —Si quieres, a mí puedes llamarme *Su Majestad*. —Después entornó sus ojos sagaces, mirándome desde detrás de las gafas—. Solo no seas borde con nadie, ¿vale?

—¿Yo? —protesté, como si la sugerencia me escandalizara.

—Sí —dijo secamente—. Tú, Amber.

—No siempre soy yo, Liv —le informé.

—Ya…

—¿Te acuerdas de aquella telepelícula en la que te eché una mano?

Frunció el ceño, lo cual me tomé como un sí.

—Ya sabes cuál. Le hice esa sesión de fotos promocionales al señor Héroe-de-Acción-del-Ayer, y solo las mujeres «atractivas» tenían permitido estar en su plató, ¿pero no se nos permitía hablarle?

—Lo que yo recuerdo —dijo mi hermana— es que a *ti* no se te permitía hablarle porque fuiste borde la primera vez que lo conociste. Él estaba allí para hacer un trabajo y tú también.

—Ya.

—Tuviste suerte de que no te echaran.

—Ya. Qué suerte la mía.

—¿Sabes? —me informó, entornando más los ojos—, te lo buscas tú solita con esa espina que llevas clavada.

—Claro que sí. ¿Y qué me dices de aquella campaña de cremas, con la señora Estrella-del-Pop-Pasada, que *sí* me echó por ser «demasiado guapa»? Supongo que eso me lo busqué por presentarme con cara, ¿no?

—Amber…

—*Sabes* que las normas de estas sesiones son ridículas de cojones. —Añadí entre dientes—: Y los tíos buenos son los peores.

Mi hermana arqueó una ceja. —A lo mejor *ellos* dicen lo mismo de las hippies bordes y estiradas.

—Lo que sea. —Dejé que sus palabras me resbalaran, por precisas —aunque crueles— que fueran. Enrollé la correa de la cámara alrededor de mi muñeca—. Solo lo hago por el dinero, ¿no?

¿Para qué negarlo? Las dos sabíamos por qué estaba aquí: para ganar dinero y poder irme a viajar otra vez. Solo volvía a casa cuando me quedaba sin dinero. La forma más rápida de ganar más era prostituirme con mi hermana. Ella lo sabía.

Pero, al fin y al cabo, como cobrar era lo único que me importaba aquí, y ella me había contratado, debería estarle agradecida. Además, en realidad albergaba un diminuto, minúsculo deseo de complacerla, en algún cuartito microscópico en el fondo de mi corazón del que nunca le hablaría. Así que me obligué a decir: —Lo que quiero decir es… gracias por contratarme.

Liv se limitó a poner los ojos en blanco. —Las normas son jodidamente simples. Haz lo que te digan y mantén la boca cerrada. No habrá drama.

—Entendido.

Mi hermana me observó, pero había algo de compasión en su mirada. Lástima, en realidad. —¿Sabes? No todos los tíos buenos del planeta son unos capullos, Amber.

—Claro que no.

—No todas las estrellas del rock son unos gilipollas.

—Ya.

—Y Dylan Cope no es Johnny O.

Ya.

Lo único que sabía de Dylan Cope era que era el batería de Dirty, la banda de rock más grande con la que Liv había trabajado; una

banda de la que había conocido a un par de miembros de pasada, y que me importaba una mierda. Aunque, todo hay que decirlo, al resto del mundo sí le importaba bastante.

Y ahora Dylan Cope era modelo de ropa interior. Le habían elegido para ser el «dios» del rock 'n' roll en la última campaña publicitaria de Underlayer: la campaña *Underlayer of the Gods*.

Solo con esa prueba, Dylan Cope debería ser un gilipollas aún *mayor* que mi ex. Nada como la etiqueta de «dios» para volver humilde a un hombre. Especialmente a un hombre que ya era rico y famoso.

Según Liv, Underlayer también tenía un dios del hip-hop, un par de dioses deportistas y un dios del cine en la campaña, pero ya habían rodado los anuncios con ellos. Para esta última sesión, se habían adaptado a la agenda siempre cambiante de Dylan Cope, trayendo toda la producción a Vancouver para acomodarse a él. Porque eso es lo que hacía la gente cuando eras un dios del rock.

Venían a ti.

Aunque Liv también me había dicho que Dylan la recomendó a ella para dirigir este anuncio, así que quizá eso era un punto a su favor.

¿O quizá solo quería tirársela? No sería exactamente la primera vez que un hombre intentaba que mi hermana lesbiana cambiara de bando.

—Bueno, ¿y dónde está este dios del rock? —le pregunté. Todo el mundo seguía esperando a que Dylan Cope se manifestara; Liv no paraba de mirar el móvil mientras los segundos pasaban.

—Dylan siempre llega tarde, porque siempre está comiendo —me informó—. Es cosa de baterías. —¿Como si yo supiera lo que significaba eso?

—¿Justo antes de que lo filméis en ropa interior? ¿No le preocupa la hinchazón ni nada?

Me lanzó una mirada que ni siquiera sabía cómo interpretar. —Se nota que no lo conoces.

Cierto. Solo había conocido a Elle, la bajista de Dirty, y a uno de los guitarristas, cuyo nombre sinceramente no recordaba. Solo me acordaba del de Elle porque era superfamosa: su cara estaba por

todas partes últimamente, desde portadas de revistas hasta líneas de maquillaje. Además, era una mujer en una banda de rock por lo demás masculina, lo cual era bastante impresionante. Incluso fue amable conmigo, pero no iba a dejar que eso sesgara mi opinión sobre las estrellas del rock en general, ya que la mayoría eran hombres. Elle, pensé, era la excepción.

Levanté la cámara y le saqué una foto a la cara de Liv, capturando su semifruncimiento mientras miraba el móvil otra vez. El fruncimiento se acentuó. A mi hermana nunca le había gustado estar al otro lado de la cámara.

—Solo estoy comprobando la exposición… —dije inocentemente.

—De verdad que no hace falta que me fotografíes —me informó —. Pero asegúrate de que no fotografías *solo* a Dylan.

—¿Por qué iba a fotografiar solo a Dylan?

Me lanzó otra mirada que no sabía cómo interpretar. —Fotografía a todo el mundo y todo lo que haya, pero con discreción, ¿vale? Fotos espontáneas. Usa el objetivo más largo que tengas y no estorbes.

—Esa es la idea.

Si pudiera salirme con la mía sin sacar ni una sola foto a la estrella de este anuncio, sería feliz. Probablemente le sacaría varias nada más empezar para quitármelo de encima. Después, fotografiar al equipo en acción podría ser interesante de verdad.

Ya estaba calculando mentalmente el mejor punto de vista, un encuadre limpio de la batería a través de todo el equipo de filmación, donde nadie me estorbaría y las luces que habían montado deberían jugar a mi favor. A la izquierda del escenario, justo después del final de las vías del *travelling*…

—Y Amber… —Liv me agarró del brazo antes de que pudiera escabullirme en esa dirección—. No hables con nadie.

¿En serio? ¿Tan poca fe tenía en mí?

Me solté de su mano. —¿Y si me hablan primero?

—Entonces respondes lo más breve y educadamente posible, y te largas.

Intenté que no se me notara la actitud cuando dije: —Lo que tú digas, jefa.

Vale, no es que su falta de fe en mí fuera totalmente infundada. Lo sabía. Tenía cierta tendencia a meter la pata, y delante de las peores personas posibles para meter la pata. Era una especie de talento desafortunado.

Pero *aun así*.

La observé mientras miraba el móvil otra vez, comprobaba su reloj de pulsera y fruncía el ceño. —Te juro —refunfuñó— que va más lento cada vez que le pido que se dé prisa. —Entonces me miró y suspiró profundamente.

Alargó la mano y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Fue un gesto casi tierno, hasta que chasqueó la lengua en voz baja como si mi pelo, que no era lo bastante largo para quedarse en la coleta que había intentado hacerme, fuera una triste decepción.

—A la mierda —dijo, casi para sí misma. Y después—: Necesito que me hagas un favor.

—¿Vale…?

—Ve por ese pasillo de ahí… —Señaló un pasillo que parecía llevar a la parte de atrás del escenario—. Y llama a la puerta del camerino de Dylan. Su nombre está en la puerta.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Porque te lo digo yo —dijo, en un tono muy de *No-cuestiones-mis-órdenes-en-mi-plató*. Era un tono que, desafortunadamente, me resultaba familiar. Después puso los ojos en blanco—. Te juro por Dios. Es, literalmente, la estrella del rock más maja del mundo.

Yaaaa.

—Solo tiene algunos problemas de puntualidad…

—No me había dado cuenta.

—…pero si alguien va a sacarlo de ese camerino… —Frunció el ceño mirando mi blusa como si le decepcionara la falta de escote perceptible, y después frunció el ceño otra vez mirando mis dedos desnudos—. Sí… eres tú.

—Em. *Espera*. ¿Me habéis contratado como cebo para estrellas del rock? —Me miré a mí misma; ¿de verdad parecía una *groupie* cachonda hoy o algo así?

No. Definitivamente no. Mis vaqueros eran ajustados, pero no como una segunda piel. Mi blusa holgada no revelaba prácticamente

nada sobre el tamaño o la forma de mis tetas. Esto no era un atuendo de *Ven-aquí-estrella-del-rock*.

Pero claro… tampoco llevaba uno de esos cuando conocí a Johnny. Y él desde luego… vino.

—Claro que no —dijo Liv—. Te hemos contratado para hacer fotos. —Después frunció el ceño mirándome. Lo estaba haciendo mucho hoy—. Pero no te mataría sonreírle.

La fulminé con la mirada. ¿Pero qué coño era esto, 1958?

Liv me fulminó de vuelta.

Desafortunadamente, ganó ella.

Así que suspiré, saqué de la nada una sonrisa de mentira, y me fui en busca de la estrella del rock más maja del mundo.

Lee *Tan canalla como Dylan*

SOBRE LA AUTORA

Jaine Diamond es una autora de romance contemporáneo incluida en el Top 50 de los más vendidos de Amazon. Escribe novelas emocionales que enganchan, protagonizadas por héroes de los que suspirar y heroínas fuertes y con carácter. Reconocida por combinar ingenio, una química explosiva y una vulnerabilidad cruda, crea historias de amor profundamente inmersivas que perduran mucho después de la última página.

Jaine vive en la preciosa costa oeste de Canadá con su héroe romántico de la vida real, su hija y su dulce perro. Cuando no está escribiendo o leyendo, la encontrarás dando rienda suelta a su amor por la música mientras crea extensas playlists para sus libros, o disfrutando de su nuevo restaurante favorito, una taza de chai o un vino local.

Para más información sobre Jaine y sus libros, visita su página web en www.jainediamond.com.

Únete al grupo de lectoras Jaine Diamond's VIPs en Facebook para charlar con Jaine y otras lectoras (en inglés).